

Morueña Estríngana



**Volviendo
a ti** Los Bianchi 3

Índice

Portada

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Epílogo

Biografía

Notas

Créditos

Click Ediciones

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

VOLVIENDO A TI

Los Bianchi 3

Moruená Estríngana



Prólogo



Don Andrea regresó del hospital tras sufrir un infarto. Se había creído inmortal y ahora, con setenta años, la vida le había dado un aviso.

La verdad era que nunca se había cuidado y se había permitido muchos excesos. La mala vida.

Pero eso no era lo que más le dolía.

Lo que más le había afectado fue que, al despertar en el hospital, se vio solo. Por primera vez en su vida se dio cuenta de que todos sus amigos eran falsos y que solo lo querían por su gran fortuna. Si moría, nadie lloraría su muerte y, por mucho dinero que dejara con su marcha al otro mundo, no quedaría nada bueno de él.

Sobre todo, su hijo Dante, quien iba camino de ser peor que él.

Tenía que tomar medidas. Cambiar su testamento y hacer algo para evitarlo.

Y, si tenía dudas, escucharlo discutir con Brooke confirmó sus planes:

—¡No tienes ningún derecho a irrumpir así en mitad de mis citas! ¡No eres más que una cría!

—¡Y tú no eres más que un gilipollas que no ve más allá de su propio ombligo! ¡Esa tía solo te quiere por tu dinero, pedazo de idiota!

—¡Y a ti solo te importo porque tus padres te obligaron a hablar conmigo de niña!

Brooke lo miró dolida, triste y hundida.

Era tres años más joven que Dante, pero se conocían de toda la vida. Era su amiga; la única que siempre había estado ahí. Lo mantenía a flote para que no cayera y se hundiera del todo.

—¿De verdad piensas eso de mí? ¿Que todo lo que he hecho por ti es solo por obligación?

—Por supuesto —espetó Dante, y supo que estaba metiendo la pata, pero estaba muy enfadado. También, muy puesto hasta arriba de drogas.

Sus nuevos amigos lo incitaban a probar nuevas sustancias y todo iba demasiado deprisa. Estaba siendo un gilipollas, lo sabía, pero las emociones de su pecho estaban a punto de explotar.

Sobre todo, desde que ella le había dicho que lo quería. Eso lo rompió. Lo destrozó, porque no sabía qué coño hacer con esas palabras que nadie nunca le había dicho en toda su vida.

—Qué tonta he sido..., pero tranquilo. Me marcharé de esta casa con mi tía, para dejar de ver tu horrible cara.

Dante no dijo nada. No podía. Estaba mareado, agitado, y solo pensaba en beber.

Aun así, cuando vio a Brooke alejarse, una parte de él gritó fuerte: «¡No me dejes! ¡Me estoy hundiendo! Me hundiré sin ti...». Ella era lo único bueno en su vida.

—¡A la mierda con todo! —dijo por el contrario.

Don Andrea vio a su hijo sacar una pastilla del bolsillo y supo de qué se trataba. Lo había hecho miles de veces. Había tomado drogas caras, de diseño y toda la mierda más costosa del mercado.

Tenía que tomar medidas.

Por ese motivo, decidió cambiar su testamento.

Sentía que la muerte estaba cerca y, por primera vez en su vida, quería hacer algo diferente, aunque sabía que eso pondría la vida de Dante patas arriba.

* * *

Los siguientes meses fueron horribles para Dante, aunque estaba más tiempo puesto que otra cosa y no era consciente del paso del tiempo.

Brooke se había marchado y la casa era un infierno sin ella, lo que hizo que la odiara.

En vez de buscarla y pedirle perdón, se dejó llevar aún más por sus nuevos amigos y sus malas influencias.

A la muerte de su padre, las cosas no fueron mejor, porque, para la lectura del testamento, viajaron a Estados Unidos un par de jóvenes de Italia, que eran sus hermanos.

Unos hermanos de los que no tenía constancia y que eran un año mayores que él.

Los dos llevaban el apellido de su padre, porque este se lo dio al nacer, pero, luego, el muy cabrón nunca ejerció su papel.

«Típico de su él», pensó Dante.

Dante escuchó la lectura del testamento creyendo que su padre se había vuelto loco.

—¡Eso no puede ser verdad! ¡Todo su imperio es mío y solo mío! —gritó y miró enfadado a los dos jóvenes—. No pienso compartir nada con estos dos...

—Tranquilo, que solo estamos aquí para que nuestras madres tengan un hogar —dijo el que llevaba un gorro de lana.

Su mirada era afilada y Dante supo que, si tenía que meterle un guantazo, lo haría sin dudar. Alto y de anchos hombros, ojos azul oscuro y pelo negro, se llamaba Giovanni y se parecía a su padre.

Los tres se parecían a él. Salvo que Dante tenía el pelo castaño, tirando a rubio, a diferencia

de los otros dos, que lo tenían negro.

—Si pasas la prueba, todo será tuyo. A excepción de las viviendas que se han comprado para sus madres y la pequeña paga que se ha dispuesto para ellas por no haberse hecho cargo de sus hijos todos estos años —indicó el notario a Dante—. Y vosotros solo tenéis que aguantar hasta que Dante acabe la universidad para que nadie os pueda quitar nada.

—No es tan complicado, señor —dijo el mayordomo, que además era amigo de su padre y quien le llevaba todo—. Solo tienen que hacerse amigos... Nada más.

—¿Nada más? ¡Antes me voy al infierno que ir ahora de hermano con nadie! ¡Que os jodan a todos!

Dante se fue y se sacó un porro del bolsillo.

Estaba nervioso, agitado, y lo triste es que sabía que, si no quería perderlo todo, debía soportar a esos dos los siguientes cinco años.

Su vida no podía ir a peor, y todo por culpa del retorcido de su padre, que nunca ejerció como tal y que ahora se creía que, por estar muerto, tenía derecho a cambiar su vida.

—Ojalá te pudras en el infierno, padre —soltó Dante, antes de perderse con su moto, sin importarle que, por el estado en el que se encontraba, pudiera acabar teniendo un accidente o morir.

—Señor —lo llamó el mayordomo cuando llegó a casa borracho y fuera de sí—, hay algo más que no escuchó del testamento.

—¿Otra putada más? Habla. —Dante lo observó desafiante, aunque de inmediato apartó la mirada, porque ese hombre era el padre de Brooke y le recordaba a ella.

—En el testamento había un apartado para mi hija. —Dante lo miró nervioso—. Su padre le ha pagado la carrera de Diseño, pero solo si la estudia en la misma universidad a la que vaya usted.

Dante asintió.

Ella volvería.

Tenía unos años para ser algo mejor de lo que era. Alguien que no se asustara por un te quiero o que no estropeará lo más bonito que le había dado la vida.

Tenía unos cuatro años para dejar de ser un capullo. Algo complicado, porque ser un idiota le venía de serie.

Entró en su cuarto agitado, nervioso y muy puesto. Entonces, tomó una decisión por ella: nada de drogas y nada de bebida.

Por ella, tenía que ser mejor. Al fin y al cabo, ella era su mejor amiga y pensaba luchar por recuperarla.

Capítulo 1



Brooke

Llego a la casa de mis padres, o, más bien, a la zona de sirvientes donde estos viven desde hace años. Era el hogar de don Andrea y ahora es el de Dante.

Aparco el coche en la puerta y mi padre sale feliz para recibirme.

Yo miro con el corazón apretado este sitio, donde se esconden tantos recuerdos.

El peor de todos, cuando Dante no se creyó que lo quisiera. Me dijo que solo estaba a su lado porque mis padres me obligaron. Cuando me insinuaron que jugara con él, tenía solo tres años y Dante seis. No me podía creer que el muy idiota llevara todos esos años pensando que estaba a su lado solo por eso. Que todo era fingido y que cada vez que estuve cerca de él fue una mentira, cuando yo era lo único real en su vida de niño rico.

Conozco a Dante. Sé que es un capullo, pero conmigo siempre mostró otra cara, hasta que le confesé que le quería.

Pareció que le había dicho que se estaba muriendo.

Desde ese momento, todo se estropeó entre los dos, hasta que me echó en cara eso que llevaba guardado y me di cuenta de que en realidad no lo conocía.

Lo odié y lo sigo odiando, porque hasta ese instante creí que, para él, yo era intocable. Me percaté de que me había inventado nuestra historia y que nunca fue real.

—Hija, estás preciosa, aunque no sé si me gustan las puntas rosas de tu pelo.

Mi padre toca mis puntas rosas. Tengo el cabello rubio y lo de las puntas rosas es un toque que le di antes de venir a la universidad, porque no quería ser la misma que se fue aquel día. Han pasado cuatro años y he cambiado en muchos aspectos, y no solo físicamente.

No pensaba venir a estudiar, pero mi padre me dijo que Dante había firmado un contrato.

Cuando lo leí, pensé que se había vuelto loco, porque me ha dado la posibilidad de poder quitarle todo si se acerca a mí y me incomoda, a través de un contrato que hemos firmado los dos. Solo tengo que decírselo al administrador de sus bienes.

Luego, sentí dolor, porque Dante nunca hará nada para perder su fortuna.

Decidí venir porque sabía que él nunca se acercaría a mí y, en el fondo, siento pesar de que sea capaz de hacer algo así, porque tiene claro que no piensa cruzarse en mi camino.

Lo que siento por él ahora solo es odio.

Mi madre sale corriendo de la casa.

Sé que Dante no está, porque escribí antes de venir. Mi padre me informó de que ha pasado el verano aquí, pero que ya está en su cuarto en la fraternidad.

«Cómo no... Así no arriesga su fortuna. ¡Capullo!»

—¡Qué guapa estás! —Mi madre me abraza con fuerza y mira mis puntas rosas—. Me encantan.

—Estáis locas las dos —indica mi padre.

Mi madre y yo nos parecemos mucho.

Ella cocina en la gran casa y mi padre es el mayordomo.

—Vamos dentro. Tenemos mucho de que hablar —comenta mi madre.

Voy con ella mientras mi padre entra en el coche para aparcarlo y coger mis cosas.

Entramos en la casa por la puerta de servicio y los recuerdos me asfixian de nuevo.

En cada rincón nos veo a Dante y a mí, aunque yo era siempre la que hablaba. A él le gustaba escuchar.

Le contaba cosas del colegio, le leía cuentos y luego novelas.

Nunca fue un niño normal.

Mientras él acudía a fiestas, yo soñaba con ir a ellas con preciosos vestidos diseñados por mí.

Él nunca parecía feliz con todo eso. Su padre siempre le hacía viajar a su lado para conocer mucha gente, porque era su heredero.

Nunca mencionó que tenía dos hijos más. Fue una sorpresa descubrirlo y sé que para Dante no fue fácil, porque odia a la gente la mayor parte del tiempo.

Desde niño no soporta mucho a la gente, pero siempre ha sabido cómo comportarse.

Lo he visto a escondidas en las fiestas que daba su padre y parecía otro. Me dolía ver cómo cambiaba, aunque, si era sincera, sus sonrisas ladeadas eran todas mías.

Eso hacía que me creyera importante y, sin darme cuenta, me enamoré perdidamente de él.

¡Qué tonta fui!

Paso a la cocina donde Dante y yo hemos compartido tantas meriendas, mientras me ayudaba con los deberes. Mis padres no podían pagarme un profesor particular y él siempre fue por delante de los de su clase. Es superdotado, pero odia que la gente lo sepa.

Su padre insistió muchas veces en que asistiera a un curso adecuado a su capacidad intelectual, pero Dante prefería la muerte, así que estudiaba lo justo para no delatarse.

Por eso, cuando yo tenía problemas, me ayudaba. Era algo sencillo y hasta casi aburrido para él.

Dante se aburría de todo con mucha facilidad.

Yo sé todos sus secretos, hasta los que nadie debería saber. Los sé porque nací en esta casa y he vivido aquí desde niña.

A veces pensaba que solo estaba a mi lado porque tenía miedo de que revelara su mayor secreto y por eso, cuando me echó todo eso en cara, lo tuve claro: estaba a mi lado para comprar mi silencio.

—Te pongo algo de comer —me dice mi madre, muy feliz de que esté aquí—. Por cierto, Dante ha dicho que no vendrá a la casa salvo para las fiestas de la empresa. Por lo que puedes estar aquí con nosotros sin miedo a cruzártelo.

—¡Qué detalle! —ironizo.

—Brooke, creo que Dante y tú debéis hablar...

—No pienso hablar con ese niño pijo malcriado.

—Sabes que a Dante le importas.

—Solo le importa su dinero. Nunca le importó nada más. Y, bueno, los coches. El resto para él somos prescindibles.

—Hija..., no seas tan dura con él.

—No quiero hablar de Dante.

Mi madre asiente al ver mi mirada fría al pensar en quien fue mi amigo.

Como algo y luego me marchó a mi dormitorio, donde no parece haber pasado el tiempo. Todo está como lo dejé antes de irme a vivir con mi tía, la hermana de mi madre.

Ella tiene un hijo mayor que yo y siempre hemos estado muy unidas. Por eso, cuando todo pasó, me abrió su casa para que pudiera seguir con mi vida lejos de aquí, como ya me había propuesto muchas veces.

Descanso un poco tras el viaje, sin querer mirar al corcho donde están todos los recuerdos que fui dejando de Dante.

Aún duele mirar atrás y tal vez nunca lo supere, porque, aunque lo odie, un día fue la única persona con la que me sentí yo misma, a pesar de todo. Duele saber que yo solo fui para él el entretenimiento de un niño rico.

Capítulo 2



Dante

Entro en mi cuarto y las primas Wilson están en mi cama sentadas, esperándome.

Al verme, sonríen como si de verdad les gustara tenerme cerca, y eso que la mayor parte del tiempo lo paso siendo un capullo.

Pero están locas y por eso siguen aquí.

—Vaya verano te has pegado sin venir a ver a tus amigos —dice Lead.

—He tenido muchas fiestas. —Dejo la maleta en el armario.

—Oh..., ha tenido muchas fiestas y ha estado tan ocupado que casi no ha escrito —apunta Candy con recochineo.

—Es lo que tiene ser yo —comento, y ambas se ríen.

Tras Brooke, pensé que nunca más tendría una amiga. Claro que yo no necesito a nadie... O eso me encanta creer, para sentirme menos solo. Entonces, apareció Lead y me recordó en muchas cosas a Brooke. Aunque quien más se le parece es Candy, porque las dos tienen esa alma de artista.

A Brooke le gustaba diseñar cosas. Su sueño es tener una línea de moda con su nombre.

Por eso, he movido algunos hilos y pagado dinero para que Brooke comparta habitación con Candy, ahora que Lead duerme en la casa de las animadoras.

No quiero que comparta cuarto con alguna psicópata que se aproveche de la dulzura de Brooke... Porque al menos hace cuatro años era dulce, cariñosa, atenta y la persona más confiada que he conocido.

Por eso acabó soportando a alguien como yo, porque para ella todos eran buenos.

Menos mal que en el colegio yo la aparté de más de un capullo, hasta que se fue y se quedó sola en un mundo de buitres.

Seguro que algún idiota la desvirgó sin cuidado.

Solo pensarlo me dan ganas de arrancarle la cabeza a quien la hiciera llorar, por no saber amar

a alguien como ella.

—¿Listo para tu último año de carrera? —me pregunta Lead—. Este será más duro.

Ella también está en el último curso y le quedan algunas asignaturas de los anteriores, como a mis hermanos.

Por eso siguen aquí, aunque este año esperan acabar.

Con suerte, los perderé de vista para siempre cuando acabe este *show* que mi padre quiso para el fin de sus días. Como si de verdad yo le importara...

—Por supuesto —indico, sin decirles que podía haber acabado la carrera hace tiempo.

Prefiero que nadie sepa de mi inteligencia, porque la gente no soporta a los sabelotodo. Se me da mejor ser un capullo que un superdotado, la verdad.

Al capullo no se le acerca la gente.

Mis hermanos entran en el cuarto como si fuera de ellos.

Me saludan y preguntan a sus chicas por la cena. Si pedimos algo o la hacemos.

Me incluyen, como si a mí me gustara comer con ellos y jugar a las casitas.

—No pienso soportaros más tiempo por hoy. Prefiero estar solo.

—Capullo —me dice Massimo—. Tenemos que ir mañana a ver cómo va todo en el circuito. Tendrás que soportarme un poco más.

—¡Qué remedio!

Massimo sonríe y se marcha con el resto.

Cuando me quedo solo, la soledad me asfixia, aunque debería de estar acostumbrado. Por eso, busco mis cascos y me pongo música mientras coloco todo en este lugar que debería odiar por lo pequeño y feo que es, pero que, de algún modo, me ha dado paz estos años.

Aunque no lo siento como un hogar propiamente dicho, y por eso nada habla de mí aquí.

* * *

—Brooke está en casa —me informa el padre de esta, porque se lo pedí—. ¿Quiere que le diga algo de su parte?

—No —respondo antes de colgar.

Solo quería saber que no había salido corriendo en el último momento.

Ahora que está aquí, me toca mover ficha a mí.

Ha vuelto a mi terreno.

Capítulo 3



Brooke

Llego a la residencia donde dormiré, que está cerca de la universidad.
Aparco mi coche y miro nerviosa, como si Dante fuera a aparecer en cualquier momento.
Cosa que dudo, porque podría quitarle todo.
Aun así, cuando estoy entrando y veo a alguien muy parecido a Dante se me para el corazón.
He estado investigando en redes y sé que es Massimo Bianchi, corredor del equipo de fútbol y hermano mediano de Dante.
Sube por las escaleras y algunas personas lo saludan.
Él les devuelve el saludo.
Entro en el ascensor y marco mi planta, arrastrando mi maleta rosa.
Al salir al rellano, veo a varias personas y algunas habitaciones abiertas.
Muchos me miran curiosos.
Ando nerviosa, ya que no he sido nunca alguien con un especial don de gentes. Me gustan las personas y me gusta conocer gente nueva, pero soy muy selectiva y suelo huir de las que me hacen sentir mal.
Mi madre dice que es un don, porque así evito a la gente que me resta en la vida.
Yo creo que es un don un poco solitario.
Tal vez por eso encajé con Dante, porque él siempre parece odiar a todos.
Llego a mi cuarto y llamo a la puerta.
Me abre el hermano de Dante y me quedo bloqueada.
«¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha llegado tan pronto? Claro que él es deportista y yo odio el deporte.»
—Ho... hola. Creo que esta es mi habitación y, que yo sepa, no era mixta.
—Debes de ser Brooke. —Asiento y abre del todo la puerta—. Mi novia tenía que salir a recoger unas cosas y me pidió que estuviera aquí por si venías. Casi no llego, por lo que veo. —

Por su agitación, entiendo que ha venido corriendo, y de ahí que haya llegado antes.

Sonríe.

Aunque es muy parecido a Dante, veo muchas cosas diferentes. Para empezar, los ojos.

Los de Massimo son dorados y los de Dante de un raro color violeta, que me sabía de memoria.

No he visto a Dante en cuatro años, pero, aunque Massimo es muy sexi, Dante lo es mucho más para mí.

No es porque me siga gustando ese ser del demonio, ni nada por el estilo.

—Vale, gracias por estar aquí.

Meto las cosas y veo un precioso unicornio en la pared. Alrededor de este hay multitud de dibujos y fotografías. Sobre todo de Massimo.

También hay un dibujo de este junto a una chica muy guapa, en la playa de Santa Mónica, a punto de darse un beso, con la feria de fondo. Otro de una chica morena, saltando tras un chico, parecido a Massimo, que debe de ser Giovanni.

Hay mucho arte y mucho amor en este espacio.

—Veo que te gusta.

—Sí, mucho. Voy a estudiar Diseño de Moda.

—Entonces, os llevareis bien.

Sonríe y veo en él una calidez que me hace sentirme bien.

Me pregunto si Dante y él ya son amigos, aunque sé la respuesta: no.

Dante es capaz de perder toda la fortuna antes de admitir que es amigo de alguien.

El amor es una debilidad para él y no quiere que nadie sepa cuánto le importa, porque opina que eso les da mucho poder.

—Este lado del cuarto está preparado para ti y los colchones son nuevos. Bastante cómodos, la verdad. —Por su media sonrisa, sé que los ha probado con su novia.

—Si tenéis sexo, por favor, poned un calcetín en la puerta.

Se ríe y ese tono es precioso.

No sé si es como la risa de Dante, porque nunca lo escuché reír a carcajadas. Con él una media sonrisa era ya un triunfo.

—¿Por qué me miras así? Es como si me conocieras. ¿Nos hemos visto en alguna parte?

Me sonrojo lo que no está escrito.

—No, yo... Bueno, yo... Conozco a Dante.

Entonces sí que me observa sorprendido.

—Vale, eres uno de sus ligues...

—¡No! ¡Ni de coña! —Pongo cara de asco y eso sí le sorprende—. Dante y yo nos conocemos desde que nací en su casa, una noche de invierno. Él se coló para ver qué pasaba y por qué gritaba mi madre. —Sonríe, a pesar de todo, por ese recuerdo que me han contado tantas veces.

—¿Erais amigos?

—No, yo creía que sí, pero Dante no tiene amigos.

—Bueno, nunca lo ha admitido, pero es amigo de mi novia y de su prima. Sé que las aprecia.

—¿Y sabe lo que es eso? —Se ríe—. Fuimos los mejores amigos, o eso creía yo, pero luego descubrí que era mentira. Hace cuatro años que no nos vemos.

—Entiendo que Dante hizo lo que mejor se le da: ser un gilipollas.

—Enorme.

Sonríe.

—Bueno, no se lo digas, pero yo creo que es porque no sabe hacer otra cosa.

—Ya, pero yo era su amiga. Nunca esperé nada de él... Bueno, déjalo, tu hermano es un capullo y yo no pienso cruzarme con él nunca.

—Algo complicado, estudiando en la misma universidad.

—Podré lograrlo.

La puerta se abre y aparece una chica muy guapa, agitada.

La reconozco, por las fotos, como la novia de Massimo.

Cuando nos ve, sonríe y su mirada se vuelve preciosa cuando se acerca a su novio y este la besa en la frente.

—Hola, soy Candy. Es un placer tenerte aquí.

—Yo soy Brooke.

Sonríe con una calidez que me hace sentir bien. No noto ese escozor en el pecho que me indica que deba tener cuidado.

Nos damos la mano y pasamos a hablar de arte.

Massimo se marcha y nos deja solas.

Ordeno mis cosas y respiro más relajada. Tenía mucho miedo de quién sería mi compañera y ahora, al fin, ese miedo se ha disipado.

Capítulo 4



Dante

Massimo entra a mi habitación sin llamar.

Lo fulmino con la mirada, pero le importa una mierda y se sienta en la silla del escritorio.

—He conocido a Brooke. Qué casualidad que sea una antigua amiga tuya, cuyos padres trabajan en tu casa, y que esté en el cuarto de mi novia. ¿Cuántos hilos has movido para que esto pase? Porque no me creo que esto sea casualidad. Te sigue importando esa chica.

—A mí no me importa nadie —le digo como si fuera verdad.

Lo que me sorprende es que Massimo haya sabido atar cabos tan rápido. No es tan tonto como creía; cosa que ya sabía, pero que nunca le confesaré.

—Aunque no te importa, te diré que ella y Candy han congeniado enseguida y se han puesto a hablar de arte. Van a ser buenas amigas, y sé que ya lo sabías y que por eso lo has hecho: para que Brooke tenga un apoyo aquí.

—Yo nunca haría algo así por nadie.

—Ya, claro. Ah..., y te debe de conocer muy bien, porque te odia.

La verdad es que lo esperaba. Sus palabras no me sorprenden.

—Como si eso me importara.

—Bueno, para que alguien te odie con tanta fuerza, primero tuvo que quererte... Por si no lo sabes, y eso.

—¿Tengo cara de que me importe todo esto?

Me mira y sonrío.

—Te iré informando, por si en el fondo te importa más de lo que nunca admitirás.

Massimo se marcha y me deja solo.

En cuanto me quedo sin su charla incesante, no puedo evitar pensar en Brooke y en cuánto me alivia que mis planes estén saliendo tan bien.

Ella se merece una amiga y siempre le costó hacer nuevas amistades. Claro que ella fue a un

colegio de niños pijos, que odiaban a los que tuvieran menos dinero que ellos.

Mi padre le pagaba las clases, pero se equivocó con que acudiera a mi colegio, pensando que eso era lo mejor para ella.

Participé en varias peleas con algún que otro capullo que se metía con su ropa y advertí a más de una de lo que le haría a su familia si le decían algo.

Todo eso hacía que Brooke no tuviera muchos amigos.

Aunque no los necesitaba, porque ese colegio estaba plagado de gilipollas. Yo el primero, claro.

No sé cómo le habrán ido las cosas con su tía.

Seguro que mejor.

Espero que mejor.

Nunca me he metido en sus redes sociales y yo dejé de usarlas, porque las utilizaba con ella.

Brooke me ayudaba con las fotos y las editaba.

Cuando se fue, las odié, porque me recordaban lo que perdí.

Es solo una mujer, una persona insignificante en este mundo donde nadie vale nada. No debería darle tanto poder...

A quién quiero engañar. Ella no es como el resto de los mortales. Ella es la única por la que destruiría este puto mundo si eso la hiciera feliz.

Aunque eso me condenara a los infiernos, lo haría para que me sonriera de nuevo.

Capítulo 5



Brooke

Candy me cae realmente bien. Saber que es amiga de Dante me sorprende mucho y hace que sienta un escozor en el pecho porque él, que nunca ha tenido amigas, de golpe tenga dos y ninguna sea yo.

Claro que a mí no me importa. O eso quiero creer.

No soy tonta para no saber que tarde o temprano nos encontraremos.

Tal vez, a lo lejos.

Quizás, sin querer, en los pasillos.

He cambiado en estos cuatro años. Ya no soy esa niña a medio madurar, que era más plana que una tabla por una regla tardía.

Mientras otras compañeras a mi edad tenían cuerpos de escándalo, con catorce años yo parecía más pequeña.

No sé cómo fui tan tonta para ponerme ante él y decirle que lo quería. Él, que podía tener a mujeres preciosas, nunca se fijaría en esa joven con cuerpo de niña.

Tal vez no esperaba su crueldad o el dolor que vi en sus ojos cuando le dije que lo quería, como si lo estuviera matando.

Tampoco que, cuando vi que se liaba con Estela y yo sabía que ella solo lo quería usar por su dinero, me tratara de malos modos cuando entré en el salón para detenerlos.

Ella no era buena persona. En el instituto siempre decía que su meta era conseguir a un rico y que nunca pensaba enamorarse de él. Solo quería su dinero.

Y de pronto, Dante, que hasta entonces pasaba de tener novias, empezó a interesarse por ella poco después de que yo le dijera lo que sentía.

Pensé que lo hacía para que viera que no podría haber nada entre los dos, hasta que la trajo a casa.

Estela me miró triunfante, como diciendo que me jodiera.

No lo pensé dos veces.

Entré y los interrumpí, para contarle lo que ella pretendía.

Estela lo negó todo, cómo no, y Dante no dijo nada.

Salí del salón enfadada, nos dijimos cosas horribles y acabé por marcharme de la casa.

Lo peor era que Estela me hacía la vida imposible en el instituto. Me odiaba por ser amiga de Dante, y que él, entre todas las personas, la eligiera, sabiendo cómo me trataba, fue lo que me hizo estallar e irme.

Si de verdad le hubiera importado, no le habría interesado una persona que daña a quien quieres.

Es mejor dejar el pasado atrás y olvidarme de Dante, y de Estela, para siempre.

A lo mejor no me reconoce cuando me vea, por lo mucho que he cambiado. Quizás se haga el tonto, que es lo que mejor se le da.

* * *

El primer día de universidad estoy muy nerviosa.

Tal vez por eso, Candy y su prima me acompañan para que me sienta arropada.

Las he conocido a las dos estos días y me caen muy bien. Sus novios también, y no se parecen mucho a Dante.

Tampoco creo que les ponga fácil lo de ser amigos.

Dante lo tiene jodido si quiere recuperar su herencia, pero seguro que hace lo que sea para conseguirla. Al fin y al cabo, en vez de estar en su gran casa, con trabajadores que le hagan todo, vive cerca de la universidad. Eso es porque le interesa el dinero, porque el Dante que yo conocí no sabía hacer nada del hogar.

—Ya estamos —dice Candy cuando llegamos al sitio donde serán mis clases—. Seguro que todo sale muy bien y, para cualquier cosa que necesites, tienes nuestros teléfonos. También el de los chicos.

—No os preocupéis. Seguro que va bien.

—Eso sin duda —afirma Lead con un apretón de manos—. Luego comemos juntas y nos cuentas.

—Vale.

Me despido de ellas y entro para buscar mi primera clase.

Llego a ella y hago fotos de todo para mandárselas a mis padres. Les digo en el grupo de WhatsApp que todo va bien.

También escribo a mi tía.

Ella me responde algo que me deja inquieta:

Tía:

Joss ha preguntado por ti.

Leo el mensaje varias veces y le respondo que no le diga nada.

Inquieta, guardo el móvil, pensando en Joss. Es alguien que no fue como yo creía y pensar en él me pone nerviosa. La clase no empieza tan bien como yo esperaba, recordando un pasado que me encantaría olvidar.

Intento no darle muchas vueltas a lo largo de la mañana. Ni tampoco a la idea de encontrarme con Dante. Debo centrarme en las clases.

Hasta que en la cafetería veo a varios del equipo de fútbol, con las chaquetas, y me tenso, pensando que pueda estar él.

Cojo mi café y algo de comer para sentarme en una mesa mientras hago bocetos en mi libreta. Es algo que me relaja mucho y me abstrae del mundo.

—Lo he visto —dice una en la mesa donde estoy, que acaba de ocupar con una amiga—. A nuestro sexi *quarterback*.

«Mierda, mierda, mierda.»

Tensa, miro por la cafetería para ver si veo a Dante. No lo encuentro, pero sigo inquieta.

—¿Dónde? —pregunta su amiga.

—Cerca de aquí. Lo vi paseando y aproveché para presentarme.

—¿Y es tan guapo como parece?

Las miro y parecen de mi edad. Lo mismo es su primer año y están deseando conocer a Dante.

Pues que vayan preparadas, porque Dante odia tocar a nadie. Tiene que ser un témpano de hielo en la cama. Donde seguro que el sexo con él es egoísta y frío.

Nunca entendí la razón y, cuando le preguntaba, me miraba con frialdad y me decía: ¿de verdad no lo sabes o te haces la tonta para que me abra a ti?

Siempre se cerraba en banda y se iba.

Nunca supe qué debía saber yo, para comprender por qué odiaba que nadie lo tocara.

Nadie, menos yo, que siempre pude tocarlo.

Al menos, antes era así.

Un día me dijo que yo era como un bálsamo para él.

Claro que estaba borracho. Sobrio, dudo que nunca me hubiera dicho algo tan cursi para el frío Dante.

—Es mucho más guapo y sexi en persona. Y muy alto. Joder..., en la cama tiene que ser un puto dios.

—Este fin de semana hay una fiesta. Pienso ponerme mi mejor vestido para conquistarlo.

—Eso lo haré yo.

Se ríen y siguen comiendo, mientras hablan de otra cosa que no sea Dante.

Me remuevo nerviosa, porque no me gusta pensar en él.

No me gusta, pero aquí estoy: en la universidad donde Dante es un puto dios, por ser el *quarterback* del equipo.

Tal vez debí negarme a venir, pero ahora yo tengo la sartén por el mango y me gusta ese

poder. Saber que, si quiero, puedo joderle la vida.

* * *

—Entonces, ¿ha ido bien? —me pregunta Candy mientras comemos comida china en cajas de cartón.

—La verdad es que sí. Mejor de lo que esperaba.

Las dos primas sonríen y me piden que les hable de las clases.

—Yo, mi primer día, lo pasé mal, hasta que me encontré con Giò y todo cambió. —A Lead le brillan los ojos al hablar de su novio.

—A mí me fue bien —dice Candy—, aunque estaba aún jodida por mi expareja. Es un capullo integral. ¿Algún ex capullo en tu maleta?

Pienso en Joss y en si se puede considerar ex.

—Tengo a varios que desearía olvidar —les indico.

—Bueno, al final se olvida —apunta Candy—, pero, si necesitas ayuda para decirle cuatro cosas, yo te doy unos consejos.

—Se plantó en la fraternidad de su exnovio y le soltó todo lo que no le había dicho en su día, delante de todos sus nuevos amigos —me explica Lead, y Candy se ríe.

—Fue flipante, aunque lo más emocionante fue el beso de Massimo.

Todavía me sigue pareciendo increíble cada cosa que cuentan de los hermanos Bianchi y lo poco que se parecen a Dante.

Ellas saben de mí lo mismo que Massimo y, por suerte, no quieren presionarme para que les cuente más. Eso hace que me sienta tranquila a su lado.

Llaman la puerta cuando hemos terminado de comer y Lead va a abrir. Por su sonrisilla, ya sé que al otro lado estará Giò, y así es.

—He venido para ir juntos al trabajo.

Ambos están haciendo prácticas en una clínica de fisioterapia, no muy lejos de la universidad.

Giò entra y me pregunta por las clases.

Es dulce y cariñoso. Se nota que es muy buena persona.

Dante se lo habrá comido con patatas. O tal vez no, porque no todo lo que se ve es lo que parece, pero Dante nunca me preguntó qué tal mi día o si estaba bien. No como Giò, que se preocupa por cómo me encuentro.

Dante solo me decía: ¿sigues viva? ¿No te han matado en las clases?

Nunca me sonrió feliz o me miró como si estar a mi lado no fuera una molestia. Por eso, cuando nos enfadamos, pensé que en realidad no quería estar ahí.

A pesar de que nunca se fue. Siempre estuvo cerca, y en silencio. Fue mi mejor aliado.

Hasta que nos enfadamos por Estela; una persona que no merecía la pena.

Sentí que la antepuso por delante de mí y de mis sentimientos, sin importarle el daño que me

hacía.

Pasé de creer que lo conocía como nadie a sentir que en realidad era un extraño para mí.

Al fin y al cabo, él era el niño rico y yo la hija del mayordomo y la cocinera.

Las clases no se juntan en nuestro mundo. Eso es lo que decía siempre mi madre para que no lo olvidara.

—Por cierto, busco trabajo, para pagarme los gastos extras de la universidad. El padre de Dante solo dejó pagada la carrera y los libros, pero no todo lo demás. Aunque ya es demasiado, la verdad. —Me muerdo la boca incómoda—. Y bueno, mis padres me quieren mandar dinero, pero no quiero abusar de ellos.

—Te entendemos —indica Giò.

—Donde yo trabajo, siempre buscan gente —comenta Candy—. Vente conmigo ahora y preguntamos a Cruz, por si puede hacerte una prueba. Es en una cafetería.

Asiento, porque me parece bien y porque es un lugar al que nunca iría el Dante que yo conozco. Odia el café de las cafeterías, porque decía que estaba aguado.

A mi madre le compró una máquina especial y le hizo hacer un curso de cafés para que salieran en su punto perfecto.

Es muy exquisito, el niño.

Aún me cuesta creer que don Dante esté aquí, en la universidad, sin nadie a su cargo que haga todo lo que quiere.

—Perfecto. Iré.

Candy me sonríe feliz.

Poco a poco se me pasa el miedo de que aparezca Dante y que todo lo que estoy construyendo se destruya por su presencia.

Sé que un día nos veremos de frente, pero no sé si estoy preparada para ese momento, o si lo estaré algún día.

* * *

Cruz me parece una persona adorable y, tras hacerme una prueba, me da un puesto de trabajo.

Candy me ha dicho que está un poco decaído porque Inés, que era su novia, lo ha dejado, porque no quiere algo tan serio de momento. Me explica que Inés es buena chica, pero que este verano empezó a salir con unas compañeras de universidad que están un poco locas y no las soporta, y que cree que por eso ha cambiado tanto.

Ya la conoceré, porque trabaja también aquí. Cruz y ella han quedado como amigos.

Como hoy no hay mucha gente, Cruz y Candy me explican algunas cosas y Massimo se pasa a media tarde, para darme otros consejos. Él también trabaja aquí.

Candy lo mira enamorada y hablan de hacerse un nuevo tatuaje.

—¿Hacéis tatuajes?

—Sí, bueno, de forma casera —comenta Candy—. Si quieres uno, me lo dices.

—Gracias.

Pienso en las estrellas que siempre quise lucir en mi cuerpo. Dante y yo lo hablamos de niños, porque para nosotros las estrellas son importantes.

Él se sabía el nombre de todas y por la noche, cuando el resto de los habitantes de la casa dormía, me hablaba de ellas en el balcón de su habitación.

Dante miraba el cielo, perdido con toda la información que retiene en su mente, y yo siempre veía las estrellas reflejadas en sus ojos.

Aparto este pensamiento de mi mente y me centro en otra cosa.

Proponen ir a comer unas hamburguesas y empiezo a decir que no, pero Massimo impide que me niegue.

Al final acepto y vamos, junto con Cruz, al acabar la jornada.

Giò y Lead se nos unen cuando estamos pidiendo. Los dos tienen cara de cansados por el trabajo.

Pido una hamburguesa sencilla, porque no me gusta que lleven muchas cosas. Soy de carne, queso y beicon. Nada más. Parezco una niña cuando como, pero lo siento, soy más de menú infantil que de adulto y no pienso sentirme mal por ello.

Se ponen a hablar de fútbol y es como si estuviera de vuelta en casa de mi tía.

Mi primo jugaba en su equipo de la universidad. Mi tía lo obligó a presentarme a sus amigos cuando llegué y, aunque al principio me molestó, luego hice buenas amistades. O eso creía yo.

Con lo que pasó con Joss, la cosa cambió y dejé de salir con ellos, porque lo entendían más a él que a mí.

Mi primo, no, pero me dijo que, como yo me iba a ir y él se quedaría allí, no podía perder a sus amigos poniéndose de mi lado, porque se quedaría solo.

Entendía que tuviera miedo a la soledad, pero estar con ese tipo de amigos también es estar solo, aunque no lo creas.

De vuelta a la residencia, Massimo nos acompaña y entro en la habitación cuando veo que ellos quieren despedirse con un beso más intenso.

Cuanto más tiempo paso con los hermanos Bianchi, más claro tengo que Dante tendrá que hacer un esfuerzo enorme para no perderlo todo. No se parecen en nada. Massimo y Giò son más cercanos y humanos.

Dante a veces parece sacado del mismo infierno.

Pero es su problema.

El mío es no cruzármelo nunca. A ver si con suerte sigue siendo posible.

Capítulo 6



Brooke

Una semana de universidad y cada vez me siento más a gusto en este sitio.

Tengo claro que Dante hará lo imposible por no cruzarse en mi camino.

Si soy sincera, me duele, porque me recuerda que él antepone todo lo material a lo demás. Es un claro recordatorio de que nunca le importé como amiga, porque, si no, hubiera montado su culo en su avión privado para venir a buscarme en estos cuatro años, pero no lo hizo.

Lo triste es que yo siempre me sentí especial a su lado y cuesta aceptar que todo fue mentira, a pesar del tiempo que ha pasado.

Lo odio, porque, aunque está haciendo lo que prometió, sigo pendiente de ese ser sin corazón.

Tras ponerme los cascos inalámbricos empiezo a crear diseños para mi marca.

Estoy aprendiendo mucho en clase y quiero usarlo para mis creaciones.

Estoy haciendo una chaqueta de hombre cuando me parece escuchar que llaman a mi puerta con los nudillos.

La acción se repite con fuerza.

Está claro que quien toca tiene muy poca paciencia.

Abro la puerta, molesta por su insistencia, y cuando veo a Dante mi tonto corazón da un respingo antes de acelerarse como un loco.

Odio que reaccione así, pero decido pensar que es por verlo al cabo de tantos años y nada más.

Su mirada pasa de superioridad a sorpresa, como si no esperara ver lo que tiene delante.

Veo como me observa de arriba abajo incrédulo.

¿Acaso esperaba que siguiera siendo esa niña plana y sin curvas?

Por su mirada, sí. No da crédito a lo que ve y me jode seguir leyendo en sus ojos con tanta facilidad.

No quiero mirarlo, no quiero fijarme en los cambios... No quiero sentir nada, pero el corazón

me va a estallar en el pecho y no puedo evitar fijarme en como el tiempo ha madurado su belleza y ha acentuado cada uno de sus ángulos, hasta convertirlo en un hombre increíblemente apuesto.

Para mi desgracia, es más jodidamente sexi de lo que esperaba.

Dante siempre ha sido un chico fuerte, pero ahora sus músculos son más destacables. Sobre todo, con ese polo negro de niño pijo y esos pantalones de pinzas. Lleva tatuajes, cuando odiaba que lo tocaran.

Me sorprende esto.

Sobre todo, el que veo en su brazo, de constelaciones.

Lo miro a los ojos y sigue observándome como si no diera crédito.

Hasta parece enfadado.

Cómo no, a él le molesta no tener el control de todo.

Sus ojos violetas son tan increíbles como recordaba y su boca, jugosa y firme. De esas que piden besos y que solo disparan palabras hirientes. El pelo castaño le cae sobre la ceja y tiene mechas más rubias en las puntas, por el sol. Algo que siempre le pasaba más en verano.

Es tan atractivo que duele mirarlo, y más porque sé que no debería apreciar su belleza ni perderme en los ángulos de su cara.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Pone gesto de dolor.

—Joder, la misma voz, pero... ¿cuándo dejaste que te crecieran las tetas?

Le cierro la puerta en las narices. ¿Pero qué se ha creído este idiota?

¡Lo odio! Ha tenido que abrir la boca y recordarme que, a pesar de los cambios, sigue siendo el mismo capullo de siempre.

Dante

Intento reponerme de lo que acabo de ver.

¿En qué momento la niña que recordaba ha crecido tanto? ¡Joder, pero si tiene un cuerpo de escándalo! ¡Y más curvas que una puta carretera! ¿Y ese pelo rubio y rosa? ¿Pero cómo ha sido posible esto?

Nervioso, miro la puerta que me ha cerrado en las narices.

Me paso las manos por el pelo, agitado.

En mi mente seguía siendo esa niña dulce de grandes ojos marrones y pecas en la nariz. Esa niña preciosa que yo atesoraba como mi diamante más valioso, aunque nunca se lo demostré.

Pero la mujer que he tenido ante mí no encaja en esa imagen infantil e inocente.

«¡Joder!»

No soy tonto para no saber cómo ha pasado esto. Es solo que no estaba preparado para el cambio. Para un cambio tan grande que deja claro que llevamos cuatro años alejados y que me he perdido esa transformación en su cuerpo.

Duele saberlo, porque desde pequeños he estado ahí para cada uno de esos cambios.

Su primer diente se le cayó a mi lado.

Juntos lo pusimos bajo la almohada y, aunque yo no creía en esas tonterías, ella sí, y sus padres estaban emocionados por jugar a ese juego.

A la mañana siguiente, me colé en su habitación y esperé a que despertara para mirar juntos bajo la almohada.

Sabía que todo era un paripé, pero su alegría me hizo sentir cientos de cosas en mi pecho.

Hicimos lo mismo con los siguientes, hasta que supo la verdad.

Yo nunca puse un diente bajo la almohada, porque mi padre me dijo, a temprana edad, la verdad de todo.

Era así de espléndido el hombre...

He visto cómo cambiaba, cómo crecía y, de golpe..., la realidad me da una tremenda bofetada y me recuerda que no he estado ahí para este cambio tan increíble.

Duele, porque siento que me he perdido toda una vida con ella.

Pero, joder, es que ha cambiado tanto...

¿Acaso soy idiota y esperaba que no hubiera sido así en estos cuatro años? ¡Sí! Al parecer soy un gilipollas que no esperaba que el paso del tiempo en ella hubiera creado una puta diosa de curvas escandalosas.

Llamo a la puerta de nuevo y, cuando me abre, me mira enfadada.

Yo también. Sus curvas me distraen más que su cara de querer sacarme los ojos.

—Como entres, te hago perderlo todo. —Me enseña un contrato y lo miro.

—¿De verdad esperas que eso me retenga? —Cruzo el umbral y me mira fuera de sí. Cierro la puerta—. Puedes quitarme la posibilidad de que herede de mi padre y hacer que renuncie a su fortuna, pero eso no hará que deje de buscarte.

Agranda los ojos.

—El dinero es lo más importante para ti. Heredar te ha traído aquí. A tener que soportar las condiciones del testamento de tu padre. ¿Esperas que crea que no te importa, Dante?

—Tengo la capacidad mental de levantar mi imperio una y otra vez, y lo sabes. Además —sonríe y me acerco—, si yo lo pierdo todo, tus padres pierden su trabajo. Piénsalo bien antes de dejarlos en la calle.

Abre los ojos como platos, al darse cuenta de mi as bajo la manga.

—¡Eres un puto cabrón! ¡Sabes que nunca haré nada contra ellos!

—Lo sé. —Me apoyo en la mesa—. Por eso hice ese contrato. Para que vinieras y luego decirte la verdad.

—¡Eres un sádico!

—Eso nunca te molestó hace años.

Me mira enfadada. Su respiración agitada sube y baja sus pechos grandes y turgentes, y mi vista va hacia ellos.

—Te odio.

—Bueno, eso no me importa. Se me da bien vivir con el odio que me profesa la gente.

«Más que con el amor. En el odio estoy tranquilo, porque lo sé llevar. El amor me bloquea.»

—¿Qué haces aquí?

—Te he dado una semana para que te adaptes a este sitio. Ahora vengo a informarte de que no pienso estar lejos de ti, que pienso volver a lo que teníamos y que, aunque no te lo creas, recuperaré a mi amiga.

Entonces, pasa algo que no esperaba: se ríe. Se ríe de mis palabras.

La miro enfadado.

—En tus mejores sueños, Dante. Si algo he aprendido en este tiempo es que en mi vida no tengo cabida para alguien como tú. Así que no pierdas tu tiempo conmigo.

Nos observamos desafiantes.

Nunca me miró así, y duele mucho.

Por eso, la miro como si no me importara, como si su odio no me matara.

—Eso lo veremos. Siempre gano y no pienso perder esta batalla.

Me marchó agitado, nervioso y sin asimilar el cambio en ella.

Cuando la miré, era como estar ante una extraña con regusto a pasado.

Llego a mi fraternidad enfadado y busco a Cruz.

—Quiero mi puesto de trabajo ya.

—¿Esperas que te lo dé sin más? Tengo que hacerte una prueba —dice, solo para tocarme las narices.

—O me lo das o hago lo imposible para que te despidan.

—Tranquilo, Dante. Solo bromeaba. Deberías aprender a hacerlo. Lo mismo así no te mueres de un infarto a edad temprana por el estrés.

—Que te jodan.

Me dirijo a mi cuarto y me encierro en él, nervioso y agitado.

He planeado este encuentro muchas veces en mi mente, pero en ninguna de ellas me dio por pensar que ella había madurado y que sería esa mujer tan increíblemente sexi.

«¡Joder! ¡Con esto no contaba!»

Me toca vigilarla y hay demasiados capullos cerca que seguro que se mueren por meterse entre sus piernas.

Antes les saco los ojos que dejar que pongan sus sucias manos en ella.

* * *

Llaman a la puerta y abro.

Lead me espera detrás con una barra de chocolate, de esas que le encantan.

Me la tiende y ni hago amago de cogerla.

—Candy me ha dicho que has ido a ver a Brooke. Está muy enfadada, por cierto. Seguro que has sacado a relucir tu encanto con ella.

Se sienta en mi cama y abre la barrita.

—Ella ya sabe cómo soy.

—Nunca se sabe todo de una persona. Nos pasamos la vida descubriendo cosas de ellas. —
Me tiende el chocolate y lo cojo a regañadientes, antes de apoyarme en el escritorio.

No dice nada. Es como si supiera que ahora mismo soy un hervidero de emociones.

Se queda a mi lado tranquila, dándome su apoyo como la amiga que es.

Al final, compartimos toda la barrita y, al acabar, sugiere ver una serie juntos. Una que nos gusta mucho a los dos.

—Y yo que creía que me ibas a dejar en paz y volver con tu novio, que te estará echando de menos.

—Mi novio sabe que a veces necesitamos tiempo a solas con nuestros amigos, y ahora, deja de gruñir y baja a hacer palomitas mientras yo lo preparo todo.

Bajo, molesto con sus tonterías, y regreso con cara de enfado.

Lead no se inquieta. No dice nada.

Solo comenta la serie y se queda conmigo.

Nunca se lo reconoceré, pero necesitaba su compañía para dejar de sentir este dolor sordo en el pecho al ver la indiferencia en los ojos de Brooke y darme cuenta de que la amiga que yo conocía ya no está.

No solo por su evidente cambio físico.

Es mucho más que eso.

Toca pensar la forma de atajar este problema y recordar a Brooke que nuestra amistad no ha terminado.

Capítulo 7



Brooke

Casi no he podido dormir en toda la noche recordando a Dante.

Pensaba que después de cuatro años lo tenía todo controlado, que podía verlo y no sentir nada. Solo indiferencia ante él, pero no.

Fue verlo y quedarme impactada por el cambio, aunque lo oculté, queriendo mostrar desinterés.

Luego, todo lo que sentía se transformó en odio, al advertir sus intenciones y ser consciente de que, cuando me mandó ese contrato, solo era para tenerme donde él quería, sabiendo que no tendría nada que hacer.

¡Es un puto egoísta! Un sádico sin corazón y un desgraciado.

Pues va listo si piensa que me quedaré quieta mientras él mueve los hilos como le da la gana.

Pienso plantarle cara, por mucho que, desde que nació, se crea un dios.

Si quiere guerra, se la daré.

* * *

Llego a la universidad y, cuando no veo a Dante por ningún lado, me relajo.

Unos compañeros proponen ir a tomar algo a la cafetería. Me miran y acepto.

Si quiero hacer amigos, no puedo cerrarme en mi burbuja.

Vamos a la cafetería y pedimos algo para comer.

Algunos piden una cerveza, lo que me sorprende, por las horas que son.

Los veo hablar y no me gusta este rollo.

Además, uno trata de tocarme más de una vez, pero me aparto y no hace nada.

Otro me mira las tetas con descaro y veo como se relame.

La cosa empeora cuando observo como se pasan droga bajo la mesa con disimulo.

Si ya tenía claro que pensaba marcharme de aquí, esto solo me da una excusa para salir por patas.

«¿Pero dónde me he metido?»

—¿Quieres? —me pregunta una de ellas.

—No, no quiere —dice alguien por mí antes de que pueda negarme, y aparta mi silla para que me levante.

Dante pone su mano en mi cintura; su agarre es firme y, cuando lo observo, veo que está mirando a todos como si les quisiera volar la cabeza.

—Y como os vea ofreciéndole de nuevo algo parecido, haré que metan vuestros sucios culos en la cárcel. —Su voz es dura. Ha sacado su lado de chulo prepotente.

Abro la boca para replicar y lo nota. Por eso, me aprieta donde me agarra, indicándome que más me vale callarme en ese momento.

Ahora sí, porque estoy disfrutando de ver como se cagan de miedo estos idiotas, pero en cuanto estemos solos, quien se va a cagar es él.

Salimos de la cafetería.

Caminamos sin mirarnos y, cuando estamos solos, me giro hacia él. Pongo mi dedo en su duro pecho.

—¡Que sea la última vez que haces algo así! ¡Sé cuidarme solita!

—Ya lo he visto. Has dejado que te devoren las tetas con los ojos y luego casi dejas que te droguen, para así poder hacer con tu cuerpo lo que les dé la gana. ¿Acaso no lo has visto?

—¿Acaso me has dado la oportunidad de decirle que no e irme? No, como siempre, tú sacas tus propias conclusiones.

—¡Esos tíos solo querían desvirgarte!

—¿En serio das por hecho que sigo virgen, Dante? —Nos miramos desafiantes y veo la verdad en sus ojos. Ni se le pasa por la cabeza que haya tenido sexo con alguien. Para él, sigo siendo esa cría de hace cuatro años—. No sabes nada de mí. Ni de lo que he hecho en estos cuatro años. Deja de creer que me conoces, porque la realidad es que ya no soy la misma.

—¿Has dejado que un capullo se meta entre tus piernas? Mira que lo he pensado, pero creía de verdad que no eras tan tonta de dejar que alguien te folle sin tratarte como te mereces.

—Eres lo peor —le suelto, yéndome al mismo tiempo.

—Dime su nombre y apellidos para que le haga una visita, porque, si no es tu pareja, es que te hizo daño. Me gustaría devolverle ese dolor multiplicado por mil.

—Deja de ir de salvador conmigo, Dante. Ya no somos esos críos. Ya no necesito que me cuides.

—No está claro que no seas una cría —lo dice como si le molestara.

Lo miro dolida y lo pillo enfadado observando mi cuerpo.

—¡Que te jodan, Dante! ¡Déjame en paz!

Me marchó enfadada con él, por remover tantas cosas en mí y porque me haga sentir

insignificante.

Va listo si piensa que voy a dejar que me domine sin luchar.

Dante

Llego a mi cuarto, saltándome las últimas clases, y busco fotografías de Brooke y de mí.

Su madre me regaló un álbum de fotos, que había subido digitalmente, poco antes de que nos enfadáramos.

En él salimos los dos desde pequeños.

Claro que lo vi una chorrada y ni lo abrí, en su momento.

Lo dejé aparcado y, cuando Brooke se fue, estuve tentando de abrirlo, pero fui incapaz.

Lo traje aquí, siempre sin abrirlo, claro. Estas chorradas no me gustan.

Tengo fotos de ella en el móvil y algunas que imprimí, cuando dormía con la boca abierta de forma ridícula, o cuando me miraba desafiante.

Tal vez no son las mejores, pero eran mías y me gustaba tenerlas.

Abro el jodido álbum y la primera es de los dos juntos. Tengo a Brooke en los brazos y mi cara es de puro pánico.

¿A quién se le ocurre dejar a un bebé con otro? Solo le sacaba tres años. Aunque yo nunca fui un niño normal.

En mi casa nunca existieron los juguetes o los juegos. Mi padre no quería que nada de eso me distrajera. Solo quería que jugara a cosas que me sirvieran para ser su heredero.

Nunca entendí por qué dejó que fuera amigo de Brooke, ya que odiaba a la gente sin dinero. Aunque, mira ahora, tuvo dos hijos con mujeres sin recursos. Menudo hipócrita.

Mi madre no le daba hijos y se fue a buscarlos fuera, hasta que de golpe ella se quedó embarazada tras años de intentarlo sin éxito.

Todo muy oportuno.

Paso las páginas y encuentro muchas fotos. La calidad es pésima, por cierto, pero salimos Brooke y yo juntos, que es lo importante.

Ella aparece hablando, como siempre, y yo escuchando.

Lo que me sorprende es que siempre creí que la miraba con aburrimiento, pero en más de una salgo emitiendo una pequeña sonrisa cuando la miro.

«Imposible. Esto está trucado.»

En la última yo volvía de una fiesta y Brooke esperaba en las escaleras con un precioso vestido azul que le había hecho su madre para una celebración del colegio.

Estaba preciosa, pero no se lo dije.

Solo la miré y le solté que si no había otro menos feo.

Vi la molestia en sus ojos.

En la foto solo estamos mirándonos. Ella sonrío y yo estoy serio, como siempre. Pero, por

dentro, estaba feliz de verla tras una fiesta horrible con mi padre.

No hay más fotos.

Tal vez porque, después de ese momento, todo se estropeó entre los dos.

La miro, tan dulce, tan niña... ¡Y ahora es una fiera! Sus ojos marrones me miran desafiantes, lista para luchar contra mí. ¡Nunca me miró así! Y su cuerpo, joder... Su cuerpo me está dando dolores de cabeza, porque, cuando la tengo delante, la mirada se me va a sus curvas y odio ser tan consciente de lo increíblemente sexi que es y de la cantidad de cosas guarras que se me ocurre hacerle.

¿Cómo ha podido cambiar tanto en solo cuatro años?

Yo, en cambio, sigo siendo el mismo gilipollas. E incluso peor.

No, algo ha debido de pasar para que sea así. O tal vez es que yo, cuando le dije todo eso, rompí todo lo bello que había en ella.

Saberlo no me gusta.

Ella era lo único bonito de mi vida y ahora solo es una chica amargada con un cuerpo que me encantaría follar...

No puede no quedar nada de ella.

Duele saber que destrocé tanta belleza y que la Brooke que conocía no regresará.

Capítulo 8



Brooke

Llego a la cafetería enfadada; se ha corrido la voz de que Dante es mi protector y la gente me mira como si tuviera otra cabeza.

Algunas, como si fuera lo peor del mundo, porque, claro, Dante es de todas y de ninguna.

Genial. Si ya me cuesta hacer amigos, ahora tengo que lidiar con un *quarterback* idiota que me lo ha complicado todo.

¿En qué momento pensé que venir aquí a estudiar sería buena idea? En el que trabajar me pareció peor que estudiar y poder hacer lo que me gusta tanto.

Entro en el cuarto de empleados y veo que hay alguien de espaldas, sin camiseta.

Pido perdón hasta que reconozco ese cuerpo y ese pelo castaño con toques dorados.

«No puede ser», pienso, mientras Dante se pone una camiseta de la cafetería y se vuelve para mirarme.

Clava sus ojos violetas en mí.

Parece enfadado, molesto o yo qué sé. Con don perdonavidas nunca se sabe.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajar, y llegas tarde, por cierto.

—Solo un minuto. No eres mi jefe.

—Sí, lo soy. Cruz ha dejado el trabajo esta mañana para hacer prácticas de lo que estudia y el jefe me ha dicho que, como se me da tan bien la contabilidad y dar órdenes, como encargado sería genial. El tío sabe de negocios. ¡Qué te voy a contar!

—No puede ser... ¡Tú no necesitas trabajar!

—Ya, bueno, ¿esperas que me ponga en plan moñas con mis hermanos y juguemos a las casitas?

No, claro que no. Dante no sabe ser amigo de nadie. No sé qué pensaba su padre cuando creyó que sí lo sería.

—Estoy viendo la forma de tener mi fortuna sin pasar por la tortura de hacer de hermano de nadie.

No, claro que no.

—No pienso trabajar aquí...

—Si no lo haces, como encargado te daré muy malas referencias.

—¡No puedes hacer eso!

—¿Me pones a prueba? —Me mira desafiante.

—Eres lo peor.

—Pero eso ya lo sabías. Ahora, mueve tu culo y ponte la ropa de trabajo, que ya vas tarde.

Se marcha y yo siento ganas de gritar.

Pienso en irme a otro sitio, pero sé que Dante no hace amenazas en balde.

Tomo aire varias veces y me pongo mi ropa de trabajo, asqueada con esta situación. ¡Y pensar que hace años estaba enamorada de ese idiota!

Ahora solo deseo sacarle los ojos.

Me pongo la camiseta algo enfadada y salgo para trabajar.

Con lo simpático que era Cruz, se ha tenido que ir. ¡No me lo puedo creer!

Dante me mira y me hace una seña con el dedo para que me acerque.

Le enseño un dedo corazón.

—Como sigas así, te despido. —Sonríe de medio lado.

Al final, me acerco a una distancia prudencial y nos miramos desafiantes.

—Deberías saber que me pone mucho que una mujer me mire así. —Agrandando los ojos y sé que lo ha hecho aposta para desarmarme—. Ahora, si has dejado de imaginarme desnudo...

—¡Yo no te imagino desnudo!

—Pues deja de mirarme como si así fuera.

—Eres un creído. Te miro como alguien que desea ver como el otro se desangra.

—Joder, qué sádica. ¿Dónde ha quedado la niña que disfrutaba de Disney y lloraba con la muerte de Mufasa?

—Tú la mataste.

—Pues sí que eres débil para dejar que alguien tan desgraciado como yo te destruya. Pero tú misma. Es tu vida y yo solo estoy aquí para que este negocio no se vaya a la mierda. Tu vida me importa bien poco.

—Claro, y por eso esta mañana has venido a amenazar a todos.

—Me arrepiento. En lo consiguiente, pasaré de ti. —Sonríe y sé que está mintiendo.

—¡Eres un mentiroso!

—Bueno, al menos, te guste o no, me sigues conociendo mejor que nadie.

—Ni de coña. Y, para tu información, sigo siendo esa persona que era hace cuatro años con todos, menos contigo. —Veo que esto le jode, y mucho. Cojo una bandeja y lo miro desafiante—. ¿Qué tengo que hacer?

Duda, pero al final me dice lo que debo hacer: recoger lo que van dejando en las mesas.

Le hago caso.

Este sitio no tarda en llenarse de gente. Por suerte, Massimo y Candy entran a trabajar y entre los cuatro nos hacemos con esto.

A Dante se le da muy bien mandar.

Aun así, me fijo en que prepara varios cafés y se ensucia las manos. Algo que me sorprende, porque Dante siempre ha odiado mancharse.

Claro que era *quarterback* del equipo de fútbol y siempre llegaba hasta arriba de tierra. Sobre todo si llovía, pero eso lo hacía para joder a su padre, que le dijo un día que odiaba los deportes y que un hijo deportista sería lo peor que le podía suceder.

Dante se pasó toda la noche despierto, aprendiendo jugadas y las reglas del fútbol. Tenía diez años y su mundo había sido estudiar, leer a escondidas conmigo y las fiestas.

Fue al equipo, le hicieron una prueba y lo cogieron.

Su padre entró en cólera y, entonces, Dante le juró que un día sería el mejor mariscal de campo.

No tardó mucho en serlo.

Cuando Dante se empeña en algo, no para hasta lograrlo.

Pero aquí no sé muy bien por qué sigue.

Candy se le acerca y le dice algo.

Dante trata de poner mala cara, pero al final le sonrío.

Me sorprende esto, porque nunca lo he visto sonreír así a alguien que no sea yo.

Si soy sincera, hasta me jode un poco, la verdad, pero reprimo ese sentimiento porque este ser sin corazón no me importa.

—¿Vamos al cine? —pregunta Candy a Dante cuando me acerco—. A las palomitas invita Massimo.

—Teniendo en cuenta que su dinero es el de mi padre, eso no cuenta como invitación.

—Bueno, de igual modo, no acepto un no. Giò y Lead irán directamente.

—Esperas que vomite. —Lo miro y compruebo que quiere parecer molesto, pero sé que dirá que sí—. Solo voy por la película.

Candy le toca el brazo y se lo aprieta en señal de cariño.

¿Cómo? Deja que ella lo toque. Cómo ha cambiado en estos años.

Siento dolor en el pecho. Antes yo era la única persona en todo el mundo que podía tocarlo y ahora...

—Si has terminado de mirarme, vete a recoger las mesas de la terraza —me dice Dante.

—Por supuesto.

Me dirijo a la terraza para recoger las cosas, sabiendo que no solo yo he cambiado. Él tampoco es el mismo.

Recojo, sabiendo que es mejor que todo haya cambiado, aunque no entiendo por qué una parte

de mí está triste por ese hecho.

—¿Te apuntas a una noche de cine? —me pregunta Candy, ayudándome a recoger.

—¿Y pasar más tiempo con don perdonavidas? Paso.

Candy sonrío.

—Dante es complicado..., pero un gran amigo.

La miro, preguntándome cómo es posible eso. Sabía que se conocían, pero de ahí a que sean buenos amigos... Hay algo que no me cuadra.

Dante odia tener amigos.

Lo miro.

Está tras la barra, Massimo le está contando algo y, aunque Dante parece no prestarle atención, hay brillo en su mirada. Le gusta lo que le dice su hermano.

«¿Quién es este Dante?»

—No, no quiero ir.

Es mejor no responder a mi pregunta, porque si tengo algo claro desde hace años, es que no quiero volver a perder mi tiempo en alguien como Dante.

Dante

Observo a Brooke marcharse, tras dirigirme una mirada de odio.

Yo solo le sonreí, como si su odio me hiciera gracia. Solo por joder, claro.

En el fondo me duele que ella me mire así. Es como si fuera lo peor que le ha pasado en la vida; como si lo vivido juntos no tuviera el peso suficiente.

Claro que la jodí, pero por un solo error no sé si me merezco esto.

Desde que me dijo que me quería, tomé malas decisiones. Drogas, alcohol y dejar que Estela se me acercara...

Sabía que Brooke no la soportaba y quería hacerle daño, para ver si así dejaba de quererme y todo volvía a ser como antes entre los dos. Sin que el hecho de que estuviera enamorada de mí me hiciera sentir que me ahogaba cada vez que la miraba.

¿Cómo explicas a alguien que te importa que sus sentimientos te ahogan? Es inexplicable y yo tomé el camino fácil. La cagué mucho.

Pero nunca pensé que esas decisiones nos llevaran hasta esto; hasta ese odio de su mirada.

Va lista si piensa que la voy a dejar en paz. Que crea lo que quiera.

Al final, recuperaré a mi amiga. Le guste o no.

La observo andar con esos pantalones cortos. Sus movimientos son descarados y sexis. Hay algo en ella que me hace desear perderme entre sus piernas.

Tengo un pequeño problema, porque a los amigos no se los desea.

—Le caes fatal —me indica Massimo, divertido con todo esto.

—Me importa una mierda.

—Ya, claro, y por eso no puedes dejar de seguirla con los ojos cuando la tienes cerca.
Lo fulmino con la mirada. Por desgracia, no tengo rayos láser y el bocazas sigue vivo.

—¡Que te den! Solo por bocazas, elijo yo la película.

—En el cine al que vamos solo ponen una —apunta Candy.

—De verdad, no sé por qué pierdo mi tiempo con vosotros, cuando estaría mejor en mi cuarto, haciéndome una puñetera paja.

Candy pone los ojos en blanco y Massimo se ríe.

—En el fondo, te gusta jugar a las casitas —me pica mi hermanastro.

—Eres insoportable —le respondo.

Debería irme a mi cuarto. Cualquier cosa es mejor que estar con ellos, pero aquí sigo, con esta gente que me hace sentir menos mierda, menos solo y menos desgraciado.

Si alguien pregunta, diré que lo hago solo por el dinero. Para engañar a quien sea que me esté siguiendo desde hace tiempo, para que me dé mi herencia, pero en el fondo es que, desde que se fue Brooke, la soledad pesaba demasiado.

El problema es que me falta ella aquí y este dolor sordo del pecho no se va por mucho que lo intente.

No sé si seré capaz de arreglar las cosas sin sacar mi «encanto» a relucir y cagarla más.

Capítulo 9



Brooke

La universidad, gracias a Dante, es una mierda.

Aún más, se ha corrido la voz de que soy la protegida del *quarterback* y que cualquiera que se me acerque se las verá con él.

Parece que la gente de aquí es tonta y le tiene miedo a ese pijo con un palo en el culo.

Por su culpa, nadie se me acerca, nadie me habla y parezco la apestada de la clase.

Menos mal que sus hermanos y sus novias no le tienen miedo y hacen que mi vida no sea un infierno gracias a este rey.

Por eso, cada vez que entro en la cafetería y lo veo, le saco un dedo corazón que deja claro lo mucho que quiero que lo jodan por capullo.

—Yo también me alegro de verte —me dice divertido.

Él, divertido; el que odia la comedia romántica.

—No soy tu bufón.

Entro para cambiarme y veo a Cruz poniéndose una camiseta.

—¿Vuelves a ser el encargado? Dime que sí. Odio a Dante.

Se ríe.

—No. He perdido mi puesto de encargado, porque Dante es un puto genio de las cuentas y ha duplicado las ventas en solo una semana.

La verdad es que no me extraña, porque Dante tiene una mente prodigiosa y es capaz de convertir en oro una piedra insignificante.

—¿Y por qué no estás en el otro trabajo?

—Bueno, había otro compañero de la universidad, uno al que en una fiesta me insinué, y corrió el rumor de que yo era bisexual y un salido. Cosa que no es cierta, lo segundo..., pero los jefes no me querían allí.

—¿En serio te han despedido porque eres bisexual?

—Según ellos, por alterar el buen ritmo de trabajo.

—Pues vaya. Lo siento, y siento que aún sigan pasando estas cosas.

—Y lo que nos queda. Pero, bueno, ya me saldrá otra cosa. Mientras, aquí estoy.

—A mí me alegra tu vuelta.

Cruz sonrío y la puerta se abre del todo. Tras ella, aparece Dante.

—No se os paga para estar de corrillo. O salís ya, u os despido. —Mira a Cruz—. Tú estás de prueba, no te la juegues.

Cruz sonrío divertido, dejando claro que no le tiene miedo.

Paso para cambiarme y, cuando salgo, Dante está organizando el trabajo.

Lo miro a la espera de que me pida recoger las mesas, como todos estos días pasados.

—Tú, conmigo detrás de la barra. Es hora de que aprendas algo más. —Me mira, sabiendo lo mucho que me jode su petición—. ¿Algún problema?

—Tú eres mi problema.

—¿Tengo cara de que me importe? —Bufo y eso le divierte más a don sádico—. Vamos, a trabajar.

Lo miro con odio. Con ese real, que te sale de dentro y te consume, igual que el amor más grande.

No me puedo creer que alguien que fue mi mundo se comporte así conmigo.

Claro que yo sabía cómo era, pero ahí seguía.

Voy tras la barra sin replicar.

El problema es que aquí me siento como pez fuera del agua, y, aunque intento por todos los medios no pedir ayuda a don perfecto, al final se me queda enganchada la máquina de café y tiene que venir a ayudarme.

Se pone tras de mí.

Intento por todos los medios que mi cuerpo no sea consciente del suyo.

Fracaso.

Su calor me traspasa, a pesar de que no me toca, y, cuando aspiro su perfume caro, me inunda los sentidos.

Huele muy bien. Es un perfume que le hacen en exclusividad. No es el mismo que hace unos años, con el que soñaba perderme mientras nos abrazábamos.

Algo que nunca pasó.

Dante dejaba que estuviera a su lado, que nuestros cuerpos se tocaran, que posara mi mano sobre su brazo o su pecho, pero nunca que lo abrazara.

No porque no quisiera, sino porque, cuando me aproximaba demasiado, se angustiaba.

Yo no quería hacerle daño y por eso conocía los límites y soñaba con traspasarlos un día.

Hasta que me enteré de que, para él, el sexo era solo placer sin besos ni contacto físico extremo.

En el instituto se contaba todo y, a pesar de eso, más de una hacía cola para ser la siguiente.

Yo odiaba enterarme de ello, porque dolía y, al final, acabé por estallar.

Tomo aire y cometo un gran error: su perfume me hace desear lo prohibido.

—Tienes que tratarla con suavidad. —Pone su mano sobre la mía y el detalle me pilla completamente por sorpresa.

Él nunca me tocó. Solo aceptó que yo invadiera su espacio.

Su mano se mueve sobre la mía y me produce cientos de escalofríos que no deberían estar ahí. No debería vibrar por su contacto ni sentir que me falta el aire por su cercanía. No es justo sentirme así por él de nuevo.

Lo miro de reojo y parece sorprendido por lo que le produce el contacto, hasta que en sus ojos violetas veo dolor. Es el mismo dolor que veía de niña y me hacía alejarme de su contacto, para que no sufriera.

—Ya lo he entendido.

Aprieta tenso la mandíbula. Muy tenso.

Ese dolor sigue ahí. Nunca supe por qué empezó todo, aunque él siempre me echó en cara que yo lo sabía y que no me hiciera la tonta.

Por eso dejé de preguntarle, porque yo debería saberlo.

El problema es que, por mucho que me he devanado los sesos, nunca he encontrado el detonante.

Siempre he pensado que era por su padre. Un hombre frío, sin escrúpulos y que organizaba fiestas de varios días en su casa, a las que obligaba a su hijo a asistir desde muy pequeño.

Siempre pensé que pasó algo o Dante vio algo en una de esas fiestas que le hizo odiar el contacto físico.

Dante se marcha, no sin antes darnos un montón de órdenes y organizarlo todo.

Cruz se pone tras el mostrador con Massimo y yo recojo mesas con Candy de nuevo.

Lo veo irse, ya cambiado, con cara de pocos amigos y sin mirar atrás mientras se aleja.

Bueno, por una vez, desde que nos reencontramos, yo he ganado.

Sea lo que sea lo que le ha molestado, que se joda...

Eso quiero creer, pero en el fondo sigo siendo esa niña que se preocupaba por su mejor amigo.

Dante

La he tocado solo para fastidiarla y al final el que ha salido perjudicado he sido yo.

Su menudo cuerpo estaba ante mí tentándome y quise ponerla nerviosa para ver si era como hacía años, cuando poner su mano sobre mi brazo la hacía feliz.

Para mí, su contacto era como un bálsamo, pero ahora todo ha sido diferente. He sido demasiado consciente de su cuerpo, de sus curvas, de su perfume a manzana y de la suavidad de su piel. De esa vibración cuando la toqué.

Todo ha sido demasiado intenso, demasiado nuevo y, sin querer, eso despertó mis fantasmas.

Los mismos que mantengo a raya siempre, porque quiero creer que doy más miedo que ellos.
Pero ahí están: a la espera de consumirme.

Capítulo 10



Brooke

Arrugo el boceto de la chaqueta masculina que estaba diseñando porque, al hacerla, pensé en Dante y en su oscuridad.

Llevo así toda la tarde y estoy enfadada y molesta.

Hace dos días que no lo veo, porque ha estado entrenando.

Ha dejado todo listo para el trabajo, eso sí. No deja nada al azar. Como jefe es muy bueno, para qué lo voy a negar.

Quiero no pensar en él, pero ahí está en mi cabeza, dando vueltas para mi desgracia la mayor parte del tiempo.

Por eso, cuando Inés, que ya ha empezado a trabajar, propone ir a tomar algo al terminar el trabajo, le digo que sí.

Necesito hacer vida normal más allá de la universidad y de un trabajo del que Dante mueve los hilos.

Candy se iba a apuntar, pero no se encuentra muy bien y ha preferido irse al cuarto de Massimo, para que este la cuide.

Idea de él.

Me parece mentira que comparta sangre con Dante.

Cuanto más conozco a sus hermanos, menos entiendo cómo pueden ser familia.

Inés y yo llegamos a un lugar de terracitas para tomar algo.

Pedimos unas cervezas y unas compañeras de su clase se nos suman.

Candy ya me ha hablado de ellas, y es verlas y saber por qué no las soporta. Son las típicas personas que se creen mejores que el resto.

De estas me he encontrado muchas a lo largo de mi vida y por eso las reconozco rápido.

Hablan con Inés como si yo no existiera y ella se pierde charlando de algunas cosas de clase y se olvida un poco de mí.

Por eso, me pongo a beber y a comer patatas.

Se ríen y me miran, como si me lo estuviera pasando genial.

Yo solo sonrío, sin entender sus risas, pero la verdad es que tampoco me lo estoy pasando tan mal, después de todo.

Las patatas están muy buenas y la bebida muy fresca. El ambiente es bueno y, si no las miro a ellas, estar aquí es agradable.

Sienta bien hacer algo diferente con buena gente.

—Entonces, ¿de qué conoces a Dante?

Todo va bien hasta que me hacen esa pregunta.

Todas me miran, a la espera de que resuelva sus dudas.

—Mis padres trabajan en su casa.

—Ah... —dice Inés—. Entonces, ¿lo conoces de toda la vida?

—Algo así... Dante no es que se deje conocer —añado para ver si me dejan en paz.

—¿Y por qué va amenazando a la gente? —me pregunta una de ellas, de la que he olvidado su nombre.

—Por respeto a mi padre. No quiere que me pase nada —miento, porque en realidad no sé la razón por la que no me deja en paz, si está claro lo poco que le importo.

—Tiene su lógica —indica Inés—, porque amigos está claro que no sois. Os he visto juntos y ya os digo yo que no. —Se ríen todas.

Yo no, porque, aunque sé que es cierto, me duele no llamar a Dante amigo, cuando un día fue el mejor.

—Por cierto, hablando de Dante... —Una de ellas se muerde la boca dejando claro lo mucho que le gusta este—. ¿Habéis visto que ha creado un nuevo perfil de Instagram?

Abre su móvil y nos lo enseña.

Yo trato de asimilar eso.

Dante odiaba las redes sociales. Odiaba las fotos y todo lo que tuviera que ver con eso. De hecho, odiaba a la gente y en su teléfono solo hay unos pocos números de contacto.

Por eso, lo de estar en redes sociales para que la gente lo vea y tener que ser sociable nunca entró en sus planes.

Enseña una foto en la que sale con un pantalón vaquero entreabierto, mostrando una marca de bóxer y nada más.

Nada más... Joder, no estaba preparada para verlo así.

Me fijo en el tatuaje del pecho y veo varias estrellas. Son como las constelaciones de su brazo. ¿Por qué se hizo todo aquello, si las estrellas siempre nos unieron? No tiene sentido. Esos tatuajes debieron recordarle a mí.

Agitada, miro la goma del bóxer: es una de las marcas de la competencia.

Su padre tiene varias empresas y una de ellas es de moda. La que aparece en la foto no es la de él.

¿A qué cojones está jugando, haciendo publicidad a la competencia? Si ha hecho esto, es por un fin.

Dante no da puntadas sin hilo.

—Tiene ya dos millones de seguidores en solo unas horas. Es una pasada como ha circulado su cuenta por el mundo. Claro que es uno de los hombres más ricos del planeta. —Se ríen.

Me remuevo inquieta.

Yo tengo el poder de quitarle toda esa fortuna, pero mis padres se irían a la calle...

—La verdad es que está muy bueno. Lástima que en la cama sea como acostarse con un vibrador. —Se carcajea, y sé que se ha acostado con él—. No quiere que lo toques, ni que lo beses... ni nada.

—Bueno, eso lo sabías antes de meterte con él en el baño —le dice otra.

Yo la miro, sintiendo frío en el estómago.

Me levanto de golpe, cansada de esta conversación.

—Me duele un poco la cabeza... Nos vemos otro día.

—¿Te acompaño? —me pregunta Inés amable, pero le digo que no.

Ando entre toda esta gente de la universidad hasta mi cuarto.

Veo a varios jugadores de fútbol, pero a Dante, no.

No paro de imaginarlo con esa preciosa chica morena, de la que tampoco recuerdo el nombre, pero a la que ahora no olvidaré con él, en un cuarto a oscuras.

No debería doler. No debería molestarme. No debería sentir este peso en el estómago. El mismo de hace años, cuando en el instituto me enteraba de sus conquistas.

—Mira a quién tenemos aquí. Si es la protegida del *quarterback*. —Se me acerca un universitario borracho y me intercepta—. ¿Sabes que tu amigo se acostó con mi novia el año pasado? —Trata de tocarme, pero me aparto.

—Si se acostó con ella, la culpa es de tu novia, que era quien estaba contigo.

—No vayas de lista. —Lleva la mano hasta mi pelo y tira de él—. Quiero que sepa lo que jode que toquen lo que es tuyo.

Trato de zafarme, pero es una mole enorme, y los amigos se ríen cuando intento apartarlo.

Le pido que pare, pero no me hace caso.

—O la sueltas o juro que te mato. —La voz de Dante, fría y amenazante, se cuela en mi cabeza.

Se encuentra a pocos metros de nosotros. Su mirada es gélida y afilada.

Quizás el idiota este se crea que miente, pero Dante no hace eso. Si no me suelta, le dará una paliza de muerte. Tal vez no lo mate, pero muy bien no se va a quedar.

—Vale, vale... No te pongas así. —Me suelta y ando hacia Dante, porque, de los dos malos, es el menos malo, claro.

Entonces, el idiota que me había cogido me da una cachetada en el culo.

—Es por lo de mi novia.

—Te arrepentirás de esto. —Dante pasa por mi lado y le da un puñetazo.

—¡Para! —le grito, pero no me hace ni caso.

Veo como los dos se pelean y, por la cara del que me ha agredido, sé que le tenía muchas ganas. Lo ha hecho aposta para pelearse con Dante.

Los veo pelear agobiada, mientras la gente se acerca para ver el espectáculo.

Giò se mete en la pelea y usa su fuerza y su altura para separarlos.

Dante lo mira con cara de pocos amigos. Tiene una ceja partida.

—La policía está cerca —le anuncia su hermano, y Dante no es idiota. Se arregla la ropa y viene hacia mí.

—Te acompaño a tu cuarto.

—En tus mejores sueños.

—No te estoy preguntando.

—A mí no me das órdenes.

Nos miramos desafiantes y empiezo a caminar hacia mi habitación.

Me sigue sin decir nada.

Lo miro de reojo y observo que la herida de su ceja no para de sangrar.

Al final, abro el bolso y le tiendo un pañuelo.

—Solo es sangre.

—No solo es sangre. Es la evidencia de que con los años te has vuelto más idiota. ¿En qué pensabas cuando iniciaste esa pelea?

—La empezó él, cuando te tocó sin tu consentimiento. Ese desgraciado ha abusado de ti...

—No te pases.

—Y tú no disculpes a alguien que te ha metido en un juego que no iba contigo —me rebate y, en verdad, tiene razón—. Yo no hice nada, y que su novia se abriera de piernas no iba conmigo. Ni sabía que tenía novio. ¿Crees que me importa quiénes son antes de tener sexo sin ataduras con alguien?

Lo miro extrañada, porque Dante nunca da explicaciones, pero aquí está ofreciéndomelas, mientras le sangra la ceja.

Al final, le quito el pañuelo y me alzo para pararle la hemorragia.

—Sé que no es tu culpa. Al menos, de eso no.

Sonríe de medio lado.

Toco su frente con el pañuelo, pero estamos muy cerca y soy muy consciente de lo que su cercanía hace a mi cuerpo y de que no se inquieta mientras estoy cerca.

—No debió tocarte así —dice enfadado.

—Vale, no debió —admito, porque ha sido un cerdo—, pero no puedes meterte en peleas con cada uno que quiera usarme para hacerte daño.

—Lo haría mil veces si es necesario.

—¿Por alguien que no te importa? No tiene sentido.

—¿Quién ha dicho que no me importas?

Nos miramos a los ojos y cuatro años de reproches no se olvidan así como así.

Sigue doliendo lo que pasó, porque este chico fue mi primer amor y mi primera gran decepción.

Con él aprendí que amar duele.

Cuando lo vi con otra, con Estela, tras confesarle lo que sentía, sin que le importara el dolor que me causaba.

—No es lo que parece.

Aparto el pañuelo y sigo caminando con él cerca, siendo muy consciente de su presencia y de lo que siento cuando lo tengo al lado.

Al llegar a mi residencia, entro sin mirar atrás, a pesar de que soy muy consciente de que me sigue con la mirada hasta que me pierde de vista.

Capítulo 11



Brooke

Conduzco hasta la casa de mis padres, queriendo salir un poco de la universidad y de ese mundo.

Esta mañana, cuando salí para comer algo, la gente me miró raro. Escuché a unos murmurar que yo era la chica de Dante y ya fue lo que me faltaba. Hasta hay vídeos en redes donde sale la pelea de Dante, y como luego nos fuimos juntos y lo curé.

De verdad, pensaba que la gente tenía mejores cosas que hacer.

Candy me ha llamado para ver cómo estoy tras lo de anoche y Lead se ha pasado a primera hora, antes de irse con el equipo para jugar un partido. Giò le contó todo.

Cuando imaginé mis días en la universidad, no eran así, aunque se parecen mucho a lo que he conocido toda mi vida en el colegio de pijos.

Dante se metió en muchas peleas para defenderme, porque no soportaba que nadie se metiera conmigo.

Perdí la cuenta de las veces que le dije que no me defendiera más.

Un día me dijo:

—Lo haré, aunque eso me mate.

—Eres un dramático.

—¿No es por eso por lo que llevo el nombre de uno que escribió un gran drama místico?

Puse los ojos en blanco y se rio.

Dante leyó la obra de Dante a edad muy temprana; cuando otros niños casi estaban empezando a leer.

Su padre le puso ese nombre por el autor, porque le obsesionaba su obra. Algo que nunca entendí, porque Dante, el autor, en la *Divina comedia* odiaba la avaricia y don Andrea era egocéntrico y avaricioso como el que más.

Tal vez lo que amaba de esa obra era que el autor escribía sobre el camino que había que

seguir para conseguir la perfección.

O solo porque era de Florencia, como él.

¡A saber!

Conozco la obra de ese autor italiano gracias a Dante.

Cuando no sabía qué decir, me recitaba partes del poema. Yo lo escuchaba, sabiendo que era un escudo para él cuando las palabras que quería utilizar se le quedaban atascadas.

A mí nunca me asustaron su mente, su inteligencia y su capacidad para memorizarlo todo. Tanto lo bueno como lo malo.

—Hola, hija —me saluda mi padre al verme. Luego me pide las llaves para aparcar el coche —. Mamá acaba de hacer galletas.

Entro en la casa y no quiero ahondar en los recuerdos que hay tras estas paredes.

Aun así, llego hasta donde había una mesa de centro con la que siempre me golpeaba cuando iba leyendo sin mirar, y Dante acabó por venderla.

El espacio sigue sin tener nada.

No entiendo por qué, en estos cuatro años, no ha puesto algún mueble, ya que yo no he estado para chocarme.

Aparto ese pensamiento de mi mente y entro en la cocina.

Mi madre, al verme, me da un abrazo y me pregunta qué tal las clases, aunque les cuento cosas a diario en el grupo del móvil.

—Si no fuera por Dante, genial.

—¿Qué ha hecho ahora ese chico? —Se lo cuento y pone mala cara—. Dante no debió pelearse, pero ese idiota no debió aprovecharse de ti así.

—Ya, lo hizo aposta. Quería pegarse con Dante.

—Ya, bueno, no comprendo a esta juventud, pero entiendo que Dante te defienda.

—Yo no. No le importo...

—¿Qué tonterías dices? —La miro—. A Dante solo le importan dos cosas: él mismo y tú, y eso no ha cambiado con los años.

—A Dante solo le importan dos cosas: él y el dinero.

—Eso es lo que tú crees, pero no lo que yo he visto siempre. —No digo nada, porque no quiero pensar que le importo como antes—. Por cierto, la piscina está deliciosa. Tal vez te apetezca un baño.

Cojo una galleta y pienso en la piscina. Dante y su familia siempre me han dejado usarla.

En realidad, cada parte de la casa.

Yo era la única persona de aquí que podía moverse por donde quisiera, sin que nadie me pidiera explicaciones.

Pienso en la piscina y en que Dante, con seguridad, estará volviendo del partido y se irá a celebrar el triunfo, por lo que no lo veré.

Al final, tras unas cuantas galletas y un vaso de leche, decido ir a mi antiguo dormitorio para

buscar un bikini que me sirva.

Entrar en este sitio duele, porque está como cuando me fui, con las fotografías de Dante en un corcho de la pared.

Le hacía fotos cuando se iba a una fiesta o cuando leía. Eran solo mías. Instantes robados de momentos únicos entre los dos.

En pocas sale sonriendo, pero veía su sonrisa en sus ojos violetas. Sabía encontrarla entre tanta seriedad.

Duele ver todo esto y saber que me dejó ir sin más.

No sé qué dolió más: la discusión o que, con todo el dinero que posee, no invirtiera nada en buscarme para traerme de vuelta, a su lado.

Lo esperé demasiados días, hasta que el dolor de saber que no vendría me hizo odiarlo.

Busco en mis cajones los bikinis.

Claro que antes no tenía pecho, por culpa de una regla tardía. Me vino con dieciséis años, como a mi tía.

Saco uno de una bolsa, que regalaron en una revista de moda que me compraba. Es de triángulos, pero es el único que me puede quedar medianamente bien. Es de color dorado y con brillantes.

Me lo pruebo y, la verdad, me hace tipazo. Lástima que no me guste enseñar tanto cuando voy a la piscina o la playa.

Por suerte, hoy estaré sola y podré disfrutar del agua caliente de la piscina climatizada sin nadie.

Cojo una toalla de playa del armario y salgo a la piscina.

Entro y disfruto de las vistas.

Es una piscina cubierta por cristales, lo que permite ver el atardecer y, por la noche, puedes disfrutar de las estrellas con un relajante baño de agua caliente.

Nado sin querer escuchar en mi mente las risas de cuando me bañaba aquí con Dante y este sitio era solo de los dos.

Hasta que invitó a sus amigos y me dijo que me fuera a mi habitación.

Ahí empezó a torcerse todo. A darme cuenta de que él me defendía, pero de puertas para fuera no éramos amigos.

Nado mientras el atardecer cae sobre Los Ángeles.

La casa de Dante está en la zona más cara de la ciudad y las vistas no son espectaculares porque estamos rodeados de mansiones, pero me gustan los colores anaranjados que hay en el cielo y los árboles del patio trasero, donde está la piscina que se usa en verano.

Me apoyo para pensar, sintiendo como el agua caliente me relaja, hasta que escucho un ruido de pasos.

Pienso que son mis padres y me vuelvo tranquila, hasta que veo a Dante dejando la chaqueta de su equipo en una tumbona.

Su mirada es fija.

—¿Qué haces aquí?

—Te he visto en mi casa.

—¿Me has visto?

—Tengo cámaras de seguridad en todas partes. Me avisan si llega alguien nuevo que no sea del servicio, cuyas caras ya he añadido en la base de datos para que no me informen. Por si te lo preguntas, en las fiestas lo desconecto, porque es muy molesto que me avise por cada invitado.

—Como ya sabía, Dante no deja nada al azar—. En fin, que he visto como disfrutabas de un buen baño. —Sonríe y mira hacia la cámara—. Tranquila, solo las puedo ver yo. Nadie te ha visto con ese bikini tan indecente.

Esas cámaras no estaban antes. Las ha debido de instalar tras la muerte de su padre. Tal vez buscando algo o para controlar que el servicio esté donde debe, porque, aunque no le informen de lo que hacen a cada momento, sí puede revisar las grabaciones, y esto no hace falta que lo explique.

—Este bikini no es indecente.

—¿Te has dado cuenta de que solo te cubre medio pecho?

—¿Te has dado cuenta de que soy adulta para ir como me dé la gana?

—En casas que no son tuyas, no deberías.

Lo miro tensa. Más cuando se quita la camiseta y se queda desnudo de cintura para arriba.

«¿Qué narices hace?»

Intento sin éxito no fijarme en su perfecto cuerpo.

La foto de su Instagram no le hace justicia.

Su cuerpo parece tallado en piedra. Es espectacular y no tiene un solo gramo de grasa.

Se quita las deportivas y luego el pantalón.

Pienso decirle algo, pero salgo de mi estupor justo cuando se lanza al agua, solo con un bóxer negro que, por supuesto, no oculta nada.

Joder..., no debería haberme fijado en su cuerpo semidesnudo. Ni en él.

No sentir este calor.

Espero que emerja.

No estoy preparada para ver como nada hacia mí con rapidez y lo hace a pocos centímetros de donde estoy, apoyando sus manos a ambos lados de mi cuerpo.

Yo no hago pie en esta zona, pero él sí. Mide casi un metro noventa y se apoya con facilidad en el suelo. Yo no llego al metro sesenta.

Su presencia me intimida tanto que, por un segundo, me olvido de que debería huir de aquí.

Las luces de la piscina se han encendido por la falta de claridad y puedo ver sus ojos violetas desde cerca.

Había olvidado lo increíbles que eran.

A su lado, los míos marrones son demasiado simples.

Tomo aire agitada.

Estamos muy cerca. Demasiado para alguien que odia que lo toquen.

Tal vez, por eso, pongo mi mano en su brazo, solo para joderlo y que se aparte.

No hace nada.

Deja que lo toque y que mi mano siga los contornos de sus tatuajes, que muestran los planetas.

Sigo mi caricia hasta sus hombros.

No se mueve. No se perturba, pero su piel se eriza y me pregunto si es por mí o por el agua.

Una parte grande de mi corazón quiere que sea por mí, porque mis caricias y mis abrazos siguen siendo más especiales.

Cuando llego a su cuello, dudo, pero al final sigo con mis dedos los contornos de su cara.

A estas alturas, mi corazón está danzando como un loco y estoy temblando por lo que siento ante su cercanía y estas caricias.

Ningún hombre me ha excitado tanto como Dante con solo mirarme.

Lo he intentado. He tratado de desear otra boca tanto como la de él; de ansiar que alguien me tocara por todas las partes de mi cuerpo...

Lo he intentado sin éxito.

Llevo mis manos a su boca.

Me pregunto si alguien ya ha besado estos labios con los que tanto he fantaseado en numerosas noches.

Son duros y suaves. Demasiado tentadores para mí.

Por eso aparto la mirada, mientras muerdo mi boca, hasta que veo la herida de su ceja, que tiene mejor aspecto.

—¿Ya has dejado de imaginarme desnudo entre tus piernas?

Me aparto y trato de irme, pero me coge por la cintura sin dejarme marchar.

—¿Tu nuevo *hobby* es atormentarme?

—La verdad es que sí.

Forcejeo con él, con tan mala suerte que el minúsculo bikini se me mueve y deja al aire uno de mis duros pezones.

Me quedo quieta y Dante se queda petrificado observando la rosada cima, hasta que se aleja, como si quemara.

«Genial, don idiota haciendo lo que mejor se le da: demostrar que nadie le gana en su reino de estupideces.»

Salgo, tras ponerme bien el bikini, y me tapo con la toalla.

Dante realiza un par de largos antes de salir de la piscina.

—Te espero en el salón para cenar.

—No pienso ir.

—Nunca te tuve por una cobarde —lo dice antes de entrar mojado en la casa, sin importarle

llenar el suelo de agua y sin recoger su ropa para vestirse.

Al poco, aparecen algunas personas para recoger sus cosas y limpiar el suelo.

Yo me marcho a mi cuarto para no darles el doble de trabajo.

Ahora toca ver si seré tan valiente como cree, para cenar con él.

Dante

Espero a Brooke en el salón donde siempre suelo cenar cuando estoy en casa.

Ella sabe cuál es, porque es el mío desde que era pequeño. Está cerca de mi dormitorio y es el que he utilizado desde niño. Mi padre prefería comer en el suyo con sus amigos... y sus amigas especiales.

Me di una larga ducha, fría, que no sirvió para nada, porque no dejo de ver su cuerpo semidesnudo y su pezón erecto, listo para perderse en mi boca.

Nunca he hecho algo así. Siempre he imaginado cómo sería.

El sexo para mí es placer, pero a la vez me da asco, pero cuando Brooke me toca no hay nada. Solo está ella, como hace años.

Nunca le pedí un gesto de cariño, tampoco se lo ofrecí, pero a veces deseaba que tuviera el valor de abrazarme con fuerza y no soltarme nunca.

Tomo aire agitado, recordando sus manos en mi piel y en mi boca... Esa que nadie ha besado, porque no he querido.

Sus dedos me quemaron y me hicieron desear que no dejara de acariciarme nunca.

Ella es un bálsamo para mis heridas. Siempre lo fue y lo sigue siendo, pero ahora la cosa es más intensa, más ardiente, más fogosa, porque no puedo dejar de imaginar cómo se sentirían esas manos si se perdieran por mi zona más íntima.

«¡Joder! Parezco un puto adolescente», pienso, cuando me siento de otra forma para que nadie note mi protuberancia mientras espero a Brooke, junto al resto del servicio, para que nos sirvan la cena que ha hecho su madre.

Por suerte, ha podido improvisar algo, ya que no avisé de que vendría.

En realidad, pensaba acudir a la fiesta de la facultad para conseguir a alguien con quien pasar un rato y que me hiciera olvidar a Brooke por un momento, pero fue saber que estaba aquí, verla con ese bikini tan ridículo en la piscina, y coger el coche para venir a verla... o a atormentarla.

Al final fui yo el que acabé atormentado, por lo mucho que la deseo.

Me costó mucho no ser yo el que mordiera sus labios rojos mientras ella lo hacía. Quería liberarlos con los míos y besarla hasta quedarnos sin aliento.

Nunca un beso que no he dado me ha quemado tanto en la garganta.

No puedo sacarme de la cabeza su boca, sus curvas, sus caricias...

Todo era más fácil cuando era una niña a la que quería más que a nadie, pero que no me hacía arder. Al final, Brooke será quien me lleve de vuelta al infierno.

Los minutos pasan y Brooke no aparece.

Cansado por su plantón, voy a buscarla a su cuarto, enfadado con ella y su desplante.

Sobre la mesa del escritorio hay una nota para mí. Sabía que vendría a buscarla.

La abro y leo:

Prefiero ser una cobarde a pasar un solo segundo más a tu lado.

Brooke.

Tomo aire agitado, molesto por su descaró y porque quiera jugar.

Pues si quiere jugar, jugaremos.

Pienso llevarla a mi terreno, quiera ella o no, y luego..., si tenemos que arder, lo haremos juntos.

Ha olvidado con quién se está retando.

Capítulo 12



Brooke

Me costó mucho no ir en su busca y no ceder a sus deseos. No quedarme a ver qué tenía que contarme.

El problema es que mis dedos ardían por tocarlo y eso me recordó lo que era amar a Dante.

Por eso, preferí huir.

No soy una cobarde. Estoy protegiendo mi corazón de alguien que me lo puede hacer pedazos de nuevo.

Ahora estoy en la universidad, queriendo rehacer mi vida lejos de las garras de Dante.

Algo complicado, porque la gente me mira y me señala. Incluso a alguno le he escuchado decir que soy la novia de Dante, y es bastante molesto que sigan con ese cuento.

Ahora me ven como su novia porque no parezco una niña, pero en el instituto la gente decía que era la mocosa. Claro que Dante mandó a la mierda a más de uno solo por mirarme mal.

Nunca esperas que alguien que era capaz de meterse en mil peleas por ti te pierda de esa forma. Te deje ir, cuando un día juró que eras su estrella guía; esa que lo hacía poder bajar a los infiernos y no perderse.

Por eso me chocan sus tatuajes, porque prefirió llenarse la piel de estrellas que buscar la que, según él, más brillaba en su vida, que era yo.

Ignoro a la gente y me centro en las clases.

Una de las profesoras me da la enhorabuena por mis diseños y me recomienda una tienda donde venden telas para patronajes.

Aprendí a coser en casa de mi tía.

Yo no tengo máquina de coser, pero será lo primero que me compre cuando cobre.

Camino por la ciudad, al acabar las clases, hasta la tienda de telas y paso a ver qué ofrecen.

Como me dijo la profesora, todo lo que tienen, y las telas, es muy económico.

Veo varias telas que me llaman la atención y, sin querer, imagino a Dante con una chaqueta

diseñada por mí.

Odio que mi inspiración sea mi condena.

Lo primero que creé hace años fue una chaqueta para Dante.

Él mandó que la cosieran y cuando lo vi irse a una de sus galas llevaba mi chaqueta.

Lo que sentí al verlo con ella puesta hizo que supiera que había nacido para eso.

Al regresar, toqué la chaqueta y nos quedamos mirándonos a los ojos, sin terminar de dar los abrazos que el otro reclamaba.

Yo solo tenía diez años, pero sentí que ese era mi camino y él mi inspiración.

Lo cual ahora es un fastidio.

Ando por la tienda y compro algunas telas, bien de precio, para hacerme algo cuando tenga mi máquina de coser.

Al fondo de la tienda veo varias máquinas de segunda mano a la venta.

Tras pagar, salgo ilusionada y con un propósito: conseguir una de esas máquinas.

Al llegar al cuarto, me pongo a crear diseños para la tela que he comprado.

Candy aparece cuando estoy creando algunos de ellos y se los enseño. Le gustan mucho y me da ideas, como ponerles tachuelas y telas brillantes de color.

—El caso es meter purpurina y algo brillante como sea.

Se ríe y asiente.

—Me gusta el brillo. ¡Qué le voy a hacer!

Se sienta en la cama y tengo una idea basada en ella.

Creo una chaqueta con diferentes tonos y colores, y con un unicornio en la espalda.

—Me encanta. Yo pagaría por ella.

—Si un día puedo hacerla, te la regalaré, pero primero tengo que comprarme una máquina de coser y materiales.

—Bueno, pronto podrás conseguir todo eso.

Propone ver una serie juntas antes de acostarnos. Tenemos gustos muy parecidos.

—¿Sabes que Dante fue quien hizo posible que estuviéramos juntas en este cuarto? —me pregunta como quien no quiere la cosa, pasado un rato.

—¿Cómo es eso posible?

—Pues, al parecer, pagó mucho dinero al que lleva esta residencia para eso.

La miro sin entender por qué hizo algo así.

—No tiene sentido...

—Lo tiene, porque nos parecemos mucho y creo que Dante sabía que podíamos llegar a ser buenas amigas. Quería cuidar de ti.

—Dudo que él haga algo así por mí.

—Yo creo que no sabe hacerlo de otra forma, aunque tú lo tienes que saber mejor que nadie. Supongo que sabes que Dante no es de los que dicen bonitas palabras, ¿verdad?

—Dante solo las dice cuando quiere conseguir un buen negocio. —Se ríe—. Pienso que me

quería aquí para atormentarme.

—No lo creo, pero si un día quieres contarme tus motivos para odiarlo, me encantará escucharte.

Asiento y me marcho a mi cama para dormir.

No puedo dejar de pensar en que Dante hiciera todo esto por mí. Para que tuviera una buena compañera. Eso no encaja con el hecho de que me dejó ir. Éramos amigos y me olvidó tras una discusión.

Dante

Candy entra en la cafetería antes de tiempo.

Me mira sonriente y sé que algo trama.

He venido antes para organizar el trabajo y ver cómo ha ido la mañana.

Me tomo mi trabajo muy en serio. Tal vez porque estando aburrido compré esta cafetería de poca monta para levantarla y hacer de ella un éxito.

Lo he hecho con varias empresas ya. Lo hago desde hace años.

Veo negocios a punto de cerrar, los compro y estudio sus entresijos para ver cómo sacarlos adelante.

El antiguo dueño de esta cafetería tenía afición al juego e hizo malas inversiones, me enteré y la compré. No pienso decírselo a nadie, porque no me gusta ir contando por ahí la cantidad de negocios que compro, que devuelvo a la vida y que luego vendo a mejor precio.

Mucha gente piensa que solo soy un chico guapo, un niño de papá, que no sabe hacer otra cosa que gastar el dinero de su padre.

Pocos saben que una gran parte de la fortuna de mi padre es mía, porque desde hace años mi progenitor vio potencial en mí y me metió de lleno en sus negocios sin que nadie lo supiera.

Por eso lo odio aún más, porque después de años de trabajo, ilegales, por cierto, porque yo era un niño, me hizo esta guarrada de tener que demostrar que tengo corazón para ser el hermano de alguien.

De todos modos, era lo que esperaba de un ser como él.

—Sé una cosa que tú no sabes.

—¿Y por qué iba a querer saberla yo?

—Es sobre Brooke... y a mí no me engañas. Sé que te importa.

—No pienso admitir tal cosa.

Pone los ojos en blanco.

—Bueno, pues por si te interesa... —espero que hable, pero, cómo no, Candy se va a hacer de rogar.

—Cuenta o te despido.

—No puedes hacer eso...

—Te prometo que sí puedo.

Bufa.

—Vale, de verdad no cuesta nada pedir las cosas sin amenazar a nadie.

—¿Vas a hablar hoy o esperas a que me haga viejo?

—No, por favor, que viejo estarás todavía más cascarrabias y serás más insoportable.

—Por suerte para ti, eso no lo verás. Cuando se acabe este circo de jugar a las familias, cada uno seguirá su camino.

—Vas listo si piensas que me vas a perder como amiga así como así. —Me mira desafiante.

—Como quieras, pero mi paciencia tiene un límite, Candy.

—Lo sé, y es así de pequeño. —Hace con los dedos el tamaño—. Te diré que tal vez puedas usar tus influencias para que nos adelanten parte del sueldo o nos paguen por semanas. Brooke necesita una máquina de coser y materiales para dar vida a sus creaciones, por si quieres que sea feliz y eso. —Se marcha para cambiarse.

Al poco llegan los demás. Brooke está entre ellos.

No nos hemos visto desde que me dejó plantado en mi casa.

No me mira y por eso la llamo, para joderle el día.

—Brooke, ¿puedes venir un momento?

Se tensa y, cuando se gira, sus ojos marrones me miran desafiante.

Camina hacia mí mientras abro la caja registradora y hago cuentas.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Aparte de decirte cómo hacer tu trabajo? Por suerte para ti, no tendré en cuenta que me dejaste tirado.

—Bueno, alguien tenía que recordarte que no lo puedes tener todo solo porque lo pidas.

—Te aseguro que sé mejor que nadie que no puedo tenerlo todo. —Nuestras miradas se entrelazan—. La próxima vez que te pida algo, espero que estés ahí.

—No estaré. Al igual que tú no has estado en estos cuatro años. Ahora haznos el favor a los dos y sigue dejándome vivir mi vida en paz.

Veo resentimiento y dolor en su mirada porque no fuera a buscarla.

Pienso si debería contarle que sí que fui, pero que luego no tuve el valor de llegar hasta ella, porque pensar en discutir con ella de nuevo y que me rechazara, me ahogaba.

Al final, la dejé ir hasta que estuviera listo, para que su odio no me afectara.

Además, también influyó que, cuando la vi, parecía muy feliz sin mí.

—Haré lo que me dé la gana.

—Como siempre, entonces. —Asiento y le acerco el dinero—. ¿Qué es eso?

—Tu paga de estas dos semanas. Hay un poco más, porque el jefe os ha subido el sueldo. Luego se lo diré al resto.

No pienso subir el sueldo a los otros, pero Brooke no lo sabe.

Mira el dinero y lo coge.

Veo como lo cuenta y sus ojos marrones se iluminan de felicidad.

Espero que le llegue para todo lo que desea comprar.

Sonríe feliz y, antes de alzar la cabeza, hace lo imposible para que no pueda ver su felicidad.

Odio que haga eso. Hace años me regaló cientos de sonrisas de las que ahora me despoja.

—No pienso darte las gracias. Se las daré al jefe. —Se vuelve hacia el cuarto de los trabajadores y grita—: ¡El jefe nos ha subido el sueldo!

Mierda, no contaba con que, con los años, se ha convertido en una gran bocazas.

Massimo, que sabe que yo soy el jefe, sale y me mira divertido.

—Qué bueno es el jefe, ¿eh? —Lo fulmino con la mirada.

Sabe que soy el dueño porque me ayuda con el circuito y vio los papeles sobre la mesa.

Al final me lo sacó.

Es tan insoportable como su novia.

—¿A mí también? —pregunta.

—A ti, lo mismo te despide por chulito.

Se ríe.

—Bueno, tómalo como un reto. A ver cómo consigues que este sitio saque beneficios con una subida salarial.

Lo miro, porque me sorprende que sepa que eso para mí es un gran aliciente.

Massimo me conoce más de lo que creía y no sé si eso me gusta.

—Como si eso me importara —indico, restándole importancia.

No dice nada. Solo se marcha para trabajar, dejándome con una sensación rara. Una que me ahoga.

Sé moverme mejor por el desprecio que por el aprecio. Por eso, a media tarde, acabo por irme tras dejarlo todo atado.

Me cuesta respirar...

Capítulo 13



Brooke

—Dime qué le has dicho a Dante para que se haya marchado mirándote como si te quisiera matar —le pregunta Candy a su novio cuando nos acompaña a la residencia tras el trabajo.

—Puede que le dijera algo bueno.

—¿Acaso no sabes qué le pasa a Dante cuando le dicen cosas bonitas?!

—¿Qué le pasa? —pregunto, porque yo no lo sé.

Los dos me miran como si me sorprendiera este hecho, tras haber vivido con él.

Hago memoria de qué ha pasado con Dante cuando ha recibido halagos. Nunca escuché nada bueno que saliera de la boca de su padre y la madre de Dante se fue hace años. No ha vuelto a dar señales de vida.

Mis padres tampoco le dicen nada amable, porque guardan mucho los roles de jefe y empleado ante él, y yo... Bueno, a mí me gustaba decirle cuánto me importaba, pero lo dejaba caer sin que se notara.

La única ocasión en que me declaré en serio se enfadó y luego discutimos por primera vez.

—Se bloquea, o algo así —me explica Candy—. No sabe lidiar con las cosas buenas. Cuando mi prima le dijo que lo quería, que era su mejor amigo, estuvo desaparecido varios días y, cuando el equipo de fútbol, para joderlo, le dijo que era el mejor capitán, le costó no liarse a palos con todos.

—A Dante le pone más un «te odio» que un «te quiero». Es así de simple —añade Massimo divertido.

—No creo que sea eso y sé que tú tampoco piensas así —le dice su novia—. Creo que es algo más. ¿En su vida ha recibido muchos halagos?

—Que yo recuerde, no. Su padre... —Massimo me mira atento—... Vuestro padre era un desgraciado. Se pasaba media vida borracho, de viaje o de fiesta, y, cuando estaba en casa, le gustaba que Dante fuera con él a sus fiestas, desde muy pequeño.

—No, si ya había intuido que como padre no era un gran ejemplo a seguir —indica Massimo.

—No, no lo era. A mí no me gustaba. Cuando estaba en la casa, Dante me pedía que no saliera de mis dependencias, porque su padre traía a gente de dudosa reputación. —Llegamos a la residencia—. Creo que Giò y tú habéis tenido suerte de no vivir bajo el mismo techo con alguien como don Andrea. Con sinceridad, me cuesta mucho creer que cambiara el testamento para ayudar a Dante. Nunca le importó su hijo. Yo siento que hay algo más retorcido tras esa decisión.

—Puede ser —comenta Massimo distraído.

Entramos en la habitación y Massimo se queda pensando en mis palabras.

—¿Y la madre de Dante? —pregunta curioso.

—Lo abandonó con cinco años. No recuerdo mucho de esa época, pero, cuando no estaba borracha, estaba puesta de drogas hasta arriba. Por lo menos, eso es lo que dicen mis padres. Claro que de puertas para fuera, nadie lo sabía.

—Entonces, Dante solo te ha tenido a ti, ¿no? —me pregunta Candy.

—Sí, pero no sé hasta qué punto le importaba. Creo que se conformaba conmigo porque en su casa era la única que le daba cariño. No es lo mismo elegir a quien quieres en tu vida que conformarte con la única persona que está en ella.

—Duele, pero es cierto —dice Massimo.

—Bueno, como sea, gracias al aumento de sueldo puedes comprarte todo lo que necesitas, ¿verdad? —Asiento y Candy saca mi libreta y se la enseña a Massimo—. ¿A que son geniales sus diseños?

Este los observa uno a uno y comprueba que varios de ellos son de chaquetas de hombre.

—Me gusta mucho esta —dice ante una negra con toques brillantes—. Si me la haces, te la compro.

—Ah..., pues vale. Nunca he vendido mi ropa, pero estaría bien para conseguir más dinero para seguir creando.

—Pues ya sabes, a darle a la aguja —señala Candy feliz.

Asiento y pienso en todo lo que haré mañana. Si soy sincera, también en Dante y en cómo lidia con las cosas buenas.

Nunca había pensado en eso. Claro que, cuando nos enfadamos, solo tenía catorce años. Me creía adulta, pero me faltaban muchas experiencias que me hicieran dejar atrás la niñez del todo y ver la vida con otros ojos.

«¿Fue por eso por lo que, cuando le dije que estaba enamorada de él y lo quería, la cosa cambió entre los dos?

No creo...

No es posible...

Ya no lo tengo tan claro.»

Dante

Corro con mi coche por el circuito, que está a punto de ser inaugurado. Cada curva me hace sentir mejor y, sobre todo, cuando soy consciente de que, si la cago, mi vida está en juego.

El riesgo hace que me sienta vivo y que deje de notar pesadez en el pecho.

Tomo aire y, cuando llego a la meta, corro otra vez.

Lo malo es que el coche no está bien del todo. Le pasa algo y no sé qué es.

Aun así, no me detengo.

Me sé este circuito de memoria. Podría hacerlo con los ojos cerrados y, por un segundo, se me pasa por la cabeza hacer algo tan arriesgado.

Al final, no lo hago y me siento débil...

Salgo del coche agotado, agitado y odiando esta sensación de ahogo.

La primera vez que la sentí fue cuando Brooke se me declaró y maté lo que sentía con drogas y alcohol.

Luego la perdí.

No he vuelto a tomar drogas desde entonces. Algo complicado para alguien que las ha tenido a mano desde niño, gracias a un padre irresponsable.

Tomo aire, odiando a mi padre, a mi madre y a todo aquel que he tenido la desgracia de conocer en mi vida.

Hoy odio a todo el mundo, porque odiar es un sentimiento que controlo.

Capítulo 14



Brooke

Dante no viene a trabajar.

Cruz ocupa su puesto de encargado sustituto y las cosas van muy bien sin don perfecto. Aunque, si soy sincera, lo he buscado sin querer en cada rincón de esta ciudad.

Taz vez por eso he aceptado ir con Inés a ver a los chicos jugar un partido.

Candy y Lead están con las animadoras.

Entramos en el estadio e Inés ve a varias de sus amigas. Son algunas de las del otro día.

Al vernos, nos saludan felices.

Sigo sin recordar sus nombres y por eso no les pregunto nada mientras esperamos a que empiece el partido.

Cuando salen los chicos de nuestro equipo, la grada estalla en vítores y aplausos.

Busco a Dante y lo veo salir el último. Es en este momento cuando la gente más aplaude. Muchas gritan obscenidades hacia el *quarterback*.

Lo he visto jugar muchas veces en el instituto, pero hoy siento una emoción diferente. Algo más profundo, intenso y que me asusta.

Los vemos calentar.

El entrenador habla con los tres Bianchi, que juntos son imponentes.

Giò asiente, Massimo parece que no lo tiene claro y Dante pone mala cara.

El entrenador les dice algo y Dante lo fulmina con la mirada antes de ponerse el casco. A saber qué narices ha pasado.

—Este entrenador es nuevo —me informa Inés, al ver dónde estaba mirando—. El del año pasado era mucho mejor. Este tiene mucho ego y se cree que las cosas solo salen bien si hacen exactamente lo que les dice. Los anteriores partidos no los perdieron por poco. No sabe que lo mejor para ganar es dejar que los Bianchi hagan magia juntos.

—Entonces, ya sé por qué Dante ha puesto mala cara. Odia que le digan lo que tiene que

hacer.

Sonríe y asiente.

—Aun así, creo que este entrenador quiere dejar claro que, si ganan, es por él, porque el año que viene los Bianchi no estarán y quiere seguir aquí.

—Bueno, pero este año sí están y puede aprender de ellos para los que vendrán en el futuro. No debería ver como algo malo tener tan buenos jugadores.

—Ya, eso pienso yo. Es un gilipollas. Si lo escuchas hablar en alguna de sus entrevistas, lo entenderás.

Pienso en ver alguna por curiosidad.

El partido empieza y veo que Dante se queda en el banquillo.

Ahora entiendo su enfado.

La gente estalla en protestas al no verlo en el campo y le dicen de todo al entrenador.

Tras empezar perdiendo, claudica y saca a Dante a jugar.

Este lo mira enfadado y sale al campo dando órdenes. Cambia la técnica de juego.

Luego va hacia sus hermanos y hablan algo en privado.

El partido se reanuda y Dante coge el balón. Entonces, empieza a correr como si la vida le fuera en ello.

Los defensas del otro equipo tratan de pararlos, pero los esquivo a todos y, cuando está cerca de marcar y rodeado por los del equipo contrario, lanza el balón a Massimo, que termina la carrera por él y suma a favor del equipo.

El entrenador no parece contento.

Por eso, en el descanso, hace nuevos cambios y, una vez más, el partido se les complica.

«Menudo idiota, y todo por su ego.»

Acaban empatando, y con suerte.

El entrenador ha destrozado el equipo con sus órdenes.

Dante se marcha al vestuario con cara de pocos amigos.

—¿Te apuntas a la fiesta en casa de los jugadores?

No pensaba ir, pero le digo que sí a Inés.

Antes de ir a la fraternidad, nos vamos a tomar unas cervezas con las animadoras.

Lead y Candy están preocupadas por sus chicos. Saben que lo de esta noche ha sido un atentado contra su saber hacer. Tienen al enemigo en casa.

Busco alguna entrevista del entrenador y encuentro la última.

No la puedo escuchar por la música y el follón, pero, por suerte, está subtitulada.

Leo lo que dice y alucino con uno de sus titulares:

«El equipo debe aprender a perder y a aceptar que yo soy quien manda. Entonces, seremos imbatibles».

Menudo idiota. Si fuera un buen entrenador les daría alas para ser los mejores, en lugar de cortárselas. Solo quiere que pierdan para luego levantar lo imposible y ponerse medallas.

Me da que hoy Dante tendrá el cuerpo para pocas gracias. Tal vez lo acabe presionando solo por diversión.

Dante

Esta noche no tengo ganas de que nadie más me toque las pelotas.

No sé por qué sigo aquí; por qué aguanto que un imbécil me trate como si fuera tonto y no supiera jugar mil veces mejor que él.

El entrenador no sabe lo que hace. No tiene ni idea y solo quiere demostrar que sí, para que no lo despidan cuando nos marchemos.

Al menos, el otro nos animaba a ser mejores, pero este solo quiere el dinero que le da ser entrenador de un equipo ganador. Si está aquí es porque es yerno del rector.

Lo sé porque, nada más conocerlo, fui a ver si lo podían despedir y el rector me dijo que era intocable.

Cuando en un lugar la gente entra por enchufe, y no porque lo merezca, ese sitio está destinado al fracaso.

Por eso, tomo un refresco mientras observo la fiesta con cara de pocos amigos. Algunas mujeres se me acercan, pero deben de ver algo en mí que las hace desistir e irse a buscar otra conquista más fácil.

Estoy a punto de irme a mi habitación cuando, por el rabillo del ojo, me parece ver algo rosa.

«No, no puede ser.»

Me giro y veo a Brooke entrar con Inés.

«¿Pero qué narices hace aquí?»

La observo.

Si me ha visto, se ha hecho la tonta.

Pasea por la sala y coge algo de beber.

Varios tíos la miran de arriba abajo y uno de mis compañeros se le acerca sin importarle que yo pueda estar mirando.

Veo como le sonrío y me siento como si acabara de morder arena.

Van hacia el jardín y lo pillo mirando el culo de Brooke. Claro que, con esa falda minúscula, este se ve respingón y deja poco a la imaginación. Lleva un top de media manga y, cuando anda, se le ve el estómago.

Está jodidamente sexi y me jode no ser el único que lo note.

Salgo al jardín tras ellos y veo como tontean.

—¿A quién quieres dar una paliza? —me pregunta Giò y sigue mi mirada—. Entiendo. ¿Has pensado en ir y hablar con ella? Pedirle perdón...

—Fue ella la que se fue sin mirar atrás. No tengo que disculparme.

—Si fuiste con ella la mitad de amable que lo eres con el resto, lo que no sé es como no se fue

antes.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Por qué no te vas a follar un rato con tu novia y me dejas en paz?

Se ríe.

—Luego lo haré. No te preocupes. Por cierto, Brooke tiene derecho a hacer lo que quiera con su vida.

—No, si yo puedo evitarlo.

—Y yo que pensaba que no podía escucharte decir más estupideces. Te superas cada año, hermanito.

—¡Que te jodan, Giò!

Me alejo de este hermano metomentodo y voy hasta una mesa.

Joder, me tienta beber y olvidarme de como Brooke le hace ojos a ese imbécil, que ahora le mira las tetas como si quisiera metérselas en su boca.

—¿Has pensado en acercarte y saludarla? Puedes decirle: «Hola, Brooke. ¿Qué tal la semana?». No es tan complicado.

Miro a Massimo cabreado.

—¿Tú también? —Asiente divertido—. ¿Te recuerdo que el año pasado eras un gilipollas? Quizás la gomina te ha hecho olvidar que de los tres el más amable no eres tú, precisamente.

—Lo sé, pero en vez de estar aquí mirándola, puedes empezar por algo.

—La invité a cenar y me rechazó —rumio entre dientes.

—¿Y lo hiciste de forma amable y correcta? —Lo miro con frialdad—. Vale, sacaste tu encanto a relucir y te rechazó. A veces deberías ser menos tú y más como el resto, o la perderás otra vez.

—Me importa una mierda perderla otra vez. Estoy mejor solo...

—A mí no me engañas —me dice, y se larga con su chica para comerle la boca.

«Hola..., y ya está. ¡Y una mierda! No tengo que rebajarme a eso. Yo soy Dante Bianchi y esta gente no me llega ni a la suela del zapato...»

* * *

Camino hacia Brooke cuando me canso de ver como este tío imagina las mil maneras de colarse entre sus piernas y quitarle las bragas.

Lo hago por ella, porque tal vez no sepa lo gilipollas que es y cuánto le gusta joder a la gente, y no en la cama. Luego va contando lo que ha hecho con ellas, como si el sexo fuera ponerse medallas.

Yo no soy el mejor en la cama. Lo sé, pero nunca he engañado a nadie ni he hecho creer que podría haber algo más de mí. Tampoco he contado mis hazañas.

Ya se han encargado ellas de hacerlo.

Sé lo que jode ser solo una medalla, porque a la gente le da igual cómo sea el sexo contigo, con tal de contarlo. Muchas veces me he preguntado por qué soportan mi frialdad, pero sé la respuesta: soy jodidamente guapo y además rico. Les dan morbo mis excentricidades.

Yo no soy así porque quiera... Es porque no sé ser de otra forma sin ahogarme.

—Hola... —digo y no sé cuál de los dos me mira más sorprendido.

Lo peor es ver a Massimo y a Giò diciéndome con los pulgares que todo está okey. ¿Acaso he pedido que me ayuden? No los soporto.

—Quiero hablar contigo, ya —le pido a Brooke. O le ordeno, más bien.

—No me apetece.

—Es importante.

—Me da igual. —Mira a su conquista y lo siento, pero me va a escuchar, quiera o no.

La cojo en brazos y la cargo sobre mi hombro, con cuidado de que nadie vea su ropa interior.

Patalea, protesta, pero sigo andando y de camino veo a mis hermanos poner cara de que no era así como debía hacerlo.

«Que les den a todos. Brooke me va a escuchar, quiera ella o no.»

Capítulo 15



Brooke

Miro a Dante de forma desafiante cuando me baja.

Mi cuerpo está ardiendo por su cercanía y por la rabia de cómo me ha sacado de allí, de malas formas.

Su mirada violeta es afilada. Tiene la mandíbula tensa y parece que está a punto de estallar. A saber qué narices le pasa para estar así, cuando yo no he hecho nada.

—Si esperas que me quede en tu cuarto contigo, vas listo.

—Vas a escucharme, lo quieras o no, y como cuando te pido que vengas a cenar no me haces caso, tal vez tenga que dejar de pedir las cosas por favor.

—¿De verdad me pediste por favor que fuera a cenar? Recuerdo algo distinto. Me ordenaste que fuera a cenar contigo y yo no soy ni uno de tus empleados ni uno de tus sirvientes. No trabajo para ti y puedo decidir si quiero o no estar contigo.

Dante me mira enfadado, como si le molestaran mis palabras.

—Míralo como quieras, pero, por norma general, no suelo invitar a nadie a cenar...

—Tampoco creo que te importe mucho si voy o no. Ya no soy esa niña que iba tras de ti.

Su mirada me recorre de pies a cabeza, de una forma que me hace temblar.

—No me digas. Si fueras esa niña, no me darías tantos dolores de cabeza.

Sus palabras me enfadan y hago amago de irme.

Me coge y pone mis manos sobre mi cabeza sin hacerme daño. Su agarre es firme, pero no doloroso.

—Ese capullo con el que estás deseando irte ve a las mujeres como una muesca en su cama para fardar luego de lo que hace con ellas. No te desea. Solo quiere una noche de sexo con alguien.

—¿Acaso ahora tú eres virgen? Te recuerdo que sé cuándo perdiste la virginidad. Quizás yo solo quiera una noche de sexo, como él. No sabes qué he estado haciendo estos años ni con

quién, Dante. —Noto como su mirada se endurece y sigo con este tema que parece que odia—. No tienes ni idea de con cuántos tíos me he acostado. Así que ahora no vengas de amigo protector, porque ni somos amigos ni necesito que me protejas.

Su respiración se agita y veo tormento en sus ojos violetas.

—¿Cuántos?

—No te importa ni nunca te importará.

Ruge y me mira molesto. Es como si le molestara de verdad, pero solo le enfada porque no puede controlarme. No puede controlar mi vida y eso le duele.

Yo nunca le importé.

Sube una de sus manos por mi costado y noto como la respiración se me agita mientras toca levemente mi cintura.

Intento que no note como me perturba y trato de que mi cuerpo no reaccione a su leve contacto. A él...

—¿Has dejado que te toquen en cada rincón de tu piel?

Lleva su mano hasta el bajo de mis pechos, que están alzados, por las manos sobre mi cabeza.

Siento una imperiosa necesidad de que siga hasta arriba.

Me da rabia que mi cuerpo vibre solo ante la idea de sus manos en esa zona, y que mi sexo palpite con fuerza por su cercanía.

—No te importa —respondo.

Dante sigue subiendo hasta mi cuello y me toca la piel desnuda de este, con demasiada ternura, viniendo de él.

—¿Te trataron bien? —su pregunta me desarma más que si me hubiera dicho otra cosa más grosera.

Por un segundo, me parece ver ante mí a ese niño perdido que no sabía cómo hablar conmigo; que ocultaba sus emociones bajo cientos de llaves para que nadie pudiera ver sus debilidades.

Dante veía los sentimientos como defectos que la gente podía usar contra él.

Sube su mano hasta mi boca y acaricia mis labios.

Estoy tentada de sacar la lengua y lamer sus dedos.

No lo hago, pero sus caricias en mi boca aceleran mis latidos. Sobre todo, cuando se acerca y parece que va a besarme, pero se queda a unos centímetros de mí.

Su aliento me acaricia y hace que desee que me bese.

Lo deseo tanto que duele.

Por eso, respondo a su pregunta para detener esto:

—No te importa —repito una vez más, porque necesito que me suelte y me deje ir.

Siento que estoy cayendo de nuevo en sus redes y en lo que siento a su lado. Nunca nadie me ha hecho sentir así.

—Espero que sí, porque si no, te juro que les daré una paliza.

Pongo los ojos en blanco por sus palabras.

Suelta mis manos y sé que me deja ir.

Voy hasta la puerta y de camino miro su habitación. Es fría e impersonal, como la de su casa. No hay nada que te deje ver quién es Dante.

Todo sigue igual: Dante odia mostrarse al mundo. ¡Qué triste!

Salgo sin mirarlo, sintiendo el peso de su cercanía y las ganas de que fuera a más. De que me besara y acariciara cada parte de mí, hasta olvidarme del mundo. De que su boca me hiciera olvidar otros besos que, al final, me supieron amargos.

Dante

Casi la he besado, pero lo que me ha dejado tocado no ha sido eso.

Ha sido el hecho de que, mientras acariciaba su cuerpo, no había nada más en mí que mi deseo de explorar cada centímetro de ella.

No la besé, pero faltó poco.

Odio imaginarla con otros, saber que unos desgraciados han tocado su cuerpo sin amarla como se debe. Tal vez haciéndola llorar por la falta de empatía con su placer.

Me pregunto si ha dado con alguien como yo, que tiene miles de sueños eróticos pero, a la hora de la verdad, no es capaz de dar más de él que un encuentro rápido de mierda.

Imaginarla con otros me destroza, pero más la idea de que no la hayan tocado como se merece.

Su aliento sigue anclado en mi boca.

No besarla me ha costado, pero sus palabras me han hecho darme cuenta de lo lejos que estamos y de que no sé cómo cojones dejar de ver ese resentimiento y ese dolor en sus ojos.

Daría todo lo que tengo porque me sonriera una sola vez, como hace años. Cuando mi forma de ser no la asustaba, ni la alejaba. Ella entendía cada parte que ocultaba de mí.

Pensaba que su regreso sería pacífico y que todo sería como antes, pero no contaba con que en estos cuatro años esa niña dulce se convirtiera en una fiera de atractivas curvas que, por alguna razón, no dejo de desear.

«¡Joder! No paro de cagarla con ella...»

* * *

Bajo para ver cómo sigue la fiesta, o, siendo sincero conmigo mismo, para ver si Brooke se ha marchado y ha dejado de tontear con Ferb.

Llego al salón y algunas personas ya se han ido. Otras quedan rezagadas en la sala.

No veo a mis hermanos y no soy tonto para no saber que están en sus cuartos, haciendo cosas de mayores.

Salgo al jardín y no veo a Brooke.

«Genial, se ha ido.»

—¿Te apuntas? —me pregunta Cruz, cogiendo una botella del jardín.

—¿A qué?

—Vamos a jugar a la botella en el sótano. —Se ríe, dejando claro que está bastante bebido.

—¿Aún se sigue jugando a ese juego tan infantil?

—Al parecer, sí. Vamos, apúntate.

—Sé que te mueres por besarme, pero no pienso darte ese placer.

Se ríe de nuevo.

—No me atrae tu boca para nada. No me gustan los capullos.

Cruz sonrío y no sé por qué lo sigo.

En realidad, me parece un tío decente. Por eso le conté que la cafetería era mía y que, cuando yo no pudiera estar, sería él el encargado. Eso sí, antes le hice jurar que no diría nada.

Bajamos al sótano, que tiene varios sofás y una mesa de billar.

No hay mucha luz, pero no me hace falta para ver a Brooke al lado de Ferb.

Aprieto enfadado la mandíbula.

«¿A qué cojones está jugando? ¿Acaso no le importa que alguien como él la humille?»

Voy hasta una mesa y me siento para ver este absurdo e infantil espectáculo.

No pienso jugar, porque sé que la única boca que devoraría sería la de Brooke y, como ella sigue jugando, la acabaré besando, porque si quiere un capullo, yo soy el peor de todos.

Brooke me mira desafiante y, cuando el juego empieza y la botella pasa por su lado, veo que se tensa.

Es idiota por jugar a esto solo por fastidiarme y demostrarme que puede besar a quien le dé la gana.

La botella se para cerca de ella y veo como se relaja aliviada.

Me mira y le sonrío. Lo que le molesta mucho, porque sus ojos marrones echan chispas.

«Genial, ya le daré más motivos para que me odie un poco más...»

El juego sigue y cuando le toca tirar, su mano tiembla.

Me mira mientras tira y sé que solo quiere seguir para joderme. No tengo dudas.

La miro tranquilo, como si no me molestara que otro se coma sus labios rojos.

La botella gira y gira, y cae en Ferb...

«¡Vamos, no me jodas!»

Ferb se levanta deseando besarla.

Brooke da un paso atrás y no necesito más para ir hacia ellos.

Ferb coge la cara de Brooke entre sus manos, un segundo antes de que lo empuje hacia atrás.

—Como la toques, te mato. —Es mentira, pero se lo digo para que sepa que Brooke no se toca.

Miro a Brooke y se va hacia atrás, antes de que la coja y la cargue sobre mi hombro.

Grita, me golpea en el culo y en la espalda. Incluso me pellizca, pero no paro hasta dejarla en

mi coche, con el cinturón puesto y el cierre echado, y yo entro, por el lado del copiloto, con algo de esfuerzo.

—¿Acaso te falta un tornillo?!

—¿Acaso tú eres tan tonta para besar a alguien que no deseas?

—¿Y cómo sabes eso?

—¡Porque te conozco mejor que nadie!

—No hagas que me ría —dice dolida.

La llevo hasta su residencia esperando que diga algo de por qué se supone que no la conozco, pero no habla. Solo mira nerviosa por la ventanilla.

Sé que ese es su estado porque se toca los dedos y los retuerce unos contra otros.

Miles de veces cogí su mano para que dejara de hacerlo. Es un tic nervioso que tiene desde niña. Delata cuando está a punto de explotar por las emociones que la asolan.

Es una de sus debilidades que hace que pueda saber que, si la pincho ahora, la romperé.

Detengo el coche en su residencia y abro los cierres, aun sabiendo que huirá.

Eso es lo que hace.

Se marcha sin mirar atrás y sin decirme por qué no se cree que la sigo conociendo mejor que nadie, a pesar de los años que hemos pasado separados.

«Se me está dando de pena estar a su lado.

Tal vez deba pedir ayuda a mis hermanos... Ni de coña.»

Capítulo 16



Brooke

No he podido dormir mucho en toda la noche por el dolor de cabeza, debido a la bebida que tomé y a las emociones que viví ayer.

Dante hace que me sienta inestable emocionalmente.

Tenerlo cerca hace que me dé cuenta de que hay sentimientos aún presentes cuando me mira que ya existían hace años.

Ayer salí bastante tocada de ese cuarto y bebí de más.

Por eso, cuando Ferb me propuso jugar a la botella, solo pensaba en joder a Dante y no en que no me apeteciera besar a nadie.

Entonces, me tocó besar a Ferb y sentí asco.

No soy de las que van por ahí dándose besos a diestro y siniestro. Me tiene que apetecer de verdad besar a alguien. Soy de las que dan demasiadas vueltas a ese asunto.

Algo que con Dante no me sucede, porque con él lo deseo todo.

No sabía dónde meterme y, cuando Dante evitó que lo besara, advirtiéndome que seguía leyendo en mí, me molestó sobremanera, porque yo no pedí dejar de ser su amiga. Ni estar años enfadados ni acabar por odiar a quien quise tanto.

Por eso, me duele esta distancia entre los dos y ver que sigue leyendo en mí como un libro abierto y yo en él, lo que no ayuda a mitigar mi malestar.

Llaman a la puerta y voy a abrir, ya que estoy sola en el cuarto.

Abro y me encuentro a un mensajero de Uber con una bolsa de mi pastelería favorita. Al lado hay otra bolsa pequeña que no tiene nombre.

—Gracias.

Lo cojo todo y lo dejo en el escritorio.

Abro la bolsa pequeña y son pastillas para el dolor de cabeza. En la otra hay café recién hecho y mi tarta favorita de fresa y nata.

No puede ser otro que Dante y sé que es su forma de decirme que lo siente. Siente ser así de bruto.

Hace años hacía esto a menudo. Tocaba la puerta de mi cuarto, con mi dulce favorito, cuando sabía que yo estaba mal por algo.

Entraba y me veía comerlo sin decir nada.

En realidad, solo necesitaba no sentirme sola.

Dante odia las fresas y por eso me veía comer el dulce sin meter su cuchara para quitarme la mitad, como hacía con otros.

Me duele el pecho por el detalle y me pregunto si ya es tarde para nosotros.

Dante

Cuando detengo el coche en el garaje, Massimo me mira con mala cara.

Llevo desde muy temprano corriendo y lo que menos necesito ahora es a alguien que vaya de padre conmigo.

—El automóvil hace algo raro y no sabemos qué coño es. Yo que tú, no lo usaría más hasta llevarlo a un mecánico. Además, arriesgas demasiado. Casi te has salido tres veces y no estás seguro en un coche así. Como falle algo, puede ser letal.

No me extraña que lo haya visto, porque es muy bueno. Casi tanto como yo. Algo que no le diré.

—Si me mato, dejarás de verme la cara. Míralo por el lado bueno.

—Si te matas, mi novia no podrá superarlo y prefiero soportarte a verla destrozada con tu muerte. —Me tira una toalla para que me seque el sudor y luego abre el capó de mi coche—. Voy a probar el coche, para ver si damos con lo que narices le pasa.

No le digo que no, porque estoy agotado.

Voy a beber agua y reviso el móvil para comprobar que le haya llegado a Brooke el desayuno.

Me han avisado de que está entregado y espero que se lo haya comido. Confío en que no lo haya tirado a la basura.

Tal vez mandarle tarta no sea la mejor disculpa del mundo por ser un gilipollas, pero el problema es que no sé cómo hacerlo de otra forma.

Observo a Massimo correr y veo que hoy, solo hoy, conduce mejor que yo.

Cuando llega donde estoy, sale del vehículo mosqueado.

—El ruido va a más. Tienes que llevar el coche a que lo reparen. Tengo un mal presentimiento.

—No me gusta que nadie toque mi coche, y tú deja de ir de adivino por la vida, que no te pega.

—Tú verás qué haces, pero no va bien, Dante.

Observo mi coche rojo.

Mi padre odiaba el color rojo y ninguno de sus vehículos es rojo. Por eso, me los compré todos en ese color. Merecía la pena por su cara de asco, cuando me veía llegar con ellos o dejarlos en el garaje.

Este fue el último coche que me compré antes de que muriera.

Cuando Brooke aún estaba a mi lado.

Vino conmigo a recogerlo y nos dimos una vuelta hasta el Observatorio Griffith, desde donde se pueden ver las mejores vistas de Los Ángeles y que es su lugar favorito de la ciudad.

—Lo pensaré.

—No le van a hacer nada malo y si quieres competir con él, deberían mirarlo antes. —Asiento

—. ¿Sabes ya cuándo abriremos esto?

—Cuando mi coche esté listo para joderlos a todos.

Sonríe.

—No te olvides que yo también pienso correr.

—No lo olvido. Veo tu fea cara a diario y eso me lo recuerda.

Escuchamos un coche acercarse; solo alguien más tiene llaves de este sitio, aparte de nosotros.

Vemos a Giò que baja del coche.

Massimo y él se saludan.

A mí solo me dice «hola» con una sonrisa.

—Imaginé que estaríais aquí.

—¿Has decidido correr? —le pregunta Massimo.

—Ni de coña. Solo quise venir para ver cómo va todo.

Massimo se lo cuenta y yo los escucho con cara de pocos amigos, aunque por dentro cada vez estoy más acostumbrado a ellos. Algo que me molesta, porque los dos reharán su vida cuando este experimento del loco de mi padre termine y yo me quedaré atrás, solo.

Por eso no quiero acostumbrarme ni a ellos ni a nadie. A pesar de que sé que haría cualquier cosa por sus novias... Hasta por Brooke.

Agitado, monto en el coche de nuevo para correr.

Massimo me grita que no se me ocurra, pero hago lo que me da la gana.

Esta vez corro más fuerte, hasta que los frenos no funcionan y pienso qué cojones hacer para que el daño sea menor.

Tengo que saltar del coche en marcha, en una zona de césped.

Llego a ella con la puerta abierta.

No he podido reducir la velocidad del coche y sé que, cuando salte, se estampará contra la pared del fondo y seguro que explotará.

Salto del coche sobre la hierba y noto como esta amortigua mi caída.

Ruedo y escucho el vehículo chocar con una zona cerca de las gradas.

Explota y siento que mi pecho arde. Es como si esto fuera una señal de que el pasado que

tanto amaba con Brooke no volverá, porque yo lo destruí todo.

Cuando mis hermanos llegan a mi altura, me estoy levantando y quitándome la hierba del cuerpo. Tienen cara preocupada.

—Sigo vivo —les indico, queriendo hacerles creer que por dentro no estoy hecho una mierda —. Al parecer, no necesitamos un mecánico —les digo mientras veo arder el coche.

Massimo pone su mano en mi espalda y me da un apretón.

No me he matado y gracias al césped estoy casi ileso, pero sé que sufriré magulladuras.

—Al parecer, no —responde.

Nos quedamos los tres viendo como arde el coche.

Sé que no saben lo que significaba para mí y cómo me siento en verdad. Desconocen que ahora mismo noto como si alguien me apretara el corazón hasta dejarme sin respiración; que me siento morir mientras veo esta puta señal de la vida que me recuerda que alguien que no sabe ser feliz no lo podrá ser nunca.

Giò me examina con cuidado.

No dejo casi que me toque, porque me angustia que la gente ponga sus manos en mí y por eso paso de ir a un puto médico.

Protesto y no se lo pongo fácil.

Ya sé que no tengo nada roto.

Cuando acaba lo he fulminado con la mirada de mil maneras diferentes.

—¿Vamos a comprar otro? —pregunta Giò—. Gastar dinero se te da muy bien y yo hoy no tengo nada que hacer.

—Yo creo que lo mejor sería ir al médico a que le hagan una revisión a fondo.

—¿Crees que Dante va a dejar que lo toque un médico? Es el mismo que la otra noche se curó solo la ceja rota.

Ignoraba que Giò se hubiera dado cuenta de ese detalle y que por eso, cuando me ha tocado, lo ha hecho sin invadir mi espacio.

Estos dos ven más en mí de lo que me gustaría y han sabido qué decir para animarme tras ver quemarse mi coche.

Si me llego a quedar solo con mis pensamientos, hubiera entrado poco a poco en una zona oscura y peligrosa.

Pensar en un coche nuevo hace que me aferre a esa idea y que deje ir toda la amargura.

—Sé de un sitio que abre los domingos y tiene buenos coches, pero saldrá caro.

—Bueno, nos hemos visto en otras peores sin dinero. —Massimo sonríe y vamos hasta su vehículo.

Camino algo dolorido por la caída, pero no mencionan nada.

Massimo me tira una camiseta que tiene en el coche y me la pongo para que los del concesionario no vean la mía rota.

Cuando para en la farmacia y me compra algo para el dolor, por una vez ni protesto ni digo

nada mordaz.

Entramos al concesionario y al dependiente se le ilumina la cara.

—Llama a tu jefe —le indico—. Quiero hacer un trato con él.

Duda, pero al final asiente.

El jefe llega y nos vamos hasta su despacho.

No deja de mirarnos a los tres y es normal, porque juntos intimidamos un poco.

Le propongo un trato al que no puede negarse.

—Tenemos un acuerdo. Ahora elige el coche que quieras.

Asiento y le doy a Massimo mi móvil.

—Espero que sepas grabar bien de verdad. Necesito tu magia.

—Lo que sea para ahorrar dinero usando tu fea cara. Además, tengo un sitio mejor para grabar esto, pero ahora elige el coche.

Paseo por el concesionario, sintiéndome cada vez mejor por las pastillas que me he tomado, y voy hacia los automóviles deportivos.

Los ojos se me van al rojo, que brilla bajo las luces.

Ando hacia él y entro.

Pido las llaves y lo enciendo para hacer rugir el motor.

Joder, ruge tan bien que me pone los pelos de punta.

—Creo que tenemos favorito —indica Giò—. Ahora dame las llaves, que yo lo saco de aquí.

Dudo, pero al final salgo del coche y le doy las llaves.

Firmo los papeles por el coche y por la publicidad que voy a hacerle a este sitio.

El último anuncio que hice en las redes ha generado mucho dinero a la marca y es lo que he acordado con el dueño del concesionario para que el coche nos salga mejor de precio.

Mi último anuncio y la repercusión que tuvo seguro que le han jodido a mi padre, esté donde esté, por ser para una empresa de la competencia de sus negocios.

Salgo del concesionario en el coche de Massimo.

Giò nos sigue de cerca y me tomo un par de pastillas más.

—Te vas a acabar matando, como te sigas tomando las pastillas como si fueran caramelos.

—Tú conduce y calla.

—Ya tardabas en sacar tu lengua mordaz. Eso es que estás mejor, o puesto de pastillas.

—¡Que te den!

Sonríe y sigue conduciendo.

Al llegar, pedimos algo de comer y planea todo lo de la grabación para el atardecer.

La verdad es que la luz es mucho mejor y por eso le dejo hacer, mientras noto cómo el dolor se pasa.

—La luz es perfecta. ¿Estás bien para conducir?

—Estoy genial —le indico a Massimo.

Entro en el coche y veo mi móvil ahí puesto, con cinta de carrocería. ¡Qué cutres son estos

dos! Aunque es lo que tenemos y tendrá que servir.

Conduzco y noto el cuerpo aún dolorido, pero el dolor me relaja. Por eso lo dejo ahí, haciéndome sentir algo más que angustia en el pecho.

Corro por el circuito hasta que detengo el coche cerca del viejo. Le han prendido fuego de nuevo y arde.

Lo veo consumirse entre las llamas mientras Massimo me graba.

Sé que es provocado, pero sigue doliendo, y más porque he estado a punto de no contarlo.

«¿Qué pasaría si mi vida acabara ahora? Que sería una vida de mierda...»

Tomo aire agitado y miro a Massimo.

—Corta ya —le indico y entro en el coche de nuevo, pero para irme de aquí.

* * *

—Solo a ti se te ocurre tener un accidente y no ir al médico. —Lead entra en mi cuarto con su maletín—. Tumbate, Dante.

—Tu novio es un bocazas y ya me ha revisado él, por cierto.

—Mi novio es el mejor del mundo y solo quiere asegurarse de que estás bien. No le has dejado explorarte en condiciones.

—Puestos a elegir, prefiero que me meta mano una mujer. —Bufa—. No tengo nada roto.

—Eso lo valoraré yo misma.

Hago lo que me dice y dejo que me palpe.

Sentir sus manos me angustia un poco, pero tomo aire varias veces para alejar los fantasmas de mí.

Lead es una buena amiga a la que quiero, aunque tal vez nunca se lo diga.

Fue la primera amistad de verdad que tuve tras Brooke.

—No tienes nada roto, pero estás muy tenso, Dante. —Me da un masaje tras ponerse crema—. Relájate. Solo voy a hacer que te duela menos la caída.

—No puedo —admito, y eso me hace sentir débil. Por eso, me levanto de la cama y busco mi camiseta—. Gracias por tus atenciones, pero estoy de puta madre, Lead. No necesito tus manos.

—No estás bien...

—Sé que te mueres por tocarme, pero tendrás que conformarte con el feo de tu novio.

Nos miramos desafiantes a los ojos y, por suerte, pillas que quiero estar solo.

Recoge sus cosas para irse sin decir nada.

Me doy una ducha y me tiro en la cama sin poder moverme, dejando de fingir que me encuentro bien.

Capítulo 17



Brooke

Dante está lesionado y la gente no habla de otra cosa. Están nerviosos por si su mariscal de campo tarda en reponerse.

Intento, de verdad, que no me afecte lo que le haya podido pasar, pero fracaso de todas las formas posibles.

Por eso, al llegar a la cafetería y verlo tras la barra, me relajo, aunque nunca lo admitiré ante él.

Me mira cuando paso por su lado.

Veo que tiene heridas en la cara y un moratón gordo en el brazo izquierdo.

«¿Qué narices le ha pasado?»

Me pregunto si ha sido corriendo con sus motos o con los coches.

Dante construyó un circuito en casa para joder a su padre y siempre condujo con mucha temeridad. Lo he visto caerse de la moto más veces de las que recuerdo y siempre que se caía me destrozaba la idea de que pudiera pasarle algo grave.

Por suerte, conducía más coches que motos.

—No te has muerto.

—Qué mala suerte, ¿no?

—Por supuesto. —Sonríe de medio lado—. ¿Y por qué no puedes entrenar, cuando sí estás aquí, honrándonos con tu horrible presencia?

—El entrenador no me quiere allí si no sirvo para nada. —Noto que le duele sentirse desplazado—. Él se lo pierde. Puedo chivarle cómo no llevar el equipo a la derrota, porque sin mí no son nada.

—Por Dios, no sé cómo cabes en este local con el ego tan subido. —Sonríe y parece divertido. Por un segundo, me olvido de que quiero odiarlo—. Voy a cambiarme.

—No tardes, que te quiero a mi lado hoy.

—De verdad, en otra vida debí de hacer algo muy grave para soportar este castigo —bromeo, mientras ando hasta la zona de trabajadores.

Tras cambiarme, me dirijo a donde está Dante.

Candy entra en la cafetería y le pregunta qué tal está.

—Genial. Soy inmortal.

—Ya, porque eres el diablo —respondo yo, y Dante me guiña un ojo.

—Cómo lo sabes, y ahora a trabajar a menos que el dolor de cabeza no te deje.

—Mi dolor de cabeza va bien.

—Eso es gracias a alguien que te conoce bien.

Me pongo a su lado molesta.

—Si me conociera bien, no habría tardado años en recordar que existo.

Sé que debería callarme, porque de él mismo aprendí que mostrar tus debilidades te convierte en un blanco fácil.

—Es complicado no recordar una jodida piedra en el zapato —me rebate, y siento deseos de tirarle a la cara un café ardiendo.

Lo miro dolida y se tensa al ver el odio en mis ojos.

Aparta la mirada.

—Lo siento —murmura.

Lo observo sorprendida. Dante nunca pide perdón y, por lo tenso que está, siento que le ha costado horrores disculparse.

—Ha estado fuera de lugar... No porque no seas una jodida molestia, que no se olvida.

Le tiro a la cabeza un vaso de agua de algún cliente que tenía cerca y terminamos empapados los dos.

—Tú sí que eres una molestia que no se olvida. —Voy al vestuario para cambiarme.

Entro cuando sale Candy.

Al poco, aparece Dante y espero a que se cambie en su zona. Por eso, cuando viene hacia donde estoy terminando de ponerme la camiseta, me pregunto qué narices quiere ahora.

—Si has venido para dejar claro que fui lo peor que te pasó en la vida, te lo ahorras, porque ya me ha quedado claro.

Tiene el pelo mojado, le chorrea por la cara y sus ojos violetas están fijos en mí.

—Tú fuiste la que se fue. La que se marchó sin mirar atrás, la primera y única vez que discutimos. ¿Por qué iba a ir detrás de alguien que prefería marcharse sin hablar? ¿Sin esperar a que le pidiera perdón? ¡¿Para que encontrara las putas palabras para explicarme?! ¿Por qué iba a ir detrás de alguien que me dejó más solo de lo que ya estaba?

Sus palabras me duelen, porque son ciertas.

Me marché esa misma noche.

No esperé a que viniera a pedirme perdón.

Sé, por mi madre, que a la mañana siguiente fue a comprar mi tarta favorita a primera hora y

esperó frente a mi puerta con ella.

—Estaba rota... y no sabía cómo lidiar con lo que sentía por ti. Me dolía verte con ella y que la eligieras para hacerme daño, o para que te olvidara... ¡A saber! —admito por primera vez en estos años—. Pero esperaba que alguien que se gastaba dinero en tonterías y recorría medio mundo por sus caprichos removiera cielo y tierra hasta traerme de vuelta.

—Te has equivocado de Dante. Yo no iría a los infiernos por ti.

Noto los ojos llenos de lágrimas y me cuesta respirar.

—Por eso me fui, Dante, porque estar enamorada de ti dolía... Porque no me veías a mí. Para ti solo era esa chica que te hacía sentir menos solo, pero no alguien con quien compartías tu vida. Nunca fue una amistad real, porque, para serlo, solo yo debía abrirme en canal, mientras tú escuchabas. —Muerdo mi boca para no llorar.

Dante mira mis ojos llenos de lágrimas y mi boca.

Pienso que va a decir algo, pero al final se marcha.

Me deja sola mientras las lágrimas caen por mis mejillas y las limpio para que dejen de correr; para que el dolor se vaya y, con este, el resentimiento.

Salgo para trabajar y no hay rastro de Dante.

Trabajo al lado de Candy, que debe de notar que no estoy bien, porque intenta animarme toda la tarde.

No paro de recordar la conversación con Dante.

He sacado todo el dolor que llevo guardando estos años, cuando acepté que había idealizado lo nuestro.

En realidad, nunca me dejó ser parte de su mundo. Él se quedaba en el mío cuando quería, pero yo nunca pude destruir sus murallas. Por eso acepté que en realidad no fui más que un entretenimiento para él.

Dante

Estar enamorada de ti dolía...

Para ti solo era esa chica que te hacía sentir menos solo...

Nunca fue una amistad real...

No consigo olvidarme de las palabras de Brooke y no sé cómo explicarle lo que siento yo, qué sentí o que ella es lo más real de toda mi puta vida.

Por eso estoy en el cuarto de Giò. He forzado la puerta para entrar.

Él es un moñas hablando y sabe expresar lo que siente. Menos cuando la cagó con Lead...

Giò entra y, al verme, mira la puerta.

—Si se te ha roto, te compro una nueva.

—No se ha roto. Se te da bien forzar cerraduras.

—Odio estar encerrado —le confieso, y no sé quién se sorprende más de los dos—. No tengo

tiempo que perder. Necesito tu a...

—¿Sí?

—Necesito... ¡Joder!

Giò se apoya en la mesa y espera divertido por mi azoramiento.

—Puedes decirlo sin más.

—¡Y una mierda que pueda decirlo sin más! —Me paso la mano por el pelo, agitado—. Mira, me marchó. No te necesito.

Voy hacia la puerta, deseando darle patadas a algo o, mejor, correr. Algo que haría si no me doliera tanto el puto cuerpo.

—Te ayudaré a recuperar a tu amiga Brooke. —Lo miro preguntándome cómo lo sabe—. No te extrañes tanto. Somos hermanos y hace tiempo que aprendí a leer entre líneas contigo.

—Pues qué bien. ¿Te doy un premio por ello?

Sonríe.

—Te sientas y me escuchas. A ver si puedes estar calladito sin decir nada estúpido más de cinco minutos.

—Es algo complicado, cuando me pones a huevo replicarte. —Alza una ceja y me siento—. Vale, estaré callado..., pero no prometo que aguante cinco minutos.

* * *

Creo que he aguantado tres antes de irme agitado y nervioso.

Giò no ha dicho nada.

Por un momento sentí que éramos algo más que dos personas que se soportan por un testamento y no me gustó.

No quiero creer en un mundo donde no esté solo con toda mi mierda.

Salgo de la casa, voy hasta la pastelería preferida de Brooke y compro dos trozos de pastel.

No sé qué decirle o cómo empezar la conversación, por eso espero que el dulce haga que, por lo menos, no me cierre la puerta en las narices.

Además, le mentí, porque claro que iría hasta los infiernos por ella, pero el problema es que, cuando se fue, yo ya estaba en ese lugar. No sabía cómo buscarla, de lo perdido que me encontraba sin ella.

Con lo listo que soy y lo mal que se me han dado siempre las putas emociones.

Llego hasta su habitación y llamo a la puerta.

Abre y, cómo esperaba, trata de cerrármela en las narices.

Por eso, pongo el pie en medio de la puerta nada más abrir.

Mira hacia abajo y paso antes de que no me deje entrar.

—No deberías estar aquí.

Cierro y siento de golpe mucho más pequeño este cuarto.

Veo que estaba diseñando, pero no debe de tener un buen día, porque hay muchas pelotas de papel en el suelo.

Cojo una de ellas, tras dejar los pasteles en la mesa, e intenta quitármela, pero no le dejo.

Es lo bueno de sacarle treinta centímetros de altura.

La abro y veo que es una chaqueta. Es muy de mi estilo.

Que una parte ella siga usándome como inspiración, a pesar de todo, me da esperanza.

Por eso, guardo el papel como si fuera un tesoro.

—Dime qué quieres y márchate.

Voy hasta la caja de la pastelería y la abro.

Hay dos trozos y dos cucharas.

—No te lo tomes a mal, pero mi culo no te agradecerá que, cada vez que la cagues, me traigas dulce. —Miro descarado su culo—. ¡Eh!

—Solo dime qué tienes en contra de tu culo.

—Déjalo. Dime qué quieres y vete.

Me fijo en sus ojos marrones por primera vez, porque no quería ver en ellos el dolor o el rastro que las lágrimas han dejado.

Tomo aire, sin saber cómo empezar.

—Odio la tarta de fresa. De hecho, las fresas me parecen horribles.

—Vale, lo sé. Por eso no entiendo lo de los dos trozos.

—Cuando te fuiste, iba cada día a la pastelería y compraba un trozo, por si volvías... Como no regresabas, acabé por tomarla cada noche. Lo odiaba, hasta que entendí por qué tú las amabas. Porque te gustaba la mezcla amarga, con ese toque dulce de la nata. Estuve todo un año esperando a que regresaras y ahora me parece un postre delicioso, pero no me amargaban las fresas cuando las tomaba, sino que era tu ausencia lo que hizo que tuviera que dejar de tomarlo. —Me giro y veo que trata de contener las lágrimas. Su dolor me asfixia—. Solo es una tonta historia de tartas...

—No es solo eso. —Nos miramos a los ojos y traga con dificultad—. No creo en ti, a pesar de todo. A pesar de que ahora mismo una parte de mí esté feliz por tu confesión, yo no me fui porque no me importaras, Dante. Me marché porque me importabas demasiado.

—Te entiendo, pero sí fui a buscarte —admito— y vi que eras feliz. Por una puta vez, no quise ser egoísta y te dejé ahí con tus amigos. Con esa gente que no te echaba en cara ser la mejor amiga del chico rico, porque en todos esos años nunca te había visto tener amigos. De golpe, tenías un grupo de amigos y te reías con ellos en ese banco del parque. Encajabas con ellos como nunca habías encajado conmigo.

Agranda los ojos.

—La verdad siempre es más complicada, Dante.

—Lo sé mejor que nadie. —Cojo la cuchara y la hundo en el postre, sin dejar de mirarla.

Ella toma su cuchara y hace lo mismo.

Nos miramos antes de probar el dulce y cuando este se pierde en su boca, no dejo de observar como se relame y disfruta de esta tarta que la vuelve loca.

Entonces, abro mi gran boca:

—Solo quiero anunciarte que acabarás por acostarte conmigo. —Se atraganta—. Ya no eres esa niña, ni yo tampoco, y te deseo, Brooke. Pienso follarte hasta que olvides tu nombre.

—¡Fuera de mi cuarto! ¡Con lo bien que ibas! ¡Eres un puto bocazas!

—Me marchó, pero los dos sabemos que eso acabará por pasar, tarde o temprano.

—Para follar con alguien que odia que lo toquen, uso mi vibrador.

—¿Cómo que tienes un vibrador?

Me empuja hasta la puerta.

—Largo...

—De verdad, ¿tienes un vibrador?

—Fuera...

La cojo de la cintura y la empujo contra la pared.

Se queda sorprendida. Sobre todo, cuando paso mis manos por su cintura.

Luego, tomo sus manos y las pongo en mi pecho.

—No pienso ser un puto vibrador. Contigo nunca existieron los fantasmas, Brooke, porque, al final, los controlo y haces que me olvide de ellos.

Toca mi torso y noto como tiemblo.

Luego, dejo caer la cabeza sobre su hombro y paso mi nariz por la curva de su cuello. Huele dulce y dan ganas de morderla. Tiembla y sonrío feliz porque, a pesar de todo, no soy el único que siente esta atracción.

—Dante...

—Solo quiero que sepas que pienso recuperar a mi amiga y acostarme con ella.

—No va a pasar ninguna de las dos cosas.

—¿Qué más necesitas para perdonarme? En el fondo sabes que lo que pasó no fue tan grave y ya te he dicho que te busqué. ¿Qué más quieres?

—Quiero que te abras a mí...

—Pienso hacer que te abras tú a mí.

—¡Dante!

—Vale, lo sé... Lo estoy intentando. He tenido una charla con Giò. —Alza una ceja—. Lo he escuchado tres minutos enteros.

—Joder, Dante, ¿ves como no haces el esfuerzo suficiente? No somos un negocio. Somos personas y no puedes comprarnos.

—Puedo comprar todo lo que me dé la gana de este mundo y por lo único que no pagaría un puto duro sería por tu corazón. —Me mira enfadada—. Si lo tengo, quiero que no sea porque encontré el precio exacto.

Nos miramos a los ojos y veo dolor en ellos. Mucho.

—Déjame vivir mi vida... Deja que disfrute de la universidad. Me lo debes. Y, si un día estoy lista para estar en tu mundo, sucederá solo.

No quiero perderla de nuevo. No quiero verla marchar otra vez, pero asiento porque, al fin y al cabo, soy el puto niño rico que lo tiene todo y, en verdad, nunca tuvo nada, salvo a Brooke.

—Claro, tampoco eres tan importante para mí. Pronto, otra me pondrá más cachondo que tú.
—Toma palabras de mierda.

Morir matando es mi lema...

Salgo por la puerta sin mirar atrás, sin decirle que me mata el dolor de que el mundo gire y nunca lo haga en dirección de vuelta a ella.

Capítulo 18



Brooke

Mis padres confirmaron las palabras de Dante acerca de la tarta; de cómo había esperado mi vuelta y se había terminado comiendo solo el trozo de tarta en la cocina.

No saben si fue o no a verme, pero yo sabía que tenía amigos allí, con lo que estoy convencida de que es cierto lo que me dijo. No se acercó porque, por una vez, no fue egoísta.

Si soy sincera, sus palabras, la gran mayoría, me han gustado, aunque me he dado cuenta de que el problema fue mayor.

No solo me fui porque me declaré a Dante y él me rechazó. O porque lo encontrara con Estela en la casa, sabiendo que yo podía verlo y que me haría daño y discutiríamos. Nos echaríamos en cara demasiadas cosas.

Creo que no hui solo por eso.

Siento que me marché para saber quién era Brooke sin Dante. Ya que, desde que nací, mi vida había estado eclipsada por su mundo y, a la vez, todo giraba en torno a él.

Yo era su amiga, pero también era la hija de los sirvientes y él nunca dejó de ser el hijo del dueño. Era frío, calculador, distante... Hace años creí que me bastaba, pero ahora sé que no. Que si me fui, fue porque necesitaba una vida donde su estela no me alcanzara.

Por eso no volví y aguanté un poco más.

Aunque las cosas no fueron como yo creía y encontré odio donde no lo esperaba.

Necesito distancia con Dante porque, cuando estoy a su lado, me olvido del mundo, y quiero que esta vez, si volvemos a ser amigos, ninguno eclipse al otro. Quiero ser su amiga de verdad y no la joven pesada a la que soporta porque, tal vez, eso le haga sentir menos solo.

No quiero pensar en lo que dijo sobre que nos vamos a acostar.

Ha perdido la cabeza. Todo esto le ha frito el cerebro. No me creo que me desee de verdad. Solo es una forma de protegerse mientras piensa en otras cosas. Como sus palabras finales, que, con sinceridad, se las podía haber ahorrado.

Pero este es Dante, alguien capaz de soltar mil cosas por la boca, pero ninguna de las que está pensando en ese momento. Algo que con los años no ha cambiado.

Si volvemos a ser amigos, deberá contarme lo que de verdad quiere decir y no dar vueltas sobre ello. Ya no soy esa niña que se conformaba con las migajas porque estaba muy enamorada de él.

Pero para eso necesito estar fuerte, porque pienso darle mucha guerra.

* * *

Es temprano cuando llega un mensajero con una bolsa de mi pastelería favorita.

Cojo el paquete y entro en mi cuarto.

Dentro hay un trozo de tarta y café recién hecho.

Veo también una nota. La saco y tiene la letra de Dante. Esto no lo esperaba:

Esto no acaba aquí, Brooke, pero entiendo que necesites tiempo.

Siento ser un gilipollas la mayor parte del tiempo, y mis palabras fuera de lugar.

Ojalá no tardes mucho en comprender que estamos destinados a entendernos.

Dante.

Leo la nota, sabiendo que le ha tenido que costar horrores escribirla.

Odia escribir notas. Por eso nunca manda mensajes al móvil. Con él he compartido solo uno o dos hace años. Prefiere llamar o verte en persona.

Disfruto del desayuno mientras hago diseños de moda.

Dejo que el arte fluya, a pesar de que mi muso es y siempre será Dante.

Si quiero estar lista para ser su amiga, tengo que dejar de huir de lo que siento y de todo lo demás.

Dudo, pero al final le hago una foto al diseño y se la mando al teléfono con un mensaje:

Brooke:

Gracias por el desayuno y por tus disculpas.

Ahora queda ver si esta vez serás mi amigo de verdad. No me pienso conformar con menos, si es que un día estoy lista para lo que conlleva estar a tu lado de nuevo.

De momento, eres mi inspiración para crear. Espero que no te moleste.

Lo mando, sabiendo que odiará que sea tan largo.

Sonrío por fastidiarlo un poco.

Pone que lo ha leído y lo veo escribiendo.

Dante:

Me encanta la chaqueta.

Mandaré que la hagan.

Te pasaré varios diseños de logos para que tu marca aparezca en ella.

Espero que no te moleste.
Sabías que haría algo así cuando viera esto.

Brooke:

No necesito que hagas eso.
No quiero tu dinero, Dante.
Solo te lo he mandado por...
A saber por qué te lo he mandado.
Haces que me arrepienta todo el rato de los pasos que doy contigo.

Dante:

Si no quieres, no lo haré...
Vale, admito que soy un poco impulsivo a veces.

Brooke:

A veces, no.
Siempre.
Y es raro que estés hablando tanto por el chat del móvil.
¿Tienes fiebre?

Dante:

No, pero así te puedo hablar sin querer comerte la boca todo el tiempo.

Brooke:

(Icono de ojos en blanco)
De verdad...
Me cuesta creer que eso sea así.
Tú odias que te toquen y que te besen.

Dante:

Lo odio, sí.
No me gusta.
Pero contigo nunca sentí eso.
Contigo no había fantasmas.
No tengo la culpa de que hayas regresado, tras cuatro años, con ese
cuerpo de escándalo y esas curvas en las que quiero perderme a cada
instante.

Brooke:

Solo te atrae mi físico...
Me hieres.
Soy muy inteligente para que lo único que alabes sea mi belleza.

Dante:

Si te sirve de algo, me gusta todo de ti menos tu pelo rosa.
Me parece horrible.

No puedo evitar reírme y tirarme sobre la cama con el móvil.

Brooke:

Solo por eso, me lo teñiré aún más rosa.

Dante:

Vas a joderme la vista.

Brooke:

Eso, por ver solo lo buena que estoy.

Dante:

Sabes que, para bien o para mal, siempre vemos el resto del otro,
hasta lo que oculta.

Brooke:

Yo sé cuándo estás mal, Dante, pero no la razón.
Y duele estar al lado de alguien que te da solo las migajas.

Dante:

Es una mierda, sí.
No sé ser de otra manera.
Pero, si soy sincero, ayuda hablar así.
Me hace sentir menos incómodo con lo que quiero decir.
Y digo menos gilipolleces.

Brooke:

Eso sin duda.
Tendremos que hablar así, de momento.
Así no tendré que pararte los pies cuando quieras comerme la boca.

Dante:

Voy a tenerlo todo de ti, Brooke.
Solo te estoy dando tiempo para que tú también lo desees.

Brooke:

Voy a seguir creando.

Dante:

(Foto de él, cerca de un coche en un circuito de carreras).
Yo voy a correr, para ver si me deja de doler todo el puto cuerpo.

Brooke:

Me gustaría saber qué te pasó.

Me manda un vídeo y alucino.

Veo que saltó del coche y rodó por la hierba mientras el automóvil se estrellaba y salía ardiendo. Era el último automóvil que se compró cuando yo vivía en su casa.

Brooke:

Joder, Dante, casi te matas.

Dante:

Admito que debí hacer caso a Massimo cuando dijo que llevara el
coche al taller.
Pero no esperaba que se jodieran los frenos...
Cosas que pasan.
Estoy de una pieza.

Brooke:

Mala hierba nunca muere.

Dante:

Por suerte para ti, no.

Te dejo crear.

Cuando quieras hablar..., aquí estoy.

Brooke:

Lo mismo digo.

Necesito ver que serás algo más que la persona que me escucha
hablar.

Dante:

Lo pensaré.

Pongo los ojos en blanco y dejo el móvil en el escritorio antes de ponerme a crear varias prendas, ideales para Dante.

No se las mando, pero me cuesta no hacerlo, porque me ha gustado mucho hablar con él por mensajes.

Al no tenerlo cerca, las emociones estaban controladas y podía decirle lo que pensaba sin que lo que siento, cuando lo miro, me haga temblar.

Tal vez no es mala idea hablar así de momento.

Capítulo 19



Brooke

En la cafetería me encuentro con Candy y Lead y les cuento todo, porque ellas conocen al Dante de estos años mejor que yo.

—Dante es complicado, pero siempre que he necesitado algo, ha estado ahí —apunta Lead—. No sabe decir cosas bonitas, pero ha demostrado ser un amigo leal.

—Dante nunca ha tenido amigos. Solo a mí, y sí, le cuesta abrirse.

—Yo creo que es porque ha tenido una infancia complicada, a pesar del dinero —comenta Candy—. Tú has vivido con él, ¿es cierto?

Doy un trago al café mientras pienso qué contarles.

—El padre de Dante era lo peor. Siempre de fiesta. Fiestas en su casa o fuera, y de viajes. Cuando estaba en casa, quería que Dante fuera como él; que siguiera sus pasos en las fiestas y en las empresas. Desde muy pequeño ha estado metido en las empresas de su padre.

—¿Y su madre? —indaga Lead.

—Siempre estaba borracha o drogada... De pronto, se fue tras una noche un poco rara.

—¿Por qué fue rara?

—No lo sé. Yo solo tenía tres años. Solo recuerdo escuchar a Dante gritar, y luego salí corriendo para buscar a un adulto. Encontré al señor Andrea, que me dijo que me fuera a mi dormitorio. Al día siguiente, la mujer no estaba en casa y no hemos sabido más de ella.

—Dante tenía seis años, ¿no? —Asiento a Lead—. Entonces, lleva muchos años solo con su padre.

—Sí, pero mi madre siempre ha dicho que fue mejor que su madre se marchara, porque don Andrea, a su manera, quería a Dante. O quería lo que Dante era: su heredero.

—Pues vaya manera de quererlo —añade Candy, y yo asiento.

Nos quedamos pensando en todo lo que les he contado.

Tal vez no debería haberles dicho nada, pero sé que ellas quieren a Dante y que nunca le

harían daño. Además, necesito sus consejos.

—¿Qué paso debo dar ahora?

—Creo que os vendrá bien esta distancia. Dante tiene que aprender a abrirse y, si se lo pones fácil, nunca saldrá de su puerto seguro —comenta Lead.

—Sí, creo que es lo mejor. Él tiene que aprender a luchar por lo que quiere sin usar el dinero para conseguirlo.

Nos despedimos para regresar a clase y quedo con Candy para comer.

Luego iremos juntas a trabajar.

Entro en clase sintiéndome un poco mal por lo que he contado de Dante a las chicas, y por eso le escribo.

Le explico lo que les he dicho.

Dante no tarda en responderme:

Dante:

Ahora van a pensar que tengo corazón, pero he tenido una vida de mierda y no sé usarlo.

Brooke:

Es que esa es la verdad.

Yo nunca envidié tu vida.

Dante:

Yo sí envidié la tuya.

Tú tienes una familia que daría su vida por ti.

Brooke:

Eso es cierto.

Y, por cierto, me gustan tus mejores amigas.

Son buena gente.

Dante:

Solo Dios sabe por qué las soporto.

Brooke:

A nadie le gusta estar solo.

A ti tampoco.

Dante:

Tal vez sea eso, o que estoy perdiendo la cabeza.

Se hace una foto poniendo muecas. Lo que es raro en él.

Veo que está en clase y hago lo mismo. Le mando una foto en la que se vea bien que llevo las puntas más rosas.

Dante:

Quieres matarme con esas mechas.

Brooke:

A ver si esta tarde, en el trabajo, puedes soportar mirarme.

Dante:
Tranquila, podré pasarme toda la tarde mirando tu atractivo trasero sin problemas.

Noto como me sonrojo y le escribo.

Brooke:
Puede que yo haga lo mismo...

Mierda, no sé por qué he mandado eso. Ahora pensará que me atrae.
Esto es lo malo de hablar con Dante, que al final me olvido de mis putos escudos y soy débil.

Dante:
Puedes tocarlo cuando quieras...

Brooke:
No, hay otros mejores.
Lo siento.

Dante:
Vas lista si esperas que deje que toques a otro.

Brooke:
Pues aplícate el cuento.
A ver cuánto aguantas sin una tía que se muera por ser solo tu juguete durante tres minutos.

Dante:
Me hiere que pienses que solo aguanto tres putos minutos.

El profesor mira hacia mí y escondo el móvil sin que lo vea antes de responder:

Brooke:
Bueno, es la media...

Dante:
A saber con quién has estado que ha aguantado tan poco...
No me lo digas.
No quiero saberlo.

Brooke:
Al final voy a creerme que te pone celoso que otros me hayan tocado entre las piernas.

Dante:
No te imaginas cuánto...
Pero lo mejor es ser el último y el único que recuerdes toda la vida.

Brooke:
Te das demasiada importancia.
A mí el sexo no me gusta frío...
Y tú tienes fama de ser un mueble de Ikea.

Dante:

No sigas con esta conversación si no quieres que te diga la cantidad de cosas que he imaginado hacerte desde que te vi.

Brooke:

Entonces, solo me deseas por mis curvas.

Si fuera plana y siguiera siendo la de antes, esta conversación no existiría.

Dante:

No vayas por ahí.

Antes, para mí, eras mi mejor amiga, a quien quería...

Pero, por la edad que nos separaba, me daba la sensación de que al ser mayor que tú no congeniábamos a ese nivel.

Ahora no veo que esos tres años sean una diferencia importante.

No me hagas sentir mal porque antes te quisiera por cómo eres y ahora te desee por quien te has convertido.

Brooke:

Joder, Dante, me sorprende que se te dé tan bien hablar de emociones por el móvil.

Necesito una prueba de que estás escribiendo tú y no uno de tus hermanos.

En verdad, no creo que no sea él.

Dante es demasiado orgulloso para dejar que otro le escriba sus mensajes personales.

Dante:

El primer diente que se te cayó fue dándome un bocado en el brazo, porque te quité un muñeco y te hice rabiarse un poco.

Admito que me muerdas ahora, no me molestaría tanto como hace años.

Recuerdo algo avergonzada ese momento.

Estábamos en el jardín. Yo tenía cinco años y Dante, ocho.

Ese día, Dante estaba muy nervioso y me molestaba por todo. Me quitaba los juguetes, las cosas para pintar. Entonces, me quitó mi juguete preferido y me dijo que seguro no era capaz de conseguir que se lo devolviera.

No sé qué se me pasó por la cabeza cuando vi su brazo, y le arreé un bocado.

Cuando el diente que se me movía se me cayó, no sé cuál de los dos se sorprendió más.

No me acordaba de ese momento.

No todo ha sido idílico, como amiga de Dante, y hemos tenido días en que nos hemos enfadado...

Brooke:

Sabía que eras tú, pero me ha gustado recordar cómo te mordí.

Dante:

Porque te mueres por mordirme de nuevo.

Brooke:

En tus mejores sueños.
Ahora, deja que me entere de algo de clase.

Dante:
Eres tú la pesada a la que se le ocurre escribirme en horas lectivas.
Necesito aprender.

Brooke:
A mí no me engañas.
Sé que eres superdotado.
Un día deberías dejar de temer que el mundo sepa que, además de...
casi guapo, eres una persona tan inteligente.

Dante:
Soy altamente atractivo.
No pongas esa mierda de casi, y no.
Mejor que sigan creyendo que soy tonto.
Me viene mejor para mis planes.

Brooke:
¿Me contarás algún día tus planes?

Dante:
Estoy en ello, ¿no?

Brooke:
Sí, eso parece, pero no me mandes más tarta.
Al final voy a engordar.

Dante:
Me jode que te importe engordar, cuando eres perfecta seas como
seas.

Brooke:
Cuando dices estas cosas, olvido por qué necesito tiempo sin estar
contigo...

Dante:
No voy a irme a ningún lado, Brooke.
Tómate el tiempo que necesites.
Sé que no soy fácil.
Sé que soy el peor, la mayor parte de las veces, pero te necesito en mi
vida.

Los ojos se me llenan de lágrimas, pero siempre he sabido que piensa así de mal de sí mismo,
a pesar de todo.

Brooke:
No estás tan mal...
Sobre todo, callado.

Le digo esto porque sé que, si le dijera que me gusta como es, se cerraría en banda, y no
quiero que lo haga, ahora que está haciendo el esfuerzo de abrirse a mí.

Dante:

Los dos sabemos que te mueres por mis huesos.

Te veo luego en el trabajo...

Aunque no me digas nada, estaré ahí.

Brooke:

Nos vemos.

Guardo el móvil y trato de atender en clase, ignorando las mariposas que no paran de danzar en mi estómago. Es que lo que siento por Dante siempre ha estado ahí. Ahora toca hacerme fuerte para que las emociones no nos destruyan y pueda confiar en él... Como amiga, claro.

Capítulo 20



Brooke

—Bueno, si habéis encontrado la forma de sanar las heridas con mensajes, lo veo genial —me dice Candy mientras comemos en nuestro cuarto.

—¿No te parece raro que dos personas solo puedan entenderse así?

—No, la verdad. Las redes han dejado claro que hay muchas personas que solo dicen lo que piensan tras una pantalla.

—Eso es cierto, y no para bien.

—No, pero creo que esto os hará encontraros como amigos, o no.

—Sí, quiero enseñarte algo antes de irnos. —Voy a por mi libreta y le muestro una chaqueta con mucho color y un unicornio en la parte de atrás.

—¡Es increíble! Dime qué necesitas para hacérmela.

—De momento, decidirme por una máquina de coser. Fui el otro día a por las de segunda mano y no me sentía a gusto con ellas. ¿Te parece raro?

—No, esto es como un ordenador para un escritor: debe sentir que el lugar donde crea su magia es parte de él. A ti te pasa lo mismo.

—Puede ser, pero cuando encuentre a mi compañera —comento, refiriéndome a la máquina de coser—, te haré tu chaqueta.

—Lo estoy deseando.

Hablamos de sus clases y nos cambiamos para ir al trabajo.

Estoy un poco nerviosa por ver a Dante. Algo ha cambiado entre los dos y, aunque tengo miedo, resentimiento y dudas, ahora abrigo la esperanza de que podamos resolverlo todo.

Entro en la cafetería y lo veo enseguida.

Sus ojos violetas están atentos a cada uno de mis movimientos.

Intento no fijarme en lo sexi que está todo de negro ni en cuánto me gustan sus tatuajes, que hablan un poco de nuestra historia.

Le tengo que preguntar por qué se los hizo, antes de hacerme ilusiones de que son por esa razón.

Lo veo diferente. Tal vez porque me permito el lujo de mirarlo sin resentimiento, entendiendo que aquel día los dos nos hicimos daño.

No me dejó ir, sino que aceptó que quería vivir mi vida sin él, y aquí estamos años más tarde.

—Hola —lo saluda Candy, y él le dice hola sin apartar los ojos de mí.

—Candy, hoy conmigo. Brooke, te toca recoger mesas —por cómo lo dice, siento un escalofrío y me pregunto si está pensando en que así puede ver mejor mi trasero.

Asiento y me marchó para cambiarme.

Hoy elijo una camiseta de color rosa como la de Candy. Solo por joder a Dante con tanto color rosa, visto que mis mechas no le han gustado.

Voy a salir del vestuario, pero, antes de hacerlo, cojo el móvil y lo meto en el delantal.

Le mando un mensaje a Dante, de camino a las mesas de la terraza:

Brooke:

Me he puesto de rosa porque sé que te encanta.

De nada.

Dante:

Me gustas más sin ropa.

Hoy me tocará no mirarte a la cara.

Por suerte, esos pantalones cortos te hacen un culazo.

Lo observo de reojo y veo que guarda el teléfono con una media sonrisa. Al parecer, este juego le divierte tanto como a mí.

Brooke:

Pues disfruta de las vistas, porque no lo vas a tocar.

Dante:

No me retes...

Nos miramos a los ojos y veo el desafío en los suyos.

Guardo el móvil y me llega un mensaje.

Dante:

Cobarde.

No respondo y me centro en mi trabajo.

A media tarde, llega un camión de mi pastelería favorita.

Miro curiosa como dejan varias tartas para la vitrina de dulces.

Dante firma unos papeles y se marchan.

—Joder, qué buena pinta tiene todo —indica Candy—. Dicen que esa pastelería es de las mejores. No sé cómo van a encajar esos precios en este sitio, donde la gente no puede gastar tanto dinero.

—Eso es cierto. No sé en qué pensaba el jefe.

En un rato libre, me acerco a las tartas y veo que hay varias versiones de postres, pero no como los que venden en sus tiendas. La de fresa es como una mousse con fresas por encima.

Son de la misma pastelería, pero más asequibles.

Una cuchara aparece ante mí, con la tarta de fresa.

Alzo la mirada y veo a Dante con ella.

No digo nada.

Cojo el cubierto y me la meto en la boca sin dejar de mirarlo.

Veó como se tensa. Sobre todo, cuando degusto el dulce y lamo mis labios para quitar los restos.

Está muy buena, aunque me gusta más la otra versión que esta.

Le devuelvo la cuchara y me tiende la tarta de manzana. Es la preferida de Dante, aunque él come poco dulce. Al menos, antes, que era más de salado.

Disfruto de la de manzana, impresionada por los contrastes del dulce con la crema.

Si soy sincera, en esta nueva versión me quedo con la de manzana.

Por su mirada de triunfo, sé que lo sabe.

Entra nueva gente y las tartas son un éxito.

Al final de la tarde no queda nada y estoy agotada.

Tras ponerme mi ropa, veo a Dante. Está de espaldas, sin camiseta, en la zona en la que se cambian los chicos.

Tiene un gran moretón, que debe de ser de cuando se cayó tras saltar del coche.

—De verdad, ¿estás bien?

Gira la cabeza y ve dónde tengo fija la mirada.

—Por supuesto, pero puedes venir a comprobarlo.

—No me importas tanto —bromeo y sonrío de medio lado.

—Te he dejado algo en la barra.

Asiento.

Duda, pero se gira, dejándome mi espacio.

Me cuesta mucho marcharme y no ir hacia él.

Cierro la puerta y voy a la barra.

Hay un trozo de tarta en una caja, con una nota con la letra de Dante:

Para ese culo que me vuelve loco.

De manzana, por cierto.

Los dos sabemos que es la que te hizo disfrutar más.

Dante.

Salgo de la cafetería con la tarta.

Candy se ha ido con Massimo a pasar la noche juntos.

Yo hago el camino hacia la residencia con Inés.

—Te veo más feliz que estos días pasados —me dice al llegar.

—Sí, es cierto. Buenas noches —me despido de ella, para entrar en mi residencia.

Inés vive cerca, en otra.

Entro en el cuarto tras coger algo de comer en las máquinas expendedoras.

No es la mejor cena, pero hoy tendrá que valer.

La comida no me gusta, pero el postre me encanta.

Ya en la cama, escribo a Dante:

Brooke:

¿Por qué elegiste hacerte esos tatuajes de estrellas?

Veo que lo lee enseguida y se pone a escribir.

Dante:

Si lo preguntas, es porque piensas que son por ti.

Por cada noche que te contaba historias de las estrellas o cuando íbamos al Observatorio Griffith.

Te responderé la verdad cuando te atrevas a tocarlos.

Brooke:

Puedo sobrevivir sin saber la respuesta.

Dante:

Me parece bien...

¿Tienes tú algún tatuaje?

Hace años, no.

Brooke:

Tengo uno de unas estrellas bajo el ombligo.

Me lo hizo Candy, al poco de venir aquí.

Dante:

¿Por mí?

Brooke:

Te responderé a esa pregunta si algún día dejo que me lo toques.

Dante:

Sabes que ese día llegará y no serán mis manos lo único que toque tu tatuaje.

Hazte una foto.

Siento escalofríos por sus palabras.

No puedo negar que este juego me excita.

Me hice el tatuaje, al poco de llegar, con algo que me recordaba a mi pasado, para ser más fuerte que este.

O eso creía en ese momento, porque ahora pienso que elegí las estrellas porque me gustaba llevar en mi piel lo feliz que fui con Dante.

Bajo mi pantalón y hago varias fotos, hasta que una donde se ve la goma de mi tanga negro me parece sexi.

La mando sin decir nada.

Dante la ve y espero nerviosa a que responda.

Al poco, me envía una de él sin camiseta, en su cama, con el pelo revuelto, y en la que se ve la goma de los calzoncillos.

Joder..., está muy bueno. Ya me gustaba hace años, cuando estaba tan marcado, pero ahora todo es más intenso. Más ardiente y adulto.

Me cuesta no mirarlo con deseo y querer perderme en su torneado torso desnudo.

Aprieto las piernas cuando el deseo me hace arder y amplío la fotografía para leer uno de sus tatuajes, escrito en latín: *Veni, vidi, vici*.¹

Ese lema le ha encantado desde niño y sabía que un día se lo tatuaría.

Claro que Dante cree que puede conseguirlo casi todo, por lo que cómo no iba a gustarle.

Brooke:

No está mal, pero no se puede tener todo en la vida.

Dante:

A ti, sí.

Solo es cuestión de tiempo que aceptes que eres mía.

Brooke:

No soy de nadie.

Y menos tuya, Dante.

Dante:

No pienso forzarte para que aceptes que nacimos para ser un todo.

Brooke:

Yo ya soy un todo sin ti.

No te necesito para brillar.

Dante:

No, de eso nunca he tenido dudas.

Buenas noches, Brooke,

a ver si puedes dormir sin imaginarme entre tus piernas, lamiendo tu

tatuaje antes de perderme por tu sexo hasta hacerte gritar de placer.

Lo leo, sintiendo como ardo solo de imaginarlo en mi sexo.

Joder, estos mensajes deberían ser inocentes, pero con Dante nada sale como tenía planeado.

Capítulo 21



Dante

Camino, sabiendo que me están siguiendo.

Si quieren seguirme, que anden.

Doy una vuelta enorme para ir a la universidad y, cuando llego, me giro, pero no hay nadie.

Sé que no son imaginaciones mías y que es uno más de los juegos de mi padre.

Por eso, voy a un despacho de detectives privados, porque necesito respuestas. Necesito saber quién cojones me persigue desde que mi padre murió.

Si quiere jugar, jugaremos los dos...

* * *

Mando un mensaje a Brooke, al llegar a mi casa, y entro en la cocina mientras busco qué hacerme de comer.

Me responde enseguida:

Brooke:

Mis clases, fatal.

Necesito una máquina de coser...

Pienso en sus palabras y en el dinero que le di para eso. Le escribo de nuevo:

Dante:

¿Acaso no fue suficiente con lo que te dieron en el trabajo?

Brooke:

Sí...

Para una de segunda mano, sí.

Pero no sentí magia con ninguna cuando fui a comprarla.

Tal vez no lo entiendas.

Dante:

Lo entiendo.
La máquina de coser es como un coche para mí.

Brooke:
Exacto.
Tengo que hacer una presentación y necesito tener algo listo.

Dante:
Yo me encargo.

Brooke:
No, Dante.
Sé que piensas comprarme una...
O toda la tienda, pero no quiero tu dinero.

Dante:
Haré lo que quiera de todos modos.
Además, me gasto mucho dinero en tonterías y lo sabes.
Solo quiero gastarlo para algo bueno.

Brooke:
No me gusta deberte nada.

Dante:
Eres tonta si piensas que te voy a regalar algo para luego pedirte el dinero.

Brooke:
No soy tonta, pero no me gusta que te cuente algo y quieras comprarlo todo.
Me hace sentir como si me estuviera aprovechando de ti.

Dante:
Aprovéchate de mí cuando quieras (cara de demonio).

Brooke:
No hablaba de sexo, Dante.
Y no, no quiero.

Dante:
Te compro toda la tienda, entonces.

Brooke:
Eres insoportable.

Dante:
Creo en ti y en tu trabajo.
Quiero ser el primero que apoye tus proyectos, porque sé que llegarás lejos.
¿Tan malo es eso?

Brooke:
Visto así, es bonito.
Pero no me gusta sentir que soy como el resto, a los que solo les importas por tu dinero.

Dante:

Nunca lo pensaría de ti.

A pesar de lo que dije hace años...

Sé que no estabas a mi lado porque te lo habían pedido tus padres.

Brooke:

Gracias por reconocerlo.

Y tal vez acepte.

Dante:

Tras la comida, estate preparada.

Brooke:

Dante, no estoy lista para ir contigo a solas.

Dante:

Lo sé.

Tú solo estate preparada.

Brooke:

Vale, y gracias por todo.

Miro el móvil y lo guardo.

Alzo la vista y veo a Massimo mirarme divertido.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Dante?

—Vete a la mierda.

—Tú odias mandar mensajes.

—Y lo sigo odiando, pero es necesario.

—Ya... Por tu cara de tonto estabas hablando con Brooke.

—Yo no tengo cara de tonto. Revísate la vista, que no ves bien. —Sonríe—. Ahora, por hablar, te necesito. Quiero que me hagas un favor.

—Joder, ahora sí me estoy preocupando. Dante pidiendo favores. ¿Vamos al médico?

—¿Te vas a la mierda?

—Vale, vale... —me dice divertido—. ¿Qué quieres? —Se lo explico—. Vale, iré con ella y luego en el entrenamiento te cuento qué tal ha ido.

—De acuerdo.

Me tiende un plato de comida y lo acepto.

Comemos en silencio y pronto llegan otros jugadores.

Hablan de tonterías, pero no me molestan tanto como parece por mi cara.

Siempre comí solo, salvo cuando Brooke se colaba en mi salón y se sentaba a mi lado. Sus padres no la dejaban, porque no querían que mi padre la regañara, pero más de una vez se saltó todas las normas para comer conmigo.

Aun así, pasé muchas comidas y cenas solo, sin que nadie hablara. Sin que me dejaran ni siquiera que me llenara el vaso de agua.

Cada uno tenía su papel y, a temprana edad, supe que si alguien no era necesario, iría a la

calle. Por eso aceptaba que me lo hicieran todo. No porque no me gustara hacerlo yo, sino porque no quería que mi padre despidiera a nadie.

Massimo se marcha tras la comida y sé que me encantaría ser yo el que fuera, pero estoy aceptando que las cosas es mejor no forzarlas.

Brooke es la persona más importante de mi vida. Si ella quiere que esto sea así, no seré yo quien se precipite, solo por las ganas que tengo de estar a su lado sin tantas tonterías.

Así, tal vez, cuando estemos juntos, podré controlarme... Aunque lo dudo. La deseo demasiado como para tener las manos quietas.

* * *

—Ha comprado una máquina... Supongo que es buena —me dice Massimo en el vestuario, mientras nos cambiamos—. A ella le gustó mucho. Tenía cosas rosas. Cuanto más tiempo paso con Brooke, más comprendo que supieras que serían buenas amigas Candy y ella. También tiene cosas que me recuerdan a Lead. Ahora entiendo por qué te hiciste amigo de las primas Wilson. Te recordaban a tu Brooke.

Odio que lo haya visto.

No me gusta que la gente sepa ver así en mí.

Massimo no me lo dice para fastidiar, pero me cuesta hablar con él, de un tema que me importa mucho, como si fuéramos confidentes.

—Gracias —le digo frío, porque no sé ser de otra forma y porque me ahoga esta familiaridad.

Por un segundo, parecemos hermanos de verdad.

—Para lo que necesites. Y, por cierto, tenemos que ir al circuito luego. Quiero ver una cosa.

—¿Y pasar más tiempo contigo?

Se ríe.

—Te jodes, socio.

Massimo se marcha y le cuenta algo a Giò. Por cómo dice que se apunta, sé que se trata de lo del circuito.

Estamos los tres metidos en este proyecto.

Hemos usado el dinero que tenemos cada semestre para ello.

Yo lo he triplicado en poco tiempo y les hice creer que era cosa de mi padre. Una cláusula del contrato por el último año.

Me costaba admitir que estoy llevando algunos negocios por mi cuenta y que no soy tan tonto como parezco.

La gente siempre me mira como si me fuera a salir humo de la cabeza cuando saben que soy superdotado.

Me hace sentir como alguien diferente.

Es como si, por mi inteligencia, no pudiera tener gustos normales o no me agradaran las cosas

sencillas de la vida; incluso que tuviera que salvar yo solo el puto mundo.

No, es mejor que todo siga así.

Voy a entrenar y me cuesta mucho no mandar a la mierda al entrenador.

Una de las veces, Giò me sujeta con fuerza el brazo para calmarme.

Que supiera que iba a insultar al imbécil del entrenador me sorprende, pero me vino bien, porque así no dije nada de lo que me pudiera arrepentir.

Me gusta jugar al fútbol.

Al principio, solo lo hice para joder a mi padre, pero en el campo todos somos iguales y me gusta ser parte de algo más allá de lo que, por dinero, me ha pertenecido siempre. En el campo, si no vales, chupas banquillo, seas quien seas.

Por eso me gusta jugar, porque mi padre no podía hacer que ganara solo para ponerse la medalla en sus fiestas.

—Dante, estás aún débil. No jugarás —me dice el entrenador.

—Lo necesitamos en el campo —indica Cruz enfadado, y varios jugadores lo secundan.

—Me importa una mierda. Chupará banquillo y, si veo que las cosas se ponen feas, tal vez lo saque, pero no está al cien por cien.

Voy a decirle cuatro cosas cuando Massimo me da un codazo en el tórax y lo miro enfadado.

—¿Qué haces?

—No digas nada. —El entrenador se marcha hablando con uno de sus favoritos—. Tenemos un plan para que deje de jodernos.

Miro al resto de los jugadores, que asienten.

—Si el plan consiste en joder a ese imbécil, me apunto a lo que sea.

—Esto ha ido demasiado lejos —comenta Cruz cabreado—. Un entrenador no es nadie sin sus jugadores y es hora de que lo entienda. Nosotros necesitamos a nuestro capitán, ya.

Noto algo pesado en el pecho. Algo que no me deja respirar. Me asfixio. No sé cómo lidiar con este sentimiento.

—Pero solo porque eres un capullo con un toque mágico. No porque seas imprescindible —me pica Giò, y eso hace que me relaje. Siento que lo ha dicho aposta para rebajar mi ansiedad—. En realidad, no eres tan bueno...

—Soy el mejor. Ahora, contadme el plan y dejad a un lado las gilipolleces. Ya sé que soy el puto amo en el campo.

Asienten y me cuentan el plan.

Puede resultar.

Solo por ver la cara del entrenador, me apunto.

Me dirijo al vestuario aún agitado. Odio ser así, pero nunca nadie me enseñó cómo podía ser de otra forma.

Escribo a Brooke ya en mi cuarto:

Dante:

Quiero una foto de tu máquina de coser y, si puede ser contigo sin
ropa, mejor.

Brooke:

Estoy con Candy y Lead en el cuarto cenando.
No pienso desnudarme para que puedas hacerte una paja.

Sonrío por cómo lo dice. Consigue ser mi bálsamo, tras una tarde complicada.

Dante:

No tengo prisa.
Puede ser hoy u otro día...

Me manda una foto de la máquina. Está abrazada a ella y vestida.

Seguro que se la ha hecho alguna de las Wilson.

Se la ve feliz y contenta. Solo por eso, pagaría hasta el último centavo que tengo.

Dante:

Joder, demasiada ropa.
Pero la máquina no está mal...
Tú tienes cara de tontita.

Brooke:

Te jodes... o no, porque hoy no tendrás ración extra de carne.

Dante:

Das por sentado que solo te deseo a ti.

Brooke:

Si no es así, deja de mandarme insinuaciones y mierdas de esas.
Yo no comparto.
O, mejor, te vas con otra y me dejas en paz en el plano sexual.
No te deseo tanto...

Dante:

En esta vida solo he deseado a una persona...
A ti.
Así que ni se te pase por la cabeza que voy a renunciar a tenerte en
cada parte de mi cama.

Brooke:

Creo que esto se nos está yendo de las manos.
La idea era volver a ser amigos...

Dante:

Seré tu amigo... mientras te empotro contra mi cama.

Brooke:

Creo que es mejor dejar esta conversación aquí, por ahora.

Dante:

Cobarde.

Dejo el móvil y me pregunto si estoy permitiendo que mis emociones me dominen con ella.

Con seguridad, pero, joder, la deseo más de lo que he deseado nada en toda mi vida.

No pienso renunciar a ella, aunque tenga que matarme a pajas, hasta que se dé cuenta de lo que hay entre los dos ha dejado de ser solo amistad.

Capítulo 22



Brooke

Estoy a punto de llegar a la cafetería con Candy.

Siento los nervios anidarse en mi estómago por ver a Dante.

Los mensajes se nos están yendo de las manos, dejando claro que ya no somos esos críos inocentes.

Ahora hay algo más profundo entre los dos. Algo que creía que solo era cosa mía cuando lo miraba.

Me cuesta creer que de verdad se sienta tan atraído por mí.

Una parte de mí no confía en él.

Por eso, sigue esta distancia. Es mi escudo, porque sé que, cuando la acorte, nublará todos y cada uno de mis sentidos y no podré pensar en otra cosa que no sea estar a su lado.

Entramos y siento la mirada de Dante puesta en mí, como si quemara mi piel en cada lugar donde fija sus ojos violetas.

Alzo la mirada y lo veo sonreír de medio lado.

Joder..., debería estar prohibido ser tan jodidamente sexi.

Hoy no lleva la camiseta negra, sino una blanca que le queda como un guante y se le pega a su fornido cuerpo, marcando sus músculos.

Los dedos me pican por la necesidad de tocarlo.

Nos dice hola a las dos y voy hacia el vestuario, deseando poder calmar mis acelerados latidos.

Este hombre cada día me altera más y nuestras conversaciones no están ayudando nada.

—No pienso comentar nada de como os habéis comido con la mirada el uno al otro.

—¿Sabes que ya lo estás haciendo? —le digo a Candy, que se ríe.

—Es que es flipante como, al miraros, lo que sentís se puede casi palpar. Al final acabarás en su cama y lo sabes.

—No quiero... Necesito la mente despejada.

—¿Noche de chicas el jueves? Seguro que Inés se apunta.

—¿Dónde me apunto?

—A salir de fiesta el jueves —le indica Candy.

—Por supuesto. Contad conmigo.

Salimos y Dante dice que lo ayude en la barra, que es hora de que aprenda a preparar un buen café.

Espera que me niegue. Lo veo en sus ojos. Me está retando y, por eso, asiento.

Voy tras la barra sintiendo que este sitio parece mucho más pequeño de golpe.

—Toma los pedidos. Yo preparo los cafés —me dice muy cerca, y noto como los pelos de la nuca se me erizan.

—Pensé que querías que aprendiera. ¿Ahora no me vas a enseñar?

Dante mira la cafetería, en la que no hay mucha gente.

Asiente y vamos hasta la máquina.

Me explica cómo hay que hacerlo.

Le hago caso hasta que la máquina se me atasca.

Pone su mano sobre la mía y noto como mi cuerpo tiembla por su contacto.

—Más suave —me dice al oído. Es una palabra inocente, pero en su boca suena sucia, como si estuviéramos hablando de otra cosa que no sea hacer café.

Aprieto las piernas por el deseo que siento correr por mi sexo.

Toco la máquina con delicadeza, guiada por él, y esta vez sí consigo hacerlo bien.

—Está algo dura —por cómo lo susurra, no creo que hable de la máquina.

Me imagino contoneando mis caderas, hasta tocar su sexo y notarlo duro contra mi trasero...

«Para, Brooke.»

Dante aparta la mano tras acariciarme levemente.

—La máquina, Brooke —me dice divertido en el oído.

—Yo no he pensado otra cosa.

Toca mi piel erizada.

—Ya...

—Es por el aire acondicionado. No te des tanta importancia. —Nos miramos a los ojos. Estamos demasiado cerca. Puedo ver las motas más claras de su iris—. El jefe debería cambiar esta máquina.

—Al jefe le gusta que no te vaya bien y meterte mano.

Agrando los ojos por lo que se entrelee en sus palabras.

—Eres...

Tapa mi boca con su dedo.

—No quiero que nadie lo sepa —me susurra.

—Ahora entiendo muchas cosas —digo, mirando la vitrina de tartas.

—El aburrimiento es muy malo. —Alza los hombros, dejando claro que para él comprar esto ha sido solo por su mente inquieta.

Nos miramos y, por un segundo, somos esos niños que se entendían a pesar de vivir en dos mundos tan distintos.

El problema es que no lo somos y hay nuevas emociones que han entrado en juego y que no sé cómo controlar cuando lo tengo cerca. Era más fácil amar con un corazón puro e inocente que desear con todo mi ser.

El deseo es como el fuego. Te hacer arder hasta consumirte, si no lo sabes controlar a tiempo.

Por eso, me aparto y me voy hasta la caja.

Dante ya no hace amago de tocarme o de acercarse, aunque soy muy consciente de su persona toda la tarde.

Al acabar la jornada, Dante recibe una llamada que lo inquieta.

No escucho qué dice, pero se cambia de ropa y se marcha sin decir adiós. A saber en qué lío se ha metido ahora.

Cruz cierra y nos marchamos a nuestros cuartos.

Massimo nos acompaña y se queda a cenar lo que hemos traído de la cafetería.

Dante hace precio especial a los trabajadores. Lo que sobra, para que no se ponga malo, lo deja un setenta por ciento más barato. Es algo nuevo de hoy y muchos hemos cogido comida para cenar.

La empresa que trae las tartas también nos trae cosas saladas.

Dante está cambiando este sitio y no me extrañaría que mejorara la decoración, para vender el negocio cuando dé mucho dinero. Como hace siempre.

Me gusta descubrir partes del Dante que conocía en quien es ahora. Es como si este tiempo no nos hubiera cambiado demasiado.

Cuando Massimo se va, Candy se pone una serie y yo me pongo a crear.

Hago varios modelos inspirados en Dante. Son chaquetas de traje con un toque único. Ahora solo me faltan las telas.

Le mando una foto de los bocetos antes de meterme en la cama.

No me responde. Tampoco lo lee y me pregunto dónde narices se ha metido y si estará bien.

Por culpa de esto, me cuesta conciliar el sueño y me paso toda la noche mirando el móvil para ver si lo ha leído.

Capítulo 23



Dante

Llego a la universidad sin haber dormido una mierda en toda la noche.

Una de las empresas que compré para revender tenía un problema gordo, por culpa de la persona que llevaba la administración.

Me ha tocado estar revisando todo, para comprobar dónde se equivocó.

Al final siempre me toca hacerlo todo a mí y me molesta no poder confiar en la gente que jura que es infalible.

Esta empresa me está dando muchos problemas. Pienso venderla en cuanto la reflote un poco. Ya me aburre ser su dueño, porque no me está aportando nada.

Entro en clase y el profesor me mira con admiración, como siempre.

Por ser jugador de fútbol hace la vista gorda en muchas cosas. Claro que piensa que soy tonto, porque siempre saco cincos en las notas.

Para mí es un reto no pasarme de cinco. Como si esta carrera me aportara algo. Estoy estudiando Dirección Empresarial, cuando llevo años dirigiendo los negocios de mi padre y otros.

Llego al final de la clase y varias mujeres me hacen ojitos.

Ni puto caso les hago.

Saco el móvil, ya cargado, y veo los mensajes no leídos.

No me ha dado tiempo a verlos hasta ahora.

Veo uno de Brooke. Es una foto de uno de sus diseños.

Agrando la imagen.

Me encanta y quiero esa chaqueta. Por eso, hago algunas compras mientras el profesor da su aburrida clase.

Dante:

A la hora de comer estate en tu cuarto.

Brooke:

¿Eso es todo lo que tienes que decir tras toda una noche pasando de mí?

Genial, Dante.

Dante:

No he pasado de ti.

No tenía batería en el móvil y he estado toda la noche salvando una de las empresas que compré.

Una mala compra, por cierto.

Brooke:

Ah...

¿Dónde estás ahora?

Dante:

En clase.

Necesitaba despejarme y me hace gracia cómo explican los profesores lo que se supone que no sé.

Brooke:

Sé bueno con ellos.

Si supieran que eres superdotado, no te tratarían así.

Dante:

Paso.

Es más divertido así.

¿Qué llevas puesto?

Brooke:

¿En serio, Dante?

Estoy en clase.

¿Qué crees que llevo?

Dante:

Pues seguro que uno de esos jodidos pantalones cortos que me hacen odiar a cada uno de los tíos que te miran el culo.

Brooke:

Por supuesto.

Y me he comprado una máquina de tachuelas.

Les he dado mi toque.

Dante:

Quiero foto.

Brooke:

Al acabar la clase, y ahora déjame prestar atención.

Dante:

Si la haces luego, que no sea sosa.

A ver si consigues mandarme una foto que valga la pena.

Brooke:

Exijo lo mismo.

Dante:

Vale.

La tendrás, y ahora presta atención, que no eres tan lista como yo.
(Icono lengua).

Brooke:

Sabes que no es mi inteligencia lo que me hace brillar.

Yo tengo el don de crear donde alguien solo ve un folio en blanco.

Dante:

Algo fascinante.

Ahora presta atención para ser la mejor diseñadora.
Y no olvides la foto.

No responde y guardo el móvil.

El profesor me mira y luego me da algunas ideas de cómo puedo acabar los trabajos finales.
Es un buen hombre y hasta me sabe mal engañarlo, pero lo dejo estar, porque no me gusta que se sepa que soy algo más que una cara bonita.

Salgo y voy hasta la biblioteca.

Ando hasta el fondo y, al llegar, me quito la camiseta para hacerme una foto.

Hago varias y al final me bajo el vaquero para que se vea el bóxer negro.

Se la mando a Brooke y me pongo la camiseta esperando su foto.

Espero inquieto, hasta que me llega y, joder, no esperaba algo así.

Noto como mi piel arde y como se aceleran mis latidos.

Brooke sale preciosa. Solo lleva los pantalones medio abiertos y puedo ver el encaje rosa de sus braguitas.

Encima..., nada. Su brazo tapa sus grandes pechos, para que no pueda verlos.

«Joder, estoy ardiendo por ella.»

Me cuesta mucho no poner esta universidad patas arriba hasta encontrarla y comerle la boca con ganas.

Controlo mi respiración mientras imagino la cantidad de cosas que quiero hacerle. No debería desear así a quien quiero llamar amiga, pero no puedo evitarlo.

Dante:

No te imaginas la de cosas que quiero hacerle a tu pequeño cuerpo.
No eres consciente de cuánto te deseo, Brooke.

Brooke:

No, tal vez porque una parte de mí no te cree...

Lo siento.

Dante:

No pidas perdón.
Puedo seguir matándome a pajas...

Brooke:

Eres un bruto, Dante.

Dante:

¿Tú no te has tocado pensando en mí?

Brooke:

No duermo sola, por si lo has olvidado.

Dante:

Joder...

Estoy en la biblioteca, solo, por si quieres venir a que solucione tu problema con los orgasmos.

Brooke:

No pienso ir, pero tú puedes pensar en mí mientras te metes mano.

A mí, de momento, solo me vas a ver así en fotos.

Dante:

Eres mala...

Brooke:

Al parecer, sí...

Me marcho a clase.

Te dejo con tu mano mágica.

Guardo el móvil y pienso qué hacer con el puto calentón que tengo encima.

La idea de tocarme la descarto, porque no me gusta hacerme pajas. No me excita tocarme; uno más de mis putos problemas y la causa de que haya tenido que buscar sexo rápido y horrible, porque era eso o nada.

Voy hasta mi coche y conduzco hasta el circuito. Si no puedo matarme a pajas ni tenerla a ella, solo me queda correr con mi auto hasta caer muerto de cansancio.

Capítulo 24



Brooke

Creo que el juego con Dante se nos está yendo de las manos.

El problema es que no puedo parar.

Esta mañana, cuando me pidió una foto, no quise mandarle una sosa. Quise hacer algo diferente para ver su reacción.

Lo que no esperaba era acabar ardiendo de esa forma y deseando ir a la biblioteca para dejarme llevar sin pensar en nada.

El problema es que sí hay mucho en lo que pensar y no quiero que el deseo abrasador que siento por él me nuble la mente.

A la hora de la comida, llaman a la puerta y un mensajero me entrega varias cajas.

Las abro en cuanto se va, con la ayuda de Candy, y vemos que son telas para la chaqueta que diseñé para Dante. Además, hay otras telas muy buenas.

Mando a Dante una foto con el mensaje:

Brooke:

No necesitaba tanta tela.

Dante:

Así puedes practicar más cosas.

Nos vemos luego en la cafetería.

Me pasaré después del entrenamiento para mirar unas cosas.

Brooke:

Supongo que allí estaré...

Guardo el móvil y me pongo a mirar las telas.

Me surgen varias ideas con ellas y, antes de ir a trabajar, no puedo evitar hacer patrones.

Para los de Dante necesito tomar sus medias y, por eso, me llevo el metro al trabajo.

Hago varios diseños antes de irnos.

Ya en el trabajo, no paramos.

Las ideas de Dante están haciendo que este local gane el doble de dinero en poco tiempo. Tiene un don para los negocios.

Su padre lo vio desde pequeño y, por eso, se lo llevaba a trabajar a una edad tan temprana, cuando debía estar jugando.

Al regresar a casa, en vez de dejarlo descansar, lo obligaba a estar de fiesta con sus amigos, viendo como bebían, se metían mano... y se pasaban las drogas más caras.

Muchas veces he pensado que Dante nunca fue niño; que nunca le dieron la oportunidad de serlo, en una casa donde el despilfarro y el descontrol eran lo primordial.

Estoy recogiendo unas mesas cuando por el rabillo del ojo veo como unas mujeres se empiezan a acicalar.

Las miro, asombrada por el cambio que han dado.

Saludan a alguien.

Sigo su mirada y veo a Dante, que tiene sus ojos fijos en mí.

Su mirada arde casi tanto como la mía cuando lo tengo delante.

Sonrío de medio lado, recordando su foto y mi deseo, al verla, de querer pasar las manos por su piel hasta clavarle las uñas.

Sé que le gustaría.

Dante tiene ese toque sádico de que las cosas dulces no le ponen tanto.

La respiración se me agita, y más cuando sonrío de medio lado antes de entrar en la cafetería.

—Joder, qué bueno está. ¿Lo habéis visto en su última publicación?

Una de ellas asiente y las otras piden verla.

Enciende su móvil y les muestra una foto.

—¡Joder! Os juro que puedo tener un orgasmo solo con verlo.

Curiosa, saco mi teléfono y me meto en el perfil de Dante.

Cada vez lo sigue más gente. No publica casi nada, pero los seguidores no dejan de subir.

Veó la foto y compruebo que sale arreglando el capó del coche, sin camiseta y con el torso manchado de grasa. El pelo lo lleva revuelto y su mirada es ardiente, como si en vez de tocar el automóvil estuviera entre las piernas de una mujer.

Leo la descripción:

Veni, vidi, vici.

No puedo evitar escribirle.

Está en la barra revisando unos papeles mientras habla con Candy de algo.

Brooke:

¿Pensando en correr con tu coche?

He visto tu foto en las redes.

Lo veo sacar el móvil y sonreír.

Dante:

En verdad, lo decía por ti, porque pronto me tendrás entre tus piernas.

Alzo la mirada cuando lo leo.

Estoy sonrojada y, por su mirada ardiente, lo sabe. Sabe que me provocan sus palabras.

Brooke:

Tal vez no te deseo tanto...

Dante:

Por el momento, no tengo prisa.

Ahora, mueve tu precioso culo y ponte a trabajar.

Guardo el móvil y le saco la lengua.

Sonríe divertido.

Recojo las mesas y hago mi trabajo hasta que llega la hora de cerrar.

Tras coger el metro de mi bolso, voy hacia la barra, en la que Dante está apoyado leyendo unas cosas.

—Tengo que tomarte medidas para el traje.

Alza la mirada.

—Por mí, perfecto. Eres tú la que ha impuesto esta puta distancia...

—Dante...

—Vale, será a tu manera. Me quedaré quieto o, si prefieres no tener que tocarme, le puedo pedir a mi sastre que te mande mis medidas.

Me está retando.

Paso tras la barra y me pongo ante él. Es muy alto. Su mirada es fija mientras paso el metro por su cintura.

Está muy caliente y quiero tocarlo. Quiero perderme en él. Los dedos me queman.

El deseo de alzarle y besarle es muy grande. Tan grande como el miedo por dejarme llevar y que todo esto no me deje ver con perspectiva.

Tiemblo. No soy capaz de tomar las medidas bien y solo estoy con la cintura.

—Dile a tu sastre que me las pase.

—Cobarde —me dice, y me marchó para no admitir la verdad.

Tal vez sea una cobarde, pero el problema es que quiero desearlo sin que para ello tenga que perderme a mí misma por el camino.

Entro para cambiarme y, cuando me voy, Dante sigue revisando unas cosas.

Siento su mirada en mi nuca y me cuesta mucho no mandar todo a la mierda. Dejar los mensajes y perderme en él...

¿Para una noche loca? ¿Y luego? Luego yo me quedaré enganchada a él. Lo que sentía por él resurgirá más fuerte y veré como sigue su vida como está previsto, sin mí.

Si pasa todo eso, quiero estar preparada para ver como sigue su destino sin mí, porque Dante es de los que tienen sexo, pero no de los que aman.

Capítulo 25



Dante

Escucho revuelo de las chicas en el cuarto de trabajadores.

Massimo sonríe divertido y sigue con lo que está haciendo.

Sabe que este negocio es mío, y Giò también. Se lo conté el otro día en el circuito... ¿Por qué? Ni idea, pero he pensado que si ven que somos «amigos», tal vez pronto me devuelvan la herencia y pueda dejar de jugar a las casitas.

Cuanto antes acepte mi vida, mejor para todos.

—¿Qué les pasa? —pregunto a Massimo.

—Se van las tres de fiesta esta noche —me aclara—. Al parecer, Brooke quiere ligar. —Me mira para ver mi reacción.

—Espero que no tengas nada que hacer, porque nos vamos de fiesta.

—No pienso ir a vigilar a mi novia en su noche de chicas.

—No pienso dejar que Brooke bese a un capullo pensando en mí.

—Pues vete tú solo y la vigilas, como un puto cromañón. Yo me voy a casa a ver una serie. Deberías hacer lo mismo.

—Ni de coña.

La sola idea de que Brooke se líe con otro solo para apagar el fuego que siente por mí me mata.

Si no fuera por ese motivo, me iría a mi casa e intentaría seguir con mi vida, pero me da rabia saber que otro ha besado su boca.

Sé que me desea, que se muere por que la toque...

No pienso dejar que apague su fuego con otro por miedo a lo que siente por mí.

Salen y Candy pasa detrás de la barra para despedirse de su novio.

Brooke no me mira. En el fondo sabe que este no es el camino. La conozco bien... O la conocía.

Lleva un precioso vestido de color verde eléctrico de tirantes, con la espalda al aire. Sin sujetador. Sus pechos son demasiado grandes para algo así y botan demasiado cuando se mueve.

«Quiere matarme... Joder, quiere que me muera de deseo hasta carbonizarme.»

La falda es corta y casi se le ve el culo al andar.

Esa ropa no es de ella. Lo tengo claro.

No se adapta a su cuerpo y, por cómo se baja la falda cada poco, no está cómoda.

Inés le dice algo y ella la observa dudosa mientras salen por la puerta.

Me mira y lo que veo en sus ojos no me gusta. Hay miedo, dudas y algo más.

—No parece muy feliz —comenta Massimo, mientras Candy corre para alcanzar a sus amigas.

—No.

Los dos hablamos de Brooke.

—Le he dicho a Candy que querías ir y me ha comentado que tal vez sea mejor que estemos cerca. Han quedado con Lead en la cervecería. ¿Vamos?

—En un rato. A ver hasta dónde llegan sus estupideces.

—Tal vez si aprendieras a tratar a las mujeres esto no te pasaría. Giò me dijo que le pediste ayuda y solo aguantaste tres minutos. Joder, Dante, yo no esperaba tanto de ti.

—Vete a la mierda. Mejor me voy solo.

—No vas a ir solo. Si Candy me ha dicho que es mejor que vaya, es porque no se siente segura, y no voy a dejarla sola.

Le indico que vale y cerramos el local para ir a donde están las chicas. Escribe a Giò de camino y este le dice que ya está allí, porque Lead le comentó que no le gustaban las amigas de Inés; que hacía esto por Candy y Brooke.

Ahora sabemos que el problema son las amigas de Inés.

A saber con quién coño se junta.

Llegamos a la zona de la fiesta y vemos a Giò con unos jugadores del equipo.

Busco a Brooke, mientras me siento con ellos, y la descubro en una mesa, al lado de unas chicas que reconozco. Sus padres tienen varios negocios y ellas siempre se han creído superiores. Hasta me lie con una de ellas... Mierda.

Brooke mira hacia donde estamos y al verme, se molesta.

Le escribo mientras doy un trago a mi refresco.

Dante:

Si estoy aquí, es para que no beses a otro pensando en mí.

Brooke:

¿Y acaso eso no acabará pasando tarde o temprano?

Aquí tu antigua amante nos está contando con todo lujo de detalles cómo es el sexo contigo y como pasas de las mujeres luego.

Por mí solo sientes un calentón y luego...

Luego seguiré con mi vida, piense o no en ti.

Dante:

Que te compares con ella me parece estúpido.

De ella no sé nada.

De ti... lo sé todo.

Y que hagas esto solo por saber cómo sería vivir sin mí es una idiotez.

Por no hablar del hecho de que llevas un vestido de Inés que ni te

gusta ni te hace sentir cómoda.

Te creía más lista.

Me arrepiento del mensaje nada más enviarlo, pero ya lo ha leído y es tarde para retirarlo.

Me mira enfadada y me hace una peineta.

Luego apaga el móvil y veo claro que esta noche pasará de mí.

—Miedo me da preguntar qué le has dicho —me pica Giò.

—Seguro que ha sacado a relucir su encanto —añade Massimo—. Déjala tranquila.

—Eso es lo que tengo que hacer. —Me levanto para irme—. ¿Quiere vivir su vida como si yo no existiera? Pues que lo haga.

Dejo varios billetes sobre la mesa, sabiendo que mi refresco vale mucho menos, y me marchó.

Camino hasta la casa asqueado, nervioso y sabiendo que la mayoría de las cosas me pasan por no saber expresar lo que siento.

No soporto la idea de que ella sufra y sé que, en vez de decirle eso, le soltaré algo horrible para protegerme. Como hago siempre.

Brooke

Dante se ha marchado enfadado.

Lo he visto irse y ni me ha mirado.

Yo también estoy enfadada y lo peor es que tiene razón.

Estoy aquí para demostrarme que puedo desear a otro. Con un vestido que me pone nerviosa y con las amigas de Inés que no soporto.

Cuando Candy supo que ellas venían, puso mala cara. No le caen bien, y no me extraña.

Voy al aseo para colocarme el jodido vestido y una de ellas entra. La que se ha liado con Dante. Para ella, tener sexo con él es como una victoria.

—Este vestido te queda un poco pequeño, ¿no? —me dice descarada—. ¿Son operadas? —Mira mis tetas y se ríe—. No, claro, porque si lo fueran estarían más tiesas. Este vestido es para gente con tetas operadas.

«Es mala», pienso.

—Me encantan mis pechos y me importa una mierda lo que digas de ellos.

—No te lo tomes a malas. Es solo que no te queda bonito..., pero si tú eres feliz con él, no seré yo la que te diga nada.

Lo comenta como si sus comentarios no me hubieran dejado por el suelo.

Se retoca los labios y saca del bolso una bolsa de droga de diseño.

—Te invito a una para que se te pase la incomodidad y disfrutes de la noche.

—No, gracias.

Salgo incómoda del aseo.

Al sentarme, se nos han unido unos chicos y uno de ellos me devora los pechos con la mirada.

Lo hace de forma lasciva y no me gusta cómo me mira. Es como si yo fuera un objeto.

—Soy Dani —se me presenta mirando mi escote.

—Brooke, y tengo los ojos en la cara.

Se ríe y eleva la cara.

La cosa se pone cada vez más incómoda, porque se acaba pasando droga por delante de todos, sin parar de beber.

Lead y Candy se miran y luego se fijan en sus chicos.

—¿Y si vamos con ellos? —les pregunto.

—¿Segura? —me dice Candy, al mismo tiempo que se levanta, deseando largarse de aquí.

—Sí, la verdad.

Me incorporo y Dani tira de mi vestido, con la mala suerte de que rompe los tirantes.

Uno de mis pechos queda expuesto.

Me quiero morir de la vergüenza.

Aunque me cubro enseguida, por la mirada de algunos de ellos sé que lo han visto todo.

Lead me tiende su chaqueta y me la pongo de camino a donde están los chicos.

Massimo está de pie, fulminando con la mirada a más de uno.

—¿Todo bien? —me pregunta, y asiento.

Me marchó al aseo.

Entro en él y me encierro en uno de los cubículos.

Me pongo el vestido como si fuera una falda y la chaqueta tapando mis pechos.

No está mal, pero todo esto me ha traído recuerdos de lo que viví con los amigos de mi primo. De cuando me enteré de que solo les gustaba tenerme cerca para mirarme las tetas, y habían hecho apuestas de quién conseguiría perderse en ellas.

Hasta mi primo apostó por uno de sus amigos; por el que yo creía que podía ser algo más.

Esa fue una de las razones por las que vine, aparte de para poder estudiar.

Estar con mi tía fue genial.

Al llegar, intenté hacer amigas. Me presentó gente, pero la cosa no fue bien.

Luego, un amigo de mi primo me vio y me propuso ir con ellos a patinar.

Acepté y empecé a salir con mi primo y su pandilla.

Pensaba que también eran mis amigos, aunque siempre sentí que la cosa era distante.

Pero era mejor que nada.

Hasta que descubrí que solo me querían con ellos por mis tetas y que, cuando corría, se ponían cachondos al verlas moverse.

La apuesta...

Es horrible saber que, mientras crees que te aprecian, solo ven de ti que tienes un buen par de tetas.

Me lo contó la exnovia de uno de ellos, cuando lo dejó. Estaba enfadada y quería que supiera la verdad.

Mi primo y sus amigos no lo negaron.

Llego la oferta de Dante y supe que esto era mejor, a pesar de todo.

Tomo aire y salgo del aseo, porque no puedo esconderme toda la vida. Soy mucho más que alguien que tiene un buen par de melones.

Al salir, veo que reina el caos.

Saltan mesas y sillas, y todos se pegan unos con otros.

«¿Qué narices está pasando?»

Busco a los chicos y veo a Dante cogiendo a Dani de la camiseta, mientras le dice algo.

Este se ríe y le suelta un puñetazo en toda la cara.

No entiendo nada. Todo esto es surrealista.

—Brooke, vamos. Es mejor marcharnos de aquí —me grita Lead mientras trata de acercarse a mí, con Candy a su lado.

—No entiendo qué está pasando.

Ambas se observan y veo tristeza en su mirada.

Sé que lo que van a decirme no me va a gustar nada.

Tiran de mí para que nos vayamos.

Miro hacia donde están los chicos y veo como a Dante le dan otro un puñetazo.

Dante sonrío. En realidad, es un sádico que disfruta de una buena pelea, hasta que lo maten.

—Decidme qué ha pasado —les pido cuando estamos lejos.

—Alguien de la mesa ha subido el vídeo de cómo se te rompía el vestido.

—No puede ser —indico impresionada—. ¿Y cómo es que alguien lo estaba grabando?

—Estaban grabando otra cosa y sale de fondo tu pecho. No se les ha ocurrido otra idea que subirlo a redes, diciendo que la novia de Dante perdía la ropa en público —me informa Lead.

—No soy su nada...

—Ya, bueno —indica ella—. El que Dante haya venido como un loco a exigir que lo borren y que te pidan perdón no ha ayudado a creer lo contrario. Con seguridad, borrarán el vídeo en las redes porque sale el pecho.

—Ya, pero cuando lo hayan visto un montón de personas. Odio esto. Odio que algo horrible que te pasa pueda ser expuesto en redes. Ya fue bastante malo cuando sucedió, como para saber que ahora todos saben cómo son mis tetas.

Candy me abraza y andamos hasta nuestra habitación.

Nada más entrar, voy derecha a la ducha, como si así pudiera quitarme todo el malestar que siento por dentro.

Por conseguir seguidores, la gente es capaz de todo.

Tardo en salir y cuando lo hago, espero ver a las chicas, pero está Dante con la ceja partida y cara de pocos amigos.

—Si vas a comentar algo, como un ya te lo dije o que esto me pasa por tonta, mejor te vas.

—No voy a decir nada, porque seguro que la cago —indica y abre los brazos.

El gesto me pilló por sorpresa y dudo un instante antes de andar hacia él para sentarme sobre sus piernas, acomodarme en el hueco de su cuello y abrazarlo con fuerza.

Lloro y no sé si de sentir este abrazo soñado desde hace tanto tiempo, porque sé que nunca he dejado de amarlo, o porque me siento más segura en un lugar que tiene fecha de caducidad.

Sé que debería llorar por lo que he pasado, pero en este momento amar a Dante me aterra más que todo lo demás.

Dante duda, pero acaba por acariciar mi espalda para darme consuelo, mientras me pierdo en él.

Se recoloca en la cama sin soltarme, hasta apoyar la espalda en la pared mientras yo me acurruco entre sus brazos.

—Creo que no los he golpeado con suficiente fuerza —indica con rabia.

—No debiste golpearlos.

—Por ti, sería capaz hasta de matar.

—Dante...

—Es la puta verdad, Brooke.

Tiemblo por él; por sus palabras, aunque no debería.

Aspiro su perfume, con la punta de mi nariz pegada a la piel de su cuello, y noto como tiembla.

Yo también tiemblo al sentirlo así y, aunque me muero por hacer miles de cosas con él, solo me acomodo mejor. No quiero hacer nada más ni que nadie rompa este momento, con el que llevo soñando toda una vida.

Dante

Brooke se queda dormida.

Yo no soy capaz de dormir, y no solo porque sus curvas me estén volviendo loco. Es el primer abrazo que he dado, y que me han dado, en toda mi vida, y lo que siento es entre una puta pasada y un tormento.

No sé cómo lidiar con lo que siento con ella así. Tampoco con la sed de venganza que sentí cuando supe lo que estaba pasando.

No había alcanzado mi cuarto cuando me llegó un aviso de redes, donde se hablaba de mí.

Pulsé el vídeo donde decía «novia de Dante Bianchi en cueros».

Los cabrones usaron mi nombre para darle más visibilidad.

En cuanto lo vi, eché a correr preso de la rabia.

Mis hermanas, al verme, se acercaron con sus novias y supieron lo que había pasado, mientras trataba de buscar al culpable para que borrara el vídeo.

Por las buenas, no apareció nadie.

Entonces, cogí a uno por la camiseta y empezó la pelea.

La gente me tiene muchas ganas y sé que no es por mi cara bonita.

Al final, borraron el puto vídeo, pero el daño ya estaba hecho.

Pienso denunciarlos por hacer esto a Brooke; que paguen por hacerle daño. No saben con quién están jugando. He jodido la vida a peces más gordos.

Brooke se remueve inquieta en sueños y acaricio su espalda.

Se calma y me siento raro tocando su cuerpo. Deseando no detener las caricias, ansiando que ella me toque... Con ella, los malos recuerdos no aparecen. Siempre fue así.

Tal vez, porque ella sabe lo que me hizo odiar el contacto humano y nunca ha forzado las cosas; porque estaba ahí en el instante en que mi vida cambió para siempre.

Capítulo 26



Brooke

Me despierto sintiéndome protegida.

Abro los ojos y me encuentro con Dante, que me observa de una forma tan ardiente, que juro que me cuesta mucho no besarlo y quitarme la ropa para que me folle con fuerza hasta olvidarnos del mundo.

Lo deseo tanto que duele.

Su boca está muy cerca de la mía y su aliento me acaricia.

Cierro los ojos, imaginando cómo sería el placer de besar sus labios.

Noto como su erección crece y toca mi cuerpo.

Mi sexo da una sacudida y se contrae de placer.

«¿Y luego?», me pregunto con miedo. Sabiendo que ahora mismo necesito ser fuerte para lo que me toca vivir en la universidad, y tener la mente despejada.

No puedo lidiar con tantas cosas a la vez, y si me rechaza... Si para él solo soy un momento de sexo y nada más, me romperé en cientos de pedazos. Sé mejor que nadie que Dante, cuando consigue algo, pierde la emoción.

Me alejo y veo como me deja ir.

—Tengo que prepararme para ir a la universidad.

—No tienes por qué ir...

—Eso no acabará con el problema —le digo y salgo de la cama.

—¿Voy contigo? —me pregunta, sentándose en el borde de la cama.

Quiero decirle que sí, que me coja de la mano, que me proteja de toda esta mierda...

—No, quiero que todo siga como antes de que todo esto pasara.

Se levanta y no dice nada.

Solo se me acerca y su boca queda muy cerca de la mía.

Espero su beso y que mande todo a la mierda.

Entreabro la boca, a pesar de que una parte de mí grita que lo detenga.

—No te besaré hasta que lo hagas tú —me informa, acariciando mi labio con su dedo—. En el momento que lo hagas, no habrá vuelta atrás, Brooke. Pienso hacer contigo y con tu cuerpo todas las cosas que ahora estoy imaginando. —Su dedo baja por mi cuello y llega hasta casi mis pechos. Lo deja ahí y noto como estos se erizan, ansiando su contacto—. Nos vemos, Brooke. Escíbeme si necesitas hablar.

Se aleja y lo veo coger sus cosas antes de marcharse.

Tiemblo por lo que siento, por él y por lo cerca que he estado de ceder y dejarme llevar por este deseo que me consume.

* * *

Llego a la universidad con Candy y Lead, que me esperaban en la puerta cuando bajé.

Dante les pidió ayer que le dejaran quedarse a solas conmigo y se fueron a dormir con sus novios.

—No dejes que nadie te haga sentir mal por esto —me dice Lead—. La gente hace toples en la playa.

—Ya... Solo es una teta.

—Una teta preciosa, por cierto —añade Candy—. Yo no tengo tetas y no tengo complejo, pero, joder, si tuviera tus tetas, sería la más feliz del mundo con ellas.

—¡Échale un par de tetas! —exclama Lead, apretando las suyas.

—Eso. —Candy hace lo mismo y al final caigo yo también—. Cualquiera cosa, nos escribes y, si necesitas guardaespaldas, sé de tres Bianchi que se meterían en problemas por ti.

Asiento y entro en clase.

La gente me mira y murmura. Algunos me observan como si fueran a hacerse una paja solo con mirar mis pechos. Es asqueroso.

Me siento donde puedo e intento que no me molesten los dedos acusadores o como la gente habla de algo que fue un accidente sin importancia.

—Esta no es tu clase —dice el profesor a alguien, y compruebo que se trata de Dante.

—Vengo de oyente.

Dante entra en el aula y la gente deja de hablar de mí para hacerlo de él.

Llega a mi lado.

—Y, por cierto, voy a inaugurar mi circuito de carreras pronto. Fiesta y descontrol para todos.

La gente empieza a charlar de eso y de golpe mi pecho queda eclipsado por Dante.

Sé que lo ha hecho aposta y lo que siento por él se expande por mi interior.

Se sienta a mi lado mientras el profesor pide silencio.

—Lo siento. No puedo evitarlo —me susurra—. No soportaba dejarte sola en esto.

—Gracias.

Nos miramos de reojo y me guiña un ojo.

—¿Hacemos caso a la clase o te meto mano?

—¡Dante!

Se ríe.

—Era broma, o no... Cuando acabe la clase, todo seguirá como quieras.

—Vale.

Soy muy consciente de Dante toda la hora. Sobre todo, cuando me roba la libreta y se pone a dejar mensajes:

¿Me has imaginado desnudo en tu cama alguna vez?

Lo miro y sonrío divertido.

Yo estoy sonrojada. Escribo:

¿En serio, Dante? No pienso responder a eso.

Me quita el boli y acaricia mi mano haciéndome arder:

Pues te diré que anoche no dejé de pensar en varias formas de quitarte la camiseta de dormir. No llevabas sujetador y no sabes lo loco que me volvía sentir tus pechos sobre mí.

Lo leo, sintiendo como tiemblo. Aprieto las piernas por el deseo que noto y para que nadie se percate de cuánto me agita este hombre tan descarado.

Le quito el boli rozando sus dedos. Quiere jugar, pues pienso jugar:

Puede que sí haya fantaseado con tenerte entre mis piernas y arañar tu espalda, mientras entras dentro de mí con fuerza.

Dante contrae la mandíbula y aprieta el puño.

Coge mi bolígrafo y me toca los dedos.

Me encantaría tenerte desnuda sobre mí, mientras te tocas para darte placer.

Juro que solo de imaginarlo noto mojado mi sexo.

Nos miramos de reojo agitados.

La clase termina, la gente se va y Dante no se mueve.

—Te juro que me cuesta mucho no cogerte y follarte sobre esta mesa. Es mejor que te marches mientras puedas.

Lo miro, tentada a que haga conmigo lo que quiera.

Por eso, me voy. Tengo que ser más fuerte.

El problema es que este juego ha subido de nivel y no sé cuánto podré resistirme a él.

* * *

No veo a Dante en la cafetería, pero por la noche le hago fotos de cómo va su chaqueta.
Hablamos de ella y me gusta como me escucha sin prisas.
Sabe que esto es importante para mí.
Fue el primero en regalarme un juego de costura cuando supo que me gustaba hacer trajes a mis muñecas.
Que sea tan atento casi me asusta más que cuando se pone a decir cochinadas.

Dante:
¿Irás mañana al partido?

Brooke:
Si es importante para ti, estaré en las gradas.

Dante:
Así puedes ponerte cachonda mientras me miras con la equipación.

Brooke:
Mucho tardabas en decir algo así.

Dante:
En verdad, te encanta...

Brooke:
Buenas noches, Dante.

Dante:
Sueña conmigo desnudo.
Al menos nuestros sueños pueden disfrutar de una buena noche de
sexo.

Sonrío sin poder evitarlo.
Dejo el móvil y sigo trabajando un poco más, hasta que es muy tarde y no quiero despertar a Candy, que se ha quedado dormida viendo una serie.
Le quito los cascos y la arropo mientras escucho como llama a Massimo en sueños.
Me parece muy tierno.
Entro en la cama y mis sueños son tan ardientes que seguro que pueden catalogarse de pornográficos.

Capítulo 27



Dante

Salgo al campo y me siento donde quiere el entrenador: en el banquillo.

Desde este, busco a Brooke en las gradas.

Está en primera fila, porque le mandé las mejores entradas a primera hora.

Me saluda con una enorme mano de gomaespuma del equipo.

Veó que su padre está con ella.

Le envié dos entradas, por si quería invitar a alguien. No esperaba que trajera a su padre. Y más, para ver un partido de mierda. Como no salgan bien las cosas...

Camino hasta Massimo y el entrenador me grita que vuelva al banquillo.

—No quiero que hagáis nada —le indico.

—Dante, las cosas no pueden seguir así.

—Un partido más. Solo uno y luego jodemos a este capullo. —Duda—. Por favor. —Agrandando los ojos—. Como comentas algo de que te lo he pedido por favor, destruyo el circuito.

—Vale, vale... —Mira hacia las gradas—. Si es lo que quieres, esperamos un partido más. Ahora vete a chupar banquillo.

Me marchó y el entrenador me echa la bronca.

—No eres más que un enchufado de mierda. No sabes entrenar. Así que deja de darme la chapa, que los dos sabemos que a ti el equipo no te importa —le suelto con enfado.

Me mira desafiante y ocupo mi puesto.

La rabia me estalla cuando veo que el equipo cojea por sus mandatos.

Los veo perder sin poder hacer nada, a pesar de que lo han dado todo en el campo.

El entrenador nos dice que es culpa nuestra y el rector le da la razón.

—Si fuera por nuestra culpa, no habríamos quedado primeros el año pasado —estallo—. Está claro quién sobra aquí.

Todos miramos al entrenador y el rector nos manda a las duchas.

—La próxima semana nos plantamos, Dante —dice Cruz—. Por ti, por nosotros, porque no lo soportamos más.

Asiento y entro a la ducha, pensando en como, a pesar de estar jodidos, mis compañeros me han dado este día. Sin tener que pagarles o amenazarlos.

Salgo del vestuario inquieto y sintiendo que me ahogo.

Ando hasta mi coche y voy al circuito.

Esta noche hay fiesta, pero prefiero estar solo con mis problemas.

Brooke

Tomo una copa en la casa de los chicos que me sabe horrible.

Han perdido, pero el ambiente mejora por momentos. Claro que cada vez están más borrachos.

Han inflado un muñeco hinchable y le han pegado la cara del entrenador para decirle cosas horribles.

Al final, acaba ahogado en la piscina. Lo malo es que habrá vídeos de esto y les puede salir caro.

—Mira la tetona —me dice un gilipollas, tratando de tocarme.

—Si la tocas, te largas de aquí —lo amenaza Giò, que pasaba por mi lado con varios vasos.

—Vale, vale... Pero eso no cambia que tienes un buen par de tetas. ¿Qué hay de malo?

Lo vemos irse.

—¿Todo bien?

—Sí, en lo último ha tenido razón. Tengo un buen par de tetas.

Sonríe y voy con él a donde están algunos del equipo.

Lead y Candy están bailando no muy lejos, dándolo todo.

Busco a Dante entre la gente y no lo veo.

Me inquieta que le haya pasado algo y por eso lo llamo.

—¿Dónde estás? —pregunto.

—En el circuito. Arreglando un coche.

Eso siempre lo tranquilizó.

De niño desmontaba las piezas de los viejos automóviles de su padre para volver a montarlos a continuación. Y para joder, claro, porque su padre odiaba que hiciera eso.

La mente inquieta de Dante necesita siempre emociones y retos.

—Vaya, y yo que esperaba que te dierais con mi vestido.

—¿Has ido a la fiesta? Sí, porque te oigo como el culo.

—Voy a un sitio más tranquilo.

—Vete a mi cuarto. Seguro que no has olvidado cómo forzar una puerta.

—No.

Dante aprendió a abrir candados por aburrimiento.

Luego, puertas.

Y así con todo.

Me dirijo a su habitación y cojo una de mis horquillas, que sujetaban la mitad de mi pelo, para abrir la puerta.

Lo hago y entro.

Su cuarto es impersonal, como el de un hotel o el de alguien que no quiere echar raíces, porque sabe que está de paso.

Siempre es así.

En su casa hay pocas cosas que hablen de él. Es como si viviera listo para marcharse.

Ando hasta la cama de sábanas negras.

—Intuyo por la falta de música que estás en mi habitación.

—Estoy en tu cama. Me acabo de quitar los zapatos y estoy tumbada en ella. Huele a ti. Espero que no te moleste que ahora también a mí.

—No, pero quiero ver tu vestido. Me lo debes.

—Y yo que creía que ibas a venir...

—¿Para verte desde lejos y no poder meter mis manos bajo la falda? Paso de ir empalmado un día más. —Me río—. Te juro que no tiene gracia. Ahora mándame una foto.

—No sé si hacerlo, porque lo mismo te pones cachondo y no quieres ir empalmado...

—Delante de la gente. Ahora estoy solo. Manda la puta foto, Brooke.

—Cómo te gusta dar órdenes.

—No lo sabes bien.

Voy hasta el espejo de cuerpo entero y me hago varias fotos.

Una de ellas con el tirante bajado, enseñando parte de mis pechos.

Soy lo peor, quiero distancia, pero acabo provocándolo.

Hay algo muy placentero y excitante en los preliminares.

Mando las fotografías y escucho como la respiración de Dante se agita mientras las observa.

Por eso, hago otra, bajando el vestido un poco más, y se la mando.

—Joder, Brooke, quieres matarme...

—No, para nada. Solo quiero que veas bien mi vestido.

—Lo que yo quiero ver está debajo de este, pero dudo que tengas narices para ir más lejos.

Noto como mi sexo palpita y me hago otra foto con el sujetador en la mano.

—Joder, Brooke.

—Es para que veas lo que llevaba debajo.

—No te hagas la tonta. Sabes que no me refería a eso. —Me río—. Pero tal vez no estés lista...

Lo pienso y en la siguiente foto tengo el vestido bajado hasta casi mis pezones.

Se la mando tras dudar un segundo. Nunca he hecho nada ni remotamente parecido.

En realidad, nunca he hecho nada con nadie, porque con la única persona, aparte de Dante, que me planteé hacer algo, supe que competía con sus amigos acerca de si estaría conmigo y solo me quería para ganar la apuesta.

Nunca me había alegrado tanto de odiar besar a otro que no fuera Dante hasta ese momento.

—Joder, Brooke. Eres preciosa... y te juro que ahora mismo, si me dejaras, rompería ese vestido para ver el resto de tu piel.

—Eres un bruto.

—No me gusta el sexo romántico. Si me dejas llegar a ti, no será como el resto de tus amantes... En los que prefiero no pensar.

Me callo la verdad, porque tendría que explicarle demasiadas cosas a alguien que se toma la justicia por su mano, usando su dinero y su cara bonita.

—A mí tampoco me gusta que me usen como si fuera a romperme.

Ruge.

—Quiero más, Brooke... Quiero ver más. Si es todo lo que puedo tener de ti ahora, quiero más.

Dudo, antes de hacerme una foto con el vestido bajado hasta la cintura y el pelo acariciando mis senos.

Muerdo mi labio, altamente excitada, notando húmeda la ropa interior.

La envío y escucho como cambia la respiración de Dante.

—Te quiero en mi cama. Quiero que mis sábanas se impregnen con tu orgasmo.

—Dante...

—No hagas nada que no desees, pero, si quieres, deja que escuche como te corres pensando en mí.

Ando hasta la cama y dejo caer el vestido de camino.

Cuando subo, solo llevo puesto el tanga.

Le mando una foto sobre su cama y maldice antes de centrarse.

Sonrío.

—Me gustaría que te vieras con los ojos con los que yo te miro —me dice sin pensar y sé que, por eso, ha dicho algo tan bonito—. Quiero que te toques y me cuentes qué haces...

—No sé cómo hacerlo... Yo nunca... Es decir que, a ver, sé lo que es el sexo, y eso, pero nunca he sentido placer al tocarme.

—Yo tampoco, pero esas veces no estábamos juntos.

—Cuesta creer que vayamos a hacer algo juntos por primera vez.

—¿Te cuesta creerlo? Tenemos una vida llena de primeras veces juntos.

Lo pienso y es cierto.

Hay muchas cosas que, a pesar de la diferencia de edad, hemos experimentado juntos, porque Dante no fue un niño como el resto.

Mi madre me dijo que el primer juguete que tuvo fue mío; la primera vez que probó

chucherías fue a escondidas conmigo en el jardín, y así un montón de cosas que su padre le prohibía hacer.

—Pues una más juntos.

Duda.

—Juntos —dice.

—Quiero verte, Dante.

Escucho como se separa el móvil de la oreja y al poco me llega una foto.

Va sin camiseta y tiene su mano metida dentro del pantalón.

Aprieto los muslos, porque me encantaría que fuera mi mano la que estuviera ahí, tocando su dureza.

—¿Qué piensas?

—Me gustaría tocarte lentamente.

Su respiración se agita y lo imagino tocándose.

—A mí me gustaría meterme tus sonrosados pezones duros en mi boca para morderlos primero y luego chuparlos hasta que grites.

Llevo las manos hasta mis pechos y los pellizco, imaginando que son sus dientes los que me muerden para luego chuparlos hasta dejarlos duros y más sensibles que nunca.

—Dime que los estás tocando pensando en mí.

Hago algo mejor: me grabo mientras me los toco y se lo mando.

—¡Hostia puta! —Me río por su reacción—. Deja que vea como tu mano se pierde dentro de tu tanga.

Me hago un vídeo metiendo la mano dentro de mi ropa interior y gimo cuando noto lo mojado que está mi sexo, pensando en él.

Me acaricio hasta que recuerdo que me estoy grabando y le doy a enviar.

—Me matas, Brooke... Me matas, porque quiero pasar mi lengua por tus pliegues y saborearte con lentitud.

Toco mi sexo mientras sus sucias palabras penetran en mis oídos.

—Estás muy cachonda. Me encanta escuchar tus gemidos... Me vuelves loco.

—Tócate, Dante. Quiero que te corras conmigo... Quiero que te corras pensando en cuando entres dentro de mí con fuerza. Hasta el fondo.

Ruge y toco mi sexo con más fuerza.

—Tira de tu tanga. Quiero que lo frotes contra tu sexo hasta que casi se rompa y lo notes entrar en tu culo... Un culo que pienso degustar mientras te golpeo los cachetes hasta sonrojarlos.

La idea de que me golpee me excita más de lo que debería, pero el sexo es así, nos hace desear cosas que tal vez otros no entiendan.

Tiro de mi tanga, notando como entra entre mis pliegues.

Lo siento desde el trasero hasta mi clítoris. Lo muevo.

—Abre las piernas. Imagina que te miro mientras tus jugos mojan mis sábanas.

Lo imagino mirándome en la oscuridad, mientras se toca; mientras sus manos suben y bajan por su dura polla.

Noto como mi sexo palpita y como mi vagina se contrae solo de imaginarlo dentro de mí.

—Dante...

—Córrete para mí, Brooke.

—Solo contigo —le pido—. Me gusta pensar que tus manos te tocan como si fueran las mías.

—¿Solo las manos?

—No, si te tuviera delante me arrodillaría para ti, para que luego me la metieras hasta el fondo.

—Lo haría mientras te tiro del pelo. Cogiendo esas mechas rosas que juro que cada vez me gustan más.

—Me encantaría chupártela.

—Joder...

Aumento la fricción del tanga notando como estoy cerca.

Mis gemidos cada vez son más fuertes.

Los de Dante también.

Hasta que nos corremos juntos, imaginando al otro tocando nuestros cuerpos.

Mi cuerpo explota en cientos de pedazos que luego se unen, dejándome atontada.

Me entra la risa.

Ha sido increíble.

—Guau... —digo.

—Me jode mucho haberme perdido tu cara, Brooke. No quiero perderme nada más contigo. Llevo cuatro años haciéndolo.

—Tengo miedo —le reconozco.

—¿De qué?

—De que tras el sexo no quede nada y yo lo quiera todo.

—Brooke...

—No prometas nada de lo que no estés seguro. Si me dejo llevar, será sin esperar nada.

No habla y su silencio me hace daño. Me recuerda por qué lo sigo rechazando.

—Nos vemos el lunes en el trabajo —le indico antes de colgar.

Salgo de la cama y le dejo un regalo bajo las sábanas antes de irme. Necesito pensar en todo. Sobre todo en si estoy lista para arriesgarlo todo por él.

Dante

Regreso tarde a mi cuarto.

Ya no queda nadie en la fiesta.

Pienso en lo que ha pasado: me he corrido con mi puta mano, como un adolescente... Pero pensando en ella. En sus cremosas carnes, en sus fotos, en su dulzura... Quiero pervertir su lado dulce.

Cuando Brooke se corrió surgió sin más. Sus sonidos fueron lo más erótico que he escuchado en mi vida.

Entro en mi cuarto y miro las sábanas deshechas, sabiendo que su cuerpo semidesnudo estuvo sobre ellas.

Camino hacia ellas. El cuarto huele a ella y eso me la pone muy dura.

Aparto las sábanas y veo su tanga.

Lo cojo, divertido por su descaro.

Al final, lo que más deseo acabará pasando, porque ella no lo sabe, pero lo quiero todo con ella.

Un día lo verá... y tal vez yo tenga el valor de decírselo.

Capítulo 28



Brooke

Nada más despertarme, recuerdo la osadía de ayer en la cama de Dante.

No me puedo creer que me hiciera fotos y vídeos.

A su lado me siento valiente para ser cualquier cosa sin miedo. Tal vez porque es mi amigo de toda la vida, porque hemos crecido juntos, a pesar de vivir en mundos distintos.

Sea como sea, lo de anoche fue lo más excitante que he vivido en toda mi vida, y quiero más. Ansío más. Lo hago con tanta fuerza que me asusta.

En cuanto me deje llevar con él, no habrá vuelta atrás. Le entregaré de nuevo mi corazón. Lo sé.

Tocan a la puerta y temo que sea Dante.

Una parte de mí quiere que sea él, que me bese y mande todas mis dudas lejos. Otra, teme que me olvide de ser fuerte, por si, tras nuestra noche de pasión, solo quiere ser mi mejor amigo.

Abro la puerta y veo a un mensajero con una bolsa de una tienda cara de lencería.

Sonrojada, acepto la bolsa y cierro la puerta.

Dentro de la bolsa hay varios sujetadores de encaje transparente y tangas. Algunos de ellos son rosas.

Entre la ropa interior hay una nota. Sé que esto es cosa de Dante:

Me encantó tu regalo. Por eso, hoy he ido a elegir estos para ti.

Tú, para que los disfrutes, y yo, para imaginarte solo con ellos bajo la ropa.

Dante.

PD. Llámame cuando lo recibas.

Lo hago, acariciando la suave tela de la ropa interior.

Me responde enseguida.

—No tenías que regalarme nada.

—Me apetecía comprar algo a la chica más sexi que he conocido.

—Ya, claro, como que por tu cama no han pasado muchas mujeres. No me gusta que me mientan.

—Me duele que dudes de mis palabras y de lo increíble que eres.

—No, porque este regalo es demasiado. Siento que quieres comprarme con tu dinero. Te has gastado una pasta...

—Para mí no es tanto dinero. Tal vez, para ti, sí, que no llegas a fin de mes, pero yo tengo más dinero del que podré gastar en toda mi vida. Así que deja de mirar el detalle por el precio y piensa que esta mañana lo primero que hice al despertar fue irme a buscar eso para ti... No sé ni para qué me molesto.

—Primero, no vayas de sobrado conmigo, y, segundo, lo siento. Tienes razón. Es un detalle bonito, pero no quiero que creas que si me acerco a ti es por tu dinero.

—Olvidas que te conozco mejor que nadie, Brooke. Sé que mi dinero no te atrae. No tienes que sentirte mal porque yo quiera gastarlo en ti.

—He cambiado en estos cuatro años...

—No lo creo así. Al menos, yo sigo leyendo en ti. Sigues siendo una chica increíble que acepta a un gilipollas como yo en su vida. —Me entra la risa por cómo lo dice—. Ahora, dime qué conjunto te pondrás hoy y así iré todo el día ardiendo solo de imaginarte.

—El rosa.

—Lo sabía. Manda foto... si te atreves. —Escucho que habla con alguien—. Te cuelgo, que tengo que hacer unas cosas. —Su tono de voz cambia—. Hablamos luego.

Dante tiene muchos secretos.

Una vez más, solo me da una parte de él.

¿Estoy preparada para conformarme solo con esa mínima parte? No lo sé, porque lo quiero todo.

Dante

—¿Cómo que necesitas más pruebas? ¡Llevo cuatro años soportando vivir en esa casa con ellos! ¡Tenemos negocios en común! ¡Quiero mi herencia ya!

—Necesito más pruebas —me dice el abogado de mi padre—. Cuando yo decida, te daremos tu herencia. Aún te quedan unos meses de universidad. Disfruta.

—¡Que te jodan! A ver si se te quita esa cara de amargado.

Salgo del despacho de este hombre que está disfrutando con esto, porque cuanto más tiempo tarde en darme mi herencia, más dinero cobrará por sus servicios. Sabe que si tengo el control de todo, con seguridad lo despediré.

Estoy hasta las narices de que jueguen conmigo.

De que mi padre sintiera que tenía que hacer esto para darme una lección o para hacerme

cambiar. O quizás porque se sentía culpable, porque él es responsable en parte de cómo soy.

Si esta es su forma de preocuparse por mí, tengo claro que como padre no es más que una mierda como persona.

Él no hizo esto por mí.

Fue por él, porque, cuando tuvo que salvarme, no lo hizo.

Capítulo 29



Dante

Llego a mi cuarto nervioso por todo esto.

La gente piensa que lo que me molesta es perder el dinero, pero lo que me jode es que mi padre siga con sus juegos.

Los padres normales no hacen esto.

Nunca le importé. Solo le importó él mismo... ¡Joder!

Llamo a Brooke, aunque sé que no le diré cómo me siento, pero necesito pensar en algo que no sea mi padre.

—No me pienso quejar de la cena. —Sonrío y abro el paquete de comida para llevar que pedí. Otro se lo mandé a Brooke.

—Me alegra saber que enviarte cosas de comer no te enfada tanto.

—Bueno, es que estas hamburguesas están de muerte —lo dice con la boca llena y me gusta imaginarla comiendo.

Cuando éramos pequeños, mi padre nunca me dejaba comer hamburguesas. Por eso, cuando Brooke pedía para ella, iba a su cuarto y comía a su lado, sin que nadie de la casa lo supiera.

Sus padres lo sabían y por eso preparaban algo ligero para cenar.

Mi padre, entre sus sirvientes, tenía muchos chivatos. Gente que, por dinero, eran capaces de cualquier cosa.

—Bueno, mientras no te mueras de placer... —Se ríe—. ¿Qué tal la tarde?

—He estado trabajando en tu chaqueta. Tu sastre me pasó un montón de medidas que me han venido muy bien, la verdad.

—Estoy deseando verla.

—¿No crees que es demasiado llamativa para lo que sueles ponerte?

—Creo que no deberías dudar de ti, Brooke.

—Ya... Lo intento.

Ceno y al final le pregunto lo que me muero por saber, a pesar de que esto me recuerda que no estuve ahí.

—¿Cómo fue tu vida con tu tía? Cuando fui a verte, estabas con mucha gente en un banco del parque. ¿Siguió así?

Se queda callada y pienso que no va a hablar.

—Bien... Bueno, esos amigos duraron poco. Luego me centré en los estudios y en aprender muchas cosas de mi tía.

—¿Y no tuviste más amigos, Brooke?

—En clase me llevaba bien con algunas chicas, pero no me gustaba su rollo de quedar para fumar porros o salir hasta las tantas... Por eso, en clase, bien, pero fuera cada uno seguía su camino. Tú debiste de verme con ellas. Aunque intenté ser su amiga, no funcionó.

—¿Y no ha habido nadie?

El pecho me duele, porque yo la imaginaba feliz con amigas y en realidad estaba sola, porque, como yo, no es una persona que se conforme con amistades que no son de verdad.

—El último año salí con mi primo y sus amigos... ¿Podemos cambiar de tema?

—Ahora sí que no quiero cambiar de tema.

—Es que no quiero decir nada que provoque una guerra.

—Brooke, si no me lo dices, lo descubriré.

—Dudo que lo descubras.

—No me retes, que me van los desafíos y lo sabes...

—¿Para ti soy un reto? —me pregunta con poca voz, y sé que está cambiando de tema aposta, pero va lista si piensa que no voy a descubrir qué cojones pasó.

—Para mí, eres Brooke.

—No tiene sentido tu respuesta. Mira, mejor no respondas, porque ninguno puede jurar que, cuando me tengas, pierdas tu interés por mí.

—Eso no tiene sentido. Llevo ligado a ti toda la vida y no pienso en cuándo no será así.

—No es lo mismo. Eres mi mejor amigo.

—¿Vuelvo a ser tu mejor amigo? Vaya, he subido de categoría.

—Dante, sabes a qué me refiero. El sexo nubla la mente.

—Creo que la nueva Brooke da demasiadas vueltas a las cosas. Antes te lanzabas sin más a todo, y no sé si me gusta —la pico.

—Que te jodan, Dante.

—Mejor si lo haces tú. —Bufa—. No me voy a ir a ninguna parte, si es lo que temes. —No dice nada—. Ahora, cuéntame qué pasó con tu primo y sus amigos o te juro que cogeré mi avión privado y lo descubriré por mi cuenta.

Duda, pero como sabe que soy capaz de hacer lo que le he dicho, me lo cuenta y, mientras lo hace, la rabia me corre por las venas.

Preparo mi avión privado, no para saber la verdad, sino para joder a quienes hicieron daño a

Brooke.

Brooke

—¿Sabes que tu amigo Dante ha estado aquí? —Me detengo de golpe, cerca de mi siguiente clase.

Tenía una llamada de mi tía y la llamé preocupada, por si había pasado algo.

—No puede ser...

Ayer le conté todo. Se quedó callado. Demasiado callado, y luego me dijo buenas noches.

«¡No me puedo creer que haya ido a la ciudad de mi tía para vengarme!»

—Ha estado hablando con tu primo y luego con sus amigos. Por lo que sé...

—Son solo las doce de la mañana. ¿Cómo le ha dado tiempo a eso?

—No lo sé. Tu primo dice que les ha pedido el dinero que ganaron por la apuesta. ¿Qué apuesta, Brooke?

—No quiero hablar de eso.

—Los ha amenazado con arruinarles la vida si vuelven a hacerte algo parecido. Tu primo ha venido cagado de miedo, porque Dante Bianchi no es cualquier persona. Puede joder sus oportunidades de trabajo. ¿Crees que será capaz de algo así?

—Claro que sería capaz. —Me siento en la escalera.

—¿Qué pasó, Brooke?

—Que te lo cuente tu hijo, que también apostó.

Cuelgo y llamo a Dante.

—¿Ahora eres justiciero?

—No, solo soy alguien que odia que hagan daño a las personas que le importan. ¿Cómo te pudo gustar ese carapolla de Joss?

—¿También has descubierto eso? —le digo casi sin voz.

—Pues claro. La gente, cuando tiene miedo, canta lo que sea. Además, no he pegado a nadie, aunque a Joss me han dado ganas de darle un par de puñetazos por hacerte más daño que los demás.

—Solo me confundí. No fue especial.

—Te he hecho un ingreso.

—¿Cómo?

—Me han pagado el doble de lo que ganaron en la apuesta por hacerte daño. Así que lo tienes en tu cuenta para poder usarlo para tu negocio. Era eso o partirles la cara por gilipollas, que pensé que te molestaría más.

—Me molesta todo...

—Brooke, sabes que no me iba a quedar al margen si esa panda de inútiles te ha hecho llorar. No sabes cómo odio no haber estado ahí.

Noto dolor en su voz.

—No podemos cambiar el pasado.

—No, aunque duele. Lo aprendí hace años. Bueno, tú lo sabes. —Pienso a qué puede referirse y llego a la conclusión de que tal vez sean todas las putadas que le hizo su padre—. Cambiemos de tema —me pide, como si se ahogara.

—Dante... —No dice nada y me preocupa. Está teniendo un ataque de ansiedad y no es la primera vez que le pasa. Por eso, corro a la primera sala vacía y le mando una foto del tanga que llevo. Solo se ve la línea de arriba—. Dante, mira el teléfono.

Noto su respiración agitada.

Cuando era pequeña y le pasaba, creía que se iba a morir.

Luego, mi padre me explicó que eran ataques de ansiedad y cómo podía ayudarlo, para tranquilizarlo.

—Dante..., vuelve a mí. —Los ojos se me llenan de lágrimas. Una parte de mí creía que con los años esto había cambiado.

—Estoy aquí —tiene la voz ronca.

—Tienes una foto nueva.

En este momento odio a su padre por esto. Por lo que le hizo para que Dante sufriera tanto.

—Joder, Brooke, me quieres matar. —Me río—. Estoy de vuelta... Gracias.

—De nada, Dante.

Nos quedamos en silencio escuchando al otro.

Colgar me cuesta mucho y me paso todo el día pensando en si Dante estará bien o no. Hasta que a la noche me dice que está de vuelta en su cuarto no me quedo tranquila.

Capítulo 30



Brooke

Es miércoles y no he visto a Dante desde el partido.

Ahora estamos en la puerta de la cafetería, que Massimo está cerrando.

Vamos a ir al cine. Echan una película en italiano que entusiasma a Massimo.

Por suerte, sé italiano. Don Andrea hablaba ese idioma en la casa y mis padres debían manejarlo para trabajar allí. Yo crecí escuchándolo desde pequeña.

Por eso, para mí, es como una segunda lengua.

Dante lo habla muy bien. Me encanta cuando habla en italiano, con ese acento americano. Claro que habla muchos idiomas.

—La película empieza en media hora. Ya podemos correr, que no me quiero perder nada.

—¿Qué película? —pregunta Dante tras de mí.

Noto como la respiración se me acelera mientras me giro.

Cuando nuestros ojos se encuentran, recuerdo dónde estuvieron mis manos el otro día en su cama.

El sonrojo se hace evidente en mis mejillas y él lo devora con la mirada. Como el resto de mi cuerpo.

Su mirada quema y me hace arder, mientras disfruto de él. De lo sexi que está con esos pantalones de marca negros y el polo granate, a juego con sus deportivas.

Hoy va vestido como el niño pijo que es.

Sus brazos fuertes resaltan con esa ropa.

Se me seca la boca solo de imaginarlos rodeándome.

—Vamos a ir al cine a ver una de las películas preferidas de Massimo —informa Candy alegre—. Te podrías venir.

Dante me mira fijamente, dejando la elección en mis manos.

No puedo decirle que no, porque me muero por estar con él.

Hemos hablado estos días, pero no es lo mismo. Hablar solo por el móvil cada vez me sabe a menos. Sobre todo, desde que pasó lo de su ataque de ansiedad.

No quiero estar lejos de él, por si me necesita.

—Estaría bien ver una película juntos, como en los viejos tiempos.

Dante asiente y empezamos a andar los cuatro hacia el cine.

Giò y Lead nos esperan allí.

Miro de reojo a Dante, que habla con Massimo de algo. Se nota que aprecia a su hermano, aunque tal vez no se lo diga nunca. Pero Dante no es de los que están con alguien por estar. Solo pone su cara de póker en las fiestas, porque por trabajo debe olvidar su lado capullo.

De pequeña, me asomaba por la ventana a ver esas fiestas.

A veces me imaginaba bailando con Dante en medio de la pista.

Casi siempre, la verdad. No recuerdo desde cuándo estoy enamorada de él. Tal vez de toda la vida, pero no fue hasta poco antes de irme cuando acepté que lo que sentía por él no era solo amistad.

Era algo más fuerte.

Llegamos al cine y compramos las entradas.

Giò y Lead están dentro y ya han comprado las bebidas y palomitas.

Me tienden un cubo de palomitas y Dante coge la bebida.

Entramos y vamos al final del todo.

Dante se sienta al lado de Candy y yo a su derecha. En el extremo. A mi lado no hay nadie.

En esta sesión no hay nadie más. Solo nosotros seis.

Soy demasiado consciente de él. De su magnetismo. De cómo nuestras rodillas se encuentran.

—¿No crees que vas muy corta? —me pica mirando mi falda.

Sé que en verdad no le importa.

—¿No crees que no te importa?

Sonríe de medio lado.

—¿De qué color? —susurra en mi oído, mirando hacia mi sexo.

Noto como este late, solo de sentir su mirada.

—Negro.

—Joder, es mi preferido.

—Lo sé.

Da un trago largo a su bebida mientras yo como palomitas.

La sala se queda oscura y empieza la película.

Se me caen palomitas al estómago y Dante las coge, acariciando mi piel.

Su gesto me quema.

Lo miro y sonrío de medio lado cuando se mete las palomitas en la boca.

Centro la mirada en sus carnosos labios. Quiero saborearlos, morderlos, chuparlos...

—Si me miras así, no podré recordar las razones por las que aún no me has dejado comerte la

boca —susurra en mi oído.

Me giro y nuestras bocas quedan muy cerca la una de la otra.

Su aliento acaricia mis labios.

Cierro los ojos, imaginando su lengua recorriendo los contornos de mi boca.

Noto la respiración agitada y como palomitas sabiendo que estoy siendo una cobarde.

Al final, no podré evitar que nos besemos y nos acostemos.

Solo estoy retrasando el decirle adiós a esta parte de los dos juntos.

Nuestras manos se encuentran cada vez que cogemos palomitas y, al acabarlas, Dante acaricia mi brazo, apoyado en el mismo reposabrazos que el suyo.

No me estoy enterando de nada de la película.

Solo puedo pensar en Dante. En como nuestras piernas y nuestras manos se encuentran para tocarse.

Estoy muriendo de deseo por este hombre.

Siento que el pecho me va a explotar por todo lo que siento en este instante.

Cuando la película acaba, siento que se me ha pasado en un suspiro.

—¿Os ha gustado? —pregunta Massimo cuando salimos.

Yo asiento, agitada por lo que he sentido, y les indico que me marchó porque tengo que hacer algo.

Cojo un taxi, perdida en mis pensamientos y emociones.

Sé adónde quiero ir.

Tal vez, buscando respuestas o intentando aceptar que la decisión está tomada y lo que esto puede suponer.

* * *

El taxi me deja en el Observatorio Griffith.

Desde aquí, la ciudad de Los Ángeles se ve como si fueran estrellas en la tierra.

De pequeña venía con mis padres y Dante a ver las estrellas.

Ahora está cerrado.

Cierran a las diez de la noche y son más de las once.

Con Dante vine muchas veces en su moto. Nos gustaba estar aquí con las estrellas en la tierra y en el cielo.

Escucho el motor de un coche y me agito, porque este sitio está solitario a estas horas.

Miro hacia el vehículo y reconozco el coche rojo de Dante.

Lo detiene cerca de donde estoy y sale de él.

Se me acerca haciendo que me apoye en su coche.

Pone las manos a cada lado de mí.

—Dime, ¿qué posibilidades había de encontrarnos aquí esta noche?

«Pocas», pienso. «Vine buscando respuestas y nos hemos encontrado en nuestro lugar favorito.»

Entrelaza mis manos con las de él.

Su mirada se centra en mi boca.

No se puede huir de lo que está destinado a suceder...

Acerco mi boca a la de él, aceptando que deseo esto desde hace tanto tiempo que cuesta creer que sea cierto. Que vaya a besar su boca, que vaya a perderme en su sabor, que vaya a sentir sus labios recorrerme...

—Si me besas, no te dejaré ir. Lo querré todo. —Su aliento acaricia mis labios.

—Hasta que te canses...

—O hasta que me muera. —Sonrío, por lo exagerado que es—. Bésame, Brooke... Deja de darle vueltas a lo inevitable.

Muerdo mis labios y veo como sigue con la mirada mis movimientos.

«¿De verdad es inevitable?»

Busco su mirada y sé que lo es. Que solo el miedo me ha alejado de este instante.

Lo triste es que, aunque no lo bese, cada día lo quiero un poco más.

¿Estoy preparada para que Dante ponga mi vida patas arriba?

Acerco mis labios a los suyos, sin poder contener más mi deseo y, a la vez, temiendo lo que pase a partir de ahora.

Capítulo 31



Brooke

Nuestras bocas se funden en una. Tiemblo como una hoja mientras noto sus labios rozar los míos. Primero tiernos, para luego devorarme la boca con fuerza.

Lame el contorno de mis labios. Me muerde, para luego chupar y tirar hacia su caliente boca. Siento como nuestros alientos se funden en uno y bebo de él.

Esto es mucho mejor de lo que nunca soñé.

No estaba preparada para todo lo que siento mientras me besa, y menos para cuando su lengua entra en mi boca hasta arrasar con todo.

Enredo mis manos en su pelo.

Tiro de este cuando su lengua atrapa la mía y la succiona.

Este beso es increíble y sé que no es solo porque nunca haya besado a nadie, sino porque es él. No necesito besar mil sapos para saber que solo me sentiría así en su boca.

—Joder, Brooke... Lo quiero todo...

Sube su mano por el interior de mis piernas y la deja cerca de mi tanga. Como llevo falda, no encuentra ningún obstáculo.

Gimo en su boca mientras mueve los dedos desde mi clítoris a la vagina.

—Estás tan mojada... Necesito tocarte.

Miro a nuestro alrededor.

No hay nadie a estas horas y, por una vez, no quiero pensar en nada.

Llevo mi boca a la de él y tiro de su pelo mientras siento como sus largos dedos se cuelan bajo mi ropa interior.

Su respiración cambia cuando nota lo resbaladizo que está mi sexo.

Agitada, me muevo notando como sus dedos exploran mis pliegues.

—Joder..., lo que me gustaría comerte con lentitud —me dice, acariciando mi clítoris—. ¿Te gustaría?

Asiento.

Ruge y devora mi boca, adentrando un par de dedos dentro de mi cuerpo.

Noto como mi vagina se abre a su invasión y el dolor se transforma en algo muy placentero.

—Tan apretada. Tan caliente.

Mueve sus dedos de delante atrás y yo hago lo mismo, como si los follara. Noto que, de esta forma, llegan más adentro y el placer es mayor.

—Me encanta sentir como tus jugos mojan mis dedos...

Tira de mi labio y lo chupa antes de bajar sus besos por mi cuello.

Lame mi piel y la muerde.

Araño su espalda sobre su camiseta.

Sus embestidas cada vez son más intensas.

Lleva un dedo a mi clítoris y me acaricia en círculos, mientras entra y sale con sus dedos.

Noto los pechos duros y pesados.

Su boca se para en el escote de mi top amarillo.

Necesito su boca en todas partes.

Besa mis pechos sobre la tela y noto como los pezones se ponen duros como piedras.

—Cuando estés desnuda en mi cama, no dejaré un lugar sin lamer de tu cuerpo. —Mientras lo dice, pone la mano en mi culo y aprieta con fuerza—. Ninguno, Brooke.

Sus palabras me hacen temblar y aumenta el placer que ya siento solo con notar sus dedos dentro de mí.

Lo quiero en todas partes. Lo necesito en todos lados.

Aumenta el ritmo de las embestidas cuando busca mi boca.

Se traga mis gemidos.

—Córrete para mí, Brooke... Quiero notar tu orgasmo en mis dedos.

Saca los dedos y los mete con fuerza dentro de mí.

Dante es tan grande que, si alguien se acercara a nosotros, solo vería a dos personas besarse. Su cuerpo tapa lo que estamos haciendo, aunque hay algo placentero en lo prohibido.

Muerdo su boca, notando como el orgasmo se anida en mi sexo, y me contoneo con más intensidad hasta que me corro en sus dedos.

—Preciosa... —Dante saca la mano y se la lleva a la boca. Chupa sus dedos sin dejar de mirarme—. Deliciosa.

Su gesto me excita y sé que no podré conformarme con menos desde ahora.

Nos besamos de nuevo y degusto mi sabor en su boca.

Esto no tiene sentido. Acabo de correrme y ya ansío más.

Escuchamos el ruido de un motor y Dante me dice que entremos en su coche.

Ya dentro, nos miramos divertidos, como dos niños que acaban de cometer una travesura.

Lo veo conducir de vuelta a mi residencia.

Observo sus manos al volante y las recuerdo entre mis piernas.

Solo de recordarlo, me excito de nuevo. Nunca me cansaré de él. Soy adicta a Dante.

Detiene el coche en doble fila frente a mi residencia.

—Si me miras así, me olvidaré de que sé que necesitas tiempo para aceptar lo nuestro.

Me pierdo en sus ojos violetas, sabiendo que nadie me conoce como él. A pesar del tiempo separados, siempre ha sabido leer en mí como en un libro abierto.

—Eres demasiado intenso.

Sonríe de medio lado.

—Eso nunca te ha importado.

—Lo sé. ¿Nos vemos mañana?

—Mañana entreno, pero nos veremos pronto. —Asiento—. Antes de salir, me debes algo. —Mira hacia mi sexo—. Quiero tu ropa interior.

—Ni de coña. Es un regalo.

—Es un regalo para mí. Tú puedes disfrutarlo mientras... —Pongo los ojos en blanco—. A menos que seas una cobarde.

Me reta y eso me excita.

Por eso, meto la mano y tiro de la goma de mi tanga hasta sacarlo por mis piernas.

Cuando se lo tiro a Dante, su mirada es hambrienta. El deseo nubla sus ojos y la temperatura en el vehículo ha aumentado.

Lo deseo..., pero necesito tiempo y él lo sabe.

—Nos vemos pronto —le digo, abriendo la puerta del coche.

Ando hacia la residencia, sabiendo que no pierde detalle de mis pasos.

Antes de entrar, me giro y lo miro.

Alza el tanga y lo huele.

Joder..., el gesto me pone cardíaca.

Sonríe y se muerde la boca.

Entro, antes de correr hacia sus brazos de nuevo y dejarme llevar.

Todo esto es nuevo para mí. Necesito procesarlo todo, porque Dante es como un huracán y, si no lo detienes, arrasa a su paso con todo.

Capítulo 32



Dante

Es complicado centrarse en algo que no sea el recuerdo de la boca de Brooke sobre la mía o su menudo cuerpo abriéndose a mí.

Joder..., solo de recordarlo me pongo cachondo.

Sus gemidos me volvieron loco y por poco no me corrí solo con escucharla.

Nunca en toda mi vida he visto nada más erótico que ella.

Tampoco me he permitido esto con nadie. Solo con Brooke mis fantasmas no existen, porque ella sabe la verdad y no siente rechazo.

A su lado soy libre de ser yo mismo, con todo lo horrible de mi pasado, y eso hace que la desee como a nadie.

—¡Vamos, Dante, mueve tu culo o chuparás banquillo! —Miro al entrenador como si le quisiera arrancar la cabeza.

Lo ignoro y sigo el entrenamiento, en el que nos deja hacer lo que queramos.

Por eso lo estoy grabando.

En la grada hay alguien haciendo tomas de cada jugada, para subirlas a redes y que la gente vea la clase de entrenador que nos toca sufrir.

Sé que el equipo quiere hacer otra cosa, pero yo no paro de conseguir seguidores en mis redes. Estos vídeos le harán más daño que no jugar el sábado, si no me saca.

Luego los montará Massimo y hará su magia.

El tío es muy bueno. Por eso es quien me lleva las redes sociales.

No pienso reconocerle que lo hace porque me fío de poca gente y sé que él no hará nada que me perjudique.

Son buenos tíos.

No como yo. Pero es lo que hay.

Jugamos de forma increíble y el entrenador nos dice que nada de esto lo quiere ver en su

partido.

Nos indica en el vestuario lo que espera de nosotros y, cómo no, me dice que he jugado lento y que chupe banquillo.

—¿Y por qué no te chupo esa cara de gilipollas que tienes? —le suelto, incapaz de refrenarme.

Giò pone los ojos en blanco y se lleva la mano a la cabeza.

Massimo sonríe divertido.

—Banquillo y, si no te gusta, te largas.

Cruz me da un golpe y niega con la cabeza.

Ignoro al entrenador y me marchó a la ducha.

Entro cabreado.

Nunca en mi vida un entrenador me ha denigrado tanto. Me pregunto si detrás de todo esto están más órdenes de mi padre.

No es normal esto, pero si quiere jugar, jugaremos.

Esta noche subiremos los vídeos y se verá el nefasto trabajo de este entrenador que no sabe con quién se la está jugando.

Al salir, recojo los vídeos y voy de vuelta a mi casa.

Espero a Massimo y le tiendo todo lo grabado.

—Yo trabajo y tú preparas la cena.

—Te has confundido de hermano. El que sabe cocinar es el otro.

—Prepara lo que sea. —Entra a su cuarto y lo miro molesto, por listo.

Bajo a la cocina y veo a varios compañeros.

Pienso pedir algo para cenar, pero veo que Cruz sabe lo que hace.

—Te pago cien pavos si me preparas dos iguales.

Se ríe.

—Lo puedo hacer sin que me pagues.

—Dime qué necesitas. —Me pide varios ingredientes y me pregunta para quién es el otro bocata—. ¿Para Brooke?

—No, para Massimo, que está con algo. —Dudo, pero Cruz me cae bien y creo que merece saber qué tramamos. Al fin y al cabo, iba a dejar de jugar por mí, al igual que el resto del equipo.

Hago algo que no acostumbro y cuento mis planes a un puñado de personas.

Cuando la gente me dice que es una puta pasada y suben para ver como trabaja Massimo, me quedo solo, sintiendo que tantas atenciones me dejan sin aire.

—¿Estás bien? —me pregunta Lead, que no sé de dónde ha salido.

Salgo hacia el jardín y me sigue.

—Quiero estar solo.

—Pero es que no estás solo, Dante. ¿Acaso no lo ves? Estaba ahí cuando contabas tus planes a los jugadores. Te apoyan y eso es porque ellos también han visto lo mismo que yo: que eres

increíble.

La vista se me nubla. Miro mis manos y tiemblan.

Salgo de aquí y voy a hasta mi coche, sabiendo que conducir no es lo que debería hacer en este momento.

Por eso lo detengo a los pocos metros y corro hasta el cuarto de Brooke mientras siento que me estoy muriendo por dentro.

Cuando llego, me estoy ahogando.

Llamo a la puerta y, al verme, tira de mí y nos abrazamos mientras me siento morir.

No logro calmarme.

Brooke acaricia mi espalda y deja besos en mi cuello.

Al final, sus rítmicas caricias y lo que me cuenta de cómo va la chaqueta me tranquilizan.

Tristemente, no es la primera vez que me ve así.

—Tendré que probarme la chaqueta para ver cómo me queda.

Brooke asiente y la prepara para que me la ponga sin pincharme.

Candy entra cuando estoy con la chaqueta a medio poner.

—Si tenéis sexo, poned un calcetín en la puerta —nos indica antes de dejar sus cosas.

—Solo se está probando una chaqueta. —Por el sonrojo de Brooke y la mirada de Candy, sé que lo sabe todo y que han hablado de lo que pasó entre nosotros, como amigas que son.

—Claro. —Candy nos ayuda para que comprobemos cómo queda.

Pone agujas, una vez la tengo puesta, donde le dice Brooke, y entre las dos dejan esto casi listo.

Me miro en el espejo, impresionado por el arte de esta chica que me vuelve loco.

—¿Te gusta?

—Es increíble, Brooke. —Sonríe feliz de que me agrade—. La fiesta es el domingo. ¿Crees que estará lista?

—Si trabajo en ella sin parar, creo que sí.

—Te pagaré bien.

—En carnes no cuenta —añade Candy, y me saca la lengua.

—Lo sé. Tengo una suma en mente.

—No quiero tu dinero...

—El arte se paga, Brooke. No mereces menos que lo que pagaría a otro diseñador. Quiero ser el primero en comprar tus creaciones.

—Vale, pero no te pases, que nos conocemos. Ahora deja que te quite eso y voy a seguir trabajando, o no me dará tiempo.

Me quitan la chaqueta y, cuando la veo trabajar, dudo en si irme o no.

—Puedes tirarte en mi cama para mirar el móvil o lo que quieras —me dice Brooke, adivinando mis dudas.

—Solo por si necesitas hacerme más pruebas —le indico, en vez de decirle que sin ella cerca

siento que me hundo.

Ella siempre fue mi faro. Mi estrella guía. Desde pequeño estar a su lado me hacía olvidar el infierno que estaba viviendo.

Acabo tumbado en la cama, mirando como trabaja. Impresionado por su concentración y porque es jodidamente preciosa.

No me puedo creer que alguien como ella quiera pasar su tiempo con alguien como yo.

Tampoco me lo voy a cuestionar, porque no pienso dejar escapar lo único bueno de mi vida.

—Dice Massimo que ya lo tiene todo listo. Lo manda a mi correo, para que lo descargues y lo subas —nos anuncia Candy.

Voy a su cama mientras coge el portátil.

No me extraña que le haya contado a Massimo que yo estaba aquí.

Descargamos los vídeos.

—Joder, qué pasada —dice Candy—. Mi novio es un artista.

—No está mal —miento. Son, efectivamente, una pasada y con la música que le ha puesto se te ponen los pelos de punta.

En los vídeos se ve un equipo, unos jugadores que juegan unidos. A tres hermanos que se entienden mejor que nadie, y luego pone que, por culpa de un entrenador egoísta, no les dejan brillar como se merecen.

Salen imágenes de los últimos partidos y al final dice que juzguen las personas que vean este vídeo. Esto es lo que hace el enchufe en este mundo.

—Una de dos: u os sale bien u os echan a los tres del equipo —dice Candy, y Brooke viene a ver el vídeo.

—¿Estás seguro, Dante?

—Estoy seguro. Si quieren joderme, tienen que saber las consecuencias.

Antes de subirlo, pregunto a mis hermanos si están seguros de esto y me dicen que todo el equipo lo está. Están todos preparados para compartirlo en redes.

Le doy a subir, sabiendo que me puedo quedar sin jugar.

Es algo que me gusta más de lo que creía, pero no puedo dejar que nadie me pisotee.

Al poco, el vídeo tiene millones de reproducciones y mis compañeros lo han compartido. En las redes se habla de la injusticia que estamos viviendo.

Tantas atenciones positivas me ahogan.

Dejo el móvil y me siento en la cama de Brooke.

Esta se coloca a mi lado y tira de mí hasta la cama.

Luego se acomoda en mi pecho y me acaricia rítmicamente, hasta que noto que me relajo.

Cuando la beso, el gesto es tierno, dulce y un bálsamo para mis heridas.

—No sé como puedes seguir aquí, a pesar de todo.

Sonríe.

—Bueno, yo siempre fui tu estrella guía. —Acaricia los tatuajes de mis brazos—. ¿Verdad?

Tomo aire y asiento.

—Si no te podía tener a ti, al menos quería algo que me hiciera recordarte.

Noto que me agito y tiemblo.

Ella me abraza y no me suelta en toda la noche.

No duermo mucho. Mis sueños son más bien pesadillas.

Solo descanso un poco cuando me pierdo en ella, entre mis brazos.

—Me gustaría saber qué te pasa —me indica al alba.

—Lo sabes todo, Brooke —respondo tenso—. Tú lo viste todo...

—Yo no siempre lo vi todo.

—Pero eso sí. ¡Joder! —Salgo de la cama agitado.

—Dante, no me alejes.

—No lo hago. Es solo que tengo que irme a hacer unas cosas. —Entrelaza sus dedos con los míos. La beso y acaricio su mejilla—. Sigue durmiendo. Estoy mejor. Luego nos vemos.

Salgo del cuarto y me marcho andando hasta mi habitación.

Las pesadillas me asolan y siento rabia, dolor y vergüenza. El último sentimiento es lo que hace que a veces no pueda respirar por lo que pasó.

Capítulo 33



Dante

El rector nos convoca a todos los jugadores a una reunión extraordinaria.

El vídeo ha sido visto por millones de personas y ha circulado como la pólvora por las redes.

Entro en el vestuario.

—Ahora es cuando nos mandan a casa a todos —dice uno, y el resto se ríen, pero se notan los nervios.

El rector entra y se hace el silencio.

Nadie respira por miedo.

Nos mira como si fuéramos lo peor. Sobre todo a mí, pero esto me da la vida, porque no soporto a los gilipollas.

—Estaréis contentos.

—Intenta no decir nada —me pide Giò.

—Lo veo complicado —respondo—, pero, por una vez, estaré callado.

—¡Lo que habéis hecho es humillante! ¡Esa persona tiene familia! ¡Tenía una vida!

—Esa persona nos quería joder la vida —le recuerdo.

—Mucho has tardado —murmura Giò.

—Si tanto le importaba su puesto, que hubiera cogido lo que tenía, hasta hacerlo brillar. Apagando al resto solo se consigue nadar entre la mierda.

—¿Te crees muy listo porque tienes más dinero que todos nosotros juntos? —me dice el rector.

—Me creo muy listo porque lo soy. Somos un gran equipo y su yerno nos ha hundido por sus ideas equivocadas. En mi mundo, cuando alguien lo hace mal, se va a la calle. En la vida nadie es imprescindible, y en los negocios, menos.

—Debería expulsaros a todos por esto.

—Si lo hace, haré que mis abogados lo investiguen. Nadie puede ser tan bueno. —Se pone

rojo de rabia—. Usted verá. Acepte que contrató por enchufe a alguien, o nos jode y entonces yo lo joderé a usted.

Tiembla y doy un paso hacia él, intimidante.

—No hay que llegar tan lejos.

—Vaya, me ha quitado la diversión. —Algunos sonríen—. Esto quiere decir que tiene fantasmas en el cajón. Quién lo diría de usted...

Se retoca la corbata.

—Ya vale, Bianchi. Ahora me voy. El nuevo entrenador quiere decirnos unas palabras.

Se marcha y el equipo celebra esta victoria.

—¿Cómo sabías que, si le decías eso, no nos echaría? —pregunta Cruz.

—Llevo años tratando con gente como él. Solo probé suerte.

—Joder, no te quiero como enemigo. —Se ríe y me da unas palmadas en la espalda.

—Silencio. —Nos giramos y vemos a nuestro antiguo entrenador, que fue despedido de forma injusta—. Parece que me echabais de menos. —Sonríe y notamos como el ambiente se transforma—. A cambiaros. Os quiero en el campo en cinco minutos.

—Creo que es un buen momento para anunciar —Massimo me mira y asiento—que este viernes será la fiesta de inauguración de nuestro circuito. Para compensar el mal rato.

Los chicos estallan en vítores.

He estado todo el día revisando que todo esté listo para esa fecha. Se lo comenté a Massimo antes de venir.

Hoy el entrenamiento fluye solo y cuando Giò, al acabar, me pasa la mano por el hombro y Massimo hace lo mismo, les rujo, pero en el fondo me siento bien entre ellos.

Brooke

No paran de llegarme noticias de Dante al móvil, mientras trabajo con su chaqueta.

El entrenador ha vuelto. Fiesta de inauguración de su circuito...

¿Cómo? Me molesta que lo sepan todos antes que yo. Me recuerda lo lejos que estamos, a pesar de ser su luz en la tormenta.

Lo último es una foto de los tres Bianchi. No parecen incómodos. Parecen hermanos que se quieren.

Desde ayer no he sabido nada de él y por eso le escribo pasándole la foto:

Brooke:

Vaya, qué bien te llevas con tus hermanos.

Pronto recuperarás tu herencia.

Dante:

Eso espero.

Quiero mi vida, sin las gilipolleces de mi padre.

Brooke:

Bueno, tampoco ha sido tan malo, ¿no?

Dante:

Yo nunca fui el ser horrible que él describió en ese testamento, Brooke.

Él, sí.

Los dos sabemos que hizo esto sumido por la culpa...

No quiero hablar de mi padre.

Entiendo a Dante. Es peculiar, pero nunca ha hecho ni la mitad de lo que su padre hizo en vida. Su padre era un ser despreciable. Alguien que se creía superior al resto del mundo. Un día me dijo que para su hijo yo solo era un juguete que no podía comprar.

Lo odiaba..., y que hiciera esto a su hijo tampoco lo entendí.

Tampoco que yo fuera parte del juego, cuando nunca fui buena para su heredero.

Llamo a Dante y me lo coge enseguida.

—¿Dónde estás?

—En el circuito.

—¿No me pensabas contar lo de la fiesta y todo eso?

—He estado un poco liado... Habrá una fiesta y vas a venir conmigo.

—Así no funcionan las cosas. Me tienes que preguntar si quiero estar a tu lado.

—¿Vas a negarme tu presencia?

Me entra la risa.

—No, pero podrías aprender a contarme las cosas. Quiero saberlo todo de ti sin tener que adivinar qué te pasa.

—Lo intentaré...

Noto en su voz que está nervioso y por eso cambio de tema.

—¿Qué tal los entrenamientos?

—Al fin soportables, y he amenazado al rector.

—¡Dante!

—¿Qué? Ha sido divertido. Casi se mea en los pantalones.

—No puedes ir por ahí amenazando a la gente.

—Puedo y lo hago. Mi mundo es así: o jodes o te joden, Brooke. Ya lo sabes. No he conseguido lo que tengo siendo una monjita de la caridad.

Es triste, pero es verdad.

Dante no puede dejar de ser él mismo en un mundo de buitres, si quiere conservar su dinero.

—¿Y cuando recuperes la herencia?

—No entiendo.

—¿Te tocará viajar por medio mundo como hacía tu padre y pasar media vida fuera de casa?

—Con seguridad. Lo bueno es que tú puedes venir conmigo y tendré listo para ti un taller para tu arte. —Sonríe—. No quiero hacer nada sin ti, Brooke.

Noto que lo que siento se expande por mi pecho.

Es bonito creer que podemos tener un mañana.

—No estaría mal.

—¿Cómo va mi chaqueta? —Cambia de tema.

Sonrío y lo dejo estar.

—Casi acabada, pero te dejo, que tengo que seguir cosiendo.

—Vaya, mi idea era tener sexo telefónico.

—Candy no tardará en llegar y no me excita que me pillen con las manos en la masa.

Se ríe y ese sonido me gusta mucho.

—Pronto serán mis manos las que estén bajo tu ropa. Nos vemos.

Cuelgo y me pongo a trabajar sintiendo que soy feliz.

Me gusta hacer que un trozo de tela sin vida se transforme en una obra de arte.

Los artistas tenemos la capacidad de ver cientos de posibilidades en un mundo de lienzo en blanco.

Capítulo 34



Dante

—¿Cómo que no es suficiente? —pregunto al abogado de mi padre, cansado de sus tonterías.

—Es solo una foto.

—¡No es solo una puta foto y lo sabes! ¡Tú sabes mejor que nadie lo que implica esa foto!

Me mira y aparta la cara. En sus ojos veo la vergüenza que siempre vi en la mirada de mi madre.

Me siento pequeño cuando esto pasa.

Un mierda, la peor persona del mundo...

—No puedo darte la herencia.

—Si quieres jugar, jugaremos.

—No te conviene amenazarme —me dice frío.

—Y a ti tampoco olvidar que un día seré yo quien pague tu sueldo.

Me marchó dando un portazo.

Voy hacia mi coche y me dirijo al entrenamiento.

Luego iré al circuito, donde ya se han instalado los primeros corredores para probar el trazado.

Massimo y yo correremos también.

Lo estoy deseando.

Necesito más que nunca correr y acelerar bien fuerte hasta casi rozar lo peligroso.

Estoy agitado, porque se supone que tengo que llevarme bien con mis hermanos, no casarme con ellos, y si alguien me conociera un poco, sabría que esto que tengo con ellos ya es demasiado para mí.

Están jugando... Odio que jueguen conmigo.

* * *

Está todo listo para correr.

No he pasado por la cafetería, porque esto me ha quitado mucho tiempo.

Massimo también ha tenido que pasar aquí mucho tiempo y Giò nos ha ayudado.

Me pregunto si sirve de algo que hagamos esto juntos, o cualquier otra cosa. No me van a dar la herencia. Esto es un juego, pero sé que un día encontraré la forma de darle la vuelta a todo esto. Solo tengo que encontrar el modo.

—Hola. —Brooke me abraza por detrás mientras reviso el motor del coche.

Me giro para mirarla sin dejar que me suelte.

Ella calma todos mis nervios a la vez que altera cada uno de mis sentidos.

Sonríe cuando nuestras miradas se encuentran.

Llevo mis manos a su cara y la beso, mientras acaricio su aterciopelada piel.

—Hola —digo, cuando nos separamos jadeantes.

—Ten cuidado esta noche, Dante. No todo en la vida es ser el mejor. —Veo la preocupación en sus ojos.

—Pienso ganar y no voy a matarme para lograrlo.

—Eso lo veremos —indica Massimo—. Lo de ganar. Ahora, te necesito para algo.

Brooke se separa reticente y se marcha hacia las gradas, donde ya han empezado a llegar estudiantes.

Hoy, la entrada, la comida y la bebida son gratis, pero el resto de los días, no.

La televisión ha venido a emitir la carrera, así como varios *influencers* para subirlo en directo a sus canales.

Lo dije en mis redes y eso lo ha movilizado. Algo bueno para la publicidad.

Hay cartelería en coches y en algunas gradas, gracias al dinero de la publicidad que he ido subiendo en mis cuentas. Entre esa publicidad está la del director de la tienda de coches.

De hecho, ha ido tanta gente a comprar coches a su concesionario desde mi anuncio en redes, que me ha ofrecido otro vehículo cuando lo necesite.

Voy con Massimo y comprobamos que la cantidad de personas que quieren entrar es mucho más elevada que la que admite este sitio.

—Que entren los que pueden estar sentados. Al resto, sacadles bebida y, cuando acabe la carrera, que pase todo el mundo.

—Se nos ha ido un poco de las manos —dice Massimo, al ver los coches y la cantidad de gente que hay.

—Es lo que tiene una buena publicidad. Ahora, vamos a correr. Los de seguridad se encargarán de todo.

Avisamos a los de seguridad de los planes y vamos hasta nuestros vehículos.

Colocamos los coches en la salida.

Miro hacia las gradas. Brooke está apoyada observándome, como tantas veces.

Un día me preguntó por qué corría y le dije que para joder a mi padre.

Es cierto, pero, aunque hoy en día sigo corriendo por el mismo motivo, hay algo más. Mientras corro, es como si mis fantasmas no pudieran seguirme y, por un segundo, es como cuando ella me acaricia. El dolor que siento en el pecho se evapora.

Corro porque, mientras me juego la vida, puedo respirar sin dolor.

Le guiño un ojo y sonrío preocupada.

Entro en el coche y hago que ruja mientras espero que den la salida.

Miro a Massimo a mi derecha. Sonríe, como yo, disfrutando de esto.

Al menos, aquí, su culo no acabará en la cárcel.

El semáforo se enciende. Tres, dos, uno... Acelera.

Salgo el primero, muy seguido de mi hermano.

Desde este instante, el mundo desaparece.

Los miedos, la angustia, mi vida mierda... se quedan atrás.

Solo somos yo, el asfalto y mi coche, rugiendo en cada acelerada.

La primera curva la hago muy cerrada para que no me adelante.

En la recta acelero y Massimo casi me adelanta antes de llegar a la siguiente curva.

Reduzco y no le dejo pasarme.

Cogemos la siguiente recta y veo como su coche pasa un poco cerca del mío.

Sonrío y llevo al máximo esta máquina.

Paso el primero en la curva y veo por las pantallas que varios coches se han salido de la pista.

Seguimos corriendo y la primera vuelta la paso en cabeza.

La gente grita cuando circulo cerca de las gradas.

Es al mejor de diez carreras, por eso, me concentro para darlo todo vuelta tras vuelta.

Al final, solo quedamos tres coches.

Me cuesta mucho mantener a raya a Massimo. Es muy bueno. Claro que nos hemos enseñado mutuamente lo que sabía el otro.

En la última curva solo quedamos Massimo y yo, porque el que iba tercero se ha salido en la curva, antes de la línea de salida.

Lo miro por el retrovisor mientras lo doy todo, sintiendo pesar de que acabe tan pronto.

Necesito más... No quiero dejar de correr.

Últimos metros.

Mi hermano casi me adelanta, pero acelero y entro primero a la meta, muy seguido de él.

Detengo el coche y, cuando salgo, Massimo viene hacia mí y me tiende la mano.

Se la estrecho.

—Sabes que un día serás tú el que me coma el trasero.

—En tus sueños.

Se ríe y vamos hacia donde está el resto de la gente.

El DJ ya está colocando sus cosas y la fiesta va a comenzar en breve.

La gente tira de mí para felicitarme.

Agitado, intento que nadie me toque.

Entonces, alguien toma mi mano y me calmo, mientras mi cuerpo reacciona a ella.

Tiro de Brooke y nos besamos en medio de toda esta gente, sin importarnos quién pueda mirar. Solo somos ella y yo, y, como me pasa cuando conduzco, todo el jodido mundo desaparece.

Gime en mi boca.

Muerdo su labio y lo lamo con lentitud.

—Enhorabuena.

—¿Dudabas de mi victoria? No sé si me compensas como novia.

Brooke se agita. Se pone nerviosa.

«Mierda... Yo y mi gran boca.»

—Era broma —le digo con rapidez, para que se relaje y así dejar para luego esta conversación en la que acepte que estamos destinados a estar juntos.

—Voy a por algo de beber —me anuncia cuando me llaman. Sé que también quiere distancia.

La dejo ir agitado.

Ella no confía en mí, o en lo nuestro. Más bien en que no la cague de nuevo.

Lo triste es que no puedo jurar que no lo haré.

Capítulo 35



Brooke

Estoy bebiendo algo con las chicas.

Los hermanos Bianchi no paran de ir de un lado a otro para que no se descontrola la fiesta. Además, la gente quiere hablar con Dante. Es como cuando hacía las fiestas en su casa y tenía que atender siempre a un montón de gente.

Cuando dijo que era su novia, me agobié un poco, porque no sé si estoy lista para ser la novia de Dante Bianchi.

Otra no sabría lo que conlleva, pero yo sí. Aun así, me ha gustado que él no pensara en mí como un rollo más.

Sé que lo ha dicho de verdad y, al ver mi angustia, me ha dado la oportunidad de que huyera.

Un día deberé ser valiente para aceptarlo sin miedo.

Dante no está muy lejos.

Un hombre le dice algo, y a Massimo.

Por la cara de Dante, sé que está aburrido, pero no se lo hace ver.

Busca algo con la mirada y solo cuando me encuentra sonrío. Sé que me buscaba a mí entre toda esta gente.

—Vamos a bailar —me dice Candy, tirando de mí hacia la improvisada pista, en medio del circuito.

Bailo con las primas Wilson, sabiendo que a su lado parece que tengo dos pies izquierdos.

Las horas pasan y los chicos no pueden ni acercarse.

—Yo me marcho a dormir. Estoy agotada —nos anuncia Lead—. ¿Os acerco?

—Sí —indica Candy, sacando el móvil para avisar a Massimo.

—Sí, tengo que acabar una chaqueta, y despertarme temprano mañana.

Mando un mensaje a Dante, mientras salimos para buscar el coche de Lead, que es la única que no ha bebido esta noche.

Entramos en el vehículo sin ver a ninguno de los hermanos Bianchi.
Giò no corre, pero está muy implicado en esto.
Los he visto juntos. Hablan, se ríen y hay unión entre ellos.
No sé como no le dan la herencia a Dante ya.
Él nunca haría esto con alguien, pero tal vez por dinero, sí. Una parte de mí se pregunta si está fingiendo. Si está jugando a un juego que implica hacernos creer a todos que se lleva bien con sus hermanos solo para recuperar el dinero que le pertenece. Lo triste es que puede ser verdad.

* * *

No dejo de dar vueltas a lo de la herencia, y a que sé que yo también estaba en ella.
Por eso estoy aquí.
Pero, por lo que me dijo mi padre, don Andrea solo me pagó la universidad.
No quiero que en esa herencia también se incluyera que debía recuperarme como amiga.
Dante me escribió tarde para decirme que estaba en su habitación y que dormiría un poco antes de salir de viaje para jugar el partido.
A saber cómo juegan hoy.
Tras lo que han hecho para que despidan al entrenador, deberían hacerlo bien, porque, si no, la gente creerá que el fallo no era del entrenador, sino de ellos.
Ultimo los detalles de la chaqueta sin salir casi del cuarto. Quiero que esté perfecta.
Veo el partido en la sala comunitaria de la residencia.
Han pedido pizzas y bebida.
—A ver qué tal lo hace tu chico —me dice una chica que ni sé cómo se llama.
—Seguro que bien. Es el mejor.
Cojo un trozo de pizza y veo como Dante sale al terreno de juego.
La gente aplaude como si estuviera en el campo.
Enfocan en las gradas a un hombre que es evidente que está ahí para ver el juego de los chicos. Está claro que, si juegan tan bien como saben, acabarán en la liga profesional tarde o temprano.
Otra cosa es que quieran seguir juntos.
Dante ya tendrá su herencia y no tiene que fingir que soporta a nadie.
El partido empieza y los hermanos Bianchi demuestran que son imbatibles juntos.
Ganan, demostrando que ellos sí sabían lo que hacían, pero no el entrenador.
Ponen algo de música y escribo a Dante para felicitarlo.
Responde cuando ya estoy de vuelta en el cuarto.

Dante:

Gracias.

Mañana me pasaré a por la chaqueta, de camino a la fiesta.

Brooke:

Está acabada.

Solo estoy rematando algunas cosas para que quede perfecta.

Dante:

La van a ver millones de personas.

Brooke:

No me presiones más.

Dante:

No lo hago.

Solo te digo la verdad.

Brooke:

La verdad asusta a veces.

Dante:

Lo sé.

Te dejo dormir, que seguro que has descansado poco.

Brooke:

Sí, poco.

Buenas noches.

Dejo el móvil en la mesita, con una sensación rara nadando en mi estómago.

Tal vez porque esperaba que, una vez que lo besara y él notara que lo deseo, haría lo imposible para estar a mi lado...

¿Y si el deseo se ha apagado por su parte?

Duele, porque yo sigo ardiendo por él.

Capítulo 36



Brooke

Escucho los golpes de unos nudillos en la puerta.

Abro y veo a Dante vestido para irse de fiesta.

Lleva una camisa blanca y unos pantalones negros. No lleva corbata y dudo que se la ponga para la fiesta, porque las odia.

Entra y su perfume inunda el pequeño cuarto.

—Hola —me saluda, devorando mi boca con la mirada.

No me besa, y no sé si es por él o por mis dudas del otro día.

—Hola, estás muy guapo. —Voy hacia la chaqueta, pero coge mi mano y acaricia mis dedos.

—¿Todo bien, Brooke?

—Sí, todo bien. —Me alzo y lo beso.

El beso explota entre los dos y, cuando se separa, sé que quiero más. Mucho más.

—Vas a llegar tarde.

—Por desgracia, sí, y necesito esta fiesta para mis negocios.

—Cómo no... —Sonrío y le tiendo la chaqueta.

Se la pone ante mi atenta mirada.

Le queda impresionante. Su porte hace que luzca más increíble.

Busco el móvil y le hago varias fotos.

—¿Hoy duermes sola? —pregunta al ver la cama hecha de Candy.

—Sí, se ha ido al cuarto de Massimo. Veré una peli o leeré un libro.

Asiente y siento que quiere decir muchas cosas.

No lo hace y esta vez no sé si es porque me aleja de lo que le preocupa o por todo lo que me inquieta a mí.

Vamos hasta la puerta y me besa con dulzura.

—En mis redes sociales subiré algo, por si lo quieres ver.

—Lo haré. Disfruta.

—Sabes que odio estos eventos.

—Lo sé, pero, aun así, no puedes no ir.

Me da un beso más, antes de irse.

Lo veo alejarse con esos andares de alguien que siente que se puede comer el mundo.

Noto una presión en el pecho y me pregunto por qué sigo sin apostar todo a una carta.

Tal vez por miedo a que, cuando el placer se apague, no quede nada.

* * *

Dante sube una foto en el *photocall* con la chaqueta.

Los comentarios son hacia él y hacia quién es el diseñador de la prenda.

Me ha etiquetado en la foto y, por eso, mucha gente me empieza a seguir.

De golpe, mi perfil pasa de cincuenta seguidores a diez mil.

No esperaba esto en tan poco tiempo.

En él hay fotos de mis creaciones con mi tía. Alguna mía con chaquetas o vestidos puestos, hechos por mí.

Algunos me dicen que son geniales, pero otros vienen a mi perfil para decirme que Dante solo la lleva porque soy su novia y que al final estoy ahí por enchufe, cuando otros diseñadores se lo merecen más.

Estos comentarios me hacen daño, porque me llevan a preguntarme si la gente verá mi arte y apostará por él, o solo me comprarán por ser la amiga o la novia de alguien.

Duele que la gente no sea capaz de mirar más allá de todos esos prejuicios.

Voy a irme de redes cuando alguien menciona algo en mi última foto, que me deja inquieta:

¿Es su novia o Dante ha vuelto con el amor de su adolescencia? ¿Habéis visto las fotos de esta noche juntos? Hacen muy buena pareja.

Etiqueta un perfil.

Pulso y se me cae el alma a los pies.

Aparece la compañera de clase de Dante, por quien nos peleamos hace años. Estela de la Rosa. Hija de un empresario.

«¿Cómo es eso de que estuvieron juntos?»

Pongo su nombre en Google y salen varias fotos de hoy, dando dos besos a Dante.

Ambos se miran, impresionados por el reencuentro.

No logro identificar la mirada de Dante, pero no parece frío. Hay algo ahí.

Hay varias fotos más y un vídeo en el que ella se ríe por algo que dice él.

También hay otros usuarios que dicen que le he durado poco como novia, porque estaba claro que Dante volvería con su gran amor.

«¿Cómo que su gran amor?»

Sigo rebuscando por internet y encuentro que, cuando me fui, Dante intentó tener algo con ella. A pesar de que le dije que esa persona solo lo quería por su dinero y que me había insultado y faltado al respeto.

«¿Cómo pudo tener algo con alguien que me lastimó?»

En el fondo esperaba que la hubiera dejado, pero su relación duró seis meses, hasta que Estela se marchó a estudiar fuera.

Ahora está de vuelta en Los Ángeles.

«¡Lo que me faltaba!»

Dudo en si escribir a Dante, pero al final, herida, le mando lo que acabo de descubrir:

Brooke:

¿Sabías de su vuelta?

¿Qué narices he sido para ti?

¿Un pasatiempo hasta la vuelta de tu gran amor?

¡Con ella, Dante!

Esa zorra me humillaba...

¡Duele, joder!

Voy a borrarlo, pero Dante lo lee y me escribe:

Dante:

¿De verdad piensas que he fingido todo lo vivido contigo?

Brooke:

Al fin y al cabo, así te aseguras de que no te deje sin la herencia, si te hago renunciar a ella.

Dante:

Esperaba que me conocieras más.

Brooke:

¡Es que no te abres a mí!

¿Por qué me ibas a desear, cuando puedes tener a cientos como ella, que no son las hijas de tus sirvientes?

No pertenecemos al mismo mundo...

Y eso no cambiará nunca.

Lo lee, pero no responde.

Sé que estoy siendo irracional y que me están guiando los celos. Los miedos y la angustia de no ser suficiente para la única persona que he amado en toda mi vida.

Sigue sin responderme y eso me angustia todavía más.

Estoy a punto de escribirle cuando alguien llama con los nudillos a la puerta.

Abro, pensando que será algún mensajero con un regalo de Dante, para pedirme disculpas, o a saber qué, pero me lo encuentro delante. Ha dejado la fiesta para estar aquí.

Entra al cuarto y cierra la puerta.

Su mirada es fiera y está enfadado.

—¿De verdad piensas que sería capaz de elegirla a ella teniéndote a ti?

—Ya lo hiciste —digo—. No lo sabía...

—Seguí con Estela para joderte. Por intentar que verme con ella te hiciera regresar. Pero a ella nunca la besé. Nunca la toque. —Se quita la chaqueta—. Nunca la hice latir como a ti. Lo nuestro solo fue sexo frío y sin emociones. Ella quería ser la novia de Dante Bianchi, y no de quien soy cuando nadie me mira.

Se quita los gemelos y los deja sobre la mesa, antes de arremangarse la camisa.

—¿Qué se supone que haces?

—Demostrarte a quién deseo, para ver si así dejas de pensar tonterías infundadas por tu manía de hacerte de menos. —Camina hacia mí, y yo hacia atrás, hasta que caigo sobre la cama—. Justo donde te quería.

Noto como se me acelera la respiración, y más cuando se acerca para buscar mi boca.

El primer beso es tan hambriento, que sé que esta noche la cosa se nos puede ir de las manos. Tal vez no me importe que suceda.

Capítulo 37



Brooke

Dante me besa como si no existiera nada más fuera de este cuarto y no necesitara más que a mí.

Nos besamos con desesperación.

Tiro de su pelo, notando como se acomoda entre mis piernas.

Soy muy consciente de su cuerpo; de como su duro sexo golpea el mío, solo por un beso ardiente.

Mete las manos bajo mi camiseta de dormir y las lleva hasta el top de mis pechos.

—La quiero fuera.

Nos separamos lo justo para desprenderme de la prenda.

Me quedo desnuda, solo con un culote y el sujetador sin aros que uso para dormir.

—Eres preciosa, Brooke... ¿Acaso no lo ves?

—Me intimida todo lo que eres —admito, y besa mi cuello.

—Tendré que esforzarme más, para disipar esas tonterías que te alejan de mí.

Muerde mi cuello, luego lo chupa y baja su boca por la cima de mis pechos.

Los toca sobre la ropa interior, haciendo que dé un bote en la cama al sentir sus manos. Los pezones se tornan duros bajo sus caricias. Más cuando tira del top, hasta liberarlos por arriba.

—Me vuelven loco tus tetas. —Pasa la lengua por una de ellas—. No sabes las ganas que tenía de tenerlas en mi boca.

Succiona mi pezón con fuerza.

Noto como se lo mete entero en su boca caliente. Su lengua lo lame y lo succiona hasta que casi duele, pero es lo más placentero que he experimentado nunca.

Lleva uno de sus dedos a mi boca.

Lo chupo y, cuando lo saca, está húmedo. Lo pasa por el pezón que queda libre.

Cuando suelta el pezón que tiene en la boca, este está sonrojado y duro como una piedra.

Va hacia el otro y lo colma de las mismas atenciones mientras me retuerzo bajo sus brazos, gimiendo y jadeando.

—Me encantan los ruiditos que haces mientras te como las tetas. —Sonríe sobre mis pechos. Lo veo morder uno de mis endurecidos pezones—. ¿Te gusta? —Asiento y hace lo mismo con el otro.

Veó como se mete mis pechos en la boca uno tras otro, mientras yo me froto contra su cuerpo. Necesito que me toque en la zona donde ahora mismo ardo.

Dante se separa y tira de mis braguitas hasta dejarme desnuda.

Su mirada violeta es hambrienta y salvaje. Sobre todo, cuando me abre al máximo las piernas.

Luego, besa las estrellas de mi tatuaje y pasa los dedos por ellas, antes de alejarse y centrar su mirada en mi sexo.

—Estás tan mojada... Me encanta que estés así, porque esto es solo por mí —lo dice antes de tocarme.

—Sí.

Entonces, pasa sus dedos por mi sexo y lo acaricia levemente.

Protesto cuando aleja la mano.

Él solo me mira, mientras se acomoda entre mis piernas.

Su aliento me acaricia.

«No será capaz...», pienso antes de sentir su lengua sobre mi sexo.

Pego un bote mientras noto su lengua devorarme el sexo.

Es caliente, dura y suave a la vez.

La siento moverse, devorando cada parte tan íntima mientras me retuerzo en la cama.

Pone un brazo en mi estómago para que no me mueva más.

Su agarre me excita, pero eso no evita que, cuando siento su lengua en mi trasero, grite de la impresión.

Nunca creí que esa zona fuera tan sensible.

Dante pasa la lengua por todo mi sexo hasta llevarla a mi vagina y meterla dentro, haciendo que entre y salga de mí.

«Joder...»

Noto como me llena con su lengua, antes de sacarla y llevarla hasta mi clítoris.

Tira de él con los dientes. Luego lo chupa y lo succiona con su boca, antes de hacer círculos en esa zona con su lengua.

Entonces, mete un par de dedos en mi interior y siento que veo las estrellas.

Son demasiadas sensaciones juntas.

Aparta su mano de mi agarre y la lleva hasta mi trasero. Juega con los jugos hasta que me llena por completo por esa zona.

Mueve los dedos, entrando y saliendo de mi cuerpo por ambos lados mientras su lengua no me da tregua.

—Dante...

—¿Te gusta que te ordene cuándo puedes tener un orgasmo? —Sonríe de medio lado y asiento—. Me encanta dominarte en la cama... Me encanta tenerte a mi merced y que te entregues sin miedo a mí.

«Y a mí me encanta cederle el control de mi cuerpo», pienso, mientras introduce todavía más los dedos, al tiempo que su lengua succiona mi clítoris.

Noto el orgasmo anidarse entre mis piernas. Quiero correrme en su boca.

Me retuerzo agitada.

Aumenta las embestidas, haciendo que folle sus dedos.

Nos movemos juntos, hasta que me lleva al límite.

—Dante...

—Aguanta un poco más —dice antes de girarme sobre la cama.

Mi culo queda en pompa para él y le da una palmada que me hace gemir.

—No sabes cómo me pone tu trasero... —Me da otra palmada, al tiempo que mete el dedo gordo en mi culo—. Me gusta ver como se pone rojo. —Me da otro azote mientras su dedo entra y sale de mí.

El picor de su palma, además de sentir como me llena, me encanta.

Logra que mi cuerpo vibre con fuerza en esa zona.

Da otra palmada y noto como mi sexo se contrae y los jugos de este mojan mi pierna.

«Joder..., estoy ardiendo por él.»

Saca el dedo y abre mi culo, para situar su cara entre mis piernas y devorarme el sexo desde atrás, mientras juega con mi sensible clítoris con los dedos.

Noto como su lengua entra y sale, degustando toda mi esencia.

Me muevo hacia delante y hacia atrás, follando su boca.

Tiro de la sábana sin poder contenerme más.

—Dante... —le suplico, y se apiada de mí.

—Córrete en mi boca.

Su lengua entra y sale, acompasando las caricias de los dedos sobre mi clítoris.

Me dejo ir, notando como me rompo en cientos de pedazos.

Me abraza mientras regreso a mi ser y caigo sobre la cama sin poder moverme.

—Ha sido increíble.

—A ver si así dejas de preguntarte a quién deseo. —Lo veo limpiarse y recoger sus cosas.

—¿Te vas?

—Lo quiero todo contigo, Brooke. Ya es hora de que dejes de dudar de nosotros y des el paso que falta. Te estaré esperando.

Va hacia la puerta y sus palabras enfrían mi cuerpo.

No hay más tregua. O todo o nada. Lo he visto en sus ojos.

Toca ver si soy tan valiente de aceptarlo, a pesar de mis dudas y mis miedos.

Capítulo 38



Dante

Intento pensar en otra cosa que no sea el cuerpo semidesnudo de Brooke mientras le daba placer con mi lengua.

Lo intento, pero es pedir un imposible.

No dejo de verla en su cama, tan lista y abierta para mí. Con ese cuerpo que me vuelve loco y ese culo que me atormenta desde que volvió.

Joder, necesito centrarme en algo que no sea el deseo que siento de metérsela hasta el fondo con fuerza o iré todo el puto día empalmado. Solo espero que Brooke no tarde mucho en aceptar que como mejor estamos es juntos.

—Hola, Dante.

Estoy casi llegando al lugar de entrenamiento cuando me llaman.

Sé quién es. Esa voz aterciopelada es inconfundible.

—Hola, Estela.

Se me acerca y doy un paso atrás.

Pilla la indirecta y se queda alejada de mí.

—¿Qué haces aquí?

—Darte las gracias por la invitación a la fiesta anual que se celebra en tu casa cada año.

La miro, pensando qué narices dice, hasta que recuerdo que yo no soy quien manda las invitaciones. Las envían las personas que dejó mi padre a cargo de la herencia, mientras demuestro que puedo ser amigo de mis hermanos.

Que hayan invitado a Estela es un juego más.

—No lo sabía. Es cosa de los deseos de mi padre.

—Pero tu padre está muerto... ¿Es cierto eso que dicen de que para recuperar tu herencia debes jugar a las casitas con tus hermanos bastardos? —Se ríe y quiero decirle que no les falte al

respeto así, pero no hago nada—. Entiendo. Bueno, allí estaré, y tengo muchas ganas de estar contigo... de nuevo.

La veo irse hasta donde la espera el chófer.

Me dirijo a los vestuarios, sintiéndome incómodo con su vuelta.

Es una arpía rastrea y mentirosa.

Brooke tenía razón en todo, pero el dolor de perderla me cegó, y más cuando mi padre murió y supe lo que debía hacer.

Odiaba al mundo y me dejé llevar.

No me siento orgulloso de esa etapa de mi vida, pero, cuando a tu lado no tienes a esa persona que evita que acabes siendo la peor versión de ti mismo, sin querer te pierdes.

Yo tuve suerte de volver.

Tal vez, por mis hermanos, o por Lead y Candy. Sin saberlo, ellos me recordaron que puedo nadar entre fantasmas y no ahogarme.

Pero el odio sigue latiendo bajo la superficie y temo que un día arrase con todo lo que me importa.

* * *

Entro al vestuario y veo al entrenador de Los Ángeles y a otra persona a su lado.

Massimo y Giò están cerca y todos clavan sus ojos en mí.

—¿Qué cojones me he perdido?

Voy hacia ellos y me entero de lo inevitable: nos quieren en su equipo cuando terminemos la universidad. A los tres Bianchi.

Lo positivo es que no tenemos que dejar la ciudad. Es una gran oferta y, por las caras de mis hermanos, sé que ellos quieren aceptar. Su vida, cuando acabe la universidad, no está plagada de dinero.

Necesitan esta oportunidad para construir sus sueños.

Giò quiere abrir una clínica con Lead, y Massimo ser director de cine.

Puedo darles el dinero para que tengan lo que quieran, pero sé que su orgullo no les permitirá aceptar ni una moneda. Además, si no acepto, tal vez dejen de jugar conmigo y no recupere mi herencia.

No tengo nada que perder.

A mí jugar me gusta.

Por eso, digo que sí.

La felicidad de mis hermanos me ahoga y salgo de aquí. Me voy del entrenamiento, porque no puedo lidiar con el peso de tantas emociones.

* * *

—La prensa se ha hecho eco de vuestro fichaje y de que Estela fue a verte... Gracias por tenerme al tanto de todo.

Sonrío y detengo el coche en una zona de descanso para hablar con Brooke por el teléfono.

—Gracias a ti por tenerme con las pelotas a punto de estallar.

—No seas bruto, Dante, y no cambies de tema.

—No cambio de tema. Es que estoy esperando a que aceptes que quieres todo conmigo.

—«Todo» implica que me cuentes las cosas...

—Poco a poco lo haré.

—Que no me alejes de ti.

—Sabes que no lo hago a propósito. Sabes por qué soy así... Sabes qué me mata por dentro, Brooke. ¡Tú lo viste!

—Dante, yo sé muchas cosas, pero a veces hay que contar cómo te sientes, y no solo dejar que los demás adivinen tus emociones sin más. —Sonrío—. En el fondo, sé que no podría perdonarme en toda la vida no tenerlo todo contigo, al menos una vez.

Noto felicidad, hasta que asimilo la tristeza en su voz.

—¿Piensas que tal vez te falle?

—Sí, pero eso solo se irá con el tiempo.

—Me gustaría que confiaras en mí como antes.

—Esa chica se conformaba con las migajas, pero esta, no. No quiero que des por hecho lo que sé. Quiero que me digas qué debo saber de ti.

Tomo aire, sabiendo que es eso o la pierdo, y ahora mismo la necesito a mi lado más que nunca.

—Vale, voy a hacer lo imposible por abrirme a ti. De momento, te prometo no mentirte nunca. Pregunta lo que quieras para probarlo, pero sabes que ya no puedes escapar de mí.

—Creo que nunca pude. A ver..., algo que no sepa...

—Que no sea aburrido.

—Deja que pregunte lo que quiera. —Sonrío—. ¿Tu primer beso a quién fue?

—¿En serio quieres saber eso?

—Es para dejar de ser tan celosa. Además, no es una pregunta aburrida.

—No me vas a creer.

—Pues pronto empiezo a desconfiar de ti, ¿no? —Se hace el silencio—. Vamos, dispara. Estoy preparada para saber a cuál de las idiotas que te perseguían en el instituto besaste por primera vez.

No me gusta hablar de esto, porque sé que luego hará más preguntas, pero si quiero aprender a abrirme a ella, tengo que dejar salir también las respuestas incómodas.

—A ti —respondo y se queda callada.

—En la boca, Dante. Ya sé que de niños te robé algún beso que otro y teforcé a darme uno a

cambio...

Se ríe al recordar cómo me chantajeaba para que aceptara jugar conmigo.

«Solo si me das un beso pequeño en la mejilla», me decía, y terminaba por ceder, porque estar con ella era lo único que quería.

—Tú, Brooke. En la boca, a ti.

—No tiene sentido, Dante. Tienes veintiún años... Has estado con más mujeres de las que seguro recuerdas, ¿y yo he sido tu primer beso en la boca? No lo entiendo.

Que diga eso me duele, porque ella sabe lo que pasó. Lo vio, estaba ahí...

A su lado es como si dejara de sentir vergüenza por el motivo que me ha llevado a ser como soy. Ella lo sabe y no me mira como si fuera un ser horrible, como sí he visto que me miraban otras personas.

—No me gusta que me toquen..., ya lo sabes. Follar era solo un alivio momentáneo, sin roces ni caricias, hasta que volviste y, como siempre, tocarte no me recordaba por qué odio que la gente me acaricie. Tengo que colgarte, ¿vale?

—Dante, no me alejes de ti.

—No lo hago. Solo trato de respirar..., pero te veo pronto. Ya no puedes escapar de mí.

Cuelgo y apago el móvil, porque sé que me llamará de nuevo.

Pongo el coche en marcha y conduzco como si mi alma se la llevara el diablo.

Capítulo 39



Brooke

No dejo de llamar a Dante durante todo el día.

Su confesión hace que no deje de pensar en lo que se supone que sé sobre lo que provocó que no desee que lo toquen. Tal vez, por eso, acabo en casa de mis padres al terminar el trabajo, donde Dante no se ha presentado.

—Nos alegra mucho verte tan bien —comenta mi madre, sentándose a la mesa para cenar los tres juntos.

Estamos en la cocina de la gran casa, como en los viejos tiempos.

—Sí, soy feliz en la universidad.

—Y tu chaqueta ha dado la vuelta al mundo —señala mi padre orgulloso.

—Bueno, la gente dice que solo es por Dante, y no por mi talento.

—No puedes evitar que la gente hable. Tú aprovecha el momento y demuestra que eres increíble. Al final, dará igual cómo logres tus metas, porque solo los mejores permanecen en ellas.

El consejo de mi padre era justo lo que necesitaba.

—Es cierto, y mi idea no es alejarme de Dante, la verdad.

Mi madre sonríe.

—Eso es bueno. Ese chico no tiene a nadie. Bueno, ahora a sus hermanos. ¿Se llevan bien?

—Él lo negará siempre, pero sé que los quiere. Y ellos a él.

—Eso era justo lo que su padre pretendía —murmura mi padre distraído—. Debería recuperar ya todo esto. Los negocios se están resistiendo sin un jefe al frente.

—Eso pienso yo, pero no le devuelven lo que le pertenece por derecho.

—No sé a qué juegan —dice, dejando claro que sabe quién es el encargado de cambiar eso—. Yo le informaré de esto, pero es más que evidente que Dante se lleva bien con ellos.

—¿Y si fuera solo por el dinero? —indago.

—No lo creo. Ha firmado para seguir jugando con ellos y Dante no es de los que están cerca de una persona si no le importa —comenta mi madre.

—¿Por eso de que no le gusta que lo toquen?

Mis padres se observan y asienten.

Sea lo que sea que le pasó a Dante, lo saben y, al parecer, yo también, pero no logro recordarlo.

Solo me acuerdo de su padre, siendo un ser horrible y destrozando a Dante con sus fiestas y antojos.

—Dante es peculiar, pero tú siempre fuiste para él su todo, Brooke.

—Aun así, estuvimos cuatro años separados.

—No se puede cambiar el pasado —dice mi padre—, pero, para bien o para mal, eres la persona que tengo delante ahora mismo, por todo lo que has vivido. Además, necesitabas crecer lejos de esta casa y saber cuál querías que fuera tu camino.

Eso es cierto. La que era hace cuatro años nunca habría exigido nada a Dante, porque estar a su lado era como vivir cerca de las estrellas con mi gran amor.

La que soy ahora, lo quiere todo.

Estos cuatro años me han hecho fuerte.

Para bien o para mal, necesitaba odiarlo para amarlo con más intensidad.

Mi padre se levanta y mira hacia la cámara del garaje.

Sigo su mirada y veo como entra Dante con su coche rojo.

Me pregunto si está aquí porque sabía que yo estaba, como la otra vez.

Mi padre va a comprobar qué desea y yo espero que lo que desee sea a mí.

Escuchamos la voz de mi padre acercarse.

Dante entra en la cocina y clava sus ojos violetas en mí. Sonríe sin ocultar su mirada ardiente.

Me sonrojo, a pesar de mis padres.

—Que nadie nos moleste. Nos vamos a darnos un baño en la piscina.

Dante me tiende una mano.

Mi madre sonríe divertida.

Cojo su mano, sintiendo como tiemblo por su contacto.

Tira de mí hacia la zona de la piscina climatizada y cierra la puerta tras nosotros.

—¿No te fías del servicio? —pregunto cuando oigo el pestillo.

Se quita la chaqueta y la deja caer en una hamaca. Luego se desabrocha los botones de la camisa que lleva, porque ha debido de estar trabajando.

—Solo de tus padres. Al resto, los despediré en cuanto tenga el poder en esta casa.

—Vas a ser un jefe duro...

—Infalible.

Se desprende de la camisa y se me seca la boca ante su torso desnudo.

—Dudo que quieras bañarte con ropa —indica, al ver que solo lo miro y no me he quitado aún

nada.

Tiro de mi camiseta y veo como sus ojos devoran mis pechos, apenas cubiertos por uno de los sujetadores de encaje que me regaló.

—Espero que te lo hayas puesto porque esperabas verme.

—Esperaba que sí... o, si no, mandarte una foto para que dejaras de huir de mí.

No niega que estuviera huyendo.

Se quita los pantalones tras los zapatos y los calcetines, y se queda solo con un bóxer negro que me permite ver su gran erección, batallando con el elástico de su ropa interior.

Tiro de mi falda y me quedo solo con las medias.

Me las quito poco a poco, sintiendo cómo devora el tanga azul que llevo puesto.

Ando hacia el agua, sintiendo sus ojos puestos en mi trasero.

Recuerdo su boca lamerlo y, cuando toco el agua con mis pies, estoy ardiendo por él, todavía más que esta agua.

Me lanzo sin pensarlo, sabiendo que me seguirá.

Cuando salgo del agua, busca mi boca.

Enredo mis piernas en su cintura mientras me devora.

Ya no hay vuelta atrás...

Tal vez nunca la hubo.

Nuestras lenguas danzan juntas.

Luego muerdo su labio.

Ruge y muerde el mío, para luego lamerlo y tirar de él con sus labios.

Lo succiona con su boca, antes de soltarlo y bajar sus labios por mi cuello.

Me froto contra su cuerpo, notando su polla dura acariciar mi palpitante sexo.

Me gusta sentir como se desliza por mi sexo y por eso repito la acción una y otra vez.

—No tengo aquí condones, Brooke...

—Qué poco precavido eres. —Me froto de nuevo contra él, hasta que me sujeta, posando sus manos en mi cintura—. Tomo la píldora, Dante. Además, los dos sabemos que te hacen pruebas en el equipo mensualmente.

—¿Y a ti también?

—Te puedo jurar que estoy limpia y que nunca lo he hecho sin condón.

—Yo tampoco, joder... —Suelta el agarre y me restriego de nuevo contra su cuerpo—. Me tiente demasiado la idea de hacerlo sin nada... —Nos miramos a los ojos—. A la mierda todo.

Busca mi boca mientras nadamos hasta las escaleras.

Sale primero y luego tira de mí hacia fuera.

Vamos de la mano hasta una cama balinesa y al llegar se quita el bóxer.

Disfruto de las vistas...

«Joder, qué vistas.»

Dante sonrío de medio lado mientras lo devoro y hago lo mismo.

Me quito la ropa mojada y la tiro al suelo.

Dante se acerca y abre mis piernas para colarse entre ellas, mientras su boca busca la mía y la devora.

Noto como su sexo acaricia el mío y creo que voy a ser capaz de correrme solo con este gesto.

—No te imaginas cuánto te deseo —me confiesa, pasando su dura polla por mis pliegues.

—Creo que me hago una idea. —Ahora soy yo la que se mueve y lo nota, llenándome la entrada de mi vagina.

Dante me besa mientras su sexo entra cada vez más en mí.

Al notar lo duro y grande que es, siento un ápice de miedo.

Entonces, Dante se introduce de golpe y se da de bruces con la realidad que le he ocultado, por si me negaba esto.

—¡Eres virgen! ¡No me jodas, Brooke!

—¿Ahora te vas a quejar por ser el primero? Porque te juro que me encantaría serlo para ti...

—No es que no me encante, Brooke. Es que no quería hacerte daño.

—Sé lo suficiente de sexo para saber que la primera vez duele. Así que deja de pensar en cómo podrías haberlo hecho y muévete hasta que me dé placer.

—Y yo que pensaba que las órdenes las daba yo. —Sonríe antes de besarme con dulzura y moverse poco a poco.

Entra y sale de mí con cuidado, hasta que el ardor pasa y se transforma en placer.

Mi cuerpo se amolda a él y noto como el deseo crece de nuevo entre mis piernas.

Centra su mirada en mí cuando entra hasta el fondo y me llena por completo.

—Nunca me he sentido así —admite—, y no solo es por no usar preservativo. Es algo más.

Sé a lo que se refiere y lo beso cuando noto que abrirse lo agobia.

Sale de mí y entra con más fuerza.

Araño su espalda.

Por los ruidos que hace, sé que le encanta y lo hago más de una vez.

Tira de mi labio, lo chupa... Sale y entra con más fuerza.

Joder, nunca creí que el sexo fuera así de intenso, pero con Dante cada cosa lo es, y eso marca la diferencia.

Me alza hasta llevar su boca a mis pechos.

Lame mis sensibles pezones mientras no para de moverse.

Mi cuerpo se retuerce bajo sus brazos, notando que su polla late dentro de mí.

Nos movemos juntos y cada vez estoy más al borde del precipicio.

—Dante... —suplico, enredando mis manos en su pelo y tirando de sus mechones castaños.

Busca mi boca mientras entra y sale con más fuerza, haciendo que su cuerpo me empotre contra la cama.

Noto como mi clítoris se frota contra su pelvis y esto es demasiado.

—Córrete conmigo —me susurra en el oído, lamiéndome al mismo tiempo.

Se mueve más fuerte y noto como me corro apretando con fuerza su polla, hasta que se corre dentro de mí, llenándome con su esencia.

—¡Joder! —Apoya su frente sobre la mía mientras calmamos nuestros acelerados latidos—. Eres increíble.

Lo abrazo con fuerza contra mí y nos quedamos quietos, esperando que podamos coger fuerzas para salir de aquí.

Dante

Acaricio la espalda de Brooke en mi cama, tras darnos una ducha en mi dormitorio.

Tuvimos que subir desnudos, entre risas y con el sonrojo de Brooke por todo su cuerpo.

Fuimos directos a la ducha, antes de meternos en la cama.

Ahora no consigo dormir, pensando en todo lo que he sentido.

Es adictivo perderse en un cuerpo donde sientes que de golpe el tuyo está completo.

—¿Cómo es eso de que eres virgen, Brooke?

—¿No puedes dejar el temita y ponerte la medallita del primero y ya está?

—No y, por cierto, lo siento por ti, pero seré el primero y el último entre tus piernas. —Bufa y alzo la cabeza para besarla—. ¿No eres tú la que quiere que me abra a ti?

—No vuelvas mis palabras contra mí.

Trata de alejarse, pero la sujeto para que no se mueva.

—Vale, vale... Solo quiero saber más cosas de ti.

Toma aire y, al final, habla:

—Bueno, no es un secreto que no se me da bien hacer amigos. Ya te dije lo que pasó allí. Creía que había encontrado a alguien perfecto para olvidarte, pero me enteré de todo y supe que para él solo era un juego. Luego vine a estudiar y ya sabes el resto.

—¿Que recordaste lo que era desearme solo a mí y te jodí para el resto de los tíos?

—Eres un creído. —La beso en el cuello—. Pero sí, y yo para ti. No olvides que soy la primera tía con la que te acuestas a la que no usas de vibrador con patas. —Me río.

—Nunca podré olvidarlo. —Bajo mi mano por su espalda y la llevo hasta su trasero—. Es mejor que durmamos o me olvidaré de que estás dolorida.

—No es para tanto...

—Ahora que sé la verdad, cuidaré de ti lo quieras o no y, aunque sé que soy irresistible, espero que puedas apartar tus manos de mí.

Se ríe.

Nos besamos antes de intentar dormir algo.

Yo no logro descansar en toda la noche. La felicidad que siento con ella entre mis brazos me tiene despierto, porque nunca he sido del todo feliz y me da miedo que pase algo que lo estropee todo.

Capítulo 40



Dante

El estreno del circuito ha sido un éxito.

Varios corredores quieren correr aquí.

Muchos patrocinadores quieren organizar premios.

Massimo y Giò están emocionados.

—Bueno, parece que no tendremos que vivir en la calle al acabar la universidad —comenta Giò.

—Te olvidas de que os voy a tener que soportar en el campo de juego un poco más. —Se ríen.

Vamos por las calles de Los Ángeles, tras varias reuniones. Se nos ha hecho de noche, por lo largas que han sido.

Voy a decir algo, cuando veo por el rabillo del ojo a alguien que conozco muy bien: el desgraciado que no me ha devuelto mi herencia.

—¿Todo bien, Dante?

Miro hacia otro lado antes de responder a Giò.

—Sí, solo me pregunto cuándo podré recuperar mi vida.

—Tal vez al acabar la universidad —dice Massimo.

—No, las empresas de mi padre no funcionan bien y no nos llevamos mal. Alguien tiene un interés especial en seguir jodiéndome la vida.

—Vaya... ¿Ahora a soportar a tus hermanos y tener amigas, y una novia increíble, se le llama joderte la vida? —Massimo empieza a andar más deprisa—. Vámonos, Giò, que don pijo prefiere su dinero a todo lo demás.

No, no lo prefiero, pero quiero venganza.

Ellos no saben lo que siento.

Nadie lo sabe.

Desconocen que quiero cerrar este episodio para ver si así puedo respirar sin este dolor sordo

en el pecho.

No los sigo.

Voy hasta mi casa. A la que siento de verdad como tal y no tiene sirvientes, porque es mía. La que tiene una parte de mí.

Le mando un mensaje a Brooke, junto con la dirección.

Dante:
Te necesito.

Ahora solo espero que no me falle y venga a mi cueva, a mi lugar secreto...

Al lugar donde nunca he dejado entrar a nadie.

* * *

Al llegar a mi casa, Brooke me espera en la puerta mirando el buzón con mi nombre.

—¿Vives aquí?

—Cuando herede tendré más de ochenta casas...

—Sabes a qué me refiero. Esta no es de tu padre, ¿verdad?

—¿Porque no es una mansión?

—Por eso y porque por fuera parece que es acogedora. Tu padre odiaba lo acogedor.

Abro la puerta y entramos.

En cuanto enciendo la luz, ve que este sitio, al contrario que todos los demás lugares que habito, está lleno de vida.

Hay cosas por en medio, fotos de los dos juntos, papeles, un ordenador portátil en la mesa...

—Es aquí donde pasas el tiempo que no estás en tu cuarto de la fraternidad.

—Compré esta casa al poco de morir mi padre. Hice unos negocios e invertí las ganancias. Mi idea era venderla, pero me enamoré de las vistas.

Abro la puerta del jardín para que vea al fondo la ciudad de Los Ángeles y sobre nosotros un manto de estrellas.

No tengo vecinos cerca.

Es un lugar solitario.

Quizás me gusta tanto por eso, porque solo aquí puedo ser yo mismo.

Va hacia la barandilla y observa todo.

Camino hacia ella y me pongo por detrás para besar su cuello.

—Entiendo que no pudieras venderlo. Se parece a las vistas que teníamos desde el planetario.

—Y ahora sin necesitar ir hasta allí.

Mira a la derecha y ve un telescopio último modelo.

—Me encanta. Este sitio sí habla de quién eres.

Beso su cuello y chupo la dulce curva de este.

La muerdo y gime.

—Te necesito, Brooke... Necesito perderme en ti.

Llevo mi mano al interior de sus muslos y subo por debajo de su falda.

Toco su sexo, cubierto por uno de sus torturadores tangas, y tiro de la goma hasta que entra entre sus húmedos pliegues.

Muerdo su hombro mientras restriego su culo contra mi dura polla.

Los pantalones que llevo no son suficientes para retenerla.

Brooke echa la cabeza hacia atrás, al tiempo que contonea sus caderas contra mí.

«Joder..., esta mujer me hace perder el juicio.»

Meto un par de dedos dentro de ella, mientras bajo mis pantalones y hago que mi polla se restriegue contra su respingón trasero.

La llevo hasta su ano y meto solo la punta, tras humedecerla con sus jugos.

La dejo ahí, sintiendo esa presión, mientras Brooke gime.

Mis dedos entran y salen de ella con fuerza, hasta que no puedo más y saco los dedos para remplazarlos con mi polla, que meto hasta el fondo.

Apoya sus manos en la barandilla.

Bajo su camiseta y tiro de sus pezones mientras me introduzco hasta el fondo, notando como su culo se abre para mí.

Levanto su falda y le doy un manotazo, notando como su sexo palpita en torno a mi pene, por la sacudida. Que le guste tanto como a mí solo hace que me excite todavía más.

Salgo de ella para adentrarme de nuevo con fuerza.

Sus pechos se mueven sobre mi mano, y tiro de sus pezones.

La giro y hago que se apoye en la barandilla antes de meterme dentro de ella de nuevo.

Busco su boca y nos besamos mientras entro en ella.

Llevo mi mano a la curva de sus caderas. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta y araña mi piel.

El dolor me excita mucho más.

Muerdo su labio, muerde el mío y lo chupa luego.

«Joder..., me voy a correr como siga así.»

Nos movemos con fuerza hasta que noto que, si sigo así, me correré, y llevo mis dedos hasta su sexo. Froto su clítoris hasta que siento que se va a correr y entonces lo libero, dándole permiso.

Ella no sabe lo mucho que me pone tener el control de su placer.

—Córrete para mí.

Se corre con fuerza.

Noto como su sexo palpita en torno a mi polla y me dejo ir, derramando mi esencia dentro de ella a borbotones.

Al acabar, la abrazo y, como podemos, entramos en la casa, derechos a mi *jacuzzi*.

La casa es pequeña, pero no le faltan lujos.

Lo mejor es que el aseo tiene una cristalera desde la que se puede ver la ciudad y las estrellas mientras te bañas. También desde mi cuarto.

Esto es debido a que estar entre las estrellas me recordaba a mi estrella particular, que es ella.

Capítulo 41



Brooke

Vivo en una nube con Dante.

Pasamos todo el tiempo que podemos juntos y nos cuesta mucho no buscar un sitio donde podamos dar rienda suelta a nuestra pasión.

Es raro saber que, por muchas mujeres con las que haya estado, solo conmigo ha sido él mismo en la cama.

Lo peor es esa duda de que tal vez no sea así, y la incertidumbre de no saber qué causó todo esto.

No paro de devanarme los sesos en busca de la verdad. Recuerdo momentos con su padre, donde Dante pasaba de ser un niño frío a uno que no soportaba que lo tocaran más de lo necesario.

Me he acordado de las fiestas donde la droga y el alcohol eran las estrellas y, sí, también había muchas mujeres. Tal vez una de ellas le hiciera algo a Dante siendo solo un niño, porque su padre estaba obsesionado con que acudiera a las fiestas. Quizás para que supiera qué se esperaba de él.

En más de una fiesta, Dante terminaba en mi habitación, sentado con la espalda en la pared mientras yo dormía.

Cuando despertaba, le hacía un gesto para que se metiera en la cama conmigo.

Se tumbaba a mi lado, sin decir nada, sin tocarnos, pero sintiéndonos.

Me pregunto si una de esas veces entró en mi cuarto porque alguna de esas mujeres trató de abusar de él.

Cuando le pregunto, solo me dice que no quiere hablar de algo que ya conozco.

Odio cuando se pone así. Claro que luego me hace cosquillas o me besa, y se me olvida que no soporto cuando no me cuenta nada.

Que suele ser siempre...

Sigue sin abrirse. Sin decirme cómo se siente.

Siempre tengo que adivinar las cosas, y que siga viéndose con Estela en las fiestas a las que acude, no ayuda.

La prensa rosa dice que está claro que pronto acabarán juntos.

Y, hablando de prensa, Dante no para de subir fotos con sus hermanos.

Sé que lo hace para que quien tenga que darle la herencia se la entregue de una vez.

Está tan enfocado en la herencia, que a veces su mente está lejos de aquí.

Soy feliz con él cuando no recuerdo que es uno de los hombres más ricos de los Estados Unidos y que pronto le tocará ocupar su puesto en las empresas de su padre.

Llaman a la puerta y abro esperando que sea Dante, para darle la chaqueta del evento de esta noche.

Pero no es él.

Se me cae el alma a los pies cuando veo ante mí a uno de sus trabajadores, que me pide la chaqueta para Dante.

Se la tiendo y busco el móvil.

—Entiendo que estás altamente ocupado.

—Sí, he comprado otro negocio y estaba revisando las cuentas.

—¿Otro?

—Sí, una fábrica de telas que estaba a punto de irse a la quiebra.

—Comprar negocios a punto de quebrar no debería de ser tan divertido para ti.

Se ríe.

—Bueno, estoy estudiando sobre las ventas textiles y creo que puedo darle un giro hasta que vaya mejor y después venderla.

—Supongo que, cuando has ido a hablar con el abogado de la familia, te ha dicho que aún no es el momento.

—Supones bien, pero me he cansado, Brooke. Esto es un puto juego para mi padre. Pienso darle donde más le duele...

—Poco le va a doler, porque está muerto, Dante.

—Sé lo que hago.

—Bueno, pues mientras sabes lo que haces, no te olvides de mí. Cuando acabes la universidad todo será más complicado para los dos...

—No lo será. Serás mi prioridad, nena.

—Ya, bueno...

—Duele que no me creas.

—Es que solo somos los mejores en el sexo. En todo lo demás, seguimos a años luz el uno del otro.

—Lo estoy intentando... De verdad.

—Vale —digo, cuando noto que está tenso—. Pásalo bien en la fiesta y, a poder ser, evita a

Estela.

Se ríe.

—Confía en mí.

—De ti, me fío. De ella, no.

Dante promete vernos mañana y se marcha a la fiesta.

Me pongo a hacer bocetos y ver una serie y al poco me llegan avisos de que Dante ha subido cosas.

Ha subido una foto en el *photocall* con mi chaqueta y me ha etiquetado de nuevo.

La de hoy tiene brillos y encaje. En Dante se ve espectacular.

Hace varios vídeos del interior de la fiesta y en uno de ellos se ve a Estela de fondo, mirándolo.

Sigo trabajando y, al final, me quedo dormida con el cuaderno en la mano y la serie puesta.

* * *

Llaman a la puerta y me despiertan.

Abro, esperando que sea Dante con un café y dulces, para pasar la mañana juntos.

Pero no es así.

Tras la puerta está Estela, vestida de punta en blanco, con esa mirada de superioridad que tanto he odiado siempre.

—Vaya cuchitril —dice mirando la habitación—, pero es normal para gente como tú.

«Zorra», pienso, pero no lo digo por poco.

—¿Qué quieres?

—He venido a darte trabajo. —Sonríe—. Quiero uno de tus diseños para mí.

—No voy a diseñarte nada —respondo firme.

—¿De verdad tienes las narices de rechazar mi dinero? Ah, claro, que como te crees la novia de Dante, sabes que no tendrás que trabajar. —Se ríe—. Al final, se cansará de ti y se irá con alguien de su mundo. No seas tan tonta de rechazar el trabajo, porque, cuando te deje tirada como una colilla, no tendrás nada. Tu fama solo durará lo que dure él usando tu ropa. No eres tan buena.

—Por eso mismo, mejor te buscas a otra que quiera trabajar para una zorra como tú.

Al final, no he podido contenerme.

Su mirada es de rabia.

—No te convengo de enemiga.

—No me das miedo. Ya no soy esa niña a la que jodías la vida en el instituto. Ahora, lo que digas me da igual. Ni quiero ni necesito tu dinero, y llegaré muy lejos. Te jode que alguien de mi talento no quiera trabajar para una persona tan horrible como tú.

Cierro la puerta en sus narices y me siento en la cama.

Estoy temblando.

No me puedo creer que haya dicho todo eso a alguien que me jodió la vida.

Que le den. Que le den, por venir aquí con esos aires de superioridad y por dejar caer que por dinero haría lo que fuera.

Me tiro en la cama orgullosa de mí.

Algo que dura poco...

* * *

Estela sube en sus redes un vídeo en el que sale supertriste, diciendo que no quise hacerle un diseño y que eso la ha afectado mucho, porque solo quería ayudar a los jóvenes talentos.

—¿Me cuentas la verdad de esta historia? —me pregunta Dante cuando me llama por la tarde, tras mandarme por WhatsApp el vídeo. Se lo cuento todo—. Has hecho bien, y no hagas caso a lo que te ha dicho. Al final, tu talento será el que prevalezca, a pesar de todo, y te lo dice alguien que sabe de negocios. —Sonrío—. Por cierto, creo que es un buen momento para decirte que quiero que seas mi pareja en la fiesta anual de Navidad que se celebra en mi casa.

—¿Esa que es dentro de una semana?

—Sí, esa que llevo tiempo queriéndote decir que contaba contigo y que te he comprado un vestido para que asistas. A menos que quieras diseñarte uno.

—En una semana es imposible.

—Lo siento. He estado distraído.

—Puedes contarme qué te pasa.

—Es por esta mierda de herencia. Quiero el dinero ya.

Noto un vacío en el pecho.

Dante está tan enfocado en su dinero, que se está cegando.

—Entiendo. Y sí, iré contigo. Yo creo en lo nuestro, Dante.

—A ver si antes de la fiesta nos podemos ver. Piensa en mí y, si es con las manos dentro de tu ropa interior, mejor...

—Quién sabe. —Cuelgo y la puerta se abre.

Aparece Candy con su prima.

—Acabamos de ver lo de esa zorra. ¿Cómo ha sido capaz de hacerte algo así? —me pregunta mi compañera de habitación.

—No me molesta. Le dije lo que pensaba y ella solo ha demostrado la clase de persona que es, una vez más.

—Tenemos que hacer algo para tus redes —dice Lead—. Podemos hacernos fotos con tu ropa en varios sitios de Los Ángeles y puedes usarnos de modelos. A los chicos también. Seguro que algunos de los jugadores se apuntan.

Miro las prendas de ropa que tengo. Algunas están sin acabar y otras no sé cómo seguirlas.

—Vamos a ayudarte. Dinos qué tenemos que hacer —me indica Candy, y se me ocurre una idea.

—¿Qué te parece mezclar tu arte y el mío?

Agranda los ojos emocionada.

—Me encantaría llenar de purpurina la ropa.

Su prima se ríe.

—¡Cómo no! —Candy le hace burla—. Manos a la obra, chicas. No podemos dejar que nadie nos hunda.

Nos ponemos a trabajar y, cuando al día siguiente pido ayuda a Cruz, acepta de inmediato y dice que se lo propondrá también a su novio. Es uno de los jugadores de fútbol. Los dos quedarán muy bien con uno de mis diseños.

Capítulo 42



Brooke

Lo tenemos todo preparado en unos días.

Estela ha seguido haciéndome daño, contando que la llamé zorra.

Poco le dije, para lo desgraciada que es.

Vamos hacia la playa de Santa Mónica y Massimo es quien se encarga de las fotos. Nos indica cómo debemos ponernos.

Busco a Dante. Es jueves por la tarde y ha faltado a clase todos los días, pero me dijo que vendría con una de las chaquetas que le hice para hacerse fotos.

Miro a Massimo trabajar y hace fotos impresionantes.

Me dice cómo hacer la suya con Candy y lo hago según sus indicaciones.

Cuando la ve, le parece perfecta.

Seguimos haciendo fotos sin rastro de Dante.

Se me instala un dolor sordo en el pecho. Sobre todo, cuando tras hacerme mis fotos el sol se pone del todo y ya no hay buena luz.

Vamos a comer algo a un lugar cerca de aquí.

Saco el móvil cuando llegamos y veo que Dante me ha mandado un mensaje.

Dante:

Se me ha complicado todo...
No he podido dejar el trabajo.
Te lo compensaré.

Brooke:

No sé si me compensa esta vida contigo así, Dante.

Dante:

No lo entiendes...

Brooke:

¿Y de quién es la culpa?

Tuya, por no contarme nada.

Dante:

Bueno, te contaré que he filtrado la noticia de las condiciones de la herencia de mi padre.
Se va a joder.

Brooke:

Tu padre está muerto.
Es hora de que sigas tu vida, sin dejar que te joda todavía más.

Dante:

No hasta que lo destruya.
Merece sufrir, Brooke...

Brooke:

¿Por qué?

Dante:

Porque por su culpa no sé ser feliz contigo.
Por eso, Brooke.

Angustiada, dejo el móvil.

Dante está cegado por el odio y tal vez por algo más que yo debería saber. Me siento impotente por no recordar nada.

—¡No me jodas! —dice Giò.

Enseña el móvil y veo que Dante tenía razón: se ha filtrado la noticia de la herencia.

—¿Dante? —Massimo me mira, pero no digo nada—. Claro que ha sido él. Está obsesionado con recuperar su herencia a costa de todo.

Noto una fuerte presión en el pecho, porque no sé por dónde acabará saliendo todo esto.

De cara a las empresas de su padre, muestra debilidad, si deja claro que él no está llevando los negocios, sino que están a cargo de equipos directivos ajenos a él.

Seguimos con la cena, aunque Giò y Massimo están incómodos por la noticia.

Me dejan en mi residencia y Candy se va con su chico para estar con él.

Llamo a Dante en cuanto me pongo cómoda.

—¿Por qué has hecho algo así?

—Quiero que deje de jugar —dice tenso.

—Tus hermanos merecían saberlo. Has filtrado que a ellos les dejaron una casa... Ahora la gente especula, piensa que por qué, si eres el hombre más rico del mundo, tus hermanos solo tienen una propiedad, Dante. ¿Qué te pasa? Te noto lejos.

—Lo siento, Brooke. Creo que necesito hacerle pagar para poder seguir con mi vida.

—Deberías pasar página y vivir tu vida libre.

—No seré libre nunca mientras sea su heredero.

—Entonces, ¿por qué quieres heredar?

Se ríe sin emoción.

—Es complicado de explicar. —Está tenso.

—Puedes intentarlo.

—Tal vez otro día.

Nos quedamos en silencio.

—Te siento lejos.

—Estoy trabajando en eso —me dice, y sé que es mejor dejar esta conversación aquí. Por eso, le cuento qué fotos hemos hecho.

—Te compensaré —me indica cuando le doy las buenas noches.

—Eso espero, porque echo de menos pasar tiempo con mi mejor amigo.

Cuelgo y una vez más pienso en lo que pudo hacer su padre para que lo odie tanto y no pueda vivir sin que su fantasma lo persiga.

Capítulo 43



Brooke

Estoy en la biblioteca, al fondo del todo...

Dante:

¿Vienes?

Hoy no tienes excusas para rechazarme.

Camino por la biblioteca recordando el mensaje de Dante, poco antes de entrar a segunda hora.

Llego al final, donde no hay nadie. Solo están los libros más antiguos y menos frecuentados.

Lo veo con un libro en las manos.

Se gira al escucharme y sonrío.

En este momento me olvido de todo, y más cuando busca mi boca y me besa con desesperación. Es como si se estuviera muriendo y necesitara robarme todo el oxígeno para seguir viviendo.

Andamos a tientas hasta una zona retirada.

Su espalda choca con la pared y caemos, hasta que quedo a horcajadas sobre él.

No podemos dejar de tocar al otro como si nos fuera la vida en ello.

Son demasiados días separados y que me desee de forma tan desesperada aplaca mis dudas.

Mete las manos bajo mi camiseta y toca mis pechos.

Se endurecen bajo su contacto, haciéndose pesados y maleables.

Tira de ellos mientras me levanto y me dejo caer sobre su dura polla.

El vestido se me ha subido y se enreda en mis caderas.

—Te necesito, Brooke —lo dice poniendo sus manos en mi culo y apretándolo para moverme.

Baja los besos por mi cuello y me besa la zona sensible, para luego mordirme y seguir con sus atenciones hasta mis pechos.

Que estemos en un lugar público no hace más que aumentar mi placer. Es como si el miedo a

ser pillados me pusiera más cachonda.

—Te quiero dentro de mí.

Dante ruge y tira de uno de mis pezones hasta metérselo en su boca.

Sus manos se cuelan bajo la ropa y tocan mi culo, tirando de la goma del tanga, hasta introducirlo en mi sexo.

Tira de ella varias veces y me da un azote mientras me muevo sobre él.

Echo la cabeza hacia atrás, perdida en todas estas sensaciones.

Llevo las manos a sus vaqueros y tiro de ellos.

Me urge sentirlo dentro.

Apartamos la ropa, hasta que me dejo caer sobre su duro pene.

Cuando lo tengo dentro de mí, apoyo mi frente en la de Dante y acaricio los contornos de su cara.

Amo tanto a este hombre, que duele en mi pecho lo que siento por él.

No sé si es porque es demasiado grande lo que siento o porque amar duele.

Subo y me dejo caer, sintiendo como se me clava hasta el fondo.

Gimo de placer al notar como me llena.

Repito la acción, notando sus manos en mi culo. Me guía, a la vez que me toca con deseo.

Subo y bajo, buscando su boca para besarnos, mientras noto como vibro con esto.

Cuando lleva sus dedos al agujero de mi culo, tiemblo de expectación ante lo que hará a continuación.

Llena ese lugar tan prohibido y acompaña nuestros movimientos.

Con cada fricción, mi clítoris es acariciado levemente y eso aumenta aún más el placer.

Lo siento en todas partes. Llenando cada parte de mí, desde mi alma a mi cuerpo.

Subo y bajo con más fuerza cada vez, notando como tiemblo y como me precipito hacia el deseado orgasmo.

—No sabes lo que me gusta tenerte medio desnuda y entregada a mí —lo susurra en mi oído, antes de chupar y morder esa zona erógena.

—Dante... —le suplico, cuando siento que no puedo más.

—Tú puedes —me dice, antes de darme un azote en el trasero que llena de escalofríos mi sexo.

Repito la acción mientras su otro dedo entra y sale de mí, y yo subo y bajo, y me remuevo.

Busca mi boca y me chupa el labio inferior antes de morderlo y tirar de él.

Hago lo mismo con su boca, hasta que nuestras lenguas se encuentran y danzan juntas.

Tiro de la suya y él de la mía.

Bebo de él, sintiendo que estoy al límite.

—Dante... —le ruego.

—Córrete conmigo —me dice, aumentando los movimientos de sus caderas.

Yo hago lo mismo, hasta que siento que me dejo ir y me corro con fuerza.

Dante se corre dentro de mí.

Me quedo quieta, laxa... Incapaz de moverme entre sus brazos.

* * *

Nos hemos arreglado la ropa, pero seguimos en el suelo.

Yo sobre Dante, sin poder irme de este lugar oculto del mundo.

—¿Te ha ayudado lo que has hecho para que te den tu herencia?

—Solo para cabrear a mis hermanos.

—Deberías pedirles perdón —le digo, pasando las manos por su torso.

—Lo hice antes de venir aquí y ambos me mandaron a la mierda. Tampoco los culpo. Ellos no entienden por qué tengo que hacer esto. No han vivido con nuestro padre... No saben la suerte que tienen por ello.

—Dante, ¿y si dejas todo esto atrás? Ese dinero no puede acabar con tu salud mental.

—Tú no lo entiendes... —empieza a hablar, pero se calla.

—Ábrete a mí, Dante —le pido, acariciando su mejilla.

Toma aire y espero a que me explique.

—El negocio de mi padre fue el primero que salvé de la ruina hace años. Cuando solo tenía doce años.

—Sabía que te obligaba a ir a trabajar con él, pero no que hubieras salvado su imperio de la ruina.

—Pues así fue. Sus directivos lo hacían fatal y mi padre recordó que tenía un hijo superdotado al que le gustaban los retos. Me sacó de la escuela y me propuso el desafío de salvar nuestro imperio. Caí en su trampa y me puse a estudiar para ver cómo se podía arreglar todo. Estudié el mercado de inversiones para analizar dónde podíamos invertir que nos diera beneficios. Conseguí salvar sus empresas y duplicar su dinero.

»A partir de ese momento, no dejó de usarme para que le salvase el culo, porque mi padre era rico por un golpe de suerte con la lotería, pero no porque fuera tan listo como yo.

—Eso no lo sabía.

—Y, después de todo ese esfuerzo, mi padre decide que soy una mierda como persona y que necesito dos niñeras, que son dos hermanos a los que no he visto en mi vida ni sabía que existieran. Todo, porque pensaba que, como persona, no valgo una mierda, y que los necesito para no ser un puto desgraciado como lo fue él. —Noto su tensión y beso su cuello para que se calme—. Soy muchas cosas, Brooke, pero él sabía el motivo por el que soy así y nunca hizo nada. No hizo nada porque se avergonzaba de lo que ocurrió.

Noto que cada vez se tensa más. Su corazón va más deprisa.

Cojo su cara.

—Dante, mírame.

Centra sus ojos en mí. Está muy enfadado.

—Lo odio, Brooke, porque yo no soy el monstruo que había que cambiar. Lo fue siempre él y no puedo jugar a sus macabros juegos.

—No lo hagas. Crea tu propia fortuna lejos de él. Sé Dante Bianchi, sin nada de tu padre...

—No, quiero lo que me pertenece.

Veo la sed de venganza en sus ojos y su deseo de tenerlo todo. De conseguir su dinero a toda costa. Me da miedo que pierda esta guerra y se pierda con ella. Su padre siempre fue un desgraciado, por lo que debe de tener un as debajo de la manga que seguro que dejará a Dante sin nada.

—Lo resolveremos juntos.

Lo abrazo con fuerza y noto que sigue tenso, pero no va a más la cosa, hasta que se calma por completo.

Al menos, de esta conversación he sacado que fue su padre, como yo pensaba, el que le hizo algo horrible.

Capítulo 44



Dante

—Ni me hables —me dice Massimo cuando entro en su cuarto.

—Odio a nuestro padre... Lo odio tanto que necesito que deje de manipularme. —Me mira atento y nota mi agitación—. Quiero ganarle en su juego.

—Gánale pasando de él. Si tuvieras la herencia, te conozco lo suficiente para saber que la duplicarías en poco tiempo. A mí no me engañas. —Se toca la cabeza—. Eres superdotado, Dante. Los demás no se dan cuenta, pero yo sí, y Giò también. No te hemos dicho nada porque queríamos que te abrieras a nosotros, pero viendo que te la suda todo y solo te importa tu dinero, ya no pienso callarme más.

—Vaya, no sois tan tontos como creía —le indico con mi gran boca, porque me siento desnudo.

—Vete a la mierda. Ya sabes dónde está la puerta.

—Lo siento, joder. —Me paso las manos por el pelo—. De todos modos, ¿esperas que me crea que, si no fuera por lo que os prometió mi padre, estaríais aquí? No soy tonto para saber que no.

—Es triste que pienses así, Dante, porque he estado ahí más veces de las que tú parece recordar.

—Reunión de hermanos sin mí. —Giò entra y se apoya en el escritorio—. No pienso perdonarte por la guarrada... Al menos, de momento.

—Me importa bien poco que no me perdonen en la vida.

—Ya, y por eso estás aquí pidiendo perdón por segunda vez —apunta Massimo y Giò asiente. Hago amago de irme—. Vamos a hablar de negocios, que ese terreno no es pantanoso.

Hablamos de negocios y, por primera vez, no me hago el tonto ante ellos y les cuento todo lo que sé, siendo yo mismo.

Ninguno se sorprende.

Tampoco me miran como si fuera un cerebritito.
Mi padre odiaba cuando me ponía así. Decía que le daba urticaria verme en plan listillo.
Comemos juntos y vamos al circuito, donde pronto habrá otra carrera.
No se lo reconozco, pero necesitaba esto.
No pensar en nada, conducir el coche, competir contra Massimo y que Giò nos cronometrara.
Que se rieran y sacaran unas cervezas, mientras el atardecer cae sobre la pista.
Necesitaba a mis hermanos mayores...
Como tal vez los he necesitado toda la vida, porque tal vez así no habría sido tan duro vivir con alguien como don Andrea.

Brooke

—¿Qué te parece? —pregunta mi madre.
Miro el pequeño restaurante vacío, con plásticos en los sofás, al que me han traído mis padres esta tarde.
—Yo..., es muy bonito.
—Pues es nuestro. Abrimos en dos semanas.
Los miro y los veo más felices que nunca.
—No entiendo...
—Hemos invertido nuestros ahorros aquí. Sabes que siempre fue nuestro sueño. Bueno..., vamos a renunciar a nuestros trabajos —me informa mi padre, más feliz de lo que lo he visto nunca en su trabajo.
—Seguro que os irá genial.
—Y lo mejor... —Vamos hacia la cocina y luego a la puerta.
Mi madre abre y aparecemos ante una escalera. Subimos y llegamos hasta una puerta que abre.
Aparece un piso ante mí.
—Lo hemos comprado con la casa arriba. Podremos vivir aquí los tres o, bueno, cuando nos visites.
—Lo tenéis todo pensado. —Contemplo el sitio y es acogedor. Ya tiene muebles, que seguro que son del antiguo dueño—. Os va a ir muy bien. Yo tengo en el banco el dinero que Dante me ha pagado por las chaquetas. Si lo necesitáis, os lo puedo dar. Me pagó diez mil por cada chaqueta.
—Ese dinero es tuyo —dice mi madre.
—Ya me lo devolveréis, pero quiero ayudar en vuestro sueño. Quiero ser parte de esto.
Se miran y asienten.
Hablamos de los cambios y de todo lo que quieren hacer.
Me emociona que hayan sido valientes para dar este paso y no acomodarse. De ver que la vida

es mucho más que el trabajo de siempre.

Cuando regreso a mi cuarto, me doy cuenta de que si firmara el contrato donde Dante perdería la herencia de su progenitor, mis padres ya no saldrían mal parados.

Una parte de mí se pregunta si en mis manos no está la clave para que deje de perderse por un hombre que nunca mereció a un hijo como él.

Capítulo 45



Brooke

Dante me espera apoyado en su coche. Está tan guapo y sexi como siempre, con ese esmoquin negro.

Yo llevo un vestido color rosa que me mandó. Tiene pequeñas piedras de cristal en el pecho y es justo de mi estilo. También envió a mi cuarto a alguien para que me maquillara y me peinara.

—Estás preciosa —dice, devorando mi cuerpo con este vestido de seda.

—Y yo que creía que te gustaba hasta sin ropa.

—Sin ropa es como más me gustas, sin ninguna duda. —Coge mi cara entre sus manos y me besa—. ¿Vamos a cenar?

—Sí.

Aguanta la puerta del coche para ayudarme a entrar.

Me acomodo en el asiento.

Entra y pone el automóvil en marcha.

Vamos hasta su casa. La que es solo de él, que habla de Dante y no del hijo de don Andrea.

Entramos. Hay un camarero y un cocinero.

—¿Era necesario esto, Dante?

—Sí, quiero que esta cena sea perfecta.

—Lo era sin tanto copete.

Sonríe de medio lado.

—Soy así. Es parte de mí.

Asiento, porque tiene razón. No puedo cambiarlo solo porque yo estaría más cómoda comiendo hamburguesas.

Nos sentamos a cenar y nos sirven un vino que seguro que Dante ya ha seleccionado antes.

Lo pruebo y está delicioso.

—Me debes una hamburguesa con patatas.

—Hecho. Sabes que me gusta ensuciarme los dedos contigo —por cómo lo dice, sé que no habla de la comida.

—¡Dante!

Se ríe y me pierdo en ese sonido. Me encanta verlo feliz.

Nos sirven la cena y disfruto de ella.

—Supongo que sabes que tus padres se han despedido.

—Lo sé. Me pidieron que no te dijera nada y me ha costado mucho no contártelo.

—He estado con tus padres en el local que han comprado. Es un buen sitio. Haré un estudio de mercado y se lo pasaré. Gratis, por supuesto. Ellos han sido lo más parecido a unos padres que he tenido nunca y también les voy a dar un buen finiquito. Como si los hubiera despedido yo...

—No hace falta, Dante.

—Es lo mínimo que se merecen por haber vivido bajo un dueño atroz, como era mi padre.

—Gracias a eso te conocí. —Cojo sus manos entre las mías—. No hablemos de tu padre hoy.

Asiente y me cuenta que sus hermanos se lo van a poner complicado, pero, por su sonrisa, sé que no tanto como dice.

Al acabar la cena, vamos hasta el telescopio y me hace mirar las estrellas.

Mientras lo hago, pone en mi cuello un collar en forma de estrella, con un diamante en el centro.

—Esa estrella que ves tiene nuestro nombre. —Miro el cuerpo celeste que me señala—. Así, pase lo que pase, estaremos siempre juntos en el cielo. Como una estrella guía.

Se me llenan los ojos de lágrimas y, cuando me giro, no puedo acallar a mi corazón, que no para de gritar lo que siento.

—Te amo, Dante. Llevo toda la vida enamorada de ti... Te quiero.

La mirada de Dante se torna oscura y asiente, lejos de aquí.

Luego se marcha y entra al servicio.

Golpeo la puerta para que me deje entrar.

—Vamos, es tarde —dice al salir, mirando su reloj como si nada. Parece que hubiéramos estado hablando del tiempo.

—Dante...

—No, ahora no quiero hablar de lo que ha pasado en el balcón. —Se tensa—. No me lo recuerdes, por favor.

—Por supuesto.

Vamos hasta su coche y no decimos nada hasta llegar a la casa de su padre.

Entramos y comprobamos que ya han llegado los primeros invitados.

Saludan a Dante y me deja sola.

No me mira ni una sola vez y su distancia me mata. Más, cuando veo que no deja de coger una copa tras otra, como si necesitara ahogar sus penas en ellas.

Vuelve a pasar lo mismo que hace años, cuando le dije que lo quería.

Pensaba que ahora se alegraría, pero no ha sido así.

«Dante odia que lo quieras... ¡Y todo por esta herencia! Porque no es capaz de avanzar sin la sombra de su padre», me digo enfadada y triste al mismo tiempo.

—Estás menos tú esta noche —me indica Estela, que no sé de dónde ha salido—, pero ya sabes eso que dicen: aunque la mona se vista de seda...

—Olvídame.

—Lo haré. Tú no eres más que la hija de los sirvientes. Solo eres una piedra en mi camino.

Sus palabras me duelen mucho, porque esta noche no estoy bien.

Lo que ha pasado con Dante me llena de dudas y miedos.

Veo a Estela acercarse a Dante y saludarlo con dos besos.

Dos besos que me matan.

Pero, claro, aquí Dante olvida todo por el bien de las empresas. Hasta que odia que lo toquen.

Veo a Dante hablar con Estela como si fueran amigos, y con otras personas a las que seguramente odia.

Es lo que no veía hace años: la falsedad de estas fiestas.

Todo es mucho más que vestidos elegantes y música.

Yo no necesitaba estar aquí. Me gusta mi vida sin todo esto.

No soy más pobre por no haber nacido a este lado de la cuna.

* * *

He perdido la cuenta de las copas que llevo.

Dante no se me ha acercado en toda la noche y Estela no lo suelta.

Hemos venido aquí para presentarnos como pareja y resulta que estamos a años luz.

Me marchó de aquí.

Mi idea es irme a mi dormitorio en la residencia, pero sé que las chicas iban a estar en la casa de los chicos, por lo que voy hacia allí.

La puerta está abierta, porque había una fiesta, en la que seguro habría sido más feliz.

La primera en verme es Candy, y no sé qué observa en mi cara que me hace señas para que me siente a su lado.

Está junto a Lead y los hermanos Bianchi, tomando algo en un sofá al fondo.

—¿La noche bien? —me pregunta Lead.

—Le dije a Dante que lo quería... y se jodió todo —les reconozco.

—Bueno, Dante es que odia que le digan que lo quieres, o cosas cariñosas —apunta Giò—. ¿Tú sabes por qué?

—Él dice siempre que sí, pero yo solo he llegado a la conclusión de que era por su padre. No sabéis lo horrible que era y la suerte que habéis tenido de no conocerlo.

No sé si por el alcohol o por el dolor, les cuento cómo fue para Dante vivir bajo el techo de un

hombre tan horrible como don Andrea.

—Yo creía que no me dejaría alejarme de él —digo al final.

—Dale tiempo —me indica Lead—. Dante te quiere, pero no sabe cómo lidiar con lo que siente.

—Dante solo sabe lidiar con el dinero... Si lo perdiera todo, tal vez dejaría de obsesionarse con su padre.

—Pues tal vez sí —comenta Massimo.

Me quedo dormida mientras los oigo hablar, sintiendo un dolor horrible en el pecho y con el presentimiento de que algo malo está a punto de pasar.

Dante

—Buenos días, querido.

Me duele mucho la cabeza. Siento que me va a estallar, pero esa voz no es de Brooke.

De la persona a la que he ignorado toda la noche, porque me estoy muriendo.

Su «te quiero» me ha recordado otros... Otros que me mataron con lentitud.

Abro los ojos y veo a Estela desnuda sobre mí, en el pasillo.

Pero qué cojones...

La aparto y me levanto, para descubrir que solo llevo un puto bóxer.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿Hace falta que te explique cómo se hace el amor?

—A ti no te tocaría ni con un puto palo. No me engañes.

—No te engaño... Me dijiste que ella te quería y que no deseabas que fuera así.

La miro horrorizado por haberle dicho eso.

Bebí tanto que no me acuerdo.

Como aquella vez que me enfrenté a Brooke, porque estaba drogado.

Por eso, desde entonces, no bebo demasiado ni me drogo.

¡Joder! Pierdo la cabeza cuando bebo.

—No te preocupes, Dante. Ya me he encargado de tu putita.

Voy hacia ella enfadado y se marcha corriendo.

—¿Qué coño has hecho?!

—Ya lo verás. —Sonríe.

—Te pienso destruir, Estela...

—No lo harás, porque la gente pensará que lo haces porque nos hemos acostado y eso no te dejará muy bien... Además, tengo fotos, Dante.

—Dudo que haya pasado nada de lo que dices.

—¿Acaso lo puedes jurar? —Se viste y me mira triunfante—. Si le haces algo a mi familia, te prometo que la que te destruye públicamente soy yo.

Se marcha y me doy una ducha, sintiendo como tiemblo. Soy de nuevo ese niño del que abusaron una y otra vez, sin que yo fuera consciente de ello.

Los recuerdos me asfixian y, si consigo vestirme e ir hacia el cuarto de Brooke, es solo porque mi miedo a perderla es mayor que todas las veces que abusaron de mí en nombre del amor.

Capítulo 46



Brooke

Miro la foto una y otra vez.

Estela está sobre Dante desnudo, en lo que reconozco como el pasillo que lleva a su habitación. No tengo dudas de que es él, por sus tatuajes.

Estela me pone en el mensaje: «Adiós, escoria».

¡No me puedo creer que sea cierto! Que Estela y Dante hayan tenido sexo.

Me estoy muriendo y el dolor es enorme.

La puerta suena y, cuando abro, Dante está tras ella. Tan pálido y angustiado que siento que todo es real.

La culpa brilla en sus ojos violetas y, por una vez, me gustaría no conocerlo tan bien.

—¿Qué has hecho, Dante?

—No lo recuerdo.

—¿Cómo que no lo recuerdas?

—¡No lo recuerdo! ¡Estaba borracho! —Se pasa la mano por el pelo, agitado—. No sé cómo he llegado a eso. —Mira la foto en mi móvil—. Joder, Brooke, tienes que creer que yo nunca te sería infiel...

—Pero no puedes jurarme que no lo hayas sido ya. —Noto las lágrimas caer por mis mejillas—. Ayer, antes de todo esto, me dejaste sola. Para fingir que esa gente te importaba más que yo. ¿Sabes cómo me sentí? ¿Sabes cómo me siento tras ver esta foto? Y todo por culpa de tu padre y de su herencia. ¡Tienes que avanzar!

—¡No puedo hacerlo, Brooke!

Miro el contrato sobre la mesa y Dante sigue mi mirada.

—Tal vez debería firmarlo y liberarte; que pierdas esa herencia que tanto mal te hace.

—¿Y nosotros, Brooke? —Trata de tocarme y pongo cara de asco.

Dante se queda paralizado.

—No puede haber un nosotros ahora, Dante..., y tampoco lo habrá si sigues obsesionado con tu padre.

—Tú no lo entiendes. —Parece triste.

—¡Porque no me lo cuentas!

—¡Estabas ahí! Lo viste... ¡Sabes por qué me muero por dentro!

—¡No lo sé! No lo recuerdo, Dante... Solo sé que tu padre era horrible, pero no qué te hizo.

—Mi padre... —Su mirada se hace más intensa—. ¿No lo recuerdas? —Niego con la cabeza y mira el contrato—. Firma el contrato.

—Dante...

—¡Firma el puto contrato! —me grita agitado—. Dudo que él siga escondido tras esto...

—Dante, tu padre está muerto.

Se ríe de forma siniestra.

—¡Firma! Si esa es la única forma de que tengamos una oportunidad, pues firma.

—Es la única para que seas libre de todo esto, y de lo que sea que te angustia hasta el punto de que te diga que te amo y acabes en la cama con otra.

Se tensa.

—La detesto, Brooke. Yo nunca habría elegido un lugar que no fuera a tu lado.

—¡Pero me dejaste sola!

—Porque me estaba muriendo por los recuerdos.

—Cuéntamelos.

—No puedo. Solo firma..., por favor.

Cojo el boli y firmo.

Cuando lo hago, se lo tiendo y Dante acaricia mis dedos.

—Me estoy muriendo, Brooke, por todo esto, pero siempre has sido y serás mi salvación. Mi estrella guía para que no me pierda entre los infiernos. Te quiero..., aunque, para confesarte eso, sienta que me muero ahora mismo.

Lo veo pálido y, cuando sale, me quedo rota. Estoy destrozada y sin saber cómo seguirá nuestra historia.

Sé que, para avanzar, Dante me tiene que contar qué vi. Lo que presencié que lo llevó a los infiernos.

Dante

No puedo conducir.

No puedo moverme.

Estoy angustiado, pero tengo que hacer algo.

Por eso, llamo a Massimo y a Giò.

—Necesito ayuda.

—Joder, debes de estar muriéndote para pedirnos ayuda —dice Massimo—. ¿Te estás muriendo?

—Sí...

—No te muevas. Ahora vamos.

Mis hermanos no tardan en llegar y, al verme, sus gestos cambian.

Les cuento mi plan y dicen que es una locura.

—¡No puede ser cierto! —exclama Massimo.

—Llévame al abogado.

—Es domingo...

—Ese desgraciado no descansa. Llévame con él. Tengo que hacer esto. Si quiero recuperar a Brooke, tengo que destruir a nuestro padre.

Se miran y asienten.

—Destruyamos a ese cabrón —indica Giò, y vamos juntos a mover ficha para hacer que las cosas cambien.

Mientras lo hago, no siento liberación.

Solo la angustia de haberla perdido, porque di por sentado que ella, con solo tres años, entendió lo que estaba pasando, cuando yo, con seis, no era capaz de procesarlo.

Lo di por hecho porque necesitaba que fuera mi aliada. Que, pese a saber la verdad, no le importase.

No le conté nada porque era más fácil darlo por hecho e intentar explicar la realidad, sin aceptar que alguien tan pequeño no sabría lo suficiente de la crueldad o de la vida como para interpretar lo que vio.

* * *

—Ya está hecho. ¿Y ahora? —pregunta Giò.

—Esperar... Dudo que se queden quietos, sabiendo que la herencia puede perderse.

—Esperamos, pero antes cuéntanos qué pasó anoche —me dice Massimo.

—Tengo mucho más que contaros, pero no sé por dónde empezar.

—Por un buen desayuno y, poco a poco, irá surgiendo —añade Giò, y nos vamos hasta la mansión de mi padre para comer algo y para que me abra a ellos en ese sitio donde abusaron de mí.

Brooke

Llaman a la puerta.

Miro a Lead y Candy, que han venido para ver cómo estaba y se han encontrado con todo el panorama.

Estamos comiendo dulces mientras intento que deje de doler.

Algo que dudo que pase pronto.

Me levanto para abrir, esperando que sea Dante, que quiere contarme qué le pasa y abrirse a mí.

Me creo que estaba borracho, porque nunca bebe y ayer lo hizo demasiado.

He pedido a mi padre que revise las cámaras que Dante tiene por toda la casa, para esclarecer lo que pasó.

En ellas veremos la verdad.

Mi padre tiene acceso a ellas, pero solo las mira si Dante se lo pide. Ahora se lo he pedido yo y, dado que se van de la casa, importa poco lo que haga.

Abro la puerta y de la impresión me fallan las rodillas.

No me caigo porque me sujeto a la puerta.

Don Andrea está ante mí, vivito y coleando.

Alza el contrato que firmé.

—Te informo que este contrato no es válido, porque sigo vivo.

Lo rompe y lo tira enfadado contra mí.

Candy y Lead dan un grito.

—Ahora voy a encontrarme con mis hijos. Ya me he cansado de sus juegos.

Cierra la puerta y escuchamos como echa la llave por fuera.

No podemos abrir y, cuando tratamos de llamar por teléfono, no tenemos señal.

Ha debido de colocar un inhibidor de señal.

—¿Lo esperabas? —me pregunta Lead.

—No, pero de este desgraciado debería haberme esperado cualquier cosa. Creo que hace años abusó de su propio hijo.

Capítulo 47



Brooke

Tratamos de abrir la puerta mientras no paran de preguntarme cómo es eso de que don Andrea abusó de Dante.

—Digamos que tampoco lo sé a ciencia cierta, pero Dante odia que lo toquen desde pequeño. Solo yo podía tocarlo. Conmigo se sentía seguro... Sufre ataques de ansiedad desde hace años y, cuando le dices lo que sientes, se bloquea.

—Joder, todo encaja. Menudo desgraciado. —Candy abre la ventana y escuchamos música.

Miramos por la ventana y vemos un camión con un DJ.

Empiezo a pensar que no hay nadie que pueda escuchar nuestros gritos y portazos.

—Entonces, ¿el cabrón estaba vivo viendo como sus hijos se hacían hermanos? —pregunta Lead.

—Eso parece. —Me acuerdo de algo—. A veces, Dante no hablaba de su padre en pasado, e insistía en que estaba harto de que jugara con él. Lo sabía... ¡Lo sabía! ¡Y por eso lo ha estado presionando para que saliera de su escondite!

—Pues lo ha conseguido. ¿Sabes cómo? —me pregunta Candy, y asiento.

—La herencia. Dante me hizo firmar unos papeles que le hacen renunciar a la herencia de su padre. Al principio pensé que se refería a todo su dinero, pero mi padre me dijo que en esos papeles solo renunciaba al de su padre. Don Andrea siempre ha querido un heredero, por encima de todo.

—No soportará que Dante renuncie así como así. —indica Lead y asiento—. ¿Y ahora?

—Ahora solo podemos esperar.

Tomo aire agitada y molesta porque Dante no me haya contado sus planes.

Tiene que dejar de librar sus batallas solo, porque no lo está. Nunca lo ha estado, y yo siempre he estado ahí.

Sé que Dante no ha querido engañarme, porque nunca lo haría.

Él me quiere, aunque, por su pasado, no sepa cómo decir te quiero.
Estela le ha tendido una trampa a alguien que estaba borracho e indefenso.
Solo espero tener pruebas para destruirla.
Ahora espero que Dante, cuando vea a su padre, pueda sobrellevarlo.
Me duele no estar con él en un momento así y tal vez don Andrea lo ha hecho aposta, porque sabe que Dante me necesita.

Dante

Miro a mis hermanos mientras escuchamos unos pasos en el pasillo.
El padre de Brooke entra y me pide hablar conmigo.
—Puedes hablar delante de ellos.
—Vale, como quiera. Quiero enseñarle esto. —Me tiende una tableta y veo en ella como subo las escaleras en muy mal estado y me caigo inconsciente, cerca de la puerta de mi dormitorio.
Estela se acerca con su padre y me quita la ropa, antes de hacerse fotos y enviarlas por su móvil.
Amplió la imagen y reconozco el Instagram de Brooke.
Yo empiezo a hablar en sueños y puedo ver que le digo que ella me quiere y que yo soy un mierda...
Estaba tan angustiado de creer que había fallado a la persona más importante de mi vida, que ni me paré a pensar que tenía cámaras por toda la casa.
Pero Brooke sí lo pensó. Sí creyó que existía una posibilidad de que dijera la verdad.
—Tengo que ir a buscarla.
—Le he mandado las imágenes, pero no responde. Su móvil aparece apagado —me informa su padre.
La llamo y es cierto.
Me levanto para ir a buscarla, pero la puerta de la casa se abre de pronto y aparece la persona que llevo esperando que salga de su puta madriguera desde hace un año.
—Vaya, reunión familiar sin mí... Hola, hijos míos.
—¡Hostia puta! Era verdad que el cabrón estaba vivo —dice Massimo mirándome.
Mi padre se enfada porque para mí esto no fuera un secreto y me observa con sus fríos ojos negros.
Contraté a un detective que corroboró mis sospechas y me dijo quién era la persona que me perseguía: mi padre.
Alguien tan retorcido como él, que hizo lo imposible para tener un heredero, no se arriesgaría a perderlo todo a menos que estuviera vivo y quisiera jugar conmigo para ver cómo salía su plan.
—Lo siento, padre, pero te he jodido la sorpresa.
La rabia cruza su mirada y veo la verdad en sus ojos.

Nunca hizo esto por mí. Solo era para él un juego más, para divertirse a mi costa. Mi padre nunca ha querido a nadie más que a sí mismo y a su dinero.

—¿Cómo lo sabías? —pregunta mirándome fijamente, ignorando a mis hermanos.

Para él, solo son peones de un plan mayor. Nunca le han importado.

—Empezaste a seguirme y siempre sospeché que estabas vivo. Este circo del muerto no me cuadraba. Te gusta ver cómo joderme la vida.

»Cuando me molestó sentirme observado, sin pruebas de que eras tú, puse un detective que siguiera mis pasos y me avisara de cada cosa irregular que se viera a mi alrededor.

»Entonces, hizo varias fotos de una persona observándome entre las sombras. El disfraz era bueno, pero yo te odio como a nadie más odiaré y por eso te descubrí entre las sombras hace unos meses. Supe que la única forma de hacerte salir de la madriguera era poner tu herencia en peligro.

—Y por eso decidiste hacer publicidad con la competencia y todas esas otras estupideces, para que viera que eras un buen hermano... No me lo creo, por cierto. Eres como yo y no amas a nadie.

—Lo de las fotos lo hice antes de las pruebas, pero sí, ya comenzaba a sospechar que estabas vivo y quería ver por dónde salías. ¿Sabes? Creí de verdad que era como tú. Toda la vida he pensado que no era más que una mierda de persona y por eso, cuando me pasó aquello... —mi padre se tensa—, pues me lo merecía... Pero cuando Brooke se fue y llegaron ellos —miro a mis hermanos—, vi que yo no era como tú. Yo quería algo más que una vida rodeada de dinero.

—Y nos lo puso superfácil —bromea Massimo—. Lo siento, padre, pero todo lo que ha visto es real. Al final, nos queremos a nuestra manera y haríamos lo que fuera por los otros, hasta ir en contra del desgraciado que ha organizado todo esto por aburrimiento.

—No fue por aburrimiento... O sí. También fue por Dante, aunque no se lo crea. Quería que tuviera la vida que yo nunca le he podido dar...

—No me lo creo —indico—. Si te importara un poco, solo un poco, cuando pasó lo que me llevó a ser así no me hubieras despreciado ni me habrías mirado con tanto asco. ¿Crees que un niño que ha sufrido acoso necesita sentir que es una mierda y que lo que le pasó fue por su culpa?

—Dante... —Mi padre mira a mis hermanos y al padre de Brooke.

—¡No! ¡Estoy cansado de callar la mierda que llevo dentro, porque te avergüenzas de lo que sucedió!

—Es mejor dejar esto aquí. Has pasado la prueba. Puedes recuperar tu herencia y ser mi digno sucesor. Enhorabuena, hijo...

—¡No quiero tu herencia! ¡Te he hecho salir de tu madriguera para decirte a la cara que renuncio a ser tu heredero!

—¡Dante! No te permito esa boca...

—¡Yo solo quería un padre! ¡Yo solo quería que me apoyaras cuando mamá abusó de mí! —

Se hace el silencio en el cuarto y mi padre me mira con rabia—. Una mujer que, en realidad, no era mi madre, ¿verdad, padre? Solo fui el hijo bastardo de una criada que tu mujer hizo pasar por propio... Era el bastardo que te quedaba más cerca.

»Siempre lo sospeché, porque era raro que una mujer que no pudo darte hijos en quince años se quedara embarazada de repente. Además, no me parezco en nada a ella. Tu cara confirma mis sospechas. Tenías dos bastardos, pero querías uno que no pusiera en entredicho tu buen nombre y por eso montaste todo eso, para que pareciera que yo era fruto de tu matrimonio.

Mi padre se pone rojo de la rabia, lo que confirma lo que siempre he sospechado.

—Dante...

—¡No! Llevo toda la vida callando lo que sé, porque tenía miedo de perder mi herencia, pero ahora no me da miedo. No me da miedo porque yo solo buscaba que me quisieran, pero por culpa de tu esposa no soy capaz de sentir amor sin que la ansiedad me ahogue.

—Es mejor hablar de esto en privado.

—No quiero hablar de nada en privado. Quiero que todos sepan que sabías que tu mujer era una borracha y una drogadicta, que abusaba de gente joven y que la dejaste hacerlo conmigo.

»Cuando te dije que mamá me hacía tocarla, me decías que eran cosas de madre e hijo. Cuando ella me tocaba y me hacía sentir mal mientras me decía que me quería, me decías que eran cosas del amor... ¡Eso no era amor! ¡Me estaba violando! Pero para tu gran empresa que tu mujer fuera tan zorra no quedaba bien. Lo que no esperabas era que Brooke lo viera todo y se lo contara a su padre, y este viniera a buscarme y llamara a la policía. —Mi padre mira al padre de Brooke. Solo lo ha mantenido en plantilla porque no quería que nadie supiera ese secreto—. Luego pagaste un dineral para que la noticia no saliera a la luz mientras ella cumplía condena en la cárcel, porque si se sabía la verdad, sería un gran escándalo. Desde entonces, me has mirado con asco. ¡Yo solo era un niño asustado de la que creía que era mi madre!

—¿Desde cuándo sabes que no es tu madre?

—En realidad, no lo sabía. Solo tenía mis sospechas. Cuando supe por mis hermanos que les diste tu apellido por si los necesitabas para ser tus herederos, até cabos. Más, conociéndote como te conozco.

—Cosas que pasan...

—De alguien como tú, sí.

Tomo aire sintiendo alivio de que esa despreciable mujer no sea mi madre de verdad. Siempre lo sospeché, porque mi padre tiene el pelo negro y mi supuesta madre también, y ambos poseen ojos oscuros.

Yo tengo el pelo castaño y los ojos violetas. Me parezco a mi padre, pero mis ojos eran tan poco comunes, que no encajaban en este puzle.

Sabiendo que mi padre tenía sexo con las criadas hasta delante de mí, desde pequeño pensé en la posibilidad de que una de ellas fuera mi madre. Más, cuando supe que tenía dos hermanos bastardos.

Tenía mis sospechas y le he tendido una trampa.

—Entonces, todo esto de la herencia ha sido a raíz de que, cuando casi la palma, vio que tenía la oportunidad de divertirse a nuestra costa, porque sabía que Dante no nos soportaría, y quería asustarlo —comenta Giò—. No hay que ser muy listo para saber que esperaba que Dante fallara; que creyera que lo había perdido todo y luego le devolvería la herencia a cambio de algo. Tal vez quería tenerlo para siempre a su lado y usar su inteligencia para sus propios fines. —Miro a mi hermano impresionado, porque eso es justo lo que yo llegué a pensar—. Cuando Brooke se fue, dejaste de ayudar a tu padre con las empresas, ¿verdad? Solo por atar cabos de por qué ella era importante en esta ecuación.

Miro a mi padre y sé que Giò tiene razón.

Cuando Brooke se marchó, entré en un estado de negación.

No quería hacer nada. Trabajar o estudiar no entraba en mis planes.

Entonces, mi padre fingió su muerte y en su testamento estableció una cláusula que obligaba a Brooke a regresar para estudiar en la universidad.

Me aferré a esa cláusula, que era mi única esperanza con la vida que llevaba.

—Muy listo, padre, pero no te ha servido de nada todo esto. Solo para hacernos más fuertes como hermanos y como empresa —le indico—. Vamos a ir contra ti. —Le tiendo un papel en el que exponemos que los tres renunciamos a la herencia.

—No podéis hacer esto... ¿Acaso no veis que todo lo que tenéis ahora es por mí? ¡Gracias a mi experimento os habéis conocido!

—No somos unas putas piezas de ajedrez —le escupo—. Soy mucho más que el heredero de tu imperio. Siempre he sido mucho más y, por tu culpa, he vivido toda la vida en los infiernos, porque no podía contarle a nadie lo que pasaba, ya que me dijiste que, si alguien lo sabía, pensaría que yo era un monstruo.

—Aquí el único monstruo que hay es él —señala Massimo—. ¿Algo más que debas decirle o nos vamos ya?

—¿Dónde está mi madre? La de verdad.

—No lo sé. Le pagué mucho dinero para que desapareciera. Ella no quería saber nada de ti.

Lo triste es que veo la verdad en sus ojos.

Asiento, cerrando este episodio de mi vida. Estoy cansado de luchar por el amor de la gente que no me merece.

—Nos vamos. Esto se acaba aquí.

No me puedo mover. Estoy agitado. Nervioso por confesar lo que me pasó.

Massimo y Giò se ponen a mi lado y me brindan el apoyo que nunca me dio mi padre. Han sabido la verdad y no he visto asco en sus ojos.

Se la conté poco antes de que entrara mi padre en escena, porque tenían que saber todo para que aceptaran renunciar a la herencia.

—Esto no acaba aquí. Mi herencia necesita un heredero —nos dice mi padre, dejando claro

que solo le importamos para que su dinero no caiga en manos de alguien que no lleve su sangre.

—Esto acaba aquí, padre —le indica Giò muy frío.

—De todas todas —subraya Massimo—. Y no olvide que los tres, juntos, somos más fuertes. Si va contra nosotros, lo haremos caer.

—Hazlo —le suelto a mi padre—. No me importaría ver como caes gracias a nosotros.

Mi padre sabe que soy capaz de hundirlo, por lo que asiente y se marcha, dando órdenes para que le que preparen su habitación.

—¿Estás bien? —me pregunta Massimo, cuando entramos en su coche.

Veo a los padres de Brooke ir a su propio vehículo y les digo adiós con la mano.

Les he pagado el finiquito antes, por si mi padre no tardaba en aparecer. Su contrato ha quedado rescindido para que mi padre no pudiera hacerles daño. Es hora de que sigan su propio camino, lejos de este lugar.

—No, llévame con Brooke.

Noto que cada vez estoy peor.

Cierro los ojos.

Tenía que enfrentarme a mi padre para poder pasar página y seguir mi vida con ella. Sin que nada me hiciera ser la odiosa persona en la que mis padres me han convertido desde niño.

Él quería que fuera letal en los negocios y que no amara a nadie... Solo respetaba que jugara con Brooke, porque su familia sabía demasiado y, si me querían, no harían nada contra mí.

Llegamos a la residencia de Brooke y observamos que han montado un espectáculo que se empieza a dispersar.

En cuanto vemos que se aleja, me llegan varios mensajes de Brooke.

Los leo por encima, mientras subo por las escaleras.

Mis hermanos esperan en el coche, por si ella no estuviera aquí.

Llego a la puerta y la veo cerrada, con dos maderas apuntaladas que impiden que se abra.

Esto es obra del cabrón de mi padre.

Lo sé, casi seguro.

Busco la forma de abrirla, hasta que la puerta cede de golpe.

Brooke aparece con la cara descompuesta y los ojos llenos de lágrimas.

—Acabo de ver el vídeo de Estela, que confirma lo que sospechaba.

Entro al cuarto temblando. Estoy agitado y siento que me muero.

—Abrazame, por favor. Me estoy muriendo.

Brooke me mira y tira de mí hacia sus brazos.

Con ella nunca he sentido que mi ansiedad me hiciera débil. Siempre hace que sienta que esto no es una debilidad.

Brooke me acaricia la espalda de forma rítmica.

Cierro los ojos y la puerta se cierra tras nosotros.

Creo que Candy y Lead estaban aquí. No lo sé con seguridad, porque mi mirada me llevaba

por un túnel. Estaba tan agitado que casi sentía que me desmayaba por la ansiedad.

Brooke me lleva hacia su cama y nos quedamos sentados juntos. Sintiendo como mi corazón, poco a poco, se acompasa al de ella.

Podría renunciar a todo en la vida menos a Brooke.

Por eso le mandé ese contrato, porque perderla era mucho peor que el que me quitaran la herencia de mi padre. Si eso hacía que tuviera una oportunidad de estar de nuevo con ella, me la jugaría.

Solo quería que volviera a mí.

Capítulo 48



Dante

—Siento lo de tu padre —me dice Brooke cuando le cuento que mi padre ha vuelto y que solo hizo esto para jugar conmigo.

No quería que fuera amigo de nadie y buscaba que le suplicara regresar a su lado, y así tenerme para siempre ligado a él.

Estamos en su cama, echados sobre el colchón, sin poder movernos.

—Mi padre nunca me ha conocido de verdad. No es que no quisiera amar a nadie... Es que no podía. ¿Recuerdas lo que viste cuando tenías tres años y que te hizo avisar a tu padre? Estaba con mi madre, Brooke... Desnudo. Ella me obligaba a tocarle los pechos. —Noto que me tenso—. Te miré, y viste algo en mí que te hizo correr a buscar a tu padre. Él entró y vio como mi madre abusaba de mí... Llamó a la policía de inmediato. Yo era demasiado pequeño para entender por qué era malo dejar que ella me tocara así...

Brooke me observa horrorizada.

—Dante, yo... no me acuerdo. Era muy pequeña para entender lo que pasaba. Recuerdo ese día a trozos. Solo sé que quería jugar contigo y, al entrar en la habitación, te vi mirarme con miedo. Pero no sabía la razón. Por eso, busqué a mi padre y le dije que estabas asustado.

—Estaba aterrado, Brooke. Me sentía sucio... Ella me decía que me quería, mientras lo hacía... —Me tenso.

—Por eso, cuando alguien te muestra cariño, te la recuerda. —Asiento—. Siento mucho que tu madre te hiciera algo tan horrible...

—No es mi madre, Brooke. Soy un bastardo más de mi padre y, con sinceridad, no me importa.

Nos miramos a los ojos.

—Tú creías que yo lo sabía todo y que estaba a tu lado, a pesar de eso. —Asiento—. No lo sabía, pero habría estado ahí, pasara lo que pasara. Tal vez saber la verdad me habría hecho

entender por qué te costaba tanto abrirte, Dante.

—Vivía en un infierno, Brooke. Solo estar a tu lado me calmaba. Me gustaba escucharte. Que me miraras con tu dulzura, a pesar de todo. Que estuvieras ahí...

»La noche que nos enfadamos, yo estaba mal por tu confesión y me drogué. Por eso te dije esas cosas horribles. No era yo.

»Desde entonces, no bebo mucho. Ni tomo nada... Ya has visto lo que pasó anoche.

—Vi que otra mujer se aprovechó de ti. Tenemos que hacérselo pagar.

—Al menos, tú viste más allá y pediste a tu padre las imágenes.

—Porque conozco cada una de tus miradas. Hasta las que piden auxilio a gritos.

—No te merezco, Brooke, pero sé que no podré soltarte nunca. —Acaricio su mejilla—. Voy a buscar ayuda, porque quiero decirte todo lo que siento sin miedo, sin angustia...

—Ya me lo dices cuando me miras, Dante, pero me alegra que quieras buscar ayuda. Nada de lo que pasó fue por tu culpa. —Sus ojos se llenan de lágrimas y apoya su frente en la mía—. Solo eras un niño, Dante. No hiciste nada malo. Tú no eres malo. Eres la persona más increíble que he conocido en mi vida.

—Lo sé —respondo, y se ríe—. No puedo moverme, porque si no te demostraría lo increíble que soy haciendo el amor.

—Abrazarte con fuerza también es una forma de hacer el amor.

Nos quedamos quietos, hasta que tengo fuerzas para contarle como les revelé todo a mis hermanos y ellos fueron a muerte conmigo.

Sé que si los hubiera tenido en mi vida, esto habría pasado antes.

No nos parecemos a nuestro padre. Solo somos tres cabrones con suerte.

* * *

Entro con mis hermanos en el despacho del abogado para hacer oficial la renuncia a todos sus bienes y a su capital.

Mi padre nos mira a los tres.

La prensa se ha hecho eco de la noticia de que está vivo y ha aprovechado para contar su versión: quería hacer de mí un hombre de provecho, pero no lo ha conseguido.

Me da igual lo que pueda decir. Ya no me afecta.

Nos mira como si estuviéramos cometiendo un gran error cuando firmamos.

—Tantas molestias por tener un heredero, para nada —le digo cuando me quedo a solas con él.

Les pedí a mis hermanos que me dejaran solo.

—Tú nunca lo entenderás.

Lo observo y no siento nada.

Tomo aire, sabiendo que he dejado de sentirme ligado a este hombre que nunca fue un buen

padre.

—No, nunca lo haré, porque yo nunca he sido ni seré como tú, a pesar de tus esfuerzos.

Nos miramos a los ojos y me siento fuerte ante él.

Salgo del despacho sintiendo que, a pesar de todo, sus retorcidos planes me han dado una familia que siempre deseé.

Brooke me espera apoyada en mi coche.

Camino hacia ella y la beso.

—¿Estás bien? —me pregunta, acariciando mi mejilla.

—Mejor que nunca. Tengo lo que más vale en este mundo. —Llevo mi boca a su oído—: Tu amor. El resto irá llegando.

Sonrío y nos besamos, disfrutando de cada instante juntos, porque los buenos momentos empiezan a pesar más para mí que los malos.

Al fin he conseguido salir de los infiernos, guiado por mi estrella más brillante: ella.

Brooke

Dante presenta a la policía las pruebas de que Estela y su padre, que fue quien la ayudó a realizar las fotografías, abusaron de él.

No quería hacer esto, pero lo hemos convencido, para que deje de sentirse mal por los delitos de otros. Abusar de alguien inconsciente es delito, sea mujer u hombre quien lo sufra.

La policía ve las pruebas y proceden a la detención.

En las noticias indican que han abusado de Dante estando borracho.

Dante odia esta atención, pero es hora de que deje de sentirse mal o tenga vergüenza cuando abusan de él.

Vergüenza le debería dar a quien abusa de una persona indefensa.

—Joder, qué putada —dice Cruz, cuando entramos en la cafetería—. Tienes todo mi apoyo —le indica a Dante.

Poco a poco, la gente del equipo se acerca para darle su apoyo. Incluso el entrenador.

Estela ha caído porque pensaba que hacer algo tan repugnante no tendría consecuencias. ¡Que se joda! Yo siempre tuve claro que era una persona horrible.

* * *

—Me gusta tu casa, y tiene una habitación para mí —dice Massimo—. No hace falta que me lo pidas. Viviré contigo mientras juguemos en la liga profesional.

—¿Y soportaros más años?

—Yo también me apunto. Quiero el cuarto del fondo —indica Giò.

Dante gruñe, pero sé que le gustará tener a sus hermanos en su casa.

Nunca ha tenido una familia de verdad y, aunque refunfuñe, es feliz.

Por eso los ha traído a su casa, y a sus mejores amigas, también. A donde él ha instalado su hogar.

Este lugar se va a llenar de vida.

Es lo que necesita Dante, ahora que ha empezado a ir a ver a una psicóloga.

La noticia de lo que hizo su madre adoptiva también ha visto la luz. Ha dejado de ser un secreto.

Dante quiere decir a quien se sienta perdido que no está solo. Que hasta los que parecen tenerlo todo no son, en realidad, más que personas vacías que necesitan el dinero para sentir que pueden comprarlo todo. Cuando lo único que se necesita en la vida es impagable: el amor.

De su padre no hemos sabido nada, salvo que decidió hacerse cargo de las empresas y está dilapidando su fortuna por malas decisiones.

¡Que se joda!

Llaman a la puerta y voy a abrir.

Aparecen mis padres con varias bolsas de comida.

—Os traemos la cena —anuncia mi madre.

La madre de Candy se pasará en unos minutos con su novio.

—Tenemos que ser sinceros —apunta mi padre—, y es que estamos a punto de abrir y necesitamos saber si todo está bueno.

Mi padre está nervioso.

Voy hacia él y lo abrazo.

Me da un beso en la frente.

No se han separado de Dante en todo este tiempo y, aunque su padre les tenía prohibido ofrecerle cariño, porque los amenazó con perder su trabajo, no quisieron dejarlo solo. Además, me insistieron en numerosas ocasiones que no lo abandonara, para que le ofreciera todo el amor que ellos no podían darle.

Llaman a la puerta y la madre de Candy entra con su novio.

Se miran enamorados.

Candy dice que nunca ha visto a su madre tan feliz.

Su novio tiene diez años menos que ella, pero esto no les importa. Al resto tampoco nos debería molestar, porque son felices.

—Vale, os he traído unas libretas para que puntuéis el sabor y otras cuestiones. —Miro a Dante, que me sonrío divertido—. Me tomo muy en serio lo de ayudar a mis suegros.

—Te recuerdo que no estamos casados —lo pico.

—Y yo que solo es cuestión de tiempo. En unos años serás mi mujer, y ahora deja de quejarte y haz bien tu trabajo de catadora.

—Como jefe no te soporto. —Dante sonrío de medio lado.

Empezamos a probar y puntuamos cada plato.

La verdad es que está todo delicioso.
Sobre todo el postre de chocolate Toblerone.
Por la sonrisa de Giò y Lead, sé que este es su favorito.
Lead ya me explicó por qué el Toblerone era importante para ellos y se lo conté a mi padre.
De inmediato, quisieron hacer algo con este dulce.
—A ver, si todos puntuáis que está todo bueno, no van a mejorar —comenta Dante.
—Acepta que son perfectos y deja de gruñir —lo pica Massimo—. Será todo un éxito. Hasta con un yerno tan estirado como el vuestro.
—Gracias, chicos —dice mi madre—. Es bonito veros juntos.
Los tres se observan y ponen caras, pero es cierto.
Los tres se han hecho invencibles juntos. Han aprendido a ser hermanos de verdad, y no porque la sangre les diga que deben serlo.
La sangre te dice de dónde vienes, pero no a quién perteneces. No a quién tendrás a tu lado, pase lo que pase.

* * *

Dante entra en la habitación.
Se han ido ya todos y nos hemos quedado solos.
Sonríe y tira de mí hacia él.
Nuestras bocas se funden y nos besamos sin prisas, hasta caer desnudos sobre la cama.
Entra dentro de mí con fuerza y siento como me llena.
Lo siento en cada parte de mi cuerpo y en cada rincón de mi alma.
Nos corremos juntos sin dejar de mirarnos.
Lo quiero tanto que duele, pero es un dolor placentero, que me recuerda que el amor hay que cuidarlo porque, si no, se pierde.

* * *

—Tengo algo para ti —me anuncia Dante, cuando nos despertamos para desayunar en la terraza, con las vistas de Los Ángeles al fondo.
Lleva solo un pantalón de chándal y se me seca la boca con solo mirarlo.
—Eso, luego —me dice divertido, buscando mi mano.
—Yo no estoy pensando en nada...
—Ya, como que no nos conocemos bien, Brooke. —Sonrío, mientras veo que pone en mi dedo un anillo en forma de estrella—. Este anillo es una promesa. —Lo miro a los ojos—. De que yo quiero ser también tu guía cada día de tu vida, Brooke, aunque lleguen tiempos en los que

deba bajar a los infiernos por ti. Seré tu estrella guía para que no te pierdas, porque quiero toda una vida contigo. Te amo más que a nada en todo este jodido universo.

Noto las lágrimas nublar mi vista.

Esperaba que me dijera esas palabras desde hace demasiado tiempo, sin ser consciente de que a él le dolía decirlas.

—Te amo —le confieso por primera vez desde hace muchos meses, y observo que esta vez no hay miedo en sus ojos. No hay dolor ni angustia.

Dante ha aprendido a perdonarse. A dejar atrás al niño que fue, al que su padre deseaba que fuera, y ser el hombre que está destinado a ser.

Nos besamos sabiendo que este beso habla de una nueva etapa en nuestra vida, porque no hay nada más bonito que crecer al lado de quien más amas y ver como los años os hacen cambiar juntos.

Epílogo



Giò

Sostengo la copa de vencedores de la liga profesional de fútbol junto con mis hermanos.

Hemos ganado por tercer año consecutivo.

Nos conocen por «los Bianchi invencibles».

Celebramos con la familia, tras hacerlo con los compañeros, y busco a Lead.

Está al lado de mi madre, que no quería perderse este partido.

Doy un beso a mi madre en la mejilla y tiro de Lead para besarla en los labios.

—Has estado increíble.

Massimo se nos acerca.

—¿Solo él? No sé si te quiero como cuñada —la pica.

—Pues te jodes, porque no pienso dejar a Giò nunca.

—Eso me alegra. —Massimo le guiña un ojo y va a buscar a Candy.

Al encontrarla, la coge y giran juntos como dos locos.

Busco a Dante y lo veo hablando con la prensa.

De los tres, es el que mejor maneja los medios y por eso siempre se lo dejamos a él. Más ahora, que ha aprendido a no fulminar con la mirada a nadie.

Brooke lo observa y alza los pulgares cuando él la mira.

Dante sonrío de forma que sus ojos violetas brillan con intensidad.

—¿Nos vamos a casa? —le pregunto a Lead, que asiente.

Vamos en mi coche y conduzco hasta la casa que comparto con mis hermanos.

Entramos en mi dormitorio y me pierdo en ella, sabiendo que cada día estoy más enamorado de ella.

—Ha perdido todo el dinero —me dice Dante nada más levantarme y verlo en la cocina con la tableta.

Me la muestra.

Nuestro padre ha perdido todo su dinero y no le queda nada.

Ha envejecido mucho en este tiempo. Se le notan los años, ahora que no tiene dinero para fingir ser quien no es.

—Bueno, no es una sorpresa, teniendo en cuenta que administras las empresas que le hacen la competencia.

Dante sonríe.

En cuanto terminamos la universidad, constituimos una empresa los tres juntos y Dante es quien dirige todo.

Tenemos más dinero del que podríamos soñar.

La verdad es que me da igual y para Dante solo es juego. Le gusta resucitar empresas y venderlas.

Invertimos parte del dinero en ayudar a niños desfavorecidos o en riesgo de exclusión social. Por eso me gusta ser parte de este equipo.

—Se lo ha buscado él solito —indico sin remordimientos.

En todos estos años, ni ha pedido perdón ni se ha arrepentido de sus juegos. Ni siquiera se disculpó por lo de Dante, por no ser un buen padre ante un niño que pedía ayuda a gritos.

—¿Qué pasa? —Massimo lee la noticia cuando Dante se la muestra—. ¡Que se joda!

—Sí... —Dante lo mira—. Pero no quiero que su muerte pese sobre mi conciencia —nos dice—. ¿Os parece bien si le pagamos una residencia? Yo no soy como él.

—Ni nosotros —afirmo—. Por mí, bien.

—Por mí, también. Para que vea que somos mucho mejores que él.

Dante se hará cargo de todo.

Sé que lo hace para no sentirse culpable y porque gracias a sus planes tiene una familia.

* * *

—¡Giò! Deja de hablar con las clientas y entra a trabajar. —Lead me mira desde la puerta que lleva a nuestras salas para hacer tratamientos de fisio.

—Ya voy.

La niña me observa sonriente.

—Solo una foto más.

Miro a Lead y esta asiente.

Me hago una foto con la pequeña y la madre me da las gracias.

Entro con Lead y tiro de ella para besarla.

—Si quieres ser algo más que un jugador de éxito, lo tienes que demostrar.

—Quiero ser mucho más. —Saco de la bata un anillo—. ¿Te casarías conmigo para que sea, además de todo esto, tu esposo?

—¿De verdad me estás pidiendo matrimonio en medio de un pasillo?

Puedo ver la cara de mis hermanos señalando que ya me lo dijeron.

Se lo comenté el otro día y los dos insistieron en que Lead se merecía mucho más.

Por eso, cuando la veo irse enfadada, escribo a Dante y le indico que prepare todo.

A las dos horas, la clínica que dirijo con Lead está llena de globos y hay hasta una orquesta.

Salgo y veo serpentinas con forma de corazón por todos los lados.

Lead me mira y se me acerca.

—Esto es demasiado...

—Idea de Dante. —Se ríe—. Te quería pedir aquí matrimonio porque este sitio siempre fue nuestro sueño. Siento no haber sido capaz de pensar que necesitabas flores —le confieso, cuando le tienden varios ramos de flores—, una orquesta y todo lo demás...

—Ahora me doy cuenta de que prefería tu sosa petición. —Sonríe—. Iba a buscarte y decirte que aceptaba... Es solo que estoy un poco agobiada por otro tema —toca su tripa— y todo me molesta... —La miro, asimilando sus palabras—. Sé que somos jóvenes y que no lo queríamos tan pronto...

La beso y la acallo.

—Solo sé que te quiero, Lead, y que saldremos de esta, porque las cosas no salen como imaginas, ¿recuerdas? Y, aun así, son perfectas.

Sonríe más tranquila y le pongo el anillo.

Nos besamos en medio de este jaleo, nervioso por lo que se nos viene encima, pero sabiendo que, pase lo que pase, lo resolveremos juntos.

Massimo

Espero nervioso a que la gente aplauda.

Candy me coge la mano y sonríe.

De pronto, la gente se levanta y aplaude emocionada mi primera película como director.

—¡Ha sido chupi! —exclama mi sobrina, saltando a mis brazos—. La sangre, lo mejor...

La pequeña Ani coge mi cara.

Tiene cuatro años y desde que nació es la princesa de todos.

Lead solo tenía veintisiete años cuando se quedó embarazada. Tenía previsto ser madre, pero no nada más abrir su clínica.

Desde entonces, no la hemos dejado sola.

Tampoco su madre, que se ha trasladado a vivir aquí.

Al menos su madre no es una bala perdida como la mía, que está en un centro de

desintoxicación desde hace años. Al final, la droga y la mala vida le hicieron perder la cabeza.

Pagamos sus cuidados.

Yo no elegí los padres que tengo, por lo que no puedo sentirme mal por las decisiones que tomaron solos.

La gente pide que salga al escenario.

Lo hago y me dan un ramo de flores.

Digo unas palabras y espero que en taquilla la cinta sea un éxito.

—Estoy orgullosa de ti —me dice Candy con Ani en los brazos.

Lleva un vestido con unicornios y purpurina, diseño de su tía Brooke y Candy.

Las dos han abierto una empresa de moda. Juntas son más fuertes.

—Yo también —me indica la pequeña.

Lead viene a por su hija y se van antes de que se duerma.

Giò me felicita y se marcha con su familia a la casa donde vivimos todos juntos.

Es una vivienda que tuvimos que ampliar.

La idea de vivir en casas separadas no nos hacía gracia a ninguno.

Por eso, Dante amplió la casa. Compramos más terreno y tenemos cada uno nuestro espacio, pero estamos juntos.

Hemos pasado demasiados años separados.

* * *

—Las redes están poniendo la película muy bien —me informa Dante, cuando nos encontramos en la cocina al día siguiente del estreno—. Eres más que el mejor defensa de fútbol del mundo.

—Y más que una cara bonita —apunta Giò—. Los tres sabemos que el fútbol no durará eternamente.

Giò quiere dejarlo, para estar cerca de su familia.

Le duele separarse de la pequeña cuando viaja.

—Tal vez ha llegado el momento de colgar las botas —comenta Dante, y nadie dice lo contrario. Sabemos que esta etapa se acaba aquí.

* * *

—¿Y cuando tengas que viajar por medio mundo como director famoso, me llevarás contigo?

Candy me mira desde la cama.

Estoy sobre ella, besando su cuello.

—No, así evitaré que me ciegues con tu purpurina. —Se ríe—. Sabes que donde mejor estoy es contigo.

Nos besamos.

Tomo su mano, donde descansan nuestros anillos de casados.

Nos casamos hace un año, con Lead y Giò.

Dante y Brooke todavía no han decidido dar el paso. Hay que dejarles su momento.

—Quiero ser madre... Quiero tener un bebé contigo.

Me pierdo en sus ojos y me muevo hasta que me adentro en ella sin nada de protección.

—Te prometo que practicar se me da muy bien.

Se ríe y hacemos el amor sabiendo que nos va a cambiar mucho la vida.

* * *

—Llegáis tarde —nos reprenden Dante y Brooke desde la puerta del cine al que tantas veces hemos ido a ver películas.

—Tal vez porque esta película nos la sabemos de memoria.

Entramos y nos sentamos al fondo.

Estamos los seis juntos para ver mi película favorita y comer palomitas.

Mi película está siendo un éxito y está arrasando en cines. Por eso necesito recordar lo que me llevó a desear ser director, para coger fuerzas para las siguientes.

La noticia de que dejamos el fútbol ya circula por todo el mundo.

Hay gente que no entiende por qué nos retiramos tan pronto.

Pocos saben que a veces necesitas parar. Tener un lugar fijo. Dejar de recorrer medio mundo lejos de tus sueños y de quien más quieres.

Toca echar raíces.

—No me canso de ver la emoción en tus ojos mientras ves esta película —me dice Candy en mi oído—. Te quiero.

—Y yo a ti, y se me está ocurriendo una película de magia...

—¿Con mucha purpurina?

—Sí.

—Pues nos necesitas como encargadas de vestuario.

—¿Cómo? —pregunta Brooke y Candy se lo cuenta—. Ya lo estoy viendo.

—Me tocará dirigir ese proyecto para que no se os vaya de las manos a ninguno —añade Dante.

—Bueno, parece que tenemos el siguiente proyecto entre manos.

—Y cómo me ponen los retos —indica Dante.

Candy me besa y, por su mirada, sé que piensa en el proyecto que tenemos los dos juntos: crear vida. Tener un hijo y que nuestro amor se transforme en la persona más importante de nuestras vidas.

—Te quiero mucho —le confieso, perdido en ella, como si fuera la primera vez, y es que hace

tiempo que dejé de huir de la vida.

Dante

Sostengo a mi sobrino entre mis brazos.

Es tan pequeño, que me aterra que le pase algo.

Al igual que a su hermana melliza.

A Massimo y Candy les costaba tener un hijo y tuvieron que recibir ayuda.

Al final ha merecido la pena, porque aquí están estos niños... tan pequeños.—¿No crees que deberían pasar más tiempo en la incubadora? —le pregunto a Massimo.

Los pequeños nacieron antes de tiempo y han pasado unos meses en la incubadora.

—¿Ahora también eres médico? —Me da en la espalda—. Están bien. Son tan cabezotas como sus padres.

—Eso sin duda.

—Y ahora, es mejor que termines de arreglarte para que nos vayamos. Vas a llegar tarde a tu propia boda y ese privilegio está reservado a la novia.

Dejo a mi sobrino y espero que Massimo tenga razón.

No quiero que les pase nada.

Quién me iba a decir a mí que, por mis sobrinos, sería así.

La culpa es de Ani, que desde que nació me robó el corazón y me hizo conocer otra forma de amor desconocida.

Me dirijo a mi dormitorio y me termino de arreglar.

Lead y Candy entran a mi cuarto para revisar que lo llevo todo.

Visto un diseño de C&B, la empresa de mi futura esposa y de mi cuñada.

—Todo perfecto. Con la cara no hay arreglo —me pica Candy.

—Tendrá que quererme igual —les digo.

Salgo con ellas y vamos hasta el jardín de nuestra casa para esperar a la novia.

Voy al altar de la mano de mis mejores amigas.

«¿Quién dijo que solo se podía tener una madrina de boda? Me encanta ir contra las reglas.»

Mi sobrina entra echando flores, con ese lado dramático que tiene.

Estudia teatro, porque le encanta y le va el drama. La he visto morir de mil maneras diferentes y todas le salen fatal de momento, pero sé que un día será increíble.

Al llegar, se pone junto a su madre y esperamos a Brooke.

Miro al fondo y la veo al lado de su padre.

Lleva un vestido blanco y rosa, con estrellas desperdigadas por la tela.

Sigue llevando el pelo con alguna mecha rosa, porque dice que es para fastidiarme.

No sabe que nada de ella podría molestarme.

Está preciosa.

Sus rasgos son más maduros, pero yo solo la veo a ella.
Solo veo a la mujer que siempre fue mi guía en la oscuridad.
Llega a mi lado.
—Aún puedes salir corriendo —le dice Massimo cerca.
—Yo que tú correría —indica Giò.
—No pienso volver a huir de él nunca más.
No dejamos de mirarnos en toda la ceremonia y, cuando la beso, sé que es mi mujer.

* * *

Entro en el coche para esta carrera.
No corro tanto como antes, pero me gusta de vez en cuando darlo todo en la pista.
Miro por la ventanilla y veo a Massimo. Le gusta creer que un día podrá ganarme.
Como siempre, le gano y, al salir, Giò nos espera.
—Un día te ganaré —me dice Massimo y me tiende una cerveza.
Estamos solos en este lugar.
—Cuando esté muerto.
Se ríen y miramos juntos el atardecer.
Cuando los conocí la primera vez, nunca creí que un día, de poder elegir dónde quedarse, elegirían estar a mi lado.
En el fondo los odiaba porque no quería quererlos, ya que así dolería menos verlos marchar.
Pero aquí estamos.
Los tres juntos.

* * *

—De verdad, Dante, esos niños están bien —me dice Brooke cuando vuelvo a nuestro dormitorio tras comprobar el estado de mis sobrinos—. Como padre vas a dar miedo.
—No lo sabes tú bien.
Se ríe y me abraza.
—¿Eres feliz, Dante? —me pregunta junto a la ventana.
—Más de lo que un día creí que merecía. —Acaricia mi mejilla—. Te quiero, Brooke. No me canso de decírtelo.
—Ni yo de escucharlo.
Nos besamos sabiendo que pronto estos besos serán historia y nuevas aventuras nos esperarán.
Estoy deseando experimentar toda una vida a su lado, aunque sé que no solo la quiero en esta vida para mí. Pienso buscarla en esta vida y en la siguiente.

Una vida no es suficiente para amarla.

Al fin y al cabo, soy un puto egoísta y no pienso dejar de buscarla y de volver a ella una y otra vez.

Biografía



Moruena Estríngana nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación, pero debido a su problema de dislexia no podía escribir bien a mano. Por eso solo escribía pequeñas poesías o frases en sus libretas mientras su mente no dejaba de viajar a otros mundos. Dio vida a esos mundos con dieciocho años, cuando su padre le dejó usar un ordenador por primera vez, y encontró en él un aliado para dar vida a todas esas novelas que estaban deseando ser tecleadas.

Empezó a escribir su primera novela antes de haber acabado de leer un solo libro, ya que hasta los diecisiete años no supo que si antes le daba ansiedad leer era porque tenía un problema: la dislexia. De hecho, escribía porque cuando leía sus letras no sentía esa angustia y disfrutaba por primera vez de la lectura. Sus primeros libros salieron de su mente sin comprender siquiera cómo debían ser las novelas, ya que no fue hasta los veinte años cuando cogió un libro que deseaba leer y empezó a amar la lectura sin que su problema la apartara de ese mundo. Desde los dieciocho años no ha dejado de escribir.

El 3 de abril de 2009 se publicó su primer libro en papel, *El círculo perfecto*, y desde entonces no ha dejado de luchar por sus sueños sin que sus inseguridades la detuvieran y demostrando que las personas imperfectas pueden llegar tan lejos como sueñen.

Actualmente tiene más de cien textos publicados, ha sido número uno de iTunes, Amazon y Play Store en más de una ocasión y no deja de escribir libros que poco a poco verán la luz.

Su libro *Me enamoré mientras mentías* fue nominado a Mejor Novela Romántica Juvenil en los premios DAMA 2014, y *Por siempre tú* a Mejor Novela Contemporánea en los premios DAMA 2015. Con esta obra obtuvo los premios Avenida 2015 a la Mejor Novela Romántica y a la Mejor Autora de Romántica.

Su web personal, moruenaestringana.com, donde cuenta sus novedades y curiosidades, ya cuenta con más de un millón de visitas.

 [MoruenaEstringana-Escritora](#)

 [@MoruenaE](#)

 [@moruenae](#)

Notas

1. Llegué, vi, vencí.

Volviendo a ti. Los Bianchi 3
Moruena Estríngana

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Iria Rodríguez Muñoz – Artcana @artcane_
<https://www.redbubble.com/es/people/artcan3/shop?asc=u>

© Moruena Estríngana, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Diseño de la colección: © Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2023

ISBN: 978-84-08-27704-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones

[Apuesto por el amor](#)

Trilogía Los herederos Rinaldi 1

Moruená Estríngana

[Outsiders 1. Destiny y Lion](#)

Moruená Estríngana

[Regálame tu sonrisa](#)

Moruená Estríngana

[Todo de mí](#)

Moruená Estríngana

[Mi error fue amar al príncipe. Parte I](#)

Moruená Estríngana

[El círculo maldito](#)

Moruená Estríngana

[En tu mirada](#)

Serie Serendipity 1

Moruená Estríngana

Puzzle

Moruená Estríngana

Pedacitos de ti

Moruená Estríngana

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

